CHICAGO STARS
SUSAN ELIZABETH PHILLIPS
Lo mejor de ti
TRADUCCIÓN DE XAVIER BELTRÁN
VERSÁTIL
romántica

Índice de contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos

Título original: *Simply the Best. Chicago Stars 10*
© 2024 by Susan E. Phillips, LLC. A Imprint of HarperCollins Publishers

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

1.ª edición: mayo 2024

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2024: Ediciones Versátil S.L.
Calle Muntaner, 423, planta 2
08021 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

Para Vicky Joseph, amiga querida y referente, cuya visión y trabajo duro han mejorado la vida de incontables familias.

Prólogo

Rory tendió los brazos y ofreció el fardo.

—Oiga, señora, ¿quiere a este bebé? Se lo puede llevar gratis.

—¿De dónde lo has sacado, niña?

—Lo he encontrado… en unos arbustos. Casi no llora. Se porta muy bien, y no tendrá que pagar por él. Se lo lleva y listo.

Pero en lugar de llevarse a su hermano pequeño, la mujer llamó a la policía.

Capítulo 1

Rory estaba borracha y se había ganado el derecho a estarlo. Y todo aquel que quisiera juzgarla podía irse a la mierda.

—Julieta —dijo, y extendió una mano hacia el hombre que había salido al balcón del hotel a su lado—. Julieta Capuleto.

—Darth —respondió él—. Darth Vader.

El tío hablaba con una voz ronca maravillosa y esbozaba una ligera sonrisa, y Rory se sorprendió a sí misma soltando una carcajada.

—Dígame, señor Vader, ¿de verdad es usted tan malvado?

Los labios de él, finos y delicados, se curvaron un poco más.

—Depende de a quién se lo pregunte.

—Se lo pregunto a usted. —Los tres cócteles bien cargados que había apurado de un trago en un intento por olvidar el resentimiento que sentía por haber tenido que asistir a una fiesta en la que no encajaba le facilitaban coquetear con ese tío arrogante, creído y supersexi que tenía las palabras *deportista* y *dinero* escritas en toda la cara, desde el pelo repeinado con gomina hacia atrás hasta su cuerpo atlético y el reloj de marca.

—Me salto las normas de vez en cuando. —Con la punta del índice tocó la flor de terciopelo rojo que llevaba ella en el pelo—. Dígame que en realidad no tiene trece años, señorita Capuleto. —El dedo llegó a su mejilla.

Rory permitió la caricia durante unos segundos antes de beber un buen sorbo de su cuarto cóctel.

—¿Usted qué cree?

—Creo que los trece le quedan un poco lejos ya.

Veintiún años, concretamente, así que ¿cómo iba a ofenderse? Movió sus rizos rubios como una profesional hacia ese hombre gigantesco e hipermasculino.

—Correcto. ¿A qué se dedica usted, señor Vader? Cuando no está ocupado destruyendo a caballeros jedi, quiero decir.

—A ganar dinero.

—No me diga. —La mirada de él era directa y peligrosa, justo lo que ella necesitaba en esos instantes, y gracias al alcohol que le entumecía el cerebro le pareció de lo más apropiado acariciarle la parte delantera de la camisa—. ¿Alguna idea de cómo podría ganar dinero yo?

—Se me ocurren unas cuantas. —Y le lanzó una sonrisa petulante de las que quitan el aliento.

***

Cuando se despertó, Rory estaba sola, mareada y desnuda, a excepción de la flor de terciopelo rojo que llevaba torcida en la oreja, un liguero negro y unas medias de rejilla. Parpadeó ante la luz de la farola que se colaba por la ventana de una habitación de hotel que recordaba situada en el mismo pasillo que la *suite* de la fiesta. Después de un par de años de desenfreno sexual, se había vuelto muy pícara.

Creía recordar haber usado un preservativo, pero quizá no. ¿Y si el tío tenía una alergia o algo que le impedía usar condones? La habitación daba vueltas, igual que el estómago de ella. Rory ya había tenido rollos de una noche —algo que podía tachar de su lista de cosas pendientes, aunque nunca había figurado en esa lista—, pero estaba triste y se había comportado como una estúpida, sin ser ella misma, y el cachas millonario que hacía gala de una arrogancia propia de quienes reciben muchos halagos le pareció la vía de escape perfecta. Rory no solo lo había consentido, sino que lo había iniciado.

En la fiesta había mujeres guapísimas mucho más jóvenes que ella, todas con vestidos cortitos y zapatos de tacón y melena sedosa y ondulante que intentaba llamar la atención de los jugadores de fútbol americano profesionales presentes. Con treinta y cuatro años, rizos rebeldes y un viejo vestido tipo cóctel que en ese momento formaba un charco negro en el suelo de la habitación del hotel, Rory se había sentido un tanto marginada, y aun así, Vader se fijó en ella.

Apenas recordaba la constitución de *quarterback* de él, su altura ni sus hombros anchos. Su arrogancia de capullo y el pelo engominado deberían haberla ahuyentado. Sin embargo, en su cerebro se encendió un enorme letrero: «Tíratelo». Y así era como se encontraba en una habitación de hotel a las tres de la madrugada, con las tripas revueltas y odiándose a sí misma por haberse acostado con un desconocido que poseía todas las cualidades que más le desagradaban —y que casi con toda seguridad estaría casado—.

Con un gruñido, se tambaleó hacia el cuarto de baño, se apartó el pelo de la cara y vomitó. Se limpió la boca y se echó agua a la cara mientras intentaba no mirar al desastre que le devolvía el espejo, pero no pudo evitar fijarse en el rímel corrido debajo de los ojos, el borrón del pintalabios rojo y la explosión de rizos alrededor de la cara. Por lo menos aún estaba oscuro. Podría escabullirse del hotel con la esperanza de no toparse con nadie.

Estaba torpe y le latía la cabeza, así que tardó una eternidad en volver a vestirse. Cogió el bolso de satén rojo, que era lo único que le quedaba de su madre —«¿Estás orgullosa de mí, mamá?»—, y se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a la mesa de la entrada de la

habitación, se dio cuenta de que había algo. Algo que no debería estar ahí.

Cinco billetes de cien dólares.

El desconocido la había confundido con una prostituta.

***

La fiesta estaba llegando a su fin. Los miembros del cáterin se habían ido junto al camarero, pero en la *suite* quedaban tres parejas y unos cuantos colgados. Clint Garrett, el cliente más importante de Brett Rivers, estaba sentado en el sofá, solo, con la cabeza entre las manos.

Brett había organizado la fiesta de aquella noche para, en teoría, celebrar el cumpleaños de Clint, pero, en realidad, su objetivo era recuperar su relación, que estaba pasando por un inesperado bache por culpa de un pequeño error de Brett. Y no solía cometer errores. Los errores eran algo propio de los perdedores. También arrepentirse. Los ganadores, en cambio, arreglaban lo que había ido mal y salían más fuertes del proceso.

Brett pensó cómo entablar de nuevo conversación con él. Clint era un cliente modelo: listo y talentoso, con muy buen carácter y un brazo excelente que lo ponía en la misma categoría que Robillard, Tucker, Brady y Manning. Ficharlo como cliente había convertido a Brett en un firme candidato a la vicepresidencia de la empresa Champion, Gestión Deportiva. Todo fue como la seda hasta que Brett advirtió a Clint de que su novia solamente estaba con él por su dinero.

Brett siempre calaba bien a la gente. Lo llevaba en el ADN. Pero esa vez se había equivocado. No solo había malinterpretado a saco la personalidad de Ashley Hart, sino que también había subestimado la profundidad de los sentimientos de Clint. Intentó recular, pero la acusación ya estaba en el aire, y Clint no lo había perdonado, ni siquiera cuando Ashley lo dejó. Brett había insultado a la mujer a la que amaba su cliente.

Y Brett detestaba equivocarse. Iba en contra de su forma de ser. De los pilares sobre los que había construido su carrera. Y de ahí su insistencia en arreglar el desaguisado.

Las puertas del balcón se abrieron y apareció Darius Beale, un veterano defensa de los Chicago Stars, con el brazo alrededor de la cintura de una morena despampanante de piernas interminables.

—¿Qué pasa, tío? —Darius le hizo el gesto a Brett de levantar el pulgar—. Laila, te presento a mi barracuda personal, Brett Rivers. Es el mejor representante de la liga.

Brett sonrió a la joven, bastante seguro de que no era la misma mujer con la que el defensa había llegado a la fiesta.

—Es fácil hacer bien tu trabajo cuando tienes al gran Darius Beale

como cliente.

—¿Ves lo que te decía? —Darius sonrió—. Es un tío rápido e implacable, no tiene piedad. ¿Dónde te habías metido?

—Tenía asuntos que atender. —No hacía falta que su cliente se enterara de que los asuntos de Brett los había protagonizado una mujer de lo más excéntrica con carita redonda, mejillas de muñeca y unos alocados rizos rubios. Últimamente, los servicios de acompañantes de la ciudad ofrecían una gran variedad.

La mujer no encajaba del todo en el molde de las acompañantes de lujo, salvo por esos labios enormes y rojos, y por el liguero de encaje negro. No era una veinteañera que debía pagarse la universidad, un punto a su favor. Seguro que la había cabreado al dejarle solo quinientos pavos, pero era todo el dinero que llevaba encima.

Nunca había entendido la necesidad de pagar para follar con alguien, pero había sido una semana muy dura y había pasado mucho tiempo desde la última vez que pudo incluir a una mujer en su agenda, y algo en ella le llamó la atención al instante.

Laila, la amiguita de Darius, resultaba ser una estudiante de Economía de la Universidad de Chicago. Mientras hablaba con los dos, Brett seguía vigilando a Clint. A pesar de la presencia de mujeres muy atractivas, la fiesta no lo había animado lo más mínimo. Si acaso, parecía más deprimido todavía, y Brett debía arreglarlo.

Se disculpó de Darius y se dirigió hacia el sofá en el que estaba Clint, que seguía con la cabeza entre las manos. Brett rompió el hielo.

—Las cosas siempre pintan mejor por la mañana.

Clint le lanzó la copa vacía sin siquiera levantar la cabeza.

—Tráeme otra.

A Brett no le gustaba la agresividad de Clint. No le gustaba ni un pelo. Sin embargo, se tragó la dignidad.

—Voy.

Garrett estaba borracho, pero Brett era su representante, no su madre, algo que deseó con todas sus fuerzas haber recordado antes de soltarle a Clint que con casi total seguridad a su querida le importaba más su dinero que el propio *quarterback*. Pero la mujer lo había dejado, subrayando así el error de la acusación de Brett, y Clint estaba embargado por el resentimiento. Perder credibilidad ante un cliente le provocaba un sudor frío. Por el momento, su jefe no se había enterado del problema, y él tenía la intención de evitar por todos los medios que eso cambiase.

Cogió un agua con gas para sí mismo y añadió un poco de *whisky* Glenlivet en el vaso de Clint, además de unos cuantos cubitos de hielo y una generosa cantidad de agua. Al meter un último cubito en la copa de Clint, pensó en «Julieta» y deseó que a esas horas ya se hubiera marchado del hotel, en lugar de haberse quedado en busca de otro

cliente.

Había reservado habitaciones extras para invitados a la fiesta que acabaran demasiado perjudicados como para coger el coche hasta casa, pero en ningún momento pensó que fuera a usar una él. Tenía treinta y cinco años, era demasiado disciplinado como para tener rollos de una noche, y su encuentro con Julieta había sido impropio de él. Pero es que la chica tenía la expresión *pasémoslo bien* escrita en la cara, y Brett estaba bajo muchísima presión. Uno no llegaba a la cúspide de ese gremio dudando de sí mismo, y no pensaba fustigarse por lo ocurrido ni de coña.

Era consciente de sus fortalezas. Quizá era un poco arrogante, pero ¿quién decía que eso era negativo? También era inteligente, decidido y, como Darius había comentado, implacable cuando sabía que llevaba razón. Tenía un instinto muy afilado y trabajaba más y mejor que casi todo el mundo. Nada iba a interponerse en su camino. Antes de que terminara el verano, lo habrían nombrado vicepresidente y el posible sucesor de su jefe en Champion, Gestión Deportiva. Tan solo debía reparar su relación con uno de los principales clientes de la agencia.

Brett llevó la bebida aguada hasta el sofá. Clint la aceptó con un gruñido.

—¿Contento?

—No estoy para nada contento. Sé lo mucho que la querías. —Algo de lo que ojalá se hubiera dado cuenta antes.

—Aún la quiero. —Clint observó el vaso—. Es guapa y lista. Sabe de deportes, es divertida y se preocupaba por mí como persona, no como jugador de fútbol americano. —Sus ojos se oscurecieron por la rabia—. ¡Mi dinero le importaba una mierda!

Era cierto. Al dejar a Clint, Ashley le había demostrado a Brett que la había juzgado mal. Debería haber sabido que no era quién para meterse en la vida sentimental de un cliente. Ashley estaba buena, era una de las mujeres más atractivas que Brett había conocido, pero percibió un aire de avaricia en ella, de ansia. Aun así, de haber cerrado el pico, no se encontraría en esa posición.

—Me equivoqué. —Las palabras eran veneno en su boca.

—No hace falta que lo jures. Y ahora está saliendo con Karloh Cousins, que no gana ni la mitad que yo. —Los ojos inyectados en sangre de Garrett adoptaron un destello de mezquindad, una actitud que Brett jamás habría asociado con su cliente—. ¿Los has emparejado tú?

Brett nunca perdía los nervios, tanto daba cuánto lo provocaran, pero a duras penas consiguió no salirse de sus casillas.

—Pues claro que no. —Cousins era un atacante de los Chicago Bulls y un tío estupendo, pero, como Clint había dicho, no estaba para nada en la misma liga económica que él. Brett se sentó en el sofá y se

atrevió a poner una mano sobre el hombro fornido de Clint—. Yo solo quiero lo mejor para ti. Ya lo sabes.

—No sabes qué es lo mejor para mí. Pero crees que sí. —Garrett le apartó la mano—. Ashley me quería, pero no pudo soportar la presión cuando la prensa empezó a perseguirla y la gente no paraba de hacerle fotos. Se puso histérica. —La expresión de Clint se volvió más amarga —. Deberías haberte ocupado tú de la prensa. Deberías habérsela quitado de encima.

A Brett le pagaban para hacer más fácil la vida de sus clientes, pero su poder era limitado en lo que respectaba a controlar a los medios de comunicación. Aunque de haber sabido que era un problema, se habría esforzado más.

Clint se frotó la barba, que parecía más la un vagabundo que la de un tío acicalado.

—No la conocías lo más mínimo. Iba a llevarla a Las Vegas y a pedirle que se casara conmigo. Tenía el anillo y todo preparado. Así de serio iba con ella. Me costó un cuarto de millón. —Garrett se pasó el vaso frío por la frente y empezó a hablar arrastrando las palabras—. Un día, Ashley y yo estábamos bien. Y al siguiente, ya no.

—No me gusta verte pasarlo mal.

Clint bebió un buen trago poco a poco.

—Si te equivocaste con ella, ¿con qué otras cosas te habrás equivocado? —Sin avisar, echó atrás su brazo de treinta y cuatro millones de dólares y lanzó el vaso por la sala. El cristal se hizo añicos al estamparse contra la pared y provocó algún que otro grito ahogado de los demás invitados—. Tú y yo. Una vez rota la confianza, ¿qué nos queda?

El estómago de Brett, que por lo general era de hierro, dio un vuelco. La cosa no iba bien. De hecho, iba peor de lo que había calculado.

Garrett se levantó entre tambaleos y, mientras se dirigía a la barra, lanzó una mirada a Darius.

—¿La has visto irse?

—¿A quién? —Darius apartó la atención del vaso roto.

—A mi hermana.

Un gélido escalofrío recorrió la columna de Brett.

—¿Tu hermana?

Garrett llenó otro vaso de *whisky* hasta los topes, y el líquido se derramó por el borde. Irradiando hostilidad, miró hacia Brett.

—Antes te he visto hablando con ella. ¿Adónde se ha ido?

El destino no podía ser tan hijo de puta. No con él. Era Brett Rivers, un tío rápido e implacable. Nunca la cagaba.

—He hablado con un par de mujeres. No sé a cuál… —Pero sí lo sabía, y el escalofrío se convirtió en una jarra de agua.

—Pelo rubio rizado, vestido negro rarísimo. —Clint bebió otro trago de *whisky*—. Se comportaba de forma extraña. No suele beber. Odia este tipo de fiestas. No le caigo demasiado bien. Solo ha venido porque es mi cumpleaños y la obligué.

Un gélido temor lo inundó por dentro. Con cuidado para que no pareciera que tenía prisa, se levantó del sofá y se encaminó hacia la puerta. Nunca hay que mostrar debilidad. Siempre hay que tener el control.

—Voy a echar un ojo a ver si sigue en el hotel. —A ver si seguía en la habitación en la que él había dejado quinientos dólares.

Dobló el recodo del pasillo. Si Garrett se enteraba de lo ocurrido, lo despediría. En cuanto al jefe de Brett… Como supiera que se había acostado con la hermana de uno de los clientes más importantes de la agencia, ya podía despedirse de su carrera.

Empezó a sudar. Siempre tenía cuidado. Siempre lo planeaba todo. Lo analizaba con antelación. Se posicionaba donde quería. No podía estar pasándole eso. A él no.

Aceleró el paso hasta que prácticamente estaba corriendo. Hacía poco que la había dejado en la habitación. Seguro que seguía dormida. Y arreglaría el lío. Se guardaría el dinero en el bolsillo y se iría sin despertarla.

Pero ¿y si se despertaba? Entonces, ¿qué?

Ya se le ocurriría algo. Siempre se le ocurría algo. Haría lo que tuviera que hacer. Lo que fuese necesario. Fracasar no era una opción. Él nunca había perdido a un solo cliente, y no tenía ninguna intención de comenzar a hacerlo.

Le costó meter la tarjeta en la ranura, pero al final consiguió abrir la puerta.

La cama estaba vacía, pero el dinero seguía ahí. Todos los billetes estaban rasgados por la mitad.

***

Rory bajó a toda prisa las escaleras del edificio Ravenswood de tres plantas donde llevaba seis meses viviendo. En una mano sujetaba la última infracción que le había comunicado la ciudad de Chicago. Atravesó el descansillo, dejó atrás la puerta del piso de Ashley de la segunda planta y tomó otro tramo de escaleras hacia la planta baja, donde vivía su casero. Al fondo del pasillo, abrió la puerta mosquitera.

Aquella mañana de junio ya hacía mucho calor, un mal presagio para el verano que se avecinaba. Sus zapatillas tamborilearon sobre el suelo de madera del porche. Saltó desde el primer escalón, esquivó una espantosa rana verde de cerámica y corrió por delante del huerto

del señor Reynolds rumbo al viejo garaje de madera que se había visto obligada a alquilar por cien dólares más al mes.

Cinco veces cien dólares equivalía a quinientos dólares, la cantidad exacta que tres noches antes aquel gilipollas le había dejado en la habitación de hotel.

Cuando pensaba que ya no podía cagarla más, conoce en una fiesta a un tío muy sexi y, en un arrebato de ebriedad, tristeza y falta de juicio, decide que es una idea estupenda darse un revolcón con él. Últimamente se había topado con demasiados gilipollas, y la única culpable era su maldita falta de juicio.

Metió la llave en la cerradura y abrió de un empujón la puerta lateral y combada del garaje. Con un chirrido, apareció ante ella el Palacio Real del Dulce, una vieja gastroneta de color rosa y lila. Por lo menos el capullo de Jon no se había largado con su camioneta.

Bajo la luz tenue que entraba por la ventana del garaje, cubierta de telarañas, se quedó mirando el sobre que llevaba en la mano. Procedía de Chicago. Su supuesto socio había garabateado un par de frases en el dorso. «Me piro de la ciudad. Demasiadas normas, joder».

En el interior del sobre había una citación judicial por haber violado una de las rígidas leyes de Chicago sobre la venta de comida en la calle. La primera multa les había costado mil dólares. La segunda iba a costarle dos mil a ella sola.

Antes de haberse mudado de Manhattan a Chicago, antes de que hubiera invertido todos sus ahorros en la gastroneta que Jon había encontrado en eBay, Rory debería haberse acordado de la fea costumbre de su antiguo compañero de piso, que solía embarcarse sin parar en nuevos proyectos que abandonaba en cuanto perdía el interés.

Abrió la puerta rosa y lila del copiloto del Palacio Real del Dulce, entró en el vehículo y se retorció hasta sentarse en la hendidura con forma de culo del asiento del conductor. ¿De dónde iba a sacar dos mil dólares? Ya trabajaba doce horas al día y seis días a la semana. Como Jon se había largado, iba a tener que trabajar los siete días.

En el otro lado del parabrisas, se encendió la bombilla del techo del garaje, y Ashley Hart apareció en el sombrío garaje como una reina en la casa de un ciudadano cualquiera. Preciosa, carismática y egocéntrica, Ashley Hart tenía veintiséis años, el pelo rojizo y sedoso, tetas grandes, piernas interminables y risa ronca. No era de extrañar que todos los hombres a los que conocía cayeran rendidos a sus pies, incluido el hermanastro de Rory.

Rory quería ocultarse. Ashley no sabía hasta qué punto había traicionado su amistad, y no quería tener que enfrentarse a ella. No podían ser más diferentes, y Rory dudaba de que hubieran llegado a ser amigas si Ashley tuviera otra y si ella no hubiese estado tan sola ni

tenido tantas ganas de compañía femenina después de haberse mudado a Chicago. Ashley era superficial y narcisista, pero se había criado allí. Fue generosa con su tiempo y le enseñó a Rory la ciudad y a orientarse un poco.

—Por fin te encuentro —dijo Ashley con su voz gutural. Se detuvo delante de la puerta abierta de la camioneta, pero no se subió. La realeza solo se montaba en carruajes, no en gastronetas de mierda. Con su desconcierto habitual, se quedó mirando los pantalones cortos amarillos de Rory y su vieja camiseta de Scooby-Doo. A ella le gustaba vestirse así, por más que su malvada madrastra y Ashley lo detestaran. Las prendas que encontraba Rory en sus visitas a tiendas de segunda mano (algunas *vintage*, otras baratas sin más) le permitían vestirse con conjuntos muy interesantes sin invertir una fortuna.

Ashley meneó su larga melena de anuncio de champú.

—¿Qué haces ahí sentada, corazón? —Todo lo que decía Ashley sonaba seductor, incluso cuando le pedía a Rory que le diera de comer al gato.

—Jon se ha ido —respondió Rory—. Me daba miedo que se hubiera largado con la camioneta.

—Que Jon se haya ido es maravilloso. —Los labios perfectos de Ashley formaron un mohín—. Te puedes dedicar a algo muchísimo mejor que a vender caramelos baratos en una gastroneta. Jon era un perdedor.

Ashley lo supo ver desde el principio y Rory debería haberle hecho caso antes de gastarse sus últimos ahorros en abastecer las estanterías con una nueva remesa de caramelos, chicles y polvos picapica. Iba a tener que buscar dónde tendrían lugar los próximos partidos de béisbol para aparcar cerca, así como localizar más festivales callejeros y piscinas. Le tocaría trabajar más horas. Tal vez incluso pudiera convencer al señor Reynolds de que le prorrogara el contrato de alquiler, pero ¿y después qué?

Ashley, que seguía de pie en el agrietado suelo de cemento, apoyó uno de sus elegantes brazos en la puerta de la camioneta y ladeó la cabeza para que el pelo le cayera en una perfecta cascada sobre el hombro.

—Anoche volví a salir con Karloh Cousins.

La tranquilidad con la que Ashley había pasado de Clint, el hermanastro de Rory, al jugador de baloncesto debería justificar lo que había hecho Rory, pero Clint estaba destrozado y ella, cada vez más preocupada por él. No le había cogido el teléfono en los tres días que habían pasado desde la fiesta de cumpleaños, cuando Rory se había acostado con un desconocido.

—A Karloh le encantaron las trufas de chocolate que me diste —añadió con su carisma seductor e innato—. ¿Podrías preparar unas

cuantas más, porfa?

¿Cómo iba alguien a resistirse a Ashley cuando ponía esos ojillos de Bambi, como si la otra persona fuera la más fascinante de todo el planeta?

—Y ¿a lo mejor podrías poner el logo de los Bulls encima?

A Rory no le apetecía desprenderse de otra tanda de sus trufas de chocolate y chile, y mucho menos añadirles encima el logo de los Chicago Bulls, pero traicionar a la única amiga que había hecho en los seis meses que llevaba en la ciudad requería algún tipo de penitencia.

—La semana que viene las preparo.

—¡Eres la mejor! —La frente lisa de Ashley se arrugó con un encantador ceño fruncido—. Odio tener que pedírtelo, pero te querré eternamente si se las puedo dar mañana.

—Claro. —Vivir con la culpa era una auténtica putada.

—La puerta de tu piso no estaba cerrada con llave, y sabía que no te importaría, así que te he cogido prestado el bolsito retro, que hace juego con mi vestido negro. —Ashley se la quedó mirando con aire malévolo—. A Karloh le encantan las prendas ceñidas. A Clint también. —Durante una fracción de segundo, Ashley pareció enternecerse. Quizá sí que se había enamorado. Pero el amor no era lo que motivaba a su amiga. O quizá Rory había cometido un error colosal al meterse por medio.

Cometer errores era lo que mejor se le daba. Confiar en Jon, mentirle a Ashley y traicionarse a sí misma acostándose con un rico jugador de fútbol americano que le había dejado dinero en la mesita de noche. Como no iba a tener que verlo nunca más, tarde o temprano pasaría página de ese error, pero los otros no se esfumarían con tanta facilidad. ¿Quién era ella para jugar a ser Dios con las vidas de los demás, sobre todo cuando la suya se desmoronaba?

Ashley se recompuso enseguida.

—Me tengo que ir. Gracias por el bolso, corazón. —Con un saludo rápido, una sonrisa radiante y un meneo de su espectacular melena, Ashley se marchó del garaje.

Una vez más, Ashley la había manipulado. Sabía con creces que Rory no le dejaría así como así el bolso de su madre, así que había entrado en su piso y lo había cogido. Siempre que Rory abría el bolsito de satén rojo, se imaginaba que dentro aún perduraba el olor del perfume de su madre. Pero Ashley siempre conseguía lo que quería, ya fuera un bolso, unas trufas de chocolate artesanales o un atleta rico.

Rory clavó la mirada en el sucio parabrisas. Cuando murió su madre, ella tenía solo cinco años, y ya no estaba segura de qué recuerdos eran reales y cuáles había creado ella con el tiempo. Menuda ironía. Dos años atrás, al fallecer su padre de un infarto, se quedó triste y sorprendida, pero como él siempre fue una persona

emocionalmente distante, por quien más lloraba Rory era por su madre.

No podía quedarse ahí sentada, compadeciéndose de sí misma, solo porque su vida no iba a ninguna parte. Tenía que encontrar a Clint. Hablar con él. Asegurarse de que estaba bien, porque la última vez que lo había visto no se lo había parecido. Y debía ir a trabajar.

Cuando se giró para bajar de la camioneta, vio algo en lo que no se había fijado al subirse.

Las estanterías que hacía nada había llenado con caramelos y chuches estaban vacías. Antes de marcharse por patas, Jon se lo había llevado todo menos la camioneta.

Capítulo 2

La casa de Clint era excesiva en todos los sentidos. Una mansión que recordaba a un castillo de caliza blanca con chimeneas, balcones, tejado de pizarra a dos aguas y una torrecilla. Nada era demasiado para el hijito de Gregg y Kristin Garrett. La casa no podía ser más diferente de la de estilo colonial, de ladrillo rojo, del lago Harriet de Mineápolis donde habían crecido Rory y Clint. Rory aparcó el Palacio Real del Dulce detrás de la casa, lejos de la vista de los demás residentes del pudiente barrio de Burr Ridge. Cruzar la autopista por el carril derecho con una vieja gastroneta rosa y lila que traqueteaba agotada había sido humillante, pero por culpa de sus malas decisiones, aquella tartana de petróleo era su único modo de transporte. Apretó el volante con las manos y apoyó la frente en él. Rory tenía treinta y cuatro años, ya no era una niña, y tan solo había entrado en el negocio de los *food trucks* porque lo había interpretado —erróneamente— como un trampolín para alcanzar su verdadera pasión. Desde el primer año de universidad, en el que faltó a Psicología para asistir a un taller de elaboración de chocolate, había soñado con ser chocolatera.

Con los años, había trabajado en restaurantes y en empresas de cáterin para mantenerse mientras hacía prácticas no remuneradas con todo aquel chocolatero que la aceptara. Aprendió a atemperar como era necesario ese ingrediente tan técnico teniendo en cuenta el clima, la temperatura y la humedad. Estudió cómo moldearlo y rematarlo, y descubrió que era capaz de identificar de dónde procedía un haba de cacao solamente por el olor. Con el paso de los años, había entendido que un chocolate elaborado con maestría despertaba todos los sentidos: la vista y el olfato, el sabor y el apetito, incluso el oído gracias al conocido crujido de una tableta bien hecha. A diferencia de los seres humanos, un chocolate elaborado de forma impecable jamás decepcionaba.

Rory se obligó a bajar de la camioneta. La larga ventana que se abría para vender las mercancías estaba cerrada, así que el toldo rosa y lila estaba guardado en el vacío interior. Tuvo que cerrar la puerta dos veces antes de que el pestillo se enganchara. Por duro que hubiera trabajado, no estaba en absoluto más cerca de hacer realidad sus sueños y ganarse la vida como chocolatera que cuando empezó. Estaba paralizada, atascada, sin planes para el futuro y sin idea de cómo seguir adelante.

Rodeó la casa y se dirigió hacia el camino de entrada. A ambos

lados de la gigantesca puerta principal de la mansión había podas ornamentales. Vio su propio reflejo en una de las ventanas: rizos rubios recogidos en un moño alto, blusa sin mangas roja y blanca con collar de Peter Pan, pantalones piratas azules de los años cincuenta, chanclas de Walmart y pendientes de baquelita roja con forma de corazón que no la habían animado como había esperado.

Llamó al timbre y oyó el lejano tañido, que reproducía la melodía de *Hail to the Victors*, la canción de guerra de la Universidad de Míchigan. «¿En serio?». La Universidad de Boston, la que habría sido su *alma mater* de haber terminado la carrera, contaba con una canción de guerra, pero no con un equipo de fútbol, y esa fue la razón principal por la que la había elegido, además de la gran distancia que la separaba de su casa de Minnesota.

Nadie respondió. El timbre era inalámbrico, así que Rory probablemente aparecería en el móvil de Clint. Lo saludó. Intentó sonreír. Nada. ¿No debería tener mayordomo o algo?

Se sometió a otras dos rondas de *Hail to the Victors*, pero nadie apareció en la puerta. Pensó en todas las veces en las que había deseado que Clint la ignorase y que vengarse así era una puta mierda.

Hurgó en el bolso de cuero remendado, una de sus mejores compras de mercadillo, y sacó la llave que Clint le había dado, a pesar de cuánto había protestado ella con que jamás la usaría. Pero su hermano había estado en lo cierto, como siempre. Era el hijo pródigo, con una lista de logros que hacía que la vida de Rory resultara todavía más patética en comparación. Rory Meadows Garrett había dejado la universidad, era la propietaria de un negocio fallido y un desastre con patas. Clint Garrett era un *quarterback* multimillonario de la Liga Nacional al que todo el mundo adoraba.

Rory entró en el recibidor de mármol y observó los pedestales griegos, los candelabros resplandecientes y la consola dorada.

—¡Clint! ¡Clint, soy Rory!

En la casa vacía había eco. Rory la recorrió a toda prisa: un comedor elegante, un salón espacioso, otra sala fastuosa… Todas las estancias eran caras y estaban decoradas en exceso, aunque ¿quién era ella para criticar la decoración de nadie? Regresó al recibidor y volvió a llamar a su hermano a voz en grito, pero allí no parecía haber nadie.

Su vista se clavó en el techo abovedado. En uno de los frescos, varios querubines traviesos bailoteaban alrededor de los candelabros y se mofaban de ella. Los querubines quizá fueran un reflejo de la parte sensible de su hermanastro o quizá fueran un detalle irónico. Con Clint nunca se sabía, y les hizo una peineta.

La cocina se encontraba al final del largo pasillo de mármol. Otros dos candelabros de cristal colgaban sobre la isla central. Por supuesto que había candelabros en la cocina de Clint. ¿Qué *quarterback*

profesional y multimillonario con pies rápidos y brazo de oro no los tenía? Rory reparó en el suelo de piedra, en los armarios blancos lacados y en las frías encimeras de granito negro, cuyos bloques habrían servido sin problemas como lápidas. O para atemperar chocolate a mano. Ojalá estuviera atemperando chocolate en aquellos momentos.

Dejó el bolso en la encimera. En la cocina había una barra de cafetería con una máquina para preparar expresos. Clint Garrett no era de los que bebían cafés normaluchos.

Por toda la cocina retumbó *Hail to the Victors*. ¿Sería su hermano? A lo mejor se había emborrachado y había perdido la llave. Tras ignorar a los querubines que retozaban por encima de ella, Rory corrió por el resbaladizo suelo de mármol negro del pasillo. Era su oportunidad de arreglar las cosas. Abrió la puerta de par en par.

Y se encontró con nada menos que con Darth Vader.

***

Rory le cerró las puertas en las narices y se apresuró a cruzar el pasillo de mármol en dirección a la cocina.

¿Cuánto tiempo había transcurrido de verdad antes de que Darth la hubiera sacado de la fiesta cuatro noches atrás? ¿Veinte minutos? ¿Treinta?

O sería más preciso decir que ella lo sacó a él de la fiesta.

«¿Adónde podemos ir?». Se estremeció al recordar haber pronunciado esas tres palabras.

Era un deportista con ropa de diseñador —casi con toda seguridad, un deportista casado—, y esa voz susurrante y ebria no debería haberle pertenecido a ella. Pero él fue muy hábil y muy seductor, y Rory estaba muy mareada y muy necesitada.

«Me alojo en este hotel», le susurró él.

«Enséñame tu habitación».

El alcohol y la autocompasión formaban una combinación letal.

***

Mientras Brett contemplaba la puerta que le habían cerrado en toda la cara, su cerebro se puso en marcha y sopesó su siguiente movimiento. Aquel lío no se arreglaría por sí solo, y él no era de los que huían de los problemas. Necesitaba analizar a su rival, descubrir sus puntos débiles y usarlos en beneficio propio. En función de cómo reaccionase su rival, tal vez debiera ponerla a la defensiva o tener que conquistarla. En el peor de los casos, podía echar mano de un amor a

primera vista, aunque le costaría la vida decírselo. Era un tipo agresivo y en ocasiones implacable, pero jamás hacía nada inmoral.

Aquel aprieto lo iba a poner contra las cuerdas.

***

Una nueva ronda de *Hail to the Victors* atronó por toda la casa. Rory se tapó los oídos con las manos y se desplomó en un taburete de cuero blanco de la cocina. La imagen de esos cinco billetes de cien dólares estaría eternamente grabada a fuego en su cerebro; era el pago por sus servicios.

La puerta trasera se abrió con cuidado. Rory levantó la cabeza.

Darth Vader entró en la cocina, y su presencia enseguida se adueñó de la estancia. Ella saltó del taburete.

—¡Lárgate!

Pero se quedó donde estaba, fulminándola con esos ojos gris acero. En la fiesta, la luz de la terraza era tenue y en la habitación estuvieron casi a oscuras, y verlo de pronto fue como ver a alguien a quien solo reconoces ligeramente pero sabes que no quieres volver a ver. Llevaba camisa sin una sola arruga, pantalones oscuros con una raya perfecta y mocasines granates que lucían el logo de Gucci. Todo en él desprendía manipulación y mente perversa.

—Julieta —la saludó con un asentimiento—. ¿Dónde está Clint?

—Dímelo tú —le contestó.

Era un hombre alto y esbelto, y seguramente tendría la misma edad que ella, con el pelo oscuro como los bombones de licor que preparaba Rory. Tenía la mandíbula demasiado cuadrada, los pómulos demasiado marcados y los ojos demasiado atentos para ser el chico mono que era. En él todo era dominación y control.

—¿Tu esposa conoce tu sucia costumbre de acostarte con mujeres borrachas? —Lo taladró con la mirada.

—¿Esposa? —Bajó un poco la nariz para lanzarle una mirada de depredador.

—Es fácil olvidar a la mujer que te espera en casa, ¿verdad? La que mira al reloj mientras los niños duermen en el piso de arriba y tú andas por ahí tirándote a todo lo que se mueve. —Se le ocurrió una nueva y espantosa idea—. ¡Fijo que está embarazada! Más te vale que yo no lo esté, porque te juro por Dios que, si lo estoy, te mataré con mis propias manos y convenceré a tu esposa para que me ayude a ocultar el cadáver.

—Cálmate, anda. —Curvó los labios—. Cuando uno tiene cuatro hijos, de vez en cuando necesita descansar.

—¡Cuatro! —¿Se estaba riendo de ella?

—Cinco. Me olvidaba a Roland. Nos deshicimos de él porque hacía demasiado ruido. Y, si te digo la verdad, Ambrose está a punto de correr su misma suerte. Tiene asma.

Rory soltó un inesperado suspiro de alivio.

—No tienes hijos.

—No.

—¿Esposa?

—Tampoco.

—¿Prometida? —Una vez más, se cabreó con él—. ¡No me mientas! Sé que hay alguien a quien le has sido infiel.

Él vaciló durante unos segundos antes de tomar la palabra.

—A mis principios.

—¿A tus principios? ¿Qué me dices de los míos?

—No tengo ni idea de cuáles son los tuyos —terció con voz serena —. No nos conocemos, ¿recuerdas?

—¡Exacto! —Rory se tomó unos instantes para recomponerse—. ¿Cómo has entrado?

—Tengo una llave.

«¿A cuánta gente le ha dado Clint una llave?».

—¿Quién eres? —le preguntó—. Además de una cara que recé por no volver a ver jamás.

Los ojos fríos y acerados de él se volvieron más fríos y más acerados si cabe.

—Soy el representante de Clint. Brett Rivers. Y tú eres Rory Garrett, su hermana, una información que ojalá me hubieras facilitado antes de nuestro… encuentro.

¿En serio la culpaba a ella de lo ocurrido?

—Soy Rory Meadows. Y ¿por qué debería habértelo contado? ¿Para que me hicieras la pelota?

—En lugar de hacerte otras cosas… —La comisura de los labios de él se alzó—. Perdona. Mi lengua a veces tiene vida propia.

Rory se lo quedó mirando con incredulidad.

Él no parecía avergonzado en absoluto por el comentario sumamente inapropiado que acababa de hacer.

—¿Está tu hermano por aquí?

—Mi hermanastro, y no, no está, así que lárgate.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Brett sacó el móvil, echó un ojo a la pantalla y lo volvió a guardar en el bolsillo antes de dirigirse hacia la cafetera.

—¿Hay café?

—¿Por qué? ¿Necesitas contrarrestar la borrachera? ¿Otra vez?

—Con el debido respeto, señorita Garrett…

—Y dale. Que es Meadows. Utilizo el apellido de soltera de mi

madre.

—Señorita Meadows, pues. Hace cuatro noches, yo no fui el único que bebió demasiado. —Ahora que la tenía donde quería, no pensaba cortarse—. Usé protección, así que, si estás embarazada, yo no soy el responsable del bombo.

Rory intentó recordar el momento en el que vio a Brett Rivers desnudo. Tenía un poco de vello oscuro en el pecho musculoso y un culo estrecho y duro que sin duda ella había estrujado con los dedos. No se acordaba de gran cosa, tampoco del preservativo. Sin embargo, en eso sí se fiaba de él. Era demasiado calculador como para arriesgarse.

—Claro. Eres uno de esos que va por ahí con los bolsillos llenos de condones por si se topas con una…, con una mujerzuela. —Aquella palabra se materializó en su mente directa desde el cartel de los años veinte del siglo pasado que había sobre la librería de su destartalado piso.

—¿Una mujerzuela? —Brett arqueó una ceja oscura—. Tu actitud hacia tu propio sexo está pasada de moda y resulta ofensiva. —Con cierta decepción, como si Rory hubiera suspendido su examen de corrección política, se encaminó hacia la cafetera.

No podía creerse que ese tío hubiera logrado ponerla a la defensiva. Expulsó de su cabeza el indeseado recuerdo del largo y profundo beso que le ofreció con esa boca frívola y engañosa.

—Oye, que no soy yo la que va por ahí con puñados de condones en los bolsillos, y seguro que cerca de aquí hay un Starbucks, por si eres un adicto a la cafeína.

—Es probable, y los condones estaban en la habitación del hotel. —Levantó la tapa del depósito del grano y vertió unos cuantos en el molinillo. Mientras la máquina los molía, Brett la observó como si tuviera que asimilar lo que tenía ante sí: a una mujer rara de pelo rizado que no guardaba gran parecido con su famoso hermano, a excepción del color de los ojos, y que no se asemejaba en nada a las mujeres que sin duda habría guardado en la agenda, seguramente ordenadas por el tamaño de las tetas.

Rellenó de agua la cafetera y empezó a preparar café. Mientras esperaba, sacó de nuevo el móvil del bolsillo.

El silencio la estaba poniendo nerviosa, y el nudo de tensión que se le había formado en el estómago se volvió casi insoportable.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —le preguntó.

—En la fiesta. Hace cuatro noches. ¿Y tú?

—Igual. Y no está aquí, así que ya te puedes ir.

Brett se recostó en el borde de la barra con el teléfono en la mano.

—¿Dónde va cuando lo está pasando mal? Eres su hermana. Seguro que se te ocurre algo.

—Hermanastra —repitió.

Clint y ella nunca se habían llevado superbién y, a pesar de sus buenas intenciones, Rory debería haber dejado que la aventura con Ashley se desarrollase por su cuenta. Tarde o temprano, Clint habría entrado en razón. Pero había muchos números de que hubiera sido después de un rápido viajecito a Las Vegas para casarse sin hacer separación de bienes.

Se metió la punta de los dedos en los bolsillos de los piratas.

—No tengo ni idea.

—¿Y eso? —Él se la quedó mirando con más atención—. Tengo entendido que eres su única hermana.

—Tiene seis años menos que yo. No estamos demasiado unidos.

—La noche que nos conocimos, recuerdo que lo llamaste *capullo*.

—Ni de coña. —Pero estando borracha era algo plausible.

—En ese momento, pensé que no eras una amante de los deportes, pero veo que había algo más. —La señaló con el móvil—. Es interesante que Clint se preocupara por ti la noche de la fiesta, cuando desapareciste.

—¡Desaparecí contigo! —No podía seguir conteniéndose—. ¡Y me dejaste dinero!

Brett alzó la mano que tenía libre. Era enorme y ancha, con dedos puntiagudos del tamaño perfecto para encontrar los nudos de una pelota de fútbol americano.

—Un error de cálculo que lamento profundamente.

—¿Quién hace eso? ¿Quién deja dinero así como así? ¿Qué clase de tío eres, además de un antiguo jugador de fútbol que no era lo bastante bueno en el campo de juego y que decidió hacerse pasar por representante de deportistas?

—Ahora te estás pasando. —Le tocaba a él ponerse al ataque—. Para refrescarte la memoria, te diré que estábamos manteniendo una conversación sobre ganar dinero.

—¿Y?

—Me preguntaste si se me ocurría alguna idea de cómo podías ganar dinero.

—Y ¿pensaste que eso significaba que me estaba ofreciendo?

—Fue por la forma en la que lo dijiste. —Dejó a un lado el café que estaba a punto de servirse—. Te pusiste en plan coqueta.

—¿Coqueta? Yo no me he puesto coqueta en mi vida.

—Y tanto que sí. Y todos sabemos que algunos de los que asistieron a la fiesta suelen aparecer por ahí con guapas acompañantes de lujo.

Rory puso las manos en las caderas de sus pantalones azules.

—Si crees que me parezco en algo a una guapa acompañante de lujo, más vale que vayas al oculista. —Se detuvo antes de enumerar sus defectos: pelo demasiado rizado, ojos demasiado grandes, cara

demasiado redonda, boca demasiado pequeña, piernas demasiado cortas…

—Ahora que es de día, veo que me equivoqué. Eres guapa, pero no es una guapura superficial. Eres demasiado interesante para quedarte ahí. Por eso me intrigaste.

—Eres un fantasma. —Lo miró con el gesto torcido.

En lugar de negarlo, Brett sonrió.

—Soy representante. Hay que saber adaptarse a la situación.

Su encanto profesional y ensayado tal vez funcionara con atletas egocéntricos, pero no con ella.

—¿Tienes alguna idea de lo insultante que fue que me dejaras pasta?

—La forma en la que rompiste los billetes me lo dio a entender.

—Y ¡ese dinero me habría ido de perlas!

Brett se la quedó mirando por encima de la taza de café.

Rory se encogió.

—Creo que hemos terminado.

Él bebió un lento sorbo de café. Olía bien, pero Rory no pensaba servirse uno ni de coña. Con una víbora como ese tío, pensaba mantener las distancias.

—Esa gastroneta lila y rosa aparcada ahí detrás… —Ladeó la cabeza—. El Palacio Real del Dulce. Supongo que es tuya, ¿no? Es raro ver algo como eso cerca de la casa de Clint.

—Mi coche está en el taller. —Cuando lo vendió para pagar las provisiones, su viejo Nissan necesitaba pastillas de freno, así que a lo mejor era verdad—. De hecho, soy chocolatera. —Una chocolatera sin negocio. Algún día lo resolvería. Aunque llevaba años diciéndoselo.

—No parece que tengas gran cosa que vender —comentó él.

—¿Has entrado en la camioneta?

—No estaba cerrada con llave. —En lugar de seguir con la conversación, Brett cogió la taza de café y cruzó una puerta cerca de la sala del mayordomo.

Rory echó a correr tras él.

—¿Adónde vas?

—A ver si hay alguna pista.

—No puedes registrar su casa sin permiso.

—Ven conmigo para asegurarte de que no robo nada.

En realidad, Rory no creía que fuese a robar nada, pero lo persiguió como alma que lleva el diablo —o lo más cerca a eso que le permitían las chanclas de Walmart— y se detuvo en seco.

Solo había estado una vez en la casa de Clint, pero no había llegado más allá del despacho. De un techo desprovisto de querubines colgaba un triple candelabro de cristal. Las molduras de cornisa, además de la elaborada chimenea de mármol, lucían una sucesión de

volutas y hojas de acanto. Una alfombra persa cubría el suelo de piedra y un par de librerías empotradas con más volutas presumían de una colección de libros que probablemente su hermano no había leído. El detalle más impresionante de la habitación era la enorme cristalera de altas ventanas que daba al cuidado jardín. Era una estancia rara pero llamativa, siempre y cuando a uno le gustara la decoración recargada y barroca.

En el centro de la ventana cuadrada que daba directamente al jardín, se encontraba su mesa, un escritorio estilo Luis algo con adornos en los extremos, patas cabriolas y marquetería de latón. Era un escritorio ridículo para un jugador de fútbol americano, y Rivers había empezado a abrir los cajones.

De pronto, la parte superior de la mesa se abrió y apareció un moderno ordenador del interior, como si se tratara del fantasma del entrenador Vince Lombardi. Brett lo encendió.

—A ver qué tenemos aquí.

—Prueba «SOYELMEJOR» como contraseña. Una sola palabra, todo mayúsculas.

—Veo que le tienes algo más que un poco de rabia a tu hermano. —No levantó la vista del ordenador.

—Es la típica rivalidad fraternal. —No tan típica. Crecer a la sombra de un hermano menor que sobresalía en todo, mientras que Rory solo sobresalía en meterse en problemas, le había causado heridas que ya deberían haberse curado. Aun así, se preocupaba lo suficiente por él como para haberlo librado de Ashley, ¿o no?

Aunque aquello tampoco le había salido demasiado bien.

Se toqueteó uno de los pendientes de baquelita.

—A lo mejor necesita pasar tiempo a solas. —Pero Clint era un animal social, y solamente una crisis enorme lo habría llevado a marcharse solo.

—Lo conozco y sé que no es eso. —Rivers seguía con lo suyo.

¿De verdad se había acostado con ese capullo arrogante que pintaba tan poco en su vida como un vestuario de la Liga Nacional?

—Estamos en junio —insistió—. Los entrenamientos no empiezan hasta el mes que viene, así que ¿por qué tienes tanta prisa?

Por lo visto, «SOYELMEJOR» no era la contraseña correcta, como tampoco las otras que Brett había probado, porque había dejado a un lado el ordenador.

—Tengo que encontrarlo y punto.

—Yo también tengo que encontrarlo. —Le lanzó la misma mirada terca que él le había dedicado.

Brett se marchó de la habitación y la dejó persiguiendo el rastro de su carísima loción de afeitado. Rory quería decirle a Clint que había hecho lo imposible para impedir que su representante arrasase su casa

sin permiso.

—¡Para!

Rivers la ignoró, que fue una suerte, ya que ella también tenía ganas de saber si Clint había dejado alguna pista sobre su paradero.

Pasaron de una habitación a otra, mientras Brett se detenía de vez en cuando para escribir un mensaje de texto. Echaron un vistazo al gimnasio y a la sauna. En la casa había zonas clásicas, otras más modernas, una sala de cine gigantesca, un gimnasio y cinco dormitorios. Nadie debería tener tantísimo dinero.

Clint le había ofrecido dinero a Rory más de una vez, y cada oferta era un recordatorio tangible de la distancia que los separaba. Con los dientes apretados, ella le daba las gracias por su generosidad y le aseguraba que se las apañaba bien por su cuenta. Si su hermano sabía que le mentía, no se lo había echado en cara. Rory se pasaría la vida entera sirviendo mesas antes de aceptar el dinero de su hermano pequeño.

—¿Has hablado con tu madre? —le preguntó Rivers cuando se acercaron al dormitorio principal.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años.

—Perdona. Y sé que tu padre falleció hace dos. ¿Has hablado con la madre de Clint?

—Kristin y yo nos evitamos tanto como nos es posible.

—Tu hermano, tu madrastra, yo. Menuda lista de enemigos que tienes. Pero vas a tener que llamar a Kristin. Si la llamo yo, solo conseguiré que se preocupe.

Era cierto. Kristin era una experta en lo que respectaba a preocuparse por su hijito.

—Clint no ha vuelto a Mineápolis.

—¿Estás segura?

—Está triste por la ruptura con Ashley Hart, y la última persona a la que visita cuando está triste es a su madre. ¿No conoces a Kristin?

—Claro. Es muy maja.

No era la palabra que Rory usaría para describir a su criticona madrastra.

—Clint sabe que, si va a casa, lo único que hará Kristin es llevárselo a comer un helado y comprarle un nuevo videojuego.

Rivers no tenía los recuerdos asfixiantes de Kristin mimando a Clint, por lo que sonrió.

—No suena mal. —Abrió la puerta del dormitorio de Clint.

Todos los dormitorios estaban bien amueblados, pero aquel parecía los aposentos personales de María Antonieta. En el techo azul había un fresco de nubes esponjosas, árboles frondosos y pastoras de mejillas rubicundas. Una imponente chimenea ocupaba casi toda una pared y un par de puertas altas y estrechas daban a uno de los pequeños

balcones que Rory había visto desde detrás de la casa.

—No sé cómo puede dormir aquí. —Pero aun al decirlo pensó que tal vez fuera tranquilizador quedarse dormida ante la atenta vigilancia de esas pastorcillas de mejillas coloradas.

Mientras ella se acercaba a las puertas del balcón, Rivers se quedó mirando el techo.

—Seguro que aquí no solamente duerme. —Se aproximó a la mesita de noche, pero titubeó antes de abrir el cajón—. Quizá sería mejor que tú le echaras un vistazo.

—Ni lo sueñes. —A saber cuántos juguetes sexuales podía haber ahí. Rory se estremeció, abrió una de las puertas y salió al pequeño balcón con barandilla de hierro. Desde donde estaba, veía los jardines traseros y la piscina, que brillaba bajo el sol de media tarde.

Otra cosa llamó su atención. Era algo que estaba tan fuera de lugar que Rory tardó unos instantes en saber de qué se trataba.

Debajo del balcón había un cuerpo sobre el patio de piedra, con el torso torcido, las largas piernas separadas y el pelo rojizo y sedoso empapado en un charco de sangre.

Capítulo 3

Ashley llevaba un vestido veraniego, pulseras de plata y las mismas sandalias que llevaba el día anterior cuando hablaron por última vez en el garaje. Incluso muerta estaba guapa, siempre que no la mirasen a la cabeza. Rory no podía dejar de temblar. El sol de junio incidía en ella, implacable. El cuerpo de Ashley estaba en el patio, delante de ella.

—Debe de haber…, de haberse caído del balcón.

Rivers era un tío frío y eficiente, parecía como si cada dos por tres se topara con un cadáver, aunque ese comportamiento tal vez formara parte de su versión de supervillano, porque estuvo a punto de caérsele el móvil cuando se lo guardó después de llamar a la policía. Levantó la vista hacia el balcón.

—Las puertas estaban cerradas hasta que tú las has abierto.

Un hecho que Rory ya había tenido en cuenta, pero que no había podido asimilar aún. Histérica, pasó la mirada por la piscina y por el jardín.

—A lo mejor no se ha caído. A lo mejor ha venido aquí, ha resbalado con una de las piedras y se ha dado un golpe en la cabeza.

—¿Eso crees?

No, no lo creía. Las losas del suelo eran lisas, y hasta para un ojo inexperto como el de Rory había algo raro en el ángulo de los brazos de Ashley, así como el estado de su pelo, que sugería que se había caído desde arriba.

—Tiene que haber una explicación lógica.

—Seguro que sí —asintió él—. Pero puede que no nos guste.

—¿A qué te refieres con eso? —Ya sabía a qué se refería Brett. Si Ashley había salido al balcón y se había caído por accidente, las puertas habrían estado abiertas cuando Rivers y ella entraron en el dormitorio.

Rivers había echado un vistazo por la ventana del garaje con espacio para cinco vehículos y la había informado de que faltaba el Range Rover de Clint. Rory no sabía que Clint tuviera un Range Rover ni ninguno de los otros tres coches que según Brett seguían en el interior del garaje. ¿Dónde estaba Clint?

—Entra en la casa y espera a que llegue la policía —le pidió—. Yo me quedo aquí.

Rory no pensaba esconderse dentro mientras él montaba guardia fuera, pero no podía mirar al cuerpo de Ashley. Al darse la vuelta, recordó la absurda frase de una camiseta que algunos amigos le

habían regalado antes de que se mudara: «El chocolate es para una mujer lo que la cinta americana para un hombre. Lo arregla todo».

Pero ni siquiera el chocolate arreglaría lo que había sucedido.

***

Rivers se marchó con el más joven de los detectives, mientras que el otro, el inspector Strothers, un hombre que recordaba a una versión muy poco simpática de Eddie Murphy con grandes entradas, gafas de montura negra y un bigote cuidado con esmero, la interrogaba a ella en la cocina.

—¿El señor Rivers y usted se encontraban en el dormitorio del señor Garrett porque los dos estaban preocupados por él?

Rory ya había pasado por aquello.

—No me cogía el teléfono, y necesitaba hablar con él.

—Cuénteme de nuevo por qué era tan urgente.

No solía ser una mentirosa, pero no pensaba confesar el papel que había tenido en romperle el corazón a su hermano.

—Su madre y yo tenemos una relación complicada. Quería hablar con él al respecto.

—¿Durante cuánto tiempo estuvieron saliendo su hermano y la señorita Hart? —El tipo se frotó el bigote con el pulgar.

—Unos cuantos meses. Mi hermano sale con muchas mujeres, y Ashley era una de ellas. —No pensaba decirle que Clint se había enamorado de su amiga.

—Pero ha comentado que habían roto, así que ¿por qué cree usted que vendría aquí?

Era una pregunta que Rory ya se había hecho varias veces. La única respuesta que se le ocurría era demasiado horrible como para pensarla siquiera. ¿Y si Ashley había descubierto que Rory le había mentido y había ido hasta la casa con la esperanza de reconciliarse con Clint?

—No tengo ni idea.

Supuso que el detective insistiría, pero pasó a otra cuestión.

—Las puertas que dan al balcón. Según usted, estaban cerradas. ¿Con llave?

—Solo con el pestillo, así que es posible que el viento las hubiera cerrado de un golpe. —En toda la mañana no se había levantado ni un poco de viento.

—¿Por qué las ha abierto?

Porque necesitaba hacer algo que no fuera mirar a Rivers y recordar los detalles de la noche que compartieron.

—Quería admirar las vistas.

—Usted conoció a la señorita Hart el día que se mudó a su piso. —

Se subió las gafas por el puente de la nariz—. De eso hace seis meses, ¿no es así? ¿Por qué se mudó a Chicago?

Ya le había formulado esa pregunta.

—Porque un antiguo compañero de piso quería que fuera su socia para llevar una gastroneta que vende chucherías.

Como Chicago era la ciudad de Clint, Rory había dudado en trasladarse allí, pero Jon había insistido erróneamente en que Chicago era el mejor lugar donde arrancar el negocio. También había estado dispuesta a hacer un cambio, y en algún lugar de su cabeza vender caramelos y chucherías en una gastroneta era dar un paso en dirección a convertirse en chocolatera a tiempo completo.

—La camioneta que está aparcada ahí detrás. —El inspector se acarició el bigote—. Usted la ha conducido hasta aquí desde su piso. Hay unos treinta kilómetros de distancia.

—Ahora mismo, es mi único modo de transporte.

—Pero su hermano es un hombre muy rico.

No era buena idea perder los estribos con la policía, y Rory se obligó a hablar con calma.

—Clint es muy rico. Yo no.

—Ya veo. —El detective Strothers se pasó una mano por la solapa de su americana—. ¿Alguno de los dos ha entrado en el cuarto de baño del dormitorio del señor Garrett?

—No. Allí todavía no hemos mirado.

—Por lo visto, han mirado en el resto de la casa. —Siguió hablando antes de que ella le respondiera—. ¿La señorita Hart le había hablado de alguno de los otros hombres con los que salía?

—Acababa de empezar con Karloh Cousins, el jugador de baloncesto. También me habló de un tío con el que había roto poco antes de conocer a mi hermano. Lo llamaba el Agente Inmobiliario y me dijo que él no se había tomado bien la ruptura, pero no llegué a conocerlo.

—¿Nunca le comentó su nombre ni dónde trabajaba? —El inspector escribía en su libreta.

—No.

—¿Le importaría enseñarme su camioneta? —le preguntó después de cerrar la libreta.

Esa petición la pilló por sorpresa.

—Claro —contestó vacilante.

En la camioneta hacía mucho calor, y Rory ya estaba sudando por los nervios cuando entraron. Strothers se fijó en las estanterías vacías. No había Skittles para los niños de la escuela, Kit Kats para los adolescentes ni M&M para las madres y los padres. Las Oreos habían desaparecido, igual que los Starbursts, las cajas de chocolatinas Reese's y los paquetes de ositos de gominola. Jon se lo había llevado

todo.

—¿La señorita Hart solía llevar el móvil en el bolso? —se interesó el policía.

—Siempre.

—Interesante. —Debía de tener calor con el traje, pero a diferencia de ella, no estaba sudando—. Hemos encontrado el bolso de la señorita Hart en el cuarto de baño del señor Garrett, pero no el teléfono móvil.

Eso explicaba por qué le había preguntado si Brett o ella habían entrado en el cuarto de baño. Señaló con un gesto el bolso de cuero remendado de Rory.

—¿Le importaría vaciar el contenido de su bolso?

—¿Cree que tengo yo su móvil? —Su intención de guardar la calma se evaporó.

—Es algo rutinario —terció con suavidad—. Así podré terminar mi informe.

Si Rory se negaba, tan solo daría a entender que escondía algo. Una gota de sudor se deslizó entre sus pechos mientras dejaba el contenido de su bolso sobre el asiento del conductor: cartera, llaves, chicle, tampones, calderilla, una bolsita de almendras y su móvil.

El inspector señaló el teléfono.

—Desbloquéelo, por favor.

Los dedos no le respondían, por lo que tuvo que intentarlo un par de veces. En la pantalla aparecía la foto que siempre le había gustado de una vieja cuchara rebosante de chocolate. Se lo tendió al inspector.

Cuando se quedó convencido de que era el teléfono móvil de Rory, se lo devolvió y le hizo señas para que salieran de la camioneta.

Un sedán Mercedes de color rojo metálico que parecía valer un millón de dólares estaba aparcado junto a su gastroneta. Solamente podía ser de Brett Rivers. En el patio, unos agentes de uniforme peinaban los arbustos.

—Una última cosa. —Por primera vez desde que la había interrogado, el detective la miró con expresión amable. De haber tenido más experiencia en interrogatorios policiales, Rory habría sabido a qué se debía ese gesto. Era una señal de que iba a atacar—. ¿Cuánto tiempo estuvo usted a solas en la casa antes de que apareciera el señor Rivers?

A Rory le dio un vuelco el estómago. No volvería a ver una película de Eddie Murphy en la vida.

—Pues… no lo sé con exactitud. ¿Quizá unos diez minutos?

—Ya veo. —El inspector asintió, pero ese asentimiento no resultó en absoluto amistoso—. Gracias, señorita Garrett. Estaremos en contacto.

***

¡Rory era una sospechosa! No tenía coartada para los diez minutos más o menos que había estado sola en la casa antes de que llegase Rivers y mientras Ashley yacía muerta en el suelo del patio.

Los paramédicos empezaron a cargar la camilla con el cuerpo de Ashley en una ambulancia. Rory tragó saliva con dificultad ante la espantosa realidad de que su amiga ya no fuera a pedirle prestada nunca más una de sus prendas *vintage*, contar un chiste verde o recordarle a Rory que su destino era hacer mucho más que vender chocolatinas desde la ventana de una gastroneta.

Recopiló todo lo que recordaba haber visto en las series de crímenes, y un hecho inquietante salió a la luz. Los forenses acotaban la hora aproximada de la muerte, así que, a no ser que Ashley hubiera muerto horas antes de la llegada de Rory, ella era una sospechosa en potencia.

Tenía que irse. Se subió a la camioneta y al final pasó por delante de la caravana de vehículos de emergencia que había enfrente de la casa. El detective Strothers estaba en el porche hablando con una mujer delgada con vaqueros, camiseta oscura y zapatillas deportivas. A juzgar por las bolsas de la compra que tenía a los pies, debía de ser el ama de llaves de Clint y otra persona más con una llave de la casa.

Cerca de una furgoneta de mantenimiento de la piscina, detrás de la camioneta del jardinero, vio a un tío fornido con una manguera enrollada en los brazos. En esa casa trabajaba mucha gente. El único que faltaba era el propietario.

***

El Palacio Real del Dulce había desaparecido. Brett se metió en el Benz, enchufó el móvil para cargarlo y se fue de la casa de Clint. No le gustaban las preguntas sin respuestas, y había demasiadas. ¿Dónde estaba Clint? ¿Por qué había ido Ashley hasta allí? Y ¿por qué su instinto le decía que Rory Meadows Garrett sabía más de lo que aseguraba?

***

Rory aparcó el Palacio Real del Dulce en el garaje. Cuando descendió del vehículo para bajar la destartalada puerta del garaje, vio a Rivers apoyado en el Benz rojo en el que se había fijado antes. Con el pelo engominado y la ropa a medida, difícilmente podía estar más fuera de

lugar que allí.

—Te he adelantado en la autopista. —Se guardó el móvil en el bolsillo—. Por el tubo de escape te sale un humo negro.

Era algo que Rory ya sabía.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué clase de coche conducía Ashley?

Brett se estaba haciendo las mismas preguntas que ella.

—Esa clase de coche. —Señaló hacia el Toyota Supra azul que ocupaba una de las tres estrechas plazas de aparcamiento detrás del bloque de pisos—. De hecho, ese es el suyo.

—En ese caso, ¿cómo llegó hasta la casa de Clint?

—Esa es otra pregunta que no puedo responder, detective. —La puerta del garaje se cerró con un chirrido—. ¡Yo soy sospechosa!

—Y ¿te enteras ahora?

—Déjame en paz. —Pasó junto a él y rodeó el garaje en dirección al edificio de pisos. La puerta trasera estaba abierta, y de ahí salió su casero. El señor Reynolds era alto y delgado, con la excepción de una ligera barriga que se asomaba por encima del cinturón que le ceñía los pantalones cortos. Llevaba el pelo cano repeinado y, como el detective Strothers, un bigote, pero el suyo era gris y desgreñado.

Rory avanzó por la acera agrietada, dejó atrás el huerto del señor Reynolds y se dirigió hacia la casa, embargada por la incomodidad al saber que Rivers le iba a la zaga. El señor Reynolds la saludó con su habitual asentimiento brusco. Se llamaba Oscar, pero Rory no se imaginaba dirigiéndose a él por su nombre de pila.

—Mañana pasa el camión de la basura —gruñó—. Si ves a tu amigo Toby, recuérdaselo.

—Vale. —Su «amigo» Toby era su vecino del tercer piso, un informático de veintitrés años que se había granjeado la cólera de su casero al activar la alarma del detector de humo un día que preparó patatas fritas porque Ashley le dijo que se le habían antojado. Como cualquier otro tío, Toby estaba enamoriscado de ella.

La realidad de que Ashley estuviera muerta volvió a golpear a Rory. Era una chica superficial, egocéntrica y manipuladora, pero no era mala persona y no merecía morir.

Rory no pudo reunir las agallas para contarle al señor Reynolds lo que había ocurrido, no con Brett Rivers pisándole los talones. Ya se lo contaría más tarde.

El anciano miró de arriba abajo a Rivers un par de veces, pero Rory no se lo presentó. Al abrir la puerta mosquitera para entrar, Rivers extendió un brazo para que no se la cerrara en las narices y la siguió. Por lo visto, el rey del universo podía ir donde le placiera.

El edificio de tres pisos de piedra gris del señor Reynolds era uno de los pilares de la arquitectura de barrios de Chicago. Con porches

delanteros empotrados y ventanas inclinadas hasta el techo, estas casas de dos, tres y cuatro plantas seguían salpicando la ciudad. La mayor parte la habían construido a principios del siglo veinte los hijos de los inmigrantes europeos como residencias multifamiliares. En el presente, casi todas se habían derruido o transformado en carísimas casas unifamiliares, pero los chicaguenses más viejos como el señor Reynolds seguían aguantando.

El anciano vivía en la planta baja y Ashley en la segunda, mientras que Rory y Toby alquilaban los dos pisos más pequeños y más destartalados que tiempo atrás habían sido uno solo de la última planta. Cuando Rory llegó al descansillo del segundo piso, fue incapaz de mirar hacia la puerta de Ashley. Se preguntó si la policía había llamado a su hermana. No se llevaban demasiado bien, pero Rory sabía que la hermana de Ashley era su único pariente cercano.

El piso de Rory estaba tal cual lo había dejado, pero no parecía el mismo. Rivers entró tras ella. Rory se lo imaginó juzgando el apartamento por lo que veía: paredes antaño blancas, suelo de madera irregular y techo amarillento. Pero el piso estaba limpio y el edificio, superbién situado.

Brett cerró la puerta, y ella se giró.

—¿Qué quieres?

Rivers contempló los muebles desparejados y las alpargatas que Rory había dejado junto al sofá.

—Cuéntame cosas de Ashley. ¿Erais buenas amigas?

—No pienso contarte nada.

No parecía incómodo ahí de pie, sin que nadie lo hubiera invitado a entrar.

—Sé que los dos hemos tenido un día muy duro, pero me están carcomiendo por dentro un par de preguntas. Y, a diferencia de a la policía, a mí me puedes contar cualquier cosa.

La tozudez con la que apretaba la mandíbula daba a entender que no tenía intención alguna de marcharse, y Rory también tenía preguntas. Era más fácil responder las de él que discutir al respecto.

—No éramos buenas amigas, pero se portó bien conmigo cuando me mudé a Chicago. —Cogió un poco de aire—. No me puedo creer que sea sospechosa.

—No tienes móvil. —Brett hizo una pausa—. ¿O sí?

—¡Pues claro que no! —Aunque quizá la policía opinaba diferente. Hermana leal cabreada con la exnovia que ha roto con su amado hermano empuja a la exnovia y la tira por el balcón como venganza.

Los ojos de Rivers se clavaron en el cartel enmarcado de una mujer de los años veinte del siglo pasado, situado sobre las estanterías, con la palabra *mujerzuela* escrita con letras azules sobre un fondo de color melocotón.

—Clint es un sospechoso mucho más creíble que tú.

—¡No digas eso! —Pero era lo que la policía debía de estar pensando. O había sido Clint o había sido ella.

—¿A ti qué más te da? Es un capullo, ¿recuerdas? —Rivers se acercó a una de las dos ventanas laterales de la estancia.

—Solo es un capullo para mí —replicó—. Es incapaz de matar a nadie.

Rivers miró por la ventana hacia la pared de ladrillos del edificio de cuatro plantas vecino.

—Es alto. Es fuerte. Tiene mala hostia. Ya has visto cómo se las gasta en el campo de juego.

—Se supone que tú estás de su parte —le espetó.

—Sí, así que esperemos que, esté donde esté, tenga una buena coartada.

Rory tenía la boca seca y la garganta áspera. Necesitaba beber agua, así que se dirigió hacia la cocina.

Entre el suelo de linóleo, los armarios metálicos lacados y la única ventana que daba al patio trasero y al callejón, su cocina era una reliquia del pasado. Como era de esperar, Brett la siguió; se sentía en su derecho como el mandamás del mundo que era.

—Veo que lo tuyo es una vida con todo tipo de lujos —comentó—. Por curiosidad, y sé que es meter el dedo en la llaga, pero ¿tu hermano megarrico sabe que vives de forma tan… austera?

—No me ha dado por invitarlo a venir aquí. —Abrió la nevera y sacó una jarra de agua con rodajas de naranja y pepino flotantes. Clint tampoco había visitado nunca el piso de Ashley, bastante más lujoso que el de Rory, porque Ashley siempre insistía en quedar con él en otro sitio. «La imagen lo es todo», le contó a Rory con su pícara sonrisa. «No hace falta que vea que vivo en un edificio Ravenswood de tres pisos».

—¿Qué es esto?

Al girarse, Rory vio que Rivers estaba junto a la mesa plegable de la cocina. Se había fijado en la bandeja en la que reposaban las dos docenas de trufas que el día anterior Ashley le había pedido que preparara a toda prisa para su nuevo novio. Rory tragó saliva con dificultad.

—Son mis trufas de chocolate y chile. —Si se ponía técnica, eran bombones, porque las había cubierto con una camisa de chocolate, pero en los Estados Unidos los términos *bombón* y *trufa* tendían a usarse indistintamente.

Mientras cogía un vaso de un armario, vio la copa de vino que había comprado en unas rebajas. Estaba adornada con una corona y con la palabra *reina* tallada en el cristal. Ashley siempre insistía en usarla cuando cenaba allí con ella. A Rory le escocieron los ojos. A su

amiga le encantaba la receta que le preparaba de berenjena con curri, cúrcuma y leche de coco.

—¿Eso de encima es el logo de los Chicago Bulls? —preguntó.

—Sí. —Como había hecho algunas variaciones en la mezcla de sabores, quería recabar opiniones, incluso la de él—. Sírvete tú mismo.

En lugar de meterse una en la boca como hacía la mayoría, la mordió por la mitad y la paladeó. Rory no se lo imaginaba apreciando la complejidad de los sabores, la fusión de dulce y ácido, el matiz de lima y el toque casi imperceptible de canela.

Brett se quedó mirando la mitad de la trufa.

—Puede que sea el mejor chocolate que he probado.

Seguía siendo un gilipollas arrogante, pero sabía detectar el buen chocolate. Rory se llenó el vaso de agua.

—Qué curioso, ¿verdad?, que lo haya preparado alguien que, hasta hace muy poco, se ganaba precariamente la vida vendiendo caramelos y chucherías con una diadema de plástico.

—¿Hasta hace muy poco?

—No estoy de humor para contarle la triste historia de mi ruina a un tío que conduce un Mercedes Benz y que cree que el resto de la humanidad es gravilla bajo las suelas de sus mocasines Gucci.

—Eres un poco injusta conmigo, pero me gusta algún que otro lujo. —Sonrió.

Rory bebió un buen trago de agua. Brett seguía examinando la mitad de la trufa que no había comido, como si estuviera buscando la clave de su sabor. Había tenido que experimentar durante antes de lograr perfeccionar la cobertura brillante, no tan amarga como el chocolate negro malo ni tan dulce o inferior como el chocolate con leche. Su pequeña máquina para atemperar estaba en la encimera. Y tenía los armarios y los cajones a rebosar de cuencos y moldes, espátulas y mangas pasteleras, todas las herramientas que había adquirido con el paso del tiempo.

—Esto se te da de coña —la felicitó tras terminarse la trufa.

—Pero no lo suficiente como para ganarme la vida. —Detestaba la imagen que daba, como si sintiera lástima de sí misma.

—Organízate mejor. Trabaja más.

A Rory le entraron ganas de asestarle un puñetazo.

—No tienes ni idea de cuánto he trabajado, pero resulta que da igual lo buena que seas: no me puedo ganar la vida vendiendo bombones artesanales en mercados de agricultores. —Cuando vivía en Manhattan, alquiló puestos en mercados de los cinco distritos, pero entre las tasas, la gasolina y su negativa a aceptar usar ingredientes más baratos, le tocó trabajar para empresas de cáterin y como camarera para mantenerse.

Rivers se recostó en el marco de la puerta, llenando el espacio con

sus hombros anchos y su pelo repeinado.

—Así que has venido a Chicago a hacerte rica.

De Mineápolis a Boston, luego a Nueva York y, finalmente, a Chicago. Una desagradable amargura tiñó su respuesta.

—No sé por qué, pero me convencí de que vender Snickers desde una gastroneta me acercaría un poco más a mi objetivo.

—¿Qué objetivo?

Rory visualizó la chocolatería. Una tienda pequeña y acogedora con un resplandeciente escaparate en el que mostraría todo su surtido, desde los bombones de licor hasta las trufas de frambuesa negra. No quería un establecimiento imponente e intimidante, decorado al estilo europeo. Su tienda tendría las paredes pintadas de azul, alfombras coloridas y armarios con puerta de cristal. En el mostrador de mármol blanco y desgastado, daría a probar sus dulces, desde los bombones de coñac hasta el guirlache de vainilla. En invierno, serviría humeantes tazas de chocolate caliente de Perú en mesas redondas rodeadas de sillas de madera antiguas. En la trastienda, dispondría de una cocina bien abastecida donde prepararlo todo. Pero no podía contarle nada de eso a Rivers. Se limitó a repetir las palabras de Ashley, que se iluminaron en su mente.

—¿Mi objetivo? Encontrar a un marido rico, claro.

Debía reconocer que Brett advirtió su sarcasmo.

—¿Como tu amiga Ashley?

—¿Te diste cuenta de lo que andaba buscando? —le preguntó.

—Conque es verdad.

—Sí.

—Y ¿por qué dejó a Clint por Karloh Cousins? Karloh gana bastante, pero no juega en la misma liga económica que Clint, ni de coña.

Rory sintió la absurda necesidad de confesarle lo que había hecho, pero terminó señalando las trufas.

—No lo sé. Cómete otra si quieres.

Brett escogió otra y, por segunda vez, la mordió por la mitad. En cierto modo, resultaba sensual cómo saboreaba el chocolate, como si no fuera un adicto al trabajo que desde que había entrado por la puerta había echado tres vistazos a su teléfono móvil.

—Clint no empujó a Ashley del balcón —le aseguró Rory—. Y ya va siendo hora de que cojas esa cartera tuya tan llenita de billetes. —Tenía derecho a estar resentida con él y no pensaba dejar escapar ni una sola oportunidad para recordárselo.

—No vas a olvidar ese desagradable error con el dinero, ¿eh?

Rory se frotó la oreja y notó los bultitos de los viejos *piercings* que se había quitado y se habían cerrado.

—Mira que últimamente me han pasado muchas cosas horribles,

pero lo de esa noche se acerca al primer puesto.

—Si no es el primer puesto, significa que puedo redimirme. —Se terminó el bombón.

—Guárdate tu encanto empalagoso para alguien a quien le cause algún efecto. —Cogió la manecilla del último cajón de la cocina. Era antiguo y estaba combado tras tantas décadas de repintura, y si lo abría demasiado fuerte se saldría. Lo abrió lo suficiente como para coger la llave de Ashley desde debajo de un montón de pósits—. Voy a registrar el piso de Ashley.

Ese comentario hizo que él le prestara toda su atención.

—Mala idea.

—No es una escena del crimen, y cuando no está por aquí yo voy a darle de comer a su gato. —Rory cerró el cajón con un golpe de cadera.

—Ha habido un asesinato. Entrar en su piso podría interpretarse como alterar las pruebas.

—¿Acaso ahora eres abogado?

—Pues resulta que sí, como la mayoría de los representantes de la Liga. —La siguió desde la cocina.

—Pero tú nunca has sido uno de esos abogados tan majos que defienden a los más oprimidos, ¿a que no? —repuso Rory—. Trabajabas en un bufete que cobra miles de dólares la hora y al que le encanta contratar a exdeportistas. Una empresa donde todo el mundo trabaja cien horas a la semana y se pasa el tiempo libre emborrachándose con *whisky* del caro.

Brett frunció el ceño y apretó los labios. Por fin había conseguido irritarlo.

—¿Cómo sabes que soy exdeportista? —le preguntó.

Era el turno de Rory de sonar condescendiente.

—Por tus hombros. Por tu cuerpo. Por tu actitud de superioridad.

—Eres una persona muy criticona. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Pues denúnciame. Ay, calla, que tú podrías.

—Ya no ejerzo la abogacía. —El ceño fruncido desapareció.

—¿No ganarías suficiente dinero?

En lugar de morder el anzuelo, Rivers se dispuso a atacarla.

—Me encanta el dinero y me encanta mi trabajo. Trabajo mucho, trabajo con inteligencia, y por eso soy el mejor en lo mío.

Detrás de tanto egocentrismo debía de haber algún punto débil. Todos los seres humanos, incluso el rey del universo, tenían debilidades, cadáveres en el fondo de un armario empotrado. Rory se dirigió hacia la puerta.

—Tengo que ir a echar un ojo al piso de Ashley antes de que la policía lo precinte. Quizá habló con Clint. Quizá dejó algo escrito.

—No puedes entrar y, obviamente, no puedes manipular ninguna

prueba potencial. —Le impidió el paso—. Nadie quiere encontrar a Clint más que yo, pero…

Rory le dio un empujón.

—Es evidente que no, o de lo contrario estarías de acuerdo conmigo.

En cuanto salió al pasillo, la puerta al otro lado del descansillo se abrió, y apareció Toby Griffin, escuálido como un espantapájaros con una mata de pelo rubio alrededor de la cara. Con unos vaqueros que le iban enormes y una camiseta negra con las palabras «Batería a tope», era el típico informático que aparecía en más de mil memes.

—Hola, Rory. ¿Has visto a Ashley?

Fue como si le hubiera propinado una patada. Una vez más, Rory vio a Ashley despatarrada sobre las piedras del patio.

—Le dije que le instalaría un interruptor para modular la intensidad de la luz —prosiguió Toby.

Era un nuevo ejemplo de las cualidades menos atractivas de Ashley. No estaba para nada interesada en Toby, pero sabía que él estaba loco por ella, y le prestaba la atención suficiente como para darle falsas esperanzas y conseguir que le hiciera favores.

Toby se quedó mirando a Brett Rivers con curiosidad.

—Soy Toby Griffin.

—Él es Brett —intervino Rory para evitar que la conversación se alargara—. Lo acompaño hasta la puerta.

—Si ves a Ashley, dile que la estoy buscando. —Acto seguido, se metió de nuevo en su casa.

Cuando hubo cerrado la puerta, Brett volvió a arquear una oscura ceja.

—¿No se lo vas a contar?

—Más tarde. —Cuando pudiera pronunciar las palabras sin desmoronarse.

Pasó por delante de Brett y bajó las escaleras. Dudó enfrente de la puerta de Ashley antes de meter la llave y abrirla.

La cola de Luther, el gato de Ashley, desapareció debajo del sofá. Como tantos otros machos del reino animal, solo deseaba la compañía de Ashley. Rivers la siguió dentro del piso.

—Que conste que esto va en contra de mis principios.

—Déjale doscientos dólares en la mesita de noche. Así volverás a ser tú de golpe.

—Eso me ha dolido.

No parecía dolido. Parecía alerta. Como un águila que hubiera atisbado una criatura apetecible y digna de ser su presa. Rory se alejó de él.

La decoración ultrafemenina de Ashley con tonos blancos y negros no podía ser más diferente que la de la propia Rory. El sofá, las sillas y

las cortinas hasta la alfombra que cubrían el enorme ventanal eran blancos, una tonalidad que se veía interrumpida por una sucesión de cojines pastel y un cuadro abstracto con los mismos tonos. El cuadro era una pintura al óleo original que Rory conocía porque su hermano la había pagado, además del delicado candelabro de cristal que colgaba de un gancho del techo en un rincón. Al parecer, si una mujer elogiaba suficientes veces los candelabros de cristal de un futbolista multimillonario, el tío terminaba comprándole uno. Y luego conseguiría que un informático encaprichado con ella le instalara un interruptor para regular la intensidad.

Clint había intentado comprarle cosas a Rory, pero ella, a diferencia de Ashley, se había negado hasta que su hermano dejó de insistir.

«Clint es muy generoso», había presumido Ashley. «Es el hombre que estaba esperando. Sé que lo es».

La realidad de que Ashley ya no estuviera viva volvió a golpearla. Rory miró alrededor, pero nada parecía fuera de lugar. En la mesita de centro, junto a un frasco de laca de uñas, había una abandonada copa de vino. Un ejemplar de la revista *People* estaba abierto sobre la blanca alfombra, cerca de la punta de la cola de Luther.

Luther. ¿Qué se suponía que debía hacer Rory con el gato de Ashley?

—Me parece que se vistió a toda prisa. —Rivers hablaba desde el más espacioso de los dos dormitorios. Rory fue a reunirse con él para echar un vistazo.

En la cama —hecha de mala manera—, había conjuntos descartados; en el suelo, un montón de zapatos; y el joyero estaba revuelto sobre el tocador. Rory recordó el último conjunto de Ashley: el vestido veraniego que dejaba a la vista sus piernas interminables, las sandalias con tiras en los tobillos y los pendientes de plata que resplandecían sobre un charco de sangre.

El cuarto de baño también estaba hecho un desastre, con maquillaje desparramado sobre el lavabo, una toalla arrugada en el suelo y una plancha de pelo apagada que seguía enchufada en una toma de corriente.

—Ashley no era la persona más limpia del mundo, pero por lo general no lo dejaba todo así.

—Es como si se hubiera ido con prisas.

Con prisas por recuperar a Clint.

Rory encontró un montón de correo en la encimera de la cocina. La idea de hurgar en las cartas le formó un nudo en el estómago. Además, no era lo que andaba buscando. Quizá Clint la había llamado desde otro móvil y Ashley había escrito su número.

Pero la única nota que encontró en toda la casa escrita con la letra

de Ashley decía lo siguiente: «El amor se termina. El dinero no».

***

A diferencia de él, Rory Garrett no sabía poner cara de póker. Cuando Brett le hacía una pregunta que no le gustaba, le entraba una imperiosa necesidad por toquetearse la oreja derecha. También se había dado cuenta de que se mordisqueaba el labio inferior cuando estaba inquieta. Sí, estaba resentida con él, pero lo que la preocupaba era algo más que ese resentimiento. Para ser una persona que aseguraba llevarse mal con su hermanastro, parecía sumamente preocupada por él.

Brett consultó el móvil. Un mensaje no leído podía costarle un cliente, pero no había nada que requiriera su atención inmediata. Miró a su alrededor. Incluso el viejo piso de Rory parecía mejor que el de Ashley Hart, con el tapizado blanco y demasiados cojines por todas partes. Brett odiaba los cojines. Como siempre terminaban en el suelo, no entendía por qué a las mujeres les gustaban tanto.

Rory se encontraba delante de la encimera de la cocina, que se abría al blanquísimo comedor.

—Marchémonos de aquí —le dijo cuando la vio salir de la cocina.

—Pero el gato…

—Es un gato —la interrumpió.

—¡Lo sabía! Odias a los gatos, ¿verdad?

—No odio a los gatos. —La hostilidad de Rory no tenía nada que ver con los gatos. La relación distante que mantenía con Clint, sumada a su carácter fiero, su orgullo terco y el arrepentimiento por haberse acostado con él, le hizo esperar que no corriese a contarle a Clint lo que había ocurrido en la habitación del hotel, pero esperar no era lo mismo que saberlo a ciencia cierta—. Si consigues olvidar lo de la otra noche, yo también.

—Te da miedo que se lo cuente a Clint.

—Es una posibilidad que se me había pasado por la cabeza.

—Los representantes jamás deberíais mantener relaciones íntimas con un familiar de un cliente. —Hablaba con incomodidad y petulancia—. Sería una violación imperdonable de vuestro código de conducta profesional.

«Pues sí».

—No sabía que erais familia.

—Y ahora estás perdiendo los nervios.

—Yo nunca pierdo los nervios. —Proyectó una calma que estaba lejos de sentir—. De acuerdo, preferiría que nadie se enterara de lo nuestro.

—Me lo pensaré.

Era un farol. Tenía que serlo. ¿Verdad? Rory salió del piso al pasillo, y él la siguió.

—¿Por qué no te has marchado todavía? —Lo fulminaba con la mirada desde tres escalones más arriba, y uno de los pendientes en forma de corazón rojo se enredó con los rizos que le caían sobre los hombros.

—Me gustaría comerme otro bombón antes de irme. —Y obtener alguna que otra respuesta a sus preguntas y más certeza de si Rory se lo contaría o no a Clint.

—Todo el mundo quiere comerse mis bombones, pero ¡nadie quiere pagar por ellos!

—Yo te pago.

—Sí, eso se te da de coña.

—¿Qué quieres que te diga? Me gusta disfrutar de los placeres sensoriales. —No pretendía sonar tan sórdido, pero no podía retirarlo, así que siguió adelante—. Me refiero a la comida y al vino, no a lo que estás pensando.

Mientras Rory subía las escaleras a toda prisa, las chanclas le azotaban los talones.

—Si sabes lo que estoy pensando es que ha sonado tal como querías que sonara.

Brett no fue del todo capaz de seguir la lógica de ella, pero entendía a qué se refería.

Y entró en el piso de Rory antes de que le cerrara la puerta en las narices.

Capítulo 4

Brett se dirigió hacia los bombones mientras Rory se metía en la única habitación del piso. La cocina tenía una ventana cerrada y un viejo frigorífico verde situado al lado de cuatro fogones de gas. Se parecía mucho al piso que ocupó cuando estudiaba en la universidad, y nada al lugar donde debería vivir la hermanastra de treinta y cuatro años de Clint Garrett. Mientras sopesaba si zamparse otra trufa, oyó un grito ahogado. Corrió hacia la fuente del ruido y encontró a Rory a los pies de una cama de matrimonio impecablemente hecha y con una mano sobre los labios. Un bolsito rojo estaba en el centro de la colcha, con la tela de satén hecha jirones.

—¿Qué pasa?

Los ojos azules de Rory se clavaron en los suyos, y al hablar le tembló la voz.

—Era de mi madre. Es el único objeto suyo que tengo. Ashley me lo cogió prestado ayer. Fue la última vez que la vi con vida.

—¿Por qué iba Ashley a destrozar el bolso?

—Es que… yo no quería dejárselo. Y lo sabía. Pero al parecer se lo llevó de todos modos. —Se frotó la mejilla—. Me pasé toda la mañana fuera. Debió de volver mientras no estaba y dejarlo ahí.

Algo desagradable había pasado recientemente entre ellas dos, algo que hizo que la palabra *móvil* se iluminara en su cerebro de abogado como la luz roja de un viejo coche de policía. Brett no sabía qué había hecho Rory antes de que él llegara a la casa de Clint. Lo que sí sabía era que parecía ansiosa por librarse de él. ¿Fue solo porque lo odiaba con todas sus fuerzas o por una razón más acuciante?

Rory salió corriendo de la habitación en dirección a la cocina, un lugar que Rivers empezaba a pensar que era su refugio personal. Echó un último vistazo al bolso destrozado antes de seguirla, y se detuvo al cruzar la puerta.

—¿No te vas a ir nunca o qué? —le espetó Rory.

—Tú y yo tenemos que hablar con el corazón en la mano.

—Pues buena suerte, a ver si te encuentras uno.

—Qué borde llegas a ser. —Se apropió de la silla que estaba más cerca de la mesa de los bombones—. Las conversaciones íntimas siempre sientan mejor con comida. Tómatelo como una indirecta.

—Como te quedes mucho más, ¡te voy a cobrar alquiler!

—Vale.

Como la mesa estaba semiplegada, debajo solo le cabía una pierna. La otra la extendió, con cuidado para no hacerle la zancadilla a Rory

cuando se le acercó. Quizá no estaba tan deseosa de estar sola, ya que sacó dos botellas de cerveza de la nevera y las dejó sobre la mesa.

—No me puedo permitir una selección de productos *gourmet*, así que tendrás que conformarte con unos bombones y unos cuantos frutos secos. ¿O quieres un poco de pavo?

Durante unos segundos, Brett pensó que había dicho *rabo*. No podía creer que su cerebro hubiera caído tan bajo tan rápido.

—No, rabo no me apetece —dijo, y tardó unos instantes en darse cuenta de su error.

«Mierda». Estaba delante de Rory Garrett, la hermana de Clint, que no era la clase de mujer que impresionaría a sus clientes. Los más jóvenes se rodeaban de rubias de bote despampanantes y de piernas larguísimas. Incluso los mayores tenían mujeres o exmujeres con aspecto bastante idéntico y en absoluto parecidas a Rory, con esa melena de color miel revuelta, mofletes de niña pequeña y actitud agresiva.

Él seleccionaba a las mujeres con las que se dejaba ver en público con el mismo esmero con el que seleccionaba su ropa. No era nada personal. Sumaba puntos que sus clientes lo vieran con mujeres atractivas, pero era un tipo pragmático, no un salido cualquiera, y no se llevaba a ninguna de esas bellezas a la cama a no ser que hubieran conectado de verdad y los dos estuvieran de acuerdo en que no los ataba nada. Siempre se le había dado bien dejarse puestos los pantalones… hasta el incidente con Rory. Demasiado alcohol e inquietud por el estado mental de Clint habían reducido su buen juicio y terminó acostándose con una mujer que parecía llevar escrita la palabra *frivolidad* en toda la cara.

No podría haber estado más equivocado. Lo único que Rory Garrett tenía de frívola eran esos ojos azules del color del zafiro y un cuerpo similar al de las mujeres *pinup* que aparecían en carteles subidas a aviones B-29 durante la Segunda Guerra Mundial. Pero menos esbelto y larguirucho, con las caderas más pronunciadas, la cintura más ancha y unos pechos encomiables.

Rory hurgó en el armario sin darse cuenta de que él había confundido *pavo* y *rabo*. ¿Cuánto tiempo había estado en la casa de Clint antes de que llegara Brett? Si había empujado a Ashley del balcón, su cliente quedaba fuera de toda sospecha, pero aquella posibilidad no lo tranquilizaba en absoluto.

—¿Qué se supone que voy a hacer con un gato? —Abrió una bolsita de frutos secos y los vertió en un pequeño cuenco de cerámica —. Voy a traumatizar a Luther.

—¿La pobre no tiene familia?

—La pobre no, el pobre. Es un gato. Y los gatos no tienen familiares que se hagan responsables de ellos.

—No me refiero al gato, sino a Ashley. Hablar contigo es como hablar con un cliente que se ha dado un buen golpe en la cabeza. —«Joder». No dejaba de olvidar que se trataba de la hermana de Clint. Debía parar de insultarla, y enseguida se recompuso—. Por suerte, eres lo bastante encantadora como para que te lo perdone.

Rory respondió con desdén al comentario afectado de él.

—¿Siempre has sido un gilipollas arrogante o es algo reciente?

Brett podía ser un gilipollas cuando tenía que serlo, así que en realidad no era una crítica injusta. Y, de pronto, lo embargó una extraña necesidad por discutir e insistirle en que sí que le parecía encantadora. También era una mosca cojonera, pero en cierto modo resultaba interesante estar cerca de ella.

Rory dejó el cuenco con los frutos secos en la mesa, al lado de los bombones.

—Ashley tiene una hermana que vive en el centro del país. No se llevan bien. O no se llevaban bien. ¡No te comas eso!

Brett soltó la trufa que había estado a punto de zamparse.

—Pensaba que me ofrecías los bombones.

—Las trufas de chocolate y chile no maridan bien con la cerveza negra. —Señaló la botella que había dejado delante de él. Sonó tan ofendida como si Rivers hubiera vuelto a confundirla con una puta.

—Disculpa mi estupidez —le soltó con sequedad.

Rory sacó una lata de galletas de Navidad del armario, saltó la pierna extendida de él y le enseñó un surtido de sus creaciones de chocolate. Bombones redondos rojos y lilas, amarillos y verdes, algunos salpicados con puntitos de tonos metálicos. Otros cuadrados y resplandecientes de chocolate negro y chocolate con leche que hacían que los colores resaltaran todavía más. Brett acercó la mano a un bombón redondo de un verde intenso con estrellitas lilas. Se detuvo justo a tiempo.

—¿Alguna objeción?

Rory señaló un bombón cuadrado de chocolate que centelleaba con cristales de sal.

—La cerveza negra va muy bien con el chocolate con leche, a poder ser con caramelo y sal marina. Si vas a beber una IPA, el chocolate negro casa mejor. Con una Pilsner, el chocolate semidulce. Es fácil de recordar.

Brett tenía la firme intención de olvidarlo cuanto antes. Pero después del primer bocado comprobó que Rory estaba en lo cierto. El bombón que le había recomendado intensificaba la malta y la cremosidad de la cerveza, y los cristales de sal aumentaban el regusto final. Pero en su mente había algo más importante que el maridaje entre bombones y cerveza.

—Cuéntame cosas sobre el bolso rojo.

Rory cogió el cuenco de cerámica de los frutos secos y se levantó de la mesa.

—Vamos al comedor. Se me hace raro verte sentado en mi cocina. En realidad, se me hace raro verte sentado en cualquier parte de mi piso.

—¿Por qué? —Agarró la cerveza y se le ocurrió coger también la caja de los bombones, pero la obra de Rory debía saborearse, no engullirse como un puñado de M&M.

—Porque tu sitio está en uno de esos pisos de soltero donde todo está pintado de gris con algún que otro punto negro para sumarle masculinidad. —Dejó los frutos secos en una mesa de madera que parecía acabada de recoger de la calle—. Con pinturas abstractas en las paredes que tu decorador o decoradora ha seleccionado. Quizá con unos cuantos cuernos de antílope en las estanterías en lugar de libros.

—¿Cuernos de antílope? —Brett se sentó en el sofá desigual.

—Vale, a lo mejor cuernos no, pero sí un ejemplar de *La broma infinita*, de David Foster Wallace, que no habrás leído, pero que te gusta lucir junto a un ejemplar de, por ejemplo, *El capital* para darle un punto irónico. Y los cómics de Marvel que te gusta leer los guardas a buen recaudo en el dormitorio.

—Cómo te gustan los prejuicios.

Rory tomó asiento en una butaca gigantesca cubierta con una tela de algodón indio.

—Y tienes una colección de cocteleras de plata antigua. ¿A que sí?

No iba del todo desencaminada. Brett sí que tenía un ejemplar de *La broma infinita* en la estantería, pero lo había leído. Y por cómo había clavado ella la paleta gris de su piso le entraron ganas de no haberle dado carta blanca al decorador. No le gustaba que Rory lo hubiera encasillado, y se olvidó momentáneamente de su intención de ganarse el favor de la hermana de Clint.

—No eres quién para criticar la casa de los demás, ¿eh? Tu piso, y perdona que te lo diga, es una ratonera.

Suerte que no pretendía seguir insultándola. Sin embargo, en lugar de echarlo de casa, Rory se encogió de hombros.

—Vendí todo lo decente que tenía para reunir el dinero y comprar la gastroneta.

—¿Qué pasó?

—No quiero hablar de eso.

Brett ya había permitido que evitara sus preguntas durante demasiado tiempo.

—Ashley te mandó un mensaje cuando te cogió prestado el bolso, ¿no?

—Tampoco quiero hablar de eso.

Rivers recostó el brazo en el respaldo del sofá y cargó con todo.

—¿Fuiste tú la que lanzó a Ashley por el balcón?

Rory dio un brinco en la butaca y volcó la cerveza.

—¡Mira lo que has hecho! —Corrió hacia la cocina.

Él la siguió.

—¿Fuiste tú?

—Apártate de mí. —Cogió un par de servilletas de papel y regresó al comedor no sin antes clavarle un fuerte codazo en las costillas al pasar por delante de él.

—¡Ay!

Al suelo solo había caído un poco de cerveza, pero Rory se afanó en limpiarla. Brett se frotó las costillas doloridas.

—Vamos a ver, Rory. Es probable que no fueras tú quien empujara a Ashley del balcón, pero…

—¿Cómo que «es probable»? —Se giró. Era un ángel vengador con rizos rubios y ojos claros—. ¿Crees que la maté yo?

—Había algún problema entre las dos, y es bastante probable que la policía llegue a descubrirlo, así que quizá me lo quieras contar primero a mí.

Rory se desplomó en la butaca con tanto ímpetu que retiró la tela que la cubría, y que dejó a la vista el soso tapizado marrón de debajo.

—Eres abogado. Te voy a contratar.

—Ya te he dicho que no ejerzo. Y si ejerciera no me podrías pagar.

—Te estás bebiendo mi cerveza y prácticamente vives aquí. Es un trueque de toda la vida.

Seguir los derroteros mentales de Rory era como intentar jugar al ajedrez con un caniche.

—Me da miedo preguntarte por qué necesitas a un abogado con tanta urgencia.

—Porque no dejas de hacerme preguntas, y no pienso responder a ninguna si no dispongo de la confidencialidad entre abogado y cliente.

—Dios, sí que la mataste tú. —Se frotó la nuca.

—No digas chorradas.

—¿Conque no la mataste? —Se sentó en el sofá irregular.

—¡Pues claro que no! ¿Hay trato o no?

—Necesito un anticipo. —Le lanzó una mirada de cabrón.

—Coge una docena de bombones de chocolate.

—¿Qué te parece si me cuentas la verdad?

—No quiero.

—¿En serio? Anonadado me hallo. Porque hasta ahora has sido la mar de sincera.

—Odio a la gente irónica.

—Cuánto lo siento —le soltó con toda la ironía que pudo reunir.

Rory dio un salto al oír que alguien llamaba a la puerta. Brett se puso en pie y la cogió del brazo.

—No contestes.

—Tengo que contestar.

—Puede que sea la policía, y no estás preparada para volver a hablar con ellos.

—Mi abogado está aquí conmigo. —Se zafó de él y abrió la puerta.

No era la policía.

Era una mujer de melena entrecana, de unos sesenta años, con demasiada ropa para el calor que hacía. Se quedó mirando a Rory sin pronunciar palabra.

—Soy Claudia —dijo al fin.

—Claro, Claudia. Ya nos conocemos. Pasa.

—Si es un mal momento, puedo volver más tarde. —Claudia se lo quedó mirando con recelo.

—Es un momento perfecto. Ignóralo y punto. Solo le importa ganar dinero. —Se apartó—. La ropa que te dejaste la semana pasada está limpia, y he cambiado las toallas del cuarto de baño.

—¿Me dejé ropa aquí? —Claudia seguía observándolo con gesto suspicaz.

—Pues sí. Y te las llevaré mientras te das un baño.

Perplejo, Brett vio cómo Rory conducía a la desconocida hacia el cuarto de baño. Por el camino, cogió un par de toallas y un conjunto del armario. Salió al cabo de unos minutos, sin dejar de hablar con la mujer. De lejos se oía el grifo abierto.

—Deja en el suelo lo que quieras que te lave. Y la semana que viene te lo doy. —Cerró la puerta tras de sí.

Rivers señaló el cuarto de baño.

—¿Se puede saber qué cojones está pasando aquí?

—No quiero hablar de eso.

—¡Hay muchísimas cosas de las que no quieres hablar, joder!

Rory se encogió de hombros y se encaminó a la cocina. Él cogió la cerveza y la siguió.

—¿Conoces a esa mujer?

—Viene más o menos todas las semanas, pero tiene problemas de memoria, así que suele olvidar quién soy. —Rory llenó un cazo con agua.

Brett había presenciado muchas imprudencias en su carrera —borracheras, peleas, ludopatía—, pero aquello entraba en una nueva categoría.

—¿Es una sintecho?

—Se dice *sin hogar*.

Lo corrigió con más ironía de la que había usado él antes, y Rivers apoyó la palma de la mano en el quicio de la puerta.

—¿Tienes por costumbre dejar que cualquiera utilice tu piso?

Rory puso el cazo en el fuego y encendió el fogón.

—No suele ser gente cualquiera.

—¿Gente? ¿Te refieres a que no es solo ella?

—La amiga de una amiga trabaja como asistente social. Si estoy en casa, intento ayudar a las mujeres que me envía. —Empezó a sacar ingredientes de la nevera: mantequilla, un paquetito envuelto en papel encerado, una cuña de queso. Cogió una tabla de cortar y un cuchillo —. Pueden darse un baño o una ducha. Yo les lavo la ropa. Y les doy de comer. No es para tanto.

—¿Sabes cómo se ayuda a la gente sin hogar? Pues como lo hago yo. —Brett perdió los estribos—. Colaboras con programas que les proporcionan comida, trabajo y salud mental. Uno no va por ahí…

—Dice el niño rico.

—No tiene nada que ver con ser rico. —Se le acercó—. Tiene que ver con el sentido común. Algunas de las personas que viven en la calle son peligrosas. No puedes invitarlas sin más a tu casa. Por el amor de Dios, Rory. Hazte voluntaria en un centro o en un comedor social.

—¡Fui yo la que puso fin a la relación de Clint y Ashley! —exclamó tras clavar el cuchillo en la tabla de cortar.

Si el brusco cambio de tema era una estrategia para callar a Brett, funcionó. Rory cogió una cabeza de ajos de un cesto de mimbre y se apartó de él.

—Creía que estaba haciendo lo correcto, pero… —Su voz adquirió la tensión propia de una mujer que está decidida a no echarse a llorar —. Pero ahora Ashley está muerta y Clint ha desaparecido.

Rivers se sentó a la mesa de la cocina y abandonó por el momento la conversación que debían mantener acerca de la mujer que estaba en el cuarto de baño. Como a Rory no le gustaban las preguntas, decidió optar por otra vía.

—Cuéntame cosas de Ashley.

Rory estampó la cabeza de ajos en la tabla de cortar de una manera que lo puso nervioso.

—Ashley era lista, ambiciosa y resuelta. Sabía exactamente lo que quería en la vida.

—¿Qué quería?

—Casarse con un hombre rico. Y cuando conoció a Clint, encontró al hombre de sus sueños.

Rory confirmaba lo que a él le dijo su instinto.

El cuchillo tamborileó sobre la madera cuando empezó a picar los ajos.

—Ashley era una tía práctica. Quería enamorarse, pero sobre todo quería disfrutar de los lujos. —Vertió un poco de aceite de oliva en una sartén pequeña—. Una noche en la que salimos por ahí, me dijo a las bravas que estaba dispuesta a casarse con cualquiera para

conseguirlo. Incluso me hizo coñas al respecto. Me comentó que su única condición era que el hombre tuviera menos de setenta años, a no ser que padeciese problemas de corazón. Casi me puse celosa. Tenía muy claro lo que quería y cómo alcanzar sus objetivos. —El aceite chisporroteó cuando añadió los ajos en la sartén—. Después de conocer a Clint, intentó convencerme de que lo del dinero solamente me lo había dicho de broma y que Clint era el amor de su vida, pero yo la conocía muy bien. Intenté hablarle de ella a él, pero mi hermano ya le había comprado un anillo y me hizo callar antes de que pudiera decirle nada. —Removió el ajo con una cuchara de madera y bajó un poco la intensidad del fuego—. Estaba preparándose para llevarla a Las Vegas y casarse con ella. ¡Sin separación de bienes! Sabía que, si le decía algo negativo sobre Ashley, Clint estaría más decidido aún a seguir con ella. Y no pude dejar que pasara.

—Y por eso tú…

—Puse fin a su relación —le contó sin más. La cocina empezó a llenarse de olor a ajo—. Le hice jurar a Ashley que guardaría el secreto y le dije que Clint era un jugador compulsivo. Que había perdido todo su dinero y que los Chicago Stars iban a echarlo porque… —Mantuvo la atención centrada en la sartén, sin mirarlo a él a la cara—. Porque habían descubierto que apostaba con los partidos de su propio equipo.

—¿Que apostaba con los partidos de su propio equipo? —Brett estuvo a punto de volcar la cerveza—. ¿Tienes alguna idea de lo grave que es esa acusación?

—Fue lo primero que se me ocurrió.

—Pues se te debería haber «desocurrido». —Olvidó que Rory acababa de darle la información que necesitaba para salvar su relación con su cliente más valioso—. Lo máximo que apuesta Clint son diez dólares en el golf. Y nadie quiere sentarse a una mesa de póker con él porque solo quiere jugarse cincuenta centavos como mucho. Dejando eso a un lado, incluso un rumor de que apostaba con los partidos de su propio equipo podría hacer mucho daño a su carrera.

—Le hice jurar a Ashley que guardaría el secreto. Le dije que, si le importaba Clint, no se lo podía contar a nadie. —Sacó un paquete de pasta del armario, que cayó al suelo—. Hasta fingí llorar, que no me costó demasiado porque sabía que estaba haciendo algo horrible. —Recogió la pasta que se le había caído—. Pero Clint la quería de verdad, y yo le he roto el corazón.

Brett reflexionó sobre lo que significaba eso para él. En cuanto Clint se enterara de aquello, sabría que su representante había dado en el clavo con Ashley desde el principio y no había hecho más que intentar protegerlo. Brett se iría de rositas. Aunque la tristeza de Rory mitigó su emoción.

—No es que quiera hilar demasiado fino —comentó—, pero fue Ashley quien le rompió el corazón.

—Ashley no era mala persona, solo una mercenaria. —Rory sacó los lazos de pasta del paquete—. Y se portó bien conmigo aun antes de saber que era la hermana de Clint.

—Debiste de presentarlos tú.

—Fue una asquerosa casualidad. Ashley y yo fuimos a ver una exposición de Nick Cave en el Museo de Arte Contemporáneo. Al salir, pasábamos por delante del Península cuando Clint salió de algún evento y me vio. Nunca dejaría que Clint viera mi edificio e intenté esquivar las presentaciones, pero Ashley lo hizo por su cuenta, y ya no fue necesario nada más. En cuanto la miró, Clint se quedó embelesado. Y ahora ella está muerta, Clint ha desaparecido y yo soy la culpable.

Una persona con la conciencia tan desarrollada como Rory no duraría ni un minuto como representante de deportistas. Brett por fin tenía una respuesta para la pieza que le faltaba del rompecabezas —por qué Ashley había dejado a Clint por un jugador de baloncesto menos rico— y se atrevió a hacer una pregunta directa:

—¿Cómo sabes que eres la culpable de lo que le ha pasado a Ashley?

—Ya has visto el bolso rojo. Ashley sabía que para mí era importante. Supongo que descubrió que le mentí y se vengó de mí destrozándolo.

—¿Cómo crees que lo descubrió?

—No lo sé. —Cogió un trapo y se secó las manos—. Ayer pasó algo después de que la viera, porque por entonces todo iba bien. —Añadió jamón a la sartén con el ajo y luego metió la pasta en el cazo con agua hirviendo—. Me pasé casi toda la mañana fuera. Imagino que Ashley vendría, dejaría el bolso en mi cama y luego se marcharía a hacer lo que hiciera falta para recuperar a Clint. —Se mordió el labio—. Creo que se había enamorado de verdad de él.

—Pero no lo suficiente como para quedarse con él al pensar que se estaba arruinando. —Rivers apuró la cerveza—. Otra persona debió de haber ido a su casa.

—La persona que la arrojó por el balcón. —Rory jugueteó con una cuña de parmesano—. Si yo no le hubiera mentido, ella no habría roto con él, no habría ido a su casa y seguiría viva.

La pierna de Brett estaba atrapada debajo de la mesa y se le estaba empezando a dormir. Apartó la silla y se levantó al tiempo que sopesaba todas las perspectivas.

—Ahora mismo, la policía tiene a dos sospechosos en mente. Clint y tú.

—Lo hizo su ex —repuso Rory con amargura—. El Agente

Inmobiliario. Lo sé. Ese tío la acosaba. —Mientras la pasta terminaba de cocinarse y preparaba los guisantes, Rory le habló del antiguo novio de Ashley, que la acosó después de que lo dejara al conocer a Clint—. Ojalá supiera cómo se llama. —Una nube de vapor se alzó del fregadero cuando abocó la pasta en un colador.

—Eso lo tendrá que averiguar la policía. Tu problema es que Ashley estaba resentida contigo y que no tienes coartada para el tiempo que estuviste en la casa antes de que llegara yo.

—Ya lo sé —musitó con aire apesadumbrado.

—Pero el hecho de que Clint haya desaparecido lo convierte en el principal sospechoso.

—Tengo que encontrarlo.

—Para ser una persona que asegura odiar a su hermano, pareces tremendamente preocupada por él. —Se recostó en el viejo frigorífico verde.

—Hermanastro. —Empezó a rayar el queso en un bol—. Yo no he dicho que lo odie. Es que no quiero tener nada que ver con él.

—Cuando no está en el campo, Clint es un tío muy simpático. ¿Qué te hizo para que estés tan resentida?

—Tu cuarto de baño huele a flores —anunció una voz desconocida.

Al girarse, Brett vio a Claudia descalza en el umbral de la puerta, con el pelo gris mojado sobre los hombros.

—Son las sales de baño de lavanda —le explicó Rory—. Sentaos los dos. La pasta ya casi está: *tagliatelle* con guisantes, jamón y parmesano.

Y así fue como Rivers terminó cenando con una sintecho que llevaba más ropa de la necesaria y una chocolatera arruinada que se sentía culpable.

***

Rory no podía retrasar más hablar con su madrastra y, tan pronto como se quedó sola, cogió el teléfono a regañadientes. Lo único bueno que había hecho Brett antes de marcharse fue insistir en llevarse el bolso rojo para que Rory no tuviera que verlo.

Kristin respondió al tercer tono.

—En la pantalla aparece el nombre de una tal Rory Garrett, pero no recuerdo quién es.

En lugar de sonar agitada, Kristin saludó a Rory con su voz irritada de siempre, y eso significaba que la policía todavía no se había puesto en contacto con ella, algo que ocurriría en breve.

—He estado muy ocupada. —Rory dejó las botellas de cerveza vacías junto al fregadero, donde esperaban los platos sucios. Para su sorpresa, Brett se había ofrecido a fregarlos, pero ella se moría por librarse de él.

—Siempre estás ocupada —terció Kristin—, y curiosamente tu hermano, que está más ocupado todavía, siempre encuentra un momento para llamarme.

«Porque a él lo adoras y a mí a duras penas me aguantas». Rory metió las botellas de cerveza en el cubo de reciclaje.

—Las dos sabemos que es mejor persona que yo.

—La autocompasión no va contigo.

Como tampoco iban con ella la ropa que se ponía, el peinado que llevaba, la carrera que había elegido ni sus amigos, unas pocas de las tantísimas cosas que Kristin siempre había criticado.

Kristin se quedó embarazada de Clint cuando el padre de Rory se casó con ella y apenas había pasado un año de la muerte de su madre. Rory tenía cinco años. Clint fue un bebé precioso, un niño alegre y un adolescente con un talento especial para el deporte. Tanto a Kristin como al padre de Rory se les caía la baba con él, y Rory se convirtió entonces en una nota al pie en su vida, la niña que vivía en su casa y que solo necesitaba atención cuando se metía en problemas, para lo que parecía tener un don. Kristin no comprendía las profundas raíces de la infelicidad de Rory y, en lugar de abrazarla, la castigaba.

Rory recordaba la primavera de su primer año de instituto, cuando Jason Williams, el chico mayor que le gustaba desde hacía meses, por fin le pidió salir. Pero mientras se preparaba para marcharse, Kristin la castigó.

—¡No puedes hacerme esto! —protestó con lágrimas en los ojos—. ¡Esta noche tengo una cita con Jason!

—Pues habértelo pensado antes de pegar a tu hermano. Por el amor de Dios, Rory, que tú tienes quince años y él, nueve.

—¡Es un niño mimado! Y él me ha pegado primero.

—Pero ¿tú te estás oyendo? Pareces la pequeña.

Rory estalló y castigó a Kristin por la tristeza que su yo adolescente era incapaz de verbalizar:

—¡Y tú pareces una guarra asquerosa!

Cualquier esperanza que hubiera albergado de que Kristin se calmara se esfumó, además de su cita con Jason.

Su padre se negó a intervenir, como de costumbre.

—Haz lo que diga Kristin.

Visto en retrospectiva, Rory tenía la sensación de que se había pasado toda la infancia castigada. Incluso le quitaron la puerta de su habitación durante una semana porque daba demasiados portazos.

Al final, dejó atrás su comportamiento de niña consentida, pero eso no había hecho que su relación con Kristin mejorara. Su madrastra ya no podía castigarla, pero seguía dejando clara su animadversión hacia Rory.

—¿A qué debo el honor de tan extraña llamada?

Rory apretó los dientes.

—¿Has hablado con Clint?

—Hace una semana de la última vez. —Para variar, el habitual deje de desagrado que teñía la voz de su madrastra no estaba dirigido a ella.

Rory abrió el grifo del fregadero y luego lo cerró. Ya se ocuparía de los platos al día siguiente.

—He intentado hablar con él.

—¿Qué pasa? —Kristin era muchas cosas, pero tonta no—. Sabía que había pasado algo al ver que no me llamaba el lunes.

—Seguro que Clint te ha hablado de Ashley Hart.

—Creo que está enamorado. Me muero de ganas de conocerla. Parece la chica perfecta para él.

—No, no lo era. —Rory tenía que contárselo—. Ashley está muerta.

Kristin soltó un grito ahogado.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Clint? Debe de estar destrozado.

«Por no hablar de cómo se ha quedado Ashley». Pero, como siempre, los primeros pensamientos de Kristin eran para el Elegido.

Rory le contó el resto omitiendo tan solo su papel en la ruptura.

—El hecho de que haya desaparecido lo convierte en sospechoso —añadió—. La policía ya anda buscándolo.

—¡Es un despropósito! Clint no le haría daño a nadie.

Unos cuantos defensas de la Liga estarían en desacuerdo, pero Rory comprendía a qué se refería su madrastra.

—Eso la policía no lo sabe.

—Voy a coger un avión ahora mismo. Te mandaré un mensaje en cuanto sepa cuándo llego. Recógeme en el aeropuerto.

La imagen de Kristin en la gastroneta rosa y lila era demasiado rara como para valorarla siquiera.

—He dejado el coche en el taller. Tendrás que llamar a un Uber o coger una limusina.

—De verdad, Rory, ¿no podrías por una vez…? —Soltó su suspiro más sufrido—. Da igual. Aunque no me guste la idea, lo mejor será que vaya en coche para poder usarlo por la zona. Quedamos en casa de Clint. Me alojaré allí.

Como la casa de Clint era oficialmente la escena de un crimen, Rory no estaba segura de si Kristin podría entrar, pero era una cuestión que ya arreglaría su madrastra. Y, como todo el mundo en el universo de Clint, era probable que Kristin tuviera una llave.

Saber que Clint no había llamado como siempre a su mamaíta hizo que Rory sintiera más ganas todavía de encontrarlo. Ojalá conociera mejor a los amigos de su hermano y supiese por dónde salía. Necesitaba esa información, y solo se le ocurría una persona que pudiera dársela.

***

A la mañana siguiente, la historia del asesinato de Ashley Hart apareció en los informativos de primera hora, y todos los periodistas de la ciudad querían hablar con Clint Garrett. Como eran incapaces de contactar con él, optaron por su representante. La mayoría de los periodistas eran educados, pero la llamada más difícil llegó desde el cuartel general de los Chicago Stars, donde querían saber por qué el representante de Clint no conseguía localizar a su *quarterback*.

Heath Champion, el jefe de Champion, Gestión Deportiva, observaba a Brett sentado detrás de su mesa. Conocido en el mundillo como la Pitón, Heath era un tío muy atractivo de pelo oscuro que empezaba a encanecerse en las sienes, ojos verdes atentos y actitud dura que solamente se relajaba cuando estaba con su familia.

—¿De verdad no sabes dónde está?

—Lo encontraré. —Brett se recostó en la silla delante de Heath intentando aparentar más calma de la que sentía. Había trabajado con demasiado ahínco para llegar donde estaba como para dejar que alguien, y menos aún su jefe, lo viera sudar. Brett había aprobado todo a la primera, terminado Derecho y ascendido en la empresa de Champion dejándose la piel como nadie. Vivía en aviones, llevaba el móvil encima las veinticuatro horas del día y nunca olvidaba un cumpleaños, un aniversario ni nada parecido. Buscaba a jugadores, los fichaba y los preparaba para la Liga. Abrazaba a abuelas y besaba a bebés y cogía el teléfono a las tres de la madrugada cuando lo llamaban clientes borrachos que poseían demasiadas pistolas. Tanto trabajo lo había vuelto rico, pero sobre todo le había granjeado el éxito que ansiaba desde que era pequeño, y no estaba dispuesto a perder lo que había logrado—. Todo está controlado —le aseguró a su jefe.

—Conociéndote, no me cabe ninguna duda. —Heath jugueteó con un par de ranas lilas hechas con papiroflexia que estaban situadas en la mesa delante de él. Brett tenía unas cuantas casi idénticas en su mesa, un regalo de los hijos de Champion—. Se rumorea por ahí que Tyler Capello está bastante descontento con Tommy Landom.

Capello, que jugaba con los Eagles, era uno de los mejores corredores de toda la Liga, y Brett se incorporó.

—Quizá Tyler se haya dado cuenta por fin de que Tommy es un vago.

—Quizá. —Heath cogió un bolígrafo y le dio vueltas con los dedos —. Ya me repateó perder a Tyler, pero nunca superaré que se fuera con Landom.

—Nate lo hizo como el culo —dijo Brett. Nate Douglass era un

joven y emergente representante en Champion cuando la relación que mantenía con la madre de Tyler le estalló en la cara, y su carrera en la empresa llegó a su fin de modo abrupto.

La Pitón dejó el bolígrafo en la mesa.

—Cualquiera que lleve una empresa como esta tiene que saber cuándo asumir una pérdida. Nate tenía que irse.

—Avísame si te enteras de algo más sobre Tyler. Puede que tengamos la oportunidad de recuperarlo. —Brett se removió, incómodo.

—Muy bien. —Heath asintió—. Tu prioridad es encontrar a Garrett antes de que la policía dé con él. Haz lo que sea necesario.

—Lo encontraré. —Brett se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Eso ya lo sé. —Heath le lanzó una sonrisa de Pitón—. Eres Brett Rivers.

Fuera del despacho de Heath, en el pasillo había una galería de fotos. Brett había visto las fotos mil veces, pero esa vez se tomó unos instantes para volver a contemplarlas. La foto de Heath estaba junto a los retratos de Portia Powers y Brodie Gray, un matrimonio que unos cuantos años atrás se mudó de Chicago a Los Ángeles para encargarse de la sucursal de Champion en la Costa Oeste. Había fotografías de todos los clientes de Champion, así como de los representantes, incluido un retrato profesional del propio Brett. Faltaba una fotografía en el pasillo. Habían decidido trasladarla a la sala de descansos, donde solamente la verían los empleados, colgada del revés. Si alguien le daba la vuelta —y todos lo habían hecho—, veía la cara de Nate Douglass como un constante recordatorio de lo que ocurría cuando un representante avergonzaba a la empresa.

***

El detective Strothers fue menos amable con Rory que la primera vez que se vieron.

—¿Cuánta gente tiene una llave de la casa de su hermano?

Por lo visto, medio mundo.

—No tengo ni idea.

Era el día siguiente al asesinato de Ashley, y Rory se encontraba junto al detective en el patio trasero, cerca del huerto del señor Reynolds. La noche anterior les había contado a su casero y a Toby lo que le había ocurrido a Ashley. El señor Reynolds se quedó impertérrito, más preocupado por sacar las cosas de Ashley del piso para encontrar a un nuevo inquilino, pero Toby se lo tomó fatal.

—Sé que empezaba a gustarle —dijo con los ojos anegados en lágrimas.

Rory jamás le contaría la verdad: que lo que le gustaba a Ashley

era cómo la adoraba, no él.

La policía había acordonado temporalmente el piso de Ashley. Rory tenía arañazos en los brazos y Toby a un gato traumatizado escondido en el armario de la cocina. Ella le estaba agradecida por que hubiera aceptado quedárselo.

—Es lo menos que puedo hacer por Ashley —comentó.

El detective Strothers tenía la libreta en la mano.

—No parece saber gran cosa sobre las costumbres de su hermano. —Era una tarde cálida, y debía de estar asándose con el traje y la americana, pero la que sudaba era Rory—. No sabe a quién le ha podido dar la llave de su casa ni dónde está.

Rory se acarició el arañazo que le había dejado Luther en la muñeca.

—Ya se lo he dicho, detective. Clint es mi hermanastro, y no tenemos una relación demasiado estrecha. ¿Qué me dice del exnovio de Ashley? El que le dije que la estaba acosando.

—Lo estamos investigando. —Se acarició el bigote—. Dice que fue a casa del señor Garrett para hablar de la relación que mantiene usted con su madrastra. Si no tiene una relación demasiado estrecha con él, ¿para qué iba a hablarle de eso?

«Exacto, para qué». Rory buscó alguna excusa.

—Se me ocurrió que podría darme alguna idea para llevarme mejor con ella.

Strothers no podía saber que a Rory le importaba más alejarse de Kristin que llevarse mejor con ella.

***

Brett se dio una ducha para quitarse el hedor a fracaso por lo ocurrido durante aquel día y se puso unos pantalones cortos de deporte. Cuanto más tiempo estuviera desaparecido Clint, más culpable parecería. Brett debía localizarlo antes que la policía.

En lo que respectaba al resentimiento de Clint… En cuanto supiera que Rory le había mentido a Ashley, Brett ya no sería el chivo expiatorio de su cliente. Debía admitir que el objetivo de Rory había sido bienintencionado, pero ese era problema de ella, no suyo.

Pasadas las once, le sonó el móvil. Era el portero, que le anunciaba que tenía visita.

Capítulo 5

Rory Garrett llevaba vaqueros, una camisa hawaiana y sandalias rojas. Se había recogido el pelo rizado con una gorra de los Yankees que más valía que nunca se pusiera cerca del estadio de Wrigley Field.

—Hay gente que viste de forma inapropiada para asistir a una fiesta —dijo cuando él la dejó pasar—. Yo visto de forma inapropiada para entrar en tu edificio.

—Solo espero que mis vecinos no te hayan visto. —En realidad, estaba… mona, una palabra que jamás pronunciaría en voz alta. Los ojos azul intenso se apropiaban de su rostro, los rizos de sus pómulos y ese conjunto tan estrafalario no conseguía ocultar del todo la silueta de su cuerpo de *pinup*. Si fuera más mujer florero y no la hermana de su cliente más importante, tal vez estaría con ella. Aunque, técnicamente, ya había estado con ella. Ojalá lo recordara un poco mejor.

Conforme se ponía una camiseta, se dio cuenta de que sus pectorales habían llamado la atención de Rory. Como se pasaba una hora en el gimnasio casi todos los días —una hora que podría invertir en otras mil cuestiones distintas—, se tomó su tiempo para ponerse la camiseta porque… ¿por qué no?

¿Rory había apartado la mirada demasiado deprisa?

—Tu piso es clavadito a lo que me imaginaba —le soltó—. Vives en una casa muy típica.

—A diferencia de vivir en *Esto es un desastre*.

—Qué bueno.

La sonrisa de Rory lo animó.

—O en *Esta casa es una ruina*.

—Un poco vieja, pero vale.

—O en *Solo en casa*. —Cerró la puerta.

—Me sorprende lo familiarizado que estás con las películas en las que las casas son protagonistas —le dijo—. Y te vas a quedar de piedra cuando me recomponga y me compre una casa decente con el primer millón que gane.

Un destello de dolor tiraba de las comisuras de los ojos de Rory. A Brett no le gustó, se dirigió al comedor y fingió no darse cuenta.

—Tuve una novia que era adicta a esa clase de películas. Rompimos porque no le dejé reformar mi piso con revestimiento de tablones superpuestos.

—Una decisión muy sabia por tu parte.

—Me dijo que demostraba falta de compromiso.

—¿Y era verdad?

—Ya ves.

Rory sonrió de nuevo y admiró las vistas de la Ópera Municipal de Chicago, que se alzaba en la margen opuesta del río.

—Tengo entendido que Olivia Shore es la incorporación más reciente a la junta de la Ópera.

No era el sinsentido que a una persona cualquiera le habría parecido. Además de ser una de las *mezzosopranos* de mayor éxito del mundo de la ópera, Olivia Shore también era la esposa de Thad Owens, el viejo mentor de Clint en los Chicago Stars y uno de sus mejores amigos. Rory se concentró de nuevo en Brett.

—¿Has hablado con Thad?

—Sí. —Asintió—. Sus hijos y él están de gira con Olivia y no sabe nada de Clint.

Rory se quedó mirando sus estanterías, sin duda decepcionada al constatar que estaban llenas de libros de verdad, en lugar de huesos de animales.

—Quiero hablar con Karloh Cousins. ¿Me podrías ayudar?

—Depende. —Brett vio su oportunidad.

—¿De qué depende?

—De unas cuantas condiciones.

—No pienso volver a acostarme contigo. —Los ojos azules de Rory se entornaron, recelosos.

—No estás invitada a mi cama. —Aunque, si la situación fuera diferente, si ella no fuera tan tocapelotas y si él no estuviera sobrio y, sobre todo, si no fuera la hermana de Clint, estaría más que tentado a disfrutar de una revancha. El sentido del humor retorcido y la falta de vanidad de ella le interesaban mucho. Y su negativa a tomárselo en serio se había convertido en todo un reto—. Clint ahora mismo no está pasando por un buen momento —dijo—, y a estas alturas es más probable que hable contigo que conmigo.

—¡No me lo creo! Está enfadado contigo, con el Capitán Superagente. ¿Qué le has hecho? Me muero por saberlo.

Era muy lista, había que reconocerlo. La contempló con una expresión que pretendía infundir respeto, aunque estaba tan contenta y curiosa que difícilmente funcionaría.

—No he dicho que esté enfadado conmigo.

—Mira, tus clientes quizá se traguen tus trolas, pero a mí no me la cuelas con tu actitud empalagosa y engañosa.

—Yo no soy ni empalagoso ni engañoso —replicó—. Y todo lo que ocurra entre un representante y un cliente es confidencial. —No era cierto del todo, pero la actitud de Rory le tocaba las narices.

—Pues es una pena, porque esta colaboración nuestra no irá a ninguna parte sin confianza mutua. —Cogió un ejemplar de *Sports*

Illustrated en cuya portada salía Clint. La revista estaba en una horrible mesa de hormigón con la que Brett no paraba de golpearse las espinillas.

Sopesó los pros y los contras de contarle la verdad y, como él conocía el secreto de ella, decidió que no tenía nada que perder.

—Sospeché de las intenciones de Ashley desde el primer momento. Estaba acostumbrada a que los tíos cayeran rendidos a sus pies, y no le gustó ser incapaz de conquistarme a mí.

—Le contó mierdas de ti a Clint.

A Rory no se le escapaba nada.

—Seguro que sí, pero no fue ese el problema. Por desgracia, intenté avisarlo de las intenciones de ella.

—A juzgar por mi experiencia, no se lo tomó demasiado bien.

—Se puso hecho una furia. Una de las primeras normas de un buen representante es no criticar nunca la novia, la esposa o la madre de un cliente. Incluso después de que ella lo dejara, Clint no me lo perdonó. Hasta me acusó de intentar sobornarla para que rompieran.

—Eso no lo harías. —Rory vaciló—. ¿O sí?

—Yo nunca me comporto de forma inmoral.

—¡Ja! —Estampó la revista sobre la mesa—. Me dijiste que yo era encantadora. Ahí fuiste inmoral.

—Ahí fui manipulador, no inmoral.

Rory se rio, y eso hizo que a él le cayera aún mejor. Saber llevar a Rory Garrett era complicado. En cuanto Clint supiera que su hermana era la culpable de la ruptura, Brett se libraría al fin. Pero ¿y si ella decidía no contarle la verdad? Por poco que le gustara esa idea, tendría que hacerlo. Había demasiadas cosas en juego.

Se desplomó en la dura silla de cuero que parecía bonita y era incómoda de cojones.

—En la vida de un cliente, hay un patrón predecible para cuando la situación no va bien. Es más fácil culpar al representante que asumir la responsabilidad.

—Clint odia equivocarse, y ahora está molesto porque tú tenías razón. —Rory se sentó delante de él, en una silla tapizada más cómoda—. Es un niño consentido. Podría habértelo contado yo. Mi hermanito pequeño no está acostumbrado a que la gente discuta con él.

Clint tal vez fuera un poco cabezota, pero no era ni un niño ni un consentido. Era un profesional reputado y por lo general racional, y por eso Brett había creído conveniente ser sincero con él sobre lo que percibía de Ashley.

—Es interesante que los dos nos hayamos metido en apuros intentando hacer lo que consideramos mejor para él, ¿verdad?

—Pero a mí todavía me habla —puntualizó Rory—. O por lo menos

me hablaría si me cogiera el móvil. —Brett jamás había visto unos ojos azules tan intensos y calculadores. Esperó a ver por dónde discurría el cerebro de ella, y de pronto…—. Y, aunque encuentres a Clint, te preocupa que no te dirija la palabra. O peor. Que te pegue un tiro.

No le faltaba razón.

—Es posible.

Rory se quitó las sandalias, levantó los pies y se sentó con las piernas cruzadas sobre la silla.

—A mí me parece que soy tu mejor opción para reconciliarte con él.

—Un ejemplo perfecto de lo injusta que es la vida a veces. —Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre los muslos—. Necesito calmar las aguas con Clint antes de que siga escarbando. —Y antes de que la Pitón descubriera que Brett había cometido un error.

—Ayer, cuando fuiste a casa de Clint, ¿ibas a arrastrarte?

—Exacto.

—La cagaste hasta el fondo al contarle la verdad. —Esbozar una sonrisa petulante se le daba de vicio.

—A diferencia de ti, que fuiste por el camino seguro al afirmar que apostaba con sus propios partidos. —Ladeó la cabeza.

Rory compuso una mueca.

—Cuando lo encontremos, nuestros problemas no habrán terminado. Tú necesitas a alguien que te ayude a reparar vuestra relación. Que le recuerde a Clint que siempre velas por sus intereses. Básicamente, para convencerle de que madure y deje de pasar de ti.

Había dado en la diana.

—No soy yo el que tiene un problema.

Rory lo miró con desconfianza.

Brett estiró las piernas, un gesto que no consiguió mejorar la comodidad de la silla.

—Si quieres aliviar la culpa que te roe la conciencia, tú también necesitas encontrarlo para confesarle lo que has hecho. Pero no puedes hacerlo sin mí y sin mis contactos, ¿a que no?

—No hace falta que seas tan directo, pero sí.

Ninguno de los dos comentó el mayor problema de todos. Cuanto más tiempo pasara Clint desaparecido, más sospecharía la policía de él.

—Hagamos un trato —le propuso Rivers—. Yo te facilito mis contactos y tú me ayudas a que vuelva a verme con buenos ojos.

—No sé si seré capaz de lograr eso. —Descruzó las piernas y se levantó.

—Si lo intentas, seguro que sí. —No estaba convencido, pero requería toda la ayuda posible para asegurarse de que no perdía a su

cliente y, con él, el puesto de vicepresidente que merecía.

Rory se apartó del aburrido cuadro de una aceitera herrumbrosa que el decorador de Brett insistió en que le daba al piso un aire contemporáneo.

—Si vamos a trabajar juntos, necesitamos unas cuantas normas. En primer lugar, tú corres con todos nuestros gastos.

—Muy bien. —Se levantó de la silla—. Y tú prometes no volver a ponerte jamás esa camisa en mi presencia.

—¿Qué le pasa a mi camisa?

—Que me quema las córneas.

—Vale. Ahora consígueme una cita con Karloh Cousins.

***

A la mañana siguiente, conforme Rory recorría las cinco manzanas que separan la estación Sedgwick de la casa de Cousins en el casco antiguo de Chicago, su mente iba de Ashley a Clint, de su crisis profesional a su cuenta bancaria, pasando por la multa que no tenía dinero para pagar. Mientras su cerebro saltaba de un problema a otro, quiso que el mundo dejara de girar el tiempo necesario para que pudiera recuperarse.

Llegó a la mansión de Cousins en el mismo momento en el que Brett aparcaba su automóvil de lujo. Lo vio bajarse, un dechado de elegancia y autoridad informal, un hombre que nunca dudaba de sí mismo. El resentimiento de ella fue en aumento al ver cómo la luz del sol jugueteaba con su pelo oscuro, engominado como siempre. Quería verlo vestido con una camiseta raída y unos vaqueros holgados. Más o menos como se había vestido la noche anterior, aunque la camiseta no estaba raída y los vaqueros holgados fueron un par de pantaloncitos cortos de gimnasio bastante ceñidos.

—¿Qué pasa? —Se la quedó observando con el ceño fruncido—. ¿Por qué me miras así?

—Estoy intentando encontrar tus marcas satánicas. Una pregunta: ¿nunca te dejas el pelo suelto?

—¿En serio? ¿Precisamente tú vas a criticar mi peinado? —Pasó por delante de ella y llamó al timbre.

Rory se pasó unos rizos rebeldes tras las orejas. La puerta se abrió, y el gigante que estaba al otro lado extendió una mano.

—Hombre, Rivers. ¿Qué tal te va, tío?

Rory pasó la vista del jugador de baloncesto a Brett. Lo llamaba por su apellido como si fuera un mote. El único mote que habían llegado a ponerle a ella fue Pelo Caniche.

—Karloh, gracias por recibirnos. —Brett la señaló—. Te presento a

Rory Garrett, la hermana de Clint. Pasa por alto su forma de vestir. Es daltónica.

Brett no solo había desaprobado su camiseta hawaiana del día anterior, sino que de pronto también sentía aversión por la blusa verde y granate con un pulpo estampado y mangas abullonadas, por sus pantalones acampanados de la década de los setenta y por sus alpargatas preferidas. Por lo visto, creía que las mujeres debían vestir de forma tan conservadora como él, otro punto negativo.

—Adelante. —El último novio de Ashley era alto, altísimo. También musculoso, iba bien afeitado y tenía unas manos enormes y unos rizos envidiables. Rory se sintió una elfa en comparación.

El baloncestista los guio por el recibidor en dirección al comedor de paredes de cristal. Cuando les señaló un par de sofás blancos de piel gigantescos, Rory pensó en pedir una escalera.

—La policía ya ha venido por aquí. —Cousins se apoyó la cabeza en las manos—. No me puedo creer que Ashley esté muerta.

Rory se sentó en el borde del sofá para poder tocar el suelo con los pies.

—Sé que le encantaba estar contigo. —«Y con tu dinero».

Él irguió la cabeza, y sus rizos le rozaron los hombros.

—Era una chica muy divertida.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella? —le preguntó Brett.

—Hace dos días, la mañana del día en el que murió, como le he dicho a la policía. El equipo regresaba de jugar con los Rockets, y la llamé desde el avión.

—Fue un buen partido —lo felicitó Brett.

—Costaba meter canasta.

A Rory no le apetecía hablar de baloncesto, aunque sí tenía pensado buscar una foto de Cousins con el equipamiento.

—¿Nos podrías decir de qué hablasteis Ashley y tú?

—Básicamente, de lo que íbamos a hacer esa noche, pero luego empezó a enumerarme regalos que Clint le había hecho, y me cabreé, como si insinuara que él le compraba más cosas que yo. —Movió el corpachón—. Se dio cuenta de que estaba tenso e intentó convencerme de que Clint era un perdedor comparado conmigo, que apostaba con los partidos y que la Liga estaba a punto de echarlo. Le aseguré que quien le hubiera contado eso le había mentido, que Clint era Don Impecable, el último tío de la Liga que apostaría.

A Rory le dio un vuelco el estómago. Era justamente lo que había temido. Sin saberlo, Karloh había desmontado su mentira.

—¿Cómo se lo tomó Ashley? —Brett le lanzó una rápida mirada.

—Se comportó como si quisiera que colgara, y supe que estaba jugando conmigo. Siempre sospeché que no había superado lo de

Garrett. Le dije que habíamos terminado, y no me pareció que le diera demasiada importancia. Y ahora está muerta. Joder, de haber sabido lo que le iba a pasar, no habría sido tan frío con ella.

Rory reconstruyó aquel día en su mente. Karloh había hablado con Ashley por la mañana, seguramente mientras Rory merodeaba por Lincoln Square pensando en cómo encontrar un trabajo bien remunerado. Y no había vuelto a casa antes de irse a la de Clint, así que Ashley dispuso de tiempo suficiente para mandarle un mensaje destrozando el bolso y luego dirigirse a la casa de Clint. Pero ¿cómo había llegado sin su coche? ¿Clint supo que iba a verlo?

***

Brett tenía trabajo, llamadas que devolver, y no quería acompañar a Rory a ver a Kristin Garrett. Se quedaron delante de la casa de Karloh discutiendo al respecto.

—No hay ninguna razón para que vaya —insistió—. Ya sabes que Clint no la ha llamado.

—Eres el representante de Clint. Es responsabilidad tuya mantener informada a Kristin.

—¿Y qué le digo? No tengo más información que tú.

—Seguro que se te ocurre algo que preguntarle que a mí ni se me pasa por la cabeza. Tu perspectiva es distinta.

—No te interesa mi perspectiva. —La contempló con suspicacias—. Quieres que te lleve porque esa tartana tuya a duras penas arranca.

—Me has pillado. —Era mejor que pensara eso y no lo mucho que odiaba estar a solas con su madrastra. Si Brett la acompañaba, Kristin y ella no se lanzarían a la yugular de la otra. A Rory la sorprendió que la policía le hubiera dado permiso a Kristin para quedarse en la casa, pero es que su madrastra era muy persuasiva.

—¿Qué te parece si te alquilo un coche? —se ofreció.

—¿Qué te parece si me llevas a casa de Clint y punto? Somos un equipo, ¿recuerdas?

Rory se salió con la suya, pero su compañero de equipo se pasó buena parte del viaje con un auricular Bluetooth en la oreja, hablando con clientes y ordenando un ramo de flores de trescientos dólares para una tal Sophie con una tarjeta que rezaba: «Gracias por una velada fantástica».

—¿Una velada? ¿No una noche? —le preguntó ella cuando colgó—. Estás perdiendo tu toque. Y ¿solo trescientos dólares? Debería darte vergüenza.

—¿No te parece que ya va siendo hora de que pasemos página del pasado? —Se apartó el micrófono.

—Una vida entera sería muy corta como para pasar página.

—Me pregunto cuál es la multa por lanzar un cadáver en la autopista.

Rory sonrió y recordó que en los últimos días solamente sonreía cuando estaba con él, una idea deprimente que le arrebató el buen humor.

—Cuéntame la debacle que te llevó a liarte con el irresponsable de Jon y a quedarte con una gastroneta rosa vacía. —El tráfico era cada vez peor, y Brett desconectó el regulador de velocidad.

—En primer lugar, es una gastroneta rosa y lila, y Jon y yo no nos hemos liado nunca. Éramos amigos. Éramos. —Hablar con alguien de tanto éxito como Brett Rivers de su mal tino no le parecía una forma divertida de disfrutar del resto del trayecto, pero como en ese trayecto no había nada que fuera divertido, se rindió—. Jon encontró la gastroneta en eBay y me convenció para que nos asociáramos. Los *food trucks* generan pocos gastos y buenos ingresos. Yo necesitaba empezar de cero, y vender caramelos estaba ligeramente conectado con lo que quería hacer en realidad.

—Ganarte la vida vendiendo bombones de chocolate. —Rivers asintió.

—Vendiendo bombones de chocolate artesanos. Mezclas especiales creadas por mí.

—Doy fe de lo bien que se te da.

Era cierto. Se le daba bien. Cuando experimentaba con técnicas y con sabores, perdía la noción del tiempo. En lugar de ocupar un mero lugar en el planeta, le ofrecía al universo algo precioso. Pero Brett solamente valoraba las cosas que le hacían ganar muchísima pasta, así que no lo entendería.

—Me pulí los ahorros y me apunté.

—Pero la cosa no fue como estaba planeado.

—Jon la cagó al no leerse las restrictivas leyes de Chicago sobre la venta de comida ambulante y yo la cagué al no recordar el carácter voluble de Jon. La camioneta no dejaba de averiarse, y él se pasaba las regulaciones de la ciudad por el arco del triunfo. Aparcaba más de las cuatro horas permitidas o demasiado cerca de tiendas que vendían comida. La primera multa fue de mil dólares. La segunda, de dos mil. Vació la gastroneta la noche antes de que Ashley muriera y se marchó dejándome con la multa y sin productos que vender.

—Deberías haberlo visto venir.

—Esa perspicacia es justamente el motivo por el que tú ganas un pastizal y yo no.

Brett no sabía con quién estaba más cabreado, si con ella por ser tan ingenua o con Jon por ser un cabronazo de primera.

—En el futuro serás más lista.

—Lo dudo. —Miró por la ventanilla y observó los anuncios que

dejaban atrás—. Por si no te has dado cuenta, todas las neuronas de la familia las heredó una persona, y no soy yo.

—Todos cometemos errores. —Rory le daba un poco de pena y todo.

—¡Para ahora mismo! —Giró la cabeza—. Brett Rivers no se ablanda con alguien que ha cometido tantos errores como yo.

—Hasta a un gilipollas como yo le cuesta hacer leña del árbol caído cuando alguien está tan hundido. —Soltó un profundo suspiro.

—Agradezco que te contengas.

—Sabes que Clint te rescataría económicamente en un abrir y cerrar de ojos. —La miró.

—Ni en un millón de años. Esto lo soluciono yo solita.

La respuesta no lo sorprendió. Era igual de terca y orgullosa que su hermano. Tomó la salida de la autopista y llegó a la autovía Stevenson.

—¿Cuál es tu plan?

—Encontrar a Clint, limpiar mi conciencia y conseguir un trabajo cuanto antes. Algo temporal y, si puede ser, bien remunerado.

—Y, aun así, rompiste los quinientos dólares. —Ya que estaba siendo un imbécil, por qué no serlo hasta el fondo—. ¿Es posible que recuerde una pequeña mancha de nacimiento en el interior de tu muslo izquierdo?

Se preparó para que le asestara un puñetazo. En parte era lo que deseaba, porque sería la forma perfecta de poner fin a un par de días de mierda, pero Rory lo decepcionó.

—Creo que me confundes con una de los cientos de meretrices como yo a las que te has llevado a la cama.

—Primero una mujerzuela y ¿ahora una meretriz? En qué poca estima te tienes.

—Una meretriz borracha.

—No creo que una hora escasa de placer mutuo te convierta en una mujerzuela ni en una meretriz.

—Tengo valores.

Él también. O por lo menos eso había pensado siempre. Al reducir la velocidad junto a una zona en obras, recordó el plato de pasta que preparó Rory para Claudia, la mujer sin hogar. Fue lo mejor que había comido él en semanas.

—¿Por qué no pones en marcha una empresa de cáterin o te ofreces como chef personal en lugar de preparar bombones de chocolate? Así ganarías más dinero.

—Porque soy chocolatera, no una empresaria ni una chef personal. Pero si algún día necesitas algo de eso, te haré un favor y aceptaré el encargo. Aunque debes saber de antemano que solo utilizo los mejores ingredientes y que salgo muy cara.

Aquello no era nada nuevo para Brett. Rory ya le estaba costando su tranquilidad.

Capítulo 6

Kristin abrió la puerta principal de la casa de Clint antes de que terminara la segunda ronda de *Hail to the Victors*. Nada más verla, Rory se puso nerviosa. Kristin debería tener el pelo teñido de negro y colmillos en lugar de una melena rubia con mechas de peluquería. Y un vestido negro de villana de cuento encajaría mejor con su personalidad que la blusa esmeralda de manga larga y los piratas blancos inmaculados que Rory se habría manchado en menos de lo que canta un gallo. Kristin era idéntica a todas las rubias bronceadas de alta alcurnia que aparecían en las páginas de sociedad de los eventos de caridad. De hecho, era miembro de la Liga de Mujeres Votantes y hacía de voluntaria en un refugio de animales, pero bien podría haber pertenecido a la aristocracia. O protagonizar un programa de amas de casa millonarias si se hubiera operado los labios y las tetas, si llevase extensiones en el pelo y se pusiera muchísimo más maquillaje. Rory deseaba que la estirada de su madrastra fuera una famosa de la televisión. Así quizá le caería mejor.

La madre de Clint había llegado la noche anterior y, por lo visto, dormir en una casa en la que habían asesinado a alguien no le había causado ninguna molestia, porque se comportaba igual que siempre.

—Brett, qué alegría verte.

—Lo mismo digo, Kristin. —Brett le dio un educado abrazo.

Rory también recibió un abrazo superficial, que terminó tan rápido que ella apenas lo notó. Teniendo en cuenta la forma en la que Kristin observó la blusa verde y roja de Rory con un pulpo estampado, probablemente pensara que podría contagiarse de algo.

—Deberías haberme dicho que Brett venía contigo. —Se apartó para dejarlos pasar—. Habría preparado algo de comer.

—¿Para Brett sí pero para mí no?

—Mis habilidades culinarias nunca están a tu altura.

Era cierto. Kristin cocinaba de pena. La infancia de Rory estaba repleta de guisos horribles, hamburguesas quemadas, verduras pasadas y más postres masacrados de los que una mujer debería ser capaz de elaborar. Rory empezó a encargarse de los postres cuando cumplió diez años.

—Brett ha decidido apuntarse en el último minuto.

—Me alegro mucho. —Mientras Kristin lo conducía por el pasillo rumbo a la cocina, Rory se quedó rezagada, y así tuvo otra oportunidad para hacerles otra peineta a los querubines altaneros del techo, una distracción que evitó que pensara en Ashley en aquel

mismo pasillo la mañana en la que murió—. ¿Os apetece un poco de té helado? —les preguntó Kristin en lo que rodeaba la isla de la cocina —. Acabo de preparar un poco.

—Vale —aceptó Brett.

—No, gracias —respondió Rory al mismo tiempo.

Rory dejó en la encimera su bolso de rafia, adornado con numerosas flores de colores y la palabra *Nassau*. Kristin lo desplazó hasta la otra punta de la isla como si estuviera contaminado y cogió una jarra enorme para servirle un vaso a Brett.

—A Rory no le gusta mi té helado porque no es dulce. Le ofrezco azúcar, pero creo que le da lo mismo.

Rory se mordió la lengua, aunque todo el mundo sabía que el azúcar no se disuelve correctamente si el líquido no está caliente.

Kristin añadió cubitos de hielo a un vaso de lo que parecía un agua apenas teñida.

—Es que yo no soy tan golosa como Rory.

Un comentario que nunca dejaba de repetir.

Añadió una hoja de menta chuchurrida.

—Quería que Rory estudiara para ser maestra.

—No quería ser maestra. —Rory oyó una aspiradora por alguna parte.

—Se te dan bien los niños, y habría sido una carrera mucho más estable que trabajar en servicios de comida. —Le lanzó una mirada crítica.

«Servicios de comida», como si Rory se ganara la vida sirviendo puré de patatas desde el mostrador de un bar, un trabajo bastante más admirable que vender Oreos desde la ventana de una gastroneta.

—¿Qué os parece si nos sentamos en el patio? —Kristin le tendió el té helado a Brett.

El alcance de la insensibilidad de su madrastra nunca dejaba de sorprenderla.

—Sabes que allí encontraron el cuerpo de Ashley, ¿no?

—No podemos dejar de usar el patio solo porque allí ocurrió algo desafortunado.

—Decir que fue desafortunado es quedarse cortísimo, ¿no crees? —Por eso precisamente Rory había querido que Brett la acompañara, para no rebajarse al nivel al que acababa de rebajarse.

—Muy bien, Rory. —Kristin soltó un suspiro exasperado—. ¿Dónde quieres que nos sentemos?

—En el patio está bien —intervino el pelota del representante de deportistas—. Nos sentaremos al otro lado.

—Id vosotros. —Rory se giró hacia el sonido de la aspiradora—. Quiero hablar con el ama de llaves.

—La policía ya ha hablado con ella —terció Kristin.

Rory la ignoró y dejó solos a Jerry Maguire y a la Madrastra Malvada para seguir el ruido de la aspiradora. Subió las escaleras y entró en una enorme sala de cine con paneles de madera y un techo con artesonado desprovisto de querubines. Una combinación de divanes y sofás se encontraban frente a una pantalla enorme, y justo debajo había una chimenea con «ascuas» negras de vidrio templado.

El ama de llaves era la misma mujer a la que Rory había visto hablar con la policía un par de días antes. Parecía tener la misma edad que ella. Era alta, con una larga melena castaña recogida en un moño desmadejado en la coronilla, y llevaba vaqueros ceñidos y una camiseta negra. Apagó la aspiradora y miró a Rory con recelo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Soy Rory, la hermana de Clint.

La mujer no iba demasiado maquillada, solo con un poco de brillo de labios, pero no necesitaba mucho más.

—Yo me llamo Gabby.

La alfombra era tan suave y mullida que Rory se habría tumbado encantada para echarse una siesta, algo que prefería hacer a jugar a los detectives.

—Sé que ya has hablado con la policía, pero ¿te importa si te hago unas cuantas preguntas?

—No sé qué más te puedo contar —dijo observando el pulpo de la blusa de Rory.

Rory se sentó en el reposabrazos del diván más cercano e intentó tranquilizar al ama de llaves con una postura y unas preguntas de lo más informales.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Dos años. Vengo cuatro veces a la semana.

—¿Es un buen trabajo?

—Sí. —Gabby asintió—. Clint es el mejor jefe que he tenido.

Y también el más generoso, supuso Rory.

—¿Sabes quién tiene llave de la puerta principal?

—Algunos de sus amigos se quedan aquí cuando él no está. Quizá algún miembro del equipo de mantenimiento. Todo eso ya se lo conté a la policía.

—¿Llegaste a conocer a Ashley?

—Un par de veces los vi desayunando juntos al llegar a la casa. —Las comisuras de los labios de Gabby se tensaron—. Creo que no se fijó en mí.

A Gabby no le había caído bien Ashley. ¿Era porque Ashley la había ignorado o porque al ama de llaves no le caía bien ninguna mujer que llamara la atención de Clint?

—Cuando vine a la casa el día en el que murió Ashley, no saltó ninguna alarma. ¿No hay sistema de seguridad?

—Sí, pero Clint casi nunca se molesta en activarlo. No paro de decirle que debería ir con más cuidado. Me dice que sí, pero luego se vuelve a olvidar. Se cree invencible.

Gabby hablaba como cualquier mujer que se preocupase por un hombre.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar? ¿Te comentó que tuviera que salir de viaje o algo? ¿Falta alguna maleta?

—No me dijo nada de viajes. No sé si falta alguna maleta, pero podría haberse ido a cualquier parte. —Se afanó en tensar el cable de la aspiradora, aunque no era para nada necesario.

Rory no era el detective Strothers, pero tenía la sensación de que Gabby ocultaba algo.

—Sabes que la policía lo anda buscando.

—No sé dónde está —insistió con terquedad.

—Pero tienes alguna idea, ¿verdad?

—¡Él no le hizo daño! —exclamó—. No es así.

—Eso lo sabemos tú y yo, pero a la policía hay que convencerla. —Se levantó del reposabrazos y la miró a los ojos—. Si te preocupas por Clint, dime dónde está para que yo pueda dar antes con él.

—He de trabajar. —Gabby encendió de nuevo la aspiradora.

Rory no iba a sacar nada más de ella. Se acercó a una consola curvada de cristal y escribió su número de teléfono en la libreta de los Chicago Stars que encontró en el mueble. Al dárselo a Gabby, alzó la voz para que la oyera por encima del ruido.

—Si decides que te puedes fiar de mí, llámame.

Gabby se guardó el papel en el bolsillo trasero de los vaqueros sin mirarlo y giró la aspiradora hacia la pantalla de cine. Rory había llegado a la puerta cuando el ruido cesó.

—Creo que tiene una cabaña o algo así —comentó Gabby.

—¿Una cabaña?

—He encontrado algunos recibos de tarjeta de crédito y de locales de un pueblo llamado Ludlow, en Míchigan. —Gabby se frotó el brazo —. Puede que sea cerca de allí. No lo sé.

—¿No tienes ninguna dirección?

Gabby negó con la cabeza.

—Llámame si das con ella.

El ama de llaves asintió brevemente y siguió trabajando.

***

—¿Una cabaña? Clint no tiene ninguna cabaña. —Kristin le dedicó a Rory la misma mirada condescendiente que su hijastra había visto miles de veces en su vida.

«No te vas a poner eso ni en sueños».

«¿Otra novela romántica? Se te va a pudrir el cerebro».

«Tú ya lo sabes todo, claro. Por qué ibas a seguir en la universidad».

Y más recientemente: «Y ¿cómo pretendes abrir una chocolatería si apenas ganas lo suficiente para pagar el alquiler?».

Había encontrado a Kristin y a Brett en el patio, charlando junto a una mesa blanca de metal. Brett estaba recostado en la silla, con un reloj Marchand resplandeciendo en su muñeca y las manos fuertes sin anillos. Era imposible que estuviera tan seguro de sí mismo como parecía.

Hacía bastante calor, y Rory deseó no haber rechazado el té helado, con o sin azúcar. Kristin descruzó las piernas; mientras se sentaba delante de ella, Rory se sorprendió al ver que su madrastra llevaba una pulsera tobillera de oro con un diminuto signo de infinito colgando de la cadena. El hecho de que Kristin, una mujer de cincuenta y un años, conservadora y que vivía en una zona residencial, llevase una pulsera de tobillo era tan incongruente que Rory perdió momentáneamente el hilo de la conversación.

—Qué idea tan absurda —le dijo Kristin a Brett—. Si se hubiera comprado una cabaña, me lo habría comentado.

«Por lo visto, el ojito derecho de mamá no se lo cuenta todo». Rory apartó la mirada de la pulsera tobillera. Un jardinero estaba podando los matojos junto a la verja.

—A lo mejor para Clint es una especie de refugio.

—Si necesitara un refugio, vendría a casa. —Kristin cogió el vaso con las manos y dio vueltas a los cubitos de hielo.

Rory se contuvo para enumerar todos los motivos por los cuales Clint no iría a casa de sus padres, empezando por las agobiantes muestras de cariño de Kristin.

—Gabby no tiene ninguna dirección —informó—, pero puede que la cabaña esté cerca de Ludlow, en Míchigan.

—No hay ninguna cabaña —insistió Kristin—. Conozco mejor a mi hijo que su ama de llaves.

—Quizá no lo conoces tan bien como crees. —Rory había vuelto a incumplir su promesa de resultar agradable, y Brett, oportunista como siempre, intervino.

—¿De qué más te has enterado?

El jardinero dejó en el suelo los trozos de arbustos podados y miró hacia el patio. Era grande y fornido.

—De que es probable que el ama de llaves esté enamorada de Clint.

—Eso te lo podría haber dicho yo —saltó Kristin—. Hace muchos años que veo cómo las chicas caen rendidas ante Clint.

—Es que mi hermano es irresistible. —Rory oyó el engreimiento que teñía su voz y deseó haber cerrado el pico. Brett se la quedó

mirando con lástima. Tenía treinta y cuatro años, muchos más de los que debería como para reaccionar a todo lo que le dijera Kristin, y no le gustaba nada que él presenciara ese rasgo inmaduro.

—No entiendo nada —murmuró Kristin.

—Lo investigaré. —Brett se levantó de la mesa—. Te lo prometo.

—Lo investigaremos —lo corrigió Rory.

***

Rory se abrochó el cinturón del coche de lujo.

—¿A qué hora salimos hacia Míchigan?

Brett encendió el motor.

—¿Quién dice que vayamos a ir Míchigan?

—Venga ya. No vamos a dejar que la policía lo encuentre primero.

Brett puso marcha atrás y echó un vistazo a la cámara de la pantalla del salpicadero para retroceder por el camino de entrada de la casa.

—Es increíble la de molestias que te tomas por un hermano al que llevas años evitando.

Rory sacó del bolso sus gafas de sol de diamantes falsos.

—Si lo ayudo a limpiar su nombre, también limpiaré mi conciencia.

Brett siguió yendo hacia atrás. Al final, se detuvo para que pasara una muchacha delgada que corría con pantaloncitos rosas y top de deporte. Rory se la quedó mirando.

—Sería igualita a ella si hubiera nacido con su cuerpo. Y si estuviera motivada para salir a correr todos los días, pero no es el caso.

Rivers salió a la calle.

—Tu cuerpo no está nada mal.

—Como sabes de sobra por haber visto mucho más de lo que debías. —Se subió las gafas de sol por el puente de la nariz.

—Es un recuerdo algo borroso. —En sus fríos ojos azules brillaba un destello demoníaco—. Vas a tener que enseñármelo de nuevo.

—¿Me estás tirando los tejos? —Se lo quedó mirando, boquiabierta.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No sé, dímelo tú.

—Son imaginaciones tuyas. —Le lanzó una sonrisa lisonjera—. No te ofendas, pero no eres Sophie.

Rory recordó el ramo de flores de trescientos dólares que Rivers había encargado.

—¿Te refieres a tu novia que es modelo de ropa interior, prepara cócteles bajo la luz de la luna y además cree que tiene un lado

sumamente espiritual?

—Qué bien conoces a Sophie.

Rory se echó a reír.

—Sophie es mi tía, una profesora de Psicología jubilada que juega al *mahjong*, va a nadar todos los días y dejó de ver el programa *Jeopardy!* cuando murió el presentador Alex Trebek. —Brett sonrió y frenó ante una señal de *stop*—. Cuéntame más cosas de vuestra rivalidad fraternal.

—No hay ninguna rivalidad. Asumí la derrota hace mucho.

—Tienes seis años más que él. No debería haber ninguna clase de competición entre vosotros.

—Pero ya conoces a Clint. Imagínate crecer con un hermano pequeño que empieza a eclipsarte en la escuela primaria. A Clint se le daba bien todo: los estudios, el deporte, hacer amigos. Es lógico que Kristin y mi padre lo adorasen y lo consintieran. ¿Te imaginas tener un hermano que nunca se equivoca?

—No. Tengo cuatro hermanos pequeños que se equivocaban muchas veces.

—Conque eras el mayor. Eso explica tu ambición patológica. ¿Ninguna chica?

—No, ninguna. Nuestra madre dice que por eso salimos asilvestrados.

—No te imagino a ti como un niño asilvestrado.

—Muy asilvestrado.

—Es mentira. Nadie cambia tanto.

—Alcohol. Drogas. Intento de asesinato. Lo hice todo.

—Mentiroso. Tú eres el que tenía que dar ejemplo, ¿verdad?

Pareció sorprendido al ver que Rory había adivinado lo que era obvio.

—Eras el hijo modélico, igual que Clint. Cuando tus hermanos se metían en líos, tus padres te ponían de ejemplo, y por eso ahora todos son unos fracasados y te odian a saco.

—Un bombero, un contable, un marine y un profesor de primaria de Fresno que vive a tres manzanas de la casa donde crecimos. —La comisura de sus labios se curvó—. No has dado ni una.

—Seguro que empezaste a repeinarte el pelo con gomina en segundo de primaria. —Rory no pensaba rendirse.

—Estaba demasiado ocupado con mi negocio de cuidar a mascotas como para dar importancia a mi aspecto.

—¿Tu negocio de cuidar mascotas? Pero si tenías…, ¿cuántos?, ¿siete años?

—Por aquel entonces ya me gustaba tanto el dinero como ahora. También vendía los pomelos del árbol del vecino que caían a nuestro lado de la verja, pero eso era solo durante una época del año.

—Das miedo. —Acarició el salpicadero—. Aunque me gusta este coche. ¿Qué otros negocios emprendiste cuando eras pequeño?

—Vendía comida y bebida en la escuela con un beneficio del cincuenta por ciento. Te sorprendería lo que están dispuestos a pagar los niños por una botella de Fanta de limón. Tuve mi primera franquicia en sexto.

—¿Franquicias y todo?

—Un negocio de recadero, luego uno de clases particulares y otro para cortar el césped. Habría emprendido más, pero empecé a practicar deporte. El dinero de verdad empezó a llegar en el instituto, con la compraventa de zapatillas deportivas. No dejé de comprar y vender durante la facultad, y por eso terminé la carrera sin ninguna deuda.

—Tus padres deberían haberte mandado al psicólogo. ¿Quién tiene esa clase de ambición desde tan pequeño?

—No voy a pedir disculpas por ser ambicioso. —Al tomar la autopista, Brett apretó el acelerador un poco más de lo que pretendía —. Márcate un objetivo y ve a por él. Así es como te llevé a la cama media hora después de conocerte.

Rory no pudo dejarlo salirse con la suya. Se bajó las gafas por la nariz y lo miró por encima de la montura.

—Fui yo la que te llevó a la cama a ti, no al revés. Y ¿sabes por qué? Porque soy una mujer que siempre va hacia lo que quiere. —«Por lo general, en dirección contraria»—. Y en esos momentos mi yo borracho y estúpido te deseaba a ti.

—Por fin admites que me deseabas. —Adelantó a un par de camiones que bloqueaban los dos carriles derechos.

—Estaba en plan suicida. —Se recolocó las gafas en su sitio.

—No estabas en plan suicida. Deprimida quizá, pero…

—Estaba deprimida y borracha. Me habría tirado a cualquier tío que hubiera salido a la terraza. —Evidentemente, era mentira. Vio en él una arrogancia y una seguridad absoluta en sí mismo que era lo que necesitaba esa noche.

—Y como soy así de ingenuo, te dejé dinero por tus dudosos servicios. —Suspiró.

—¿Cómo que dudosos? ¿Me estás diciendo que no estuve bien? — Rivers le había tendido el anzuelo y ella lo había mordido de lleno—. Aunque me la pela tu opinión.

Pasaron por debajo de un puente.

—Ahora que admites que fuiste tú la agresora —dijo—, hablemos de cómo te aprovechaste de mí en un momento de vulnerabilidad.

—Tú no has tenido un momento de vulnerabilidad desde que llevabas pañales.

—Eso no es verdad. He estado muy vulnerable. ¿Crees que es fácil

estar siempre al cien por cien?

Lo soltó como si fuera una broma, pero apretó fuerte el volante con los dedos. A lo mejor no era tan arrogante como fingía ser. Rory decidió indagar un poco.

—Cuéntame cómo llegaste a ser un primogénito que lo petaba en todo para que pueda burlarme de ti.

—No pienso contarte nada salvo que necesitamos encontrar a Clint antes de que empeore la situación. Phoebe Calebow no aprueba las investigaciones criminales sobre sus jugadores.

Hasta Rory sabía que Phoebe Calebow, la legendaria propietaria de los Chicago Stars, no era una mujer que pudiera tratarse a la ligera.

Estuvieron en silencio un rato hasta que llegaron a la autopista Kennedy.

—Si tus padres hicieron que te sintieras inferior, fueron ellos los que la cagaron, no Clint —le dijo Brett.

—Sobre todo mi padre. Me dejó en las malvadas garras de Kristin.

—¿Te pegaba? ¿Te encerraba en un armario? Es raro. Kristin no me parece cruel.

—Es Cruella de Vil. —En realidad, Kristin no era ni cruel ni vil. Era una mujer rígida, muy crítica y tan enamorada de su hijito que no le quedaba nada para la niña a la que había tenido que cuidar. En cuanto al padre de Rory… Había sido una sombra en su vida, a la que solo daban alegrías los logros de Clint.

Brett la miró de reojo, como si esperara que añadiera algo más. Rory cogió el bolso.

—¿No tienes llamadas que hacer o qué?

—Pues resulta que sí.

Mientras él hablaba con alguien de Dallas, Rory sacó el móvil del bolso, además de la tarjeta del detective Strothers. Lo llamó de inmediato.

—Deben investigar al ama de llaves de Clint. Creo que es probable que esté enamorada de él. Y también al tipo que trabaja como jardinero. Es gigantesco.

Pero a Strothers solo lo preocupaban dos cosas: si había hablado con su hermano y cómo era la funda del móvil de Ashley.

—No he hablado con Clint —le respondió—. Y la funda de Ashley es de piel blanca con una especie de logo de diseñador. Un triángulo. De Prada, creo. ¿Lo han encontrado?

—Gracias por su colaboración, señorita Garrett.

Le colgó antes de que Rory pudiera recordarle que Clint era inocente.

Llegaron al área triestatal, y Brett seguía ocupado haciendo llamadas. Rory se dispuso a leer los mensajes que había recibido. No tenía ninguno reciente, pero quería parecer una persona con

cuestiones importantes que atender y no una con una vida totalmente paralizada.

***

La cafetería olía a expreso, especias y aire acondicionado.

—Un té *matcha* pequeño, por favor. Con hielo. —Kristin acababa de beber un té helado con Rory y con Brett, y no tenía sed, pero no podía quedarse más tiempo en esa casa. Ojalá hubiera ido a la cafetería de un hotel en lugar de a ese antro con mesas de metal incómodas y suelo de cemento gris. Quería ver alfombras persas descoloridas, sentarse en butacas con reposabrazos y oír canciones de Alicia Keys en lugar de un zumbido electrónico machacón. También quería recuperar la juventud para no cometer los mismos errores. Se quedó mirando la pulsera de tobillo que se había puesto en un vano intento por reinventarse. Era ridícula, y pensaba quitársela en cuanto volviera a casa.

Llevó el té a una mesa que estaba junto a un cuadro abstracto en blanco y negro de la cabeza de una mujer invertida. Si Gregg siguiera vivo, se quejaría del arte, de la música electrónica y de los precios. El infarto que acabó con él dos años antes había cambiado en gran medida la vida de Kristin, y todavía no se había recompuesto.

Le sonó el móvil. Miró la pantalla y vio que alguien le había mandado por AirDrop una foto tomada unos segundos antes, de ella sentada en aquella mesa. Qué grima. La cerró y miró alrededor.

Unos cuantos adolescentes ignoraban sus libros de texto para jugar con el móvil. Un señor mayor escribía con el ordenador portátil. Un par de madres jóvenes con bebés en cochecitos charlaban cerca de las ventanas del fondo y una anciana leía el periódico, con las gafas de leer sobre la punta de la nariz.

No le costó nada localizarlo a él, un joven adulador que la miraba desde detrás de unas gafas de hípster. Recostado en la silla con las piernas extendidas, su sonrisilla daba a entender que Kristin debería dar gracias por que un chico como él se interesara por una vieja marchita como ella.

Lo fulminó con la mirada, se cambió de silla para darle la espalda y bebió un sorbo del té. Un poco de azúcar no le iría nada mal, pero cuando Clint era pequeño había intentado dar ejemplo de alimentación saludable, y ya se había vuelto una costumbre. Rory, cómo no, había metido a escondidas caramelos en su cuarto con tan solo siete años.

Aquel había sido un día inquietante. Rory había sido hostil con ella, como siempre, y, cada vez que Kristin pensaba en Ashley Hart, notaba un nudo en el pecho. Rory la había llamado insensible, pero

Rory no había pasado la noche sola en una casa donde habían asesinado a una mujer. Kristin rezaba por que Clint la esperase en la casa cuando volviera para así no tener que repetir la experiencia.

Comprendía por qué la policía quería hablar con Clint, pero considerarlo sospechoso era incomprensible. ¿Cómo podía alguien creer que su hijo, un hombre honorable, era el responsable de la muerte?

Cogió el té con las manos, sintiéndose frágil y desorientada. Siempre había creído que lo sabía todo sobre su hijo, pero no sabía por qué lo había dejado con una mujer a la que amaba ni por qué no le había comentado que se había comprado una cabaña, y sobre todo no sabía por qué no le cogía el teléfono. Era como si, poco a poco, estuviera perdiendo partes de sí misma.

Acababa de cumplir veintidós años cuando supo que estaba embarazada por una inadecuada aventura con un hombre catorce años mayor que ella, un tipo que seguía triste por la muerte de su esposa. Gregg no se hubiera casado con ella. Kristin siempre lo supo, aunque no lo dijera en voz alta. Pero era un buen hombre, y creía que debía hacer lo correcto. Con los años, había llegado a quererla, pero era el amor de la familiaridad, no el amor pasional que sintió por Debra Meadows, la madre de Rory.

La bella y exitosa Debra, que en la mente de él sería joven para siempre. La perfecta Debra, que jamás tuvo que lidiar con una hijastra malencarada, que nunca sufrió la menopausia ni se vio obligada a insistirle a su esposo para que se tomara la medicación para el corazón. Pero Kristin hizo algo que Debra no pudo: le dio a Gregg el hijo brillante y atlético que siempre deseó tener.

Le sonó el móvil. ¡Era Clint! ¡Por fin! Lo cogió.

Pero no era Clint. Era otra foto suya, esa tomada unos segundos antes.

Se levantó de la mesa, las patas metálicas chirriaron en el duro suelo de cemento, y cruzó la cafetería hacia el joven sonriente que se ocultaba detrás de las gafas de sol de hípster y que fingía que no la estaba mirando.

Capítulo 7

Kristin se detuvo en seco delante de la mesa del chico.

—¿En serio? ¿Te parece una buena manera de entrarle a una mujer? ¿Hacerle fotos a hurtadillas? ¿Tienes idea de lo irrespetuoso que es? Los jóvenes como tú dejáis en muy mal lugar a toda vuestra generación. —Y siguió y siguió, soltando todo el vapor que se había ido acumulando en su tetera interior—. Si quieres hablar con alguien, ten las agallas suficientes como para acercarte a esa persona y saludarla. Y quítate esas gafas de sol tan ridículas. Estamos en una cafetería, no afuera en un…

—Disculpe. Creo… Me parece que…

Kristin lo interrumpió a media frase justo cuando el hombre al que había visto con el ordenador portátil se le aproximaba.

La expresión perpleja del joven penetró por fin la humeante frustración de Kristin. Se fijó en sus audífonos, en su camiseta gris, en las gafas de sol que llevaba bien sujetas sobre las sienes…

Y en el bastón blanco.

—Dios santo, ¡cuánto lo siento! —Soltó un grito ahogado. Le ardía la piel cuando comprendió lo que acababa de hacer—. Lo siento… No sabía que… Creía que tú… Ay, mierda. Perdóname, por favor. Me había parecido…

—Es culpa mía —intervino el hombre.

Mientras el chico seguía con cara de desconcierto, Kristin exclamó:

—¡Un momento! Enseguida… Enseguida vuelvo. —Cogió el bolso, corrió hacia el mostrador e hizo cola detrás de una mamá que no era capaz de decidirse entre un *frappé* de caramelo o uno con galletas y vainilla. De reojo, Kristin vio que el hombre hablaba con el joven.

Finalmente pudo hacer la compra y regresó a toda prisa hasta la mesa del chico.

—Toma… Es una tarjeta regalo. Sé que no puedo ponerle una cifra a lo que he hecho, pero…

—¿De cuánto? —preguntó el joven.

—De cien dólares. A lo mejor debería haber…

—Qué pasada. —Con una sonrisa petulante, el chico palpó la tarjeta, se ladeó en la silla y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros —. Que tenga un buen día, señora. Aunque esté como un cencerro.

Kristin no podía más. Agarró el bolso y salió por la puerta del establecimiento sin beberse el té. Intentaba ser una persona decente, abierta de mente, y preocuparse por los demás. Le encantaban los animales y cocinaba para sus amigos cuando estaban enfermos. Y

también…

—He sido yo —le dijo una voz grave desde detrás.

Kristin giró sobre sus talones y parpadeó ante el sol.

Era un tipo alto, ligeramente familiar, con piel aceitunada y pelo cano que empezaba a clarear junto a su alta frente. Sujetaba el ordenador, cuyo cargador seguía colgando como si fuera la manta de Linus, el amigo de Charlie Brown.

—He… he sido yo quien te ha mandado las fotos al móvil.

—¿Tú? ¿Por qué ibas a hacer tal cosa?

—Porque me lo ha pedido mi hija.

—¿Tu hija te ha pedido que hagas fotos a desconocidas? —Se lo quedó mirando.

—No exactamente. Es que… —Levantó el ordenador, pero le quitó el cargador y se lo tendió por alguna extraña razón—. Por favor… ¿Me dejas que te pida disculpas? A pesar de lo que crees, soy inofensivo. Menos para mí mismo, quizá. —Sin esperar respuesta, dio media vuelta y entró en la cafetería.

Kristin se quedó observando un cargador que no sabía por qué había aceptado. Estaba lejos de casa, dormía en una casa encantada, su hijo había desaparecido y acababa de acusar sin motivo a un joven invidente de haberla acosado. Se le estaba yendo la olla.

El hombre volvió antes de que Kristin analizara el batiburrillo de emociones que sentía, y vio que él había ido a recuperar el té que ella había abandonado en la mesa.

—Soy Daniel Hanbridge.

«Daniel». Por eso le resultaba familiar. Se parecía a una versión más corpulenta de Daniel Day Lewis. No tan guapo, pero atractivo a su manera. Debía de tener cincuenta y pico años, y, aunque no tenía barriga, llevaba la ropa un poco holgada, como muchos hombres de su edad.

El tipo señaló una mesa vacía de la terraza con el té de Kristin.

—¿Te parece que nos sentemos un momento?

Kristin le arrebató el té, pero no se movió.

—Estoy bastante avergonzado —dijo.

—¿Tú estás avergonzado? Yo estoy muerta de la vergüenza. ¿Cómo has podido hacer algo tan estúpido?

—Es una experiencia nueva para mí —le aseguró con seriedad—. Pero es verdad que tiendo a ser algo obtuso.

—Me quedo un rato.

Él asintió lentamente y recuperó el cargador.

Kristin decidió escuchar lo que tuviera que decirle ese desconocido porque su expresión taciturna le recordaba a Ígor, el burro de *Winnie the Pooh* —del cuento ilustrado, no de la versión de Disney—. O quizá porque no estaba preparada para volver a la casa encantada. Fuera

cual fuese la razón, frunció el ceño y se dirigió hacia la mesa que él había señalado.

—No pretendía ser un capullo —comenzó después de sentarse en la silla delante de ella y dejar el portátil a un lado—. Lo cierto es que mi hija está harta de mí. Dice que me estoy convirtiendo en un vejestorio.

—Y ¿has decidido recuperar el vigor de la juventud haciéndome fotos sin permiso?

—Es que hace nada que sé cómo funciona AirDrop —respondió—. Estabas cerca, y he visto que tu AirDrop estaba activado, e intentaba ser gracioso al mandarte una foto. —Si acaso, estaba más taciturno aún que antes—. No se me da bien ser gracioso.

A ella tampoco.

Daniel extendió las piernas, un gesto un tanto extraño, como si, a pesar de tantos años, siguiera incómodo en su cuerpo larguirucho.

—Me ha parecido que tenías más o menos mi edad. Eres muy guapa, seguro que lo sabes, y he decidido actuar. Si acaso, la única razón ha sido para poder decirle a mi hija que había hecho algo impulsivo.

—¿Insultar a una mujer a la que no conoces?

—En mi cabeza era distinto —repuso—. Es algo que pasa a veces. Tenía la intención de mandarte una foto mía justo después.

—Y ¿qué se suponía que iba a hacer yo con la foto?

—Pensaba que mirarías alrededor, me verías y te acercarías a saludar. Y en ese caso iba a invitarte a un pastelito.

—¿A un pastelito?

—No se me ha ocurrido nada más.

Era un hombre muy raro, muy diferente a Gregg, cuya seguridad había hecho que sus propias inseguridades se intensificaran, y Kristin se ablandó un poco.

—¿Cuántos años tienes, Daniel?

—Cincuenta.

Y ella acababa de cumplir cincuenta y uno. Aunque solo fuera por unos pocos meses, le gustaba ser la mayor.

—¿Deduzco que no estás casado?

—Divorciado. Me enteré de que mi mujer, mi exmujer, había solicitado muchas tarjetas de crédito sin decírmelo y que había acumulado una deuda considerable. Cuando intenté que limitara sus gatos, me acusó de ser un controlador. También me estaba poniendo los cuernos.

—Pues parecen buenos motivos para pedir el divorcio.

—Una parte de la culpa fue mía. No estoy en el espectro autista, pero sí que me acerco bastante, y le costaba digerir mi aparente indiferencia.

—¿Y eso? —Kristin estaba bastante intrigada.

—No se me da bien interpretar a los demás. Por ejemplo, no sé si sigues enfadada conmigo.

No lo estaba.

—Un poco irritada.

Daniel sonrió.

—Entonces, ¿me dejas que te invite a cenar?

—Para el carro, amigo. Te estás saltando un pequeño matiz.

—Me suele ocurrir. —Asintió—. Supongo que deberíamos saber más del otro antes de que te invite a cenar. No llevas alianza, pero quizá sales con alguien. ¿Es así?

—No. Soy viuda.

—¿Cuánto tiempo hace? ¿Querías a tu marido? Me pareces bastante inteligente, aunque no lo sé a ciencia cierta.

—Siempre eres así de directo, ¿eh? —Kristin sonrió—. No hay segundas intenciones. No hay motivos ocultos.

—Sé que mi franqueza a veces se interpreta como falta de educación, pero no es mi intención.

—No me ofendes, tranquilo. Hace dos años que murió mi esposo. Lo quise, sí, pero no siempre me caía bien. —Nunca había dicho en alto esas palabras, pero le resultaba natural confesarle su secreto más oscuro a aquel desconocido—. Era mayor que yo. Tenía más estudios que yo. Me quería, pero no me respetaba. No me veía a su altura.

—Que una persona no esté a la misma altura intelectual que tú no significa que no sea superior a ti en otras formas. Por ejemplo, seguro que tú no estás a la misma altura intelectual que yo, pero es fácil ver que eres muy superior a mí en lo que respecta a tratar a la gente.

—¿Cómo sabes que no estoy a la misma altura intelectual que tú? —Kristin se echó a reír.

—Casi nadie lo está. —No parecía contento con eso.

El sol le dio a ella en los ojos, e hizo visera con una mano.

—¿A qué te dedicas, Daniel?

—Soy el propietario de una pequeña empresa de consultoría de ingeniería. —Recolocó el parasol para que Kristin estuviera de nuevo en la sombra. Aquel sencillo acto de amabilidad la conmovió. Tal vez a él no se le diera bien interpretar los sentimientos de los demás, pero se había dado cuenta—. La ingeniería eléctrica es una carrera ideal para la gente a la que se le da muy bien el pensamiento abstracto. Somos personas lógicas que nos concentramos muchísimo, pero no siempre nos manejamos bien con las ambigüedades, y no tendemos a aceptar demasiado bien los cambios.

—Entiendo. —No lo entendía, pero vio que Daniel no lo pretendía. En ese preciso instante, decidió que aceptaría su invitación para ir a cenar—. Daniel… —Se interrumpió cuando vio una pegatina con el logo de los Chicago Stars en la esquina inferior derecha de su portátil.

Vaciló—. Eres amante del fútbol americano.

—Mi hija me puso esa pegatina. Me ha convertido en un fan de los Stars.

—¿Por qué de los Stars? ¿Por qué no de los Bears?

—Vivimos en las afueras del oeste de la ciudad. ¿Cómo íbamos a ser seguidores de los Bears? —Sonrió—. Ver los partidos de los Stars es algo que mi hija y yo siempre hacemos juntos.

La tensión reapareció. Tras la muerte de Gregg, Kristin había terminado hasta el moño de los hombres amables que al final estaban más interesados en conocer a Clint que a ella. Pero Daniel no sabía que era la madre de Clint…

—No me has dicho cómo te llamas —comentó él.

—Kristin. Meadows. —De todos los apellidos que podría haber elegido, ¿por qué se le había escapado el de soltera de Debra?

—Y ¿a qué te dedicas, Kristin Meadows? Háblame un poco de ti.

—Dejemos esa conversación para la cena.

—¿Vas a aceptar cenar conmigo? —Sonrió de nuevo—. Qué sorpresa tan agradable. ¿Te va bien hoy? —Se puso serio—. ¿O es demasiado pronto?

—Demasiado pronto. —Kristin esbozó una sonrisa—. Pongamos mañana.

—Pues mañana. Dame tu dirección, y pasaré a recogerte.

—Quedamos directamente en el restaurante.

—Es buena idea andarse con cuidado. Debería habérseme ocurrido a mí.

Era fascinante que aquel hombre, que a todas luces era brillante, le hiciera sentir como si fuera la mujer más perspicaz del mundo. Habló un poco más con él antes de levantarse de la mesa.

—Gracias por una compañía tan interesante, Daniel Hanbridge. Dile a tu hija que su padre todavía no ha perdido su toque.

Él sonrió y, en el proceso de levantarse, volcó el resto del té de ella.

Kristin se rio y se dirigió hacia el coche.

En cuestión de unos minutos, se había reído dos veces. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez en la que algo la había divertido? Quería llamar por teléfono a una amiga y contarle lo que había ocurrido, pero despertaría más alarma que intriga. Ninguna de ellas comprendería por qué Kristin había accedido a cenar con un tipo tan excéntrico. La única persona que quizá lo entendería sería Rory, y esa relación se había roto hacía años.

Lo que más deseaba en el mundo era empezar de cero una vez más. Aunque le daba muchísimo miedo cometer los mismos errores del pasado.

***

Esa misma tarde, unas horas después, Rory y Brett se dirigían a Ludlow, Míchigan. Brett se pasó la primera parte del trayecto hablando por teléfono mientras Rory reflexionaba sobre el paradero de su hermano. ¿Clint sabía que Ashley estaba muerta y, en ese caso, por qué había huido?

Rory había soportado suficiente cháchara de Brett mientras conducía y le ordenó que detuviera el coche. Como era de esperar, él protestó.

—Me gusta conducir.

—No. —Lo fulminó con la mirada—. Lo que te gusta es hablar por teléfono y hacerles la pelota a tus clientes.

—No pienso dejar este coche en manos de una mujer que conduce una tartana cochambrosa que no debería tener permiso para andar por ahí. —Se puso el auricular de nuevo.

—Es que el Maserati me aburría soberanamente. Déjame conducir o le diré a Clint que su flamante representante sedujo a su pobre hermana borracha.

—¿Soy el único que se da cuenta que no dejas de cambiar la historia sobre quién se aprovechó de quién?

—Que se da cuenta «de» que. Si hubieras pasado más tiempo en clase y menos en el gimnasio, sabrías que es la forma correcta.

Brett se había pasado muchísimo más tiempo en clase que ella, pero en lugar de contraatacar, detuvo el coche y le permitió sentarse al volante.

A lo largo de las siguientes horas, Rory fue casi feliz al conducir hacia el norte de Míchigan un cochazo que iba como la seda al tiempo que intentaba ignorar al hombre que tenía al lado. Si Ashley siguiera viva, Clint no hubiera desaparecido, ella ganara suficiente dinero y no se hubiera visto involucrada con un repeinado representante de deportistas, su vida sería perfecta.

Brett había echado hacia atrás al máximo el asiento del copiloto para que le cupieran bien las largas piernas. Se arremangó la camisa a rayas azules y blancas, dejando a la vista unos antebrazos musculosos con la cantidad justa de vello y un reloj que seguramente valía lo mismo que su coche. Era sexi como lo eran los hombres ricos y poderosos. También era divertido, inteligente y carismático. Pero su mundo era el de Clint, no el de Rory. Como ocurría con muchos hombres del deporte profesional, la identidad de Brett Rivers estaba construida sobre dinero, poder y ambición.

Atravesaron el pueblecito de Ludlow. Ya casi era de noche, y hacía mucho que no veían otro coche. El navegador fallaba cada dos por

tres, y Rory decidió detenerse y hacer un pantallazo a las indicaciones antes de perder la cobertura por completo.

—No vamos a quedarnos sin cobertura —anunció Brett, como si al decirlo lo convirtiera en una realidad—. Más nos vale que no.

—Entiendo. Sin cobertura, solo eres medio hombre.

—No tiene gracia, Rory. Tengo que estar disponible las veinticuatro horas del día.

—O el mundo tal como lo conoces llegará a su fin. Esperemos que no suceda.

Pero no bastó con esperarlo, y al cabo de unos cuantos minutos, al girar hacia otra carretera secundaria, se quedaron sin cobertura. Brett se cabreó tanto que Rory casi sintió lástima por él, pero a fin de cuentas no era tan buena persona.

—¿Necesitas una bolsa de papel para respirar?

—Más nos vale no quedarnos mucho tiempo por aquí. —Le lanzó un rayo mortífero con los ojos.

Rory mantuvo la velocidad hasta que llegaron a su destino.

El Desguace de Dick.

Rory viró hacia un aparcamiento de gravilla en cuyo centro había un edificio oscuro con una bombilla sobre la puerta principal, que arrojaba sombras sobre los grafitis de las paredes. Mientras Brett mascullaba una maldición, ella comprobó que habían llegado a su destino, pero no se habían equivocado. El Desguace de Dick era el final del trayecto.

Detuvo el coche y observó las montañas de tapacubos que se alzaban de la tierra como enormes champiñones junto a una valla metálica. Detrás de la verja se extendía un cementerio de carrocerías de coche. Rory pasó la vista del cartel al aparcamiento infestado de malas hierbas.

—¿Crees que Dick sabe que existe una diferencia entre un desguace y un vertedero, que es lo que parece esto?

—Es evidente que nuestro amigo Dick es un tío con ambición.

—Otra persona con un sueño inalcanzable.

Brett se quitó el auricular y lo lanzó sobre el asiento.

Rory pulsó el botón para bajar la ventanilla del conductor. Un perro aullaba no demasiado lejos de allí, y el frío aire de la noche arrastraba el olor metálico de la tormenta que se avecinaba.

—Ahora es un buen momento para que me cuentes la historia real de cómo has conseguido esta dirección.

—La subencargada de la empresa de Clint es una vieja amiga.

—Una vieja novia, querrás decir.

—¿Cómo lo sabes? —Miró de nuevo al móvil, como si esperase que por arte de magia hubiera ganado cobertura.

—Lo sé porque estamos delante del vertedero de Dick en lugar de

la cabaña de Clint. Así es como tu exnovia se ha vengado por la forma cruel en la que la dejaste.

—Me dejó ella a mí. —Bajó el móvil—. Y sin nada de venganza. También me advirtió que la dirección que había encontrado de la cabaña estaba algo borrosa.

—¿Por qué te dejó?

—¿A ti qué te importa?

—No, si no me importa. —El perro que no andaba lejos aulló de nuevo—. Es que este sitio me está poniendo nerviosita.

—Su cabaña debería estar cerca de aquí.

—Tiene que haber una mejor forma de encontrarla. A lo mejor podrías… —Soltó un leve grito cuando alguien golpeó el techo del coche justo encima de su cabeza. Al girarse, vio a un hombre barbudo vestido de camuflaje con un rifle sobre el hombro, justo delante de la ventanilla bajada—. Hostia puta —exclamó.

Brett abrió la puerta del copiloto y bajó sin razón aparente.

—Buenas.

«¿"Buenas"? ¿Quién saluda así hoy en día?».

¿Quizá Brett quería atraer la atención de Don Camuflaje? Seguramente no. Sin embargo, si era lo que pretendía, lo consiguió, porque Don Camuflaje se apartó de la ventanilla y se dirigió hacia el capó del coche.

El motor seguía en marcha. Rory tan solo debía meter marcha atrás y salir cagando leches de allí. Pero no podía hacerlo porque el rey del universo no estaba en el coche.

—Creo que nos hemos perdido —dijo Brett.

—Eso parece.

Todas las fibras del ser de Rory se erizaron al detectar la clara hostilidad de Don Camuflaje. No podría haber dejado más claro que no era un aldeano amable con ganas de ayudar a un par de desconocidos.

Brett lo miró por encima del capó del coche.

—Se supone que vamos a visitar a un amigo que tiene una cabaña por aquí, pero mi novia… —asintió hacia el coche— anotó mal la dirección, y mi amigo no responde al teléfono.

«Claro. La culpa es de la novia».

—¿A quién estáis buscando? —La mano libre de Don Camuflaje se apoyó en la culata del revólver. ¿Ese tío tenía un rifle y un revólver? Daba un miedo de morirse.

Mala elección de palabras.

—Ahí es donde la cosa se pone complicada. —Brett recostó una mano en el capó—. Nuestro amigo es famoso en Chicago y un amante de la intimidad. Le gusta pasar desapercibido para que la gente no lo acose cuando viene por aquí. No le haría ninguna gracia que dijera su

nombre así como así.

—Pues será difícil encontrarlo sin un nombre.

—Debe de vivir cerca de aquí, quizá junto a esta carretera. Solo viene unos días y el resto no alquila la cabaña.

Brett no podía saberlo con seguridad, pero había intentado deducir lo más lógico.

—¿Se le ocurre alguien que encaje en esa descripción? —prosiguió.

—Pues no sé qué deciros.

Brett se giró hacia la puerta del copiloto.

—Gracias por su ayuda.

Que había sido inexistente.

—No os mováis. —Dos hombres salieron del edificio. Bajo la luz de los faros del Mercedes, parecían clones más jóvenes de Don Camuflaje. Los dos eran blancos y barbudos, vestían vaqueros mal entallados, camisas de camuflaje y una especie de chaleco militar con un parche verde en el que aparecía un águila americana con una pistola en el pico y las palabras «Confiamos en Dios» impresas en una barra justo debajo.

Los falsos soldados iban armados, y Rory se iba cabreando más con cada segundo que pasaba. Había leído acerca de esos tíos, hombres cortos de miras con tan poca autoestima que se sentían amenazados por cualquiera que no encajara en su limitado concepto de quién era un norteamericano de verdad. Hombres tan aburridos con sus vidas que necesitaban inventarse algo emocionante. Ojalá las mujeres de la zona les prestasen más atención a esos imbéciles para que no hicieran tanto el tonto en la calle. O, en este caso, en el vertedero.

Rory estalló. Abrió la puerta y bajó del coche sin apagar el motor,

—Chicos, ¿de qué coño vais?

—Rory… —La advertencia que acompañaba el tono de Brett le dijo que no estaba contento con su intervención. Tal vez estuviera siendo protector, pero lo más probable era que no quisiera que le contaran a Clint que había presenciado cómo disparaban a su hermana. Sería negativo para su carrera.

A ella le daba lo mismo. Ya había soportado suficientes obstáculos que le impedían pasar página en su vida.

—¿Siempre vais por ahí apuntando con pistolas a la gente a la que no conocéis?

—Si creemos que son del gobierno, sí. —Don Camuflaje apretó la mandíbula.

—Por el amor de Dios. —Señaló a Brett con un gesto—. Lleva mocasines de Gucci y conduce un Mercedes Benz Clase S. ¿A vosotros os parece que trabaje para el gobierno?

Los tres intercambiaron una mirada. Al final, el más joven, y quizá el más avispado del grupo —aunque eso era relativo—, reparó en el

error.

—¿Y tú qué?

—Yo soy chocolatera. O por lo menos lo intento.

—Demuéstralo.

—¿Cómo abro el maletero? —Se giró hacia Brett.

—No tienes que demostrarle nada a nadie. —El gruñido de Brett sonó tan funesto como el aullido del perro del vertedero.

—Por lo visto, sí —repuso Rory—, porque estos tíos son gilipollas.

—Rory… —Su nombre se convirtió en una larga advertencia.

—¡Es que lo son!

—Ignoradla —intervino Brett—. Últimamente ha fumado demasiados porros.

—Ojalá. —A lo lejos sonó un trueno—. A juzgar por los parches de malotes que lleváis en el chaleco y por vuestra actitud así en general, supongo que os creéis los guardianes de la Constitución, un documento que obviamente no habéis leído. Pero al apuntarnos a mí y al gallina de mi «novio» con esos símbolos fálicos solo estáis haciendo el ridículo.

—Yo no soy un gallina… —Brett se giró hacia ella.

Pero Rory no había terminado.

—Cuando os apoderéis del gobierno, ¿qué pensáis hacer exactamente, so idiotas?

—Abriré el maletero —se apresuró a decir Brett.

Don Camuflaje lo ignoró y echó a caminar hacia ella.

—Tienes la lengua muy larga, Ricitos. Cuando se destape toda la mierda, seremos los únicos que podrán salvarte el culo.

—La mierda sois vosot…

—¡Maletero abierto! —exclamó Brett para impedir que su compañera terminara la frase—. Aquí tenéis, chicos. Los mejores bombones que probaréis en la vida.

En el maletero había una docena de cajas de cartón con muestras, los restos que Rory no había conseguido vender en los mercados de agricultores. Se los había llevado con la vaga idea de que tal vez resultaran útiles si debían convencer a alguien para que hablara con ellos.

Los tres hombres se acercaron al maletero, con los rifles preparados por si las trufas decidían abrir fuego. Brett cogió una de las cajas. Como las demás, contenía seis bombones: fruta de la pasión, praliné, licor y nueces pecanas, y crema de vainilla, además de una maravillosa mezcla de caramelo salado y un poco de cremoso chocolate negro y con leche.

Cuando el capullo más alto abrió la caja, a Rory la embargó una indeseada oleada de fiebre patriótica que le hizo pensar en las buenas personas del ejército, el gobierno, las iglesias y las organizaciones

benéficas, personas que se preocupaban por los demás, por su nación y por el lugar que ocupaba su país en el mundo. Personas decentes que tenían demasiado trabajo positivo que hacer como para perder el tiempo con absurdas teorías conspiratorias y preparándose para una insurrección. Y luego pensó en el juramento que los ciudadanos nacionalizados debían hacer para proteger la Constitución de los enemigos, tanto de fuera como de dentro. Y, sin embargo, ahí estaba ella, complaciendo a imbéciles con sus delicados bombones. Se abalanzó hacia delante.

—¡Ni de coña! ¡No pienso compartir mis bombones con traidores de nuestro país!

Demasiado tarde. Las trufas ya estaban desapareciendo en sus estómagos.

—No se calla ni debajo del agua —le dijo Don Camuflaje a Brett mientras se relamía los labios.

—A mí me lo vas a contar.

—Me da a mí que un tío como tú podría aspirar a más.

—Lo he pensado muchas veces —repuso Brett con un asentimiento.

¿Esos dos se habían hecho coleguitas de repente? Rory debería haberlo sabido. Eran sus bombones. No era la primera vez que había visto a desconocidos juntarse ante sus obras de arte culinarias, aunque nunca a una pareja tan estrambótica.

Don Camuflaje habló con la boca llena de caramelo salado.

—Si buscáis a Clint Garrett, tiene una cabaña a un par de kilómetros por la carretera. Con un buzón enorme con forma de trucha.

A la mierda el supuesto anonimato de Clint.

—Gracias. —Brett empezó a encaminarse hacia el capó del coche, preparado para ponerse al volante. Rory entró en el vehículo antes que él y se sentó en el asiento del conductor. No pensaba dejar de estar al mando del Mercedes delante de esos neandertales.

Debía reconocer que Brett giró con suavidad hacia el asiento del copiloto.

—¿Dejas que una mujer conduzca tu coche? —preguntó el gilipollas más joven.

—¿Por qué no?

Los tres se lo quedaron mirando con sonrisillas que daban a entender la pena que les daba su falta de masculinidad. Brett sonrió y puso una mano sobre la puerta del copiloto.

—Que sepáis que estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho Ricitos, aunque yo habría ido con un poco más de tacto. Deberíais buscaros otra afición.

En lugar de meterse en el coche a toda prisa para que Rory arrancara y pudieran salir por patas, Rivers se tomó su tiempo para

sentarse y cerrar la puerta.

—Date prisa —le espetó, ya que no le gustó cómo los tres capullos movían los rifles.

Él saludó con un asentimiento a los tres tipos a través del parabrisas. Al mismo tiempo, le dijo en un grave susurro de advertencia:

—Ni se te ocurra salir de aquí quemando rueda.

Era precisamente lo que Rory planeaba hacer.

Se obligó a alejarse lentamente. Al mismo tiempo, se preparó para que les dispararan a las ruedas.

Ya faltaba poco…

Una bala aterrizó en la gravilla delante del coche. «¡Maldita sea!». Otro disparo golpeó el suelo, y luego otro más. Apuntaban cerca del vehículo, pero no les pinchaban los neumáticos a propósito. Rory sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Gilipollas!

—Ahora sí que puedes quemar rueda —la animó Brett.

Capítulo 8

En cuanto estuvieron fuera del alcance de los disparos, Brett la regañó:

—¿De verdad te ha parecido buena idea llamarlos *gilipollas*?

—Soy una patriótica.

—Si te llegan a disparar…

—Clint te habría culpado a ti. —Le sonrió—. Me encanta nuestra relación. Siempre y cuando seas el representante de Clint, algo que, seamos sinceros, quizá dejes de ser en breve como no cambie de actitud hacia ti…, yo tengo el poder.

—Ser yo es una mierda.

Rory se rio.

Brett cogió el móvil, pero lo abandonó al ver que no había cobertura. Rory conducía despacio, con las luces largas, y las gotas de lluvia empezaron a tamborilear sobre el parabrisas. De vez en cuando, un camino se abría paso entre los densos árboles a ambos lados de la oscura carretera, pero en ninguno vieron un buzón con forma de trucha.

El parabrisas empezó a empañarse. Brett se inclinó hacia delante para activar la ventilación y le rozó el brazo a Rory, una caricia intrascendente que le hizo ser consciente de lo cerca que estaban el uno de la otra. Le lanzó una mirada.

—Ah, y que sepas que no estaba de acuerdo con todo lo que has dicho. No soy ningún gallina.

Rory movió el brazo en el volante para dejar más distancia entre ambos.

—Es probable que no, pero no quería que te metieran un balazo.

—Algo que has olvidado enseguida al ponerte a insultarlos.

—Es otra de las cosas que nos diferencian a Clint y a mí. El niño mimado casi nunca pierde los papeles. Yo, en cambio, soy una bomba de relojería. —Los faros iluminaron los ojos brillantes de un coyote o un zorro que corría entre los matojos—. Ya hemos pasado un kilómetro. ¿Cómo crees que es un buzón con forma de trucha?

—¿Parecido a un pescado?

—Eres un genio. No me sorprende que terminaras la carrera de Derecho. —Rory esbozó una sonrisa burlona con la que se sintió mejor consigo misma. Rivers era la clase de hombre capaz de abrumar a una mujer, y a ella ya la habían abrumado demasiadas veces.

—Debemos de habérnosla saltado —comentó—. Busca un sitio donde dar la vuelta sin destrozarme el coche. ¡Espera! Ahí.

Rory lo vio al mismo tiempo que él. Un poste con un buzón con

forma de una trucha boqueante. El vehículo se ladeó cuando la conductora giró bruscamente hacia el camino de tierra. Brett se golpeó el hombro con la ventanilla.

—Ni se te ocurra cargarte mi coche.

—Que no, pesado. Con la pasta que gana Clint, cualquiera diría que le daría por asfaltar el camino o algo.

—Es una buena manera de ahuyentar a los visitantes. —Los faros iluminaron los arbustos mojados y, al final, dieron con una cabaña de madera no mucho mayor que el cobertizo del jardín del falso castillo de Clint—. Me muero por mandarle una foto a Kristin —añadió Rory —. Le va a dar un parraque.

—Avísame cuando apruebes tercero de primaria y empieces cuarto, ¿vale?

Se lo tenía merecido. Se quedó mirando la rústica cabaña a través de la lluvia. Dos escalones llevaban hasta la puerta principal, y por la única ventana que daba al camino no se veía ninguna luz encendida.

—A lo mejor está durmiendo —dijo Rory—. O ha salido a dar una vuelta.

—O a planear una revolución con los falsos soldados.

La lluvia traqueteaba en el techo del coche cuando Brett cogió la manecilla de la puerta.

—Voy a echar un ojo. No hace falta que nos empapemos los dos.

Rory apagó el motor y vio, bajo el resplandor de los faros, cómo Brett corría hacia la puerta de la cabaña. Era un hombre grande, pero no grande como los jugadores de fútbol americano, sino más esbelto y más larguirucho. El saliente cuadrado ofrecía poca protección de la lluvia. Rivers llamó a la puerta varias veces antes de intentar abrirla. Como el pomo no giraba, se inclinó sobre la barandilla de madera para mirar por la ventana.

A Rory no le parecía bien quedarse en el coche mientras él se calaba hasta los huesos. Echó a correr para reunirse con Brett en la entrada.

—No veo una mierda —se quejó él al tiempo que se erguía. La camisa hecha a medida se había empapado y se ceñía a sus fuertes hombros, mientras que la lluvia hacía brillar su engominado pelo castaño.

Los faros automáticos del Mercedes se atenuaron y se apagaron.

—Quizá ha ido al pueblo —sugirió ella.

—O quizá no ha venido aquí.

—Deja de ser tan negativo. —Se había levantado viento y Rory intentó también girar el pomo, pero estaba cerrado con llave.

Brett encendió la linterna del móvil y barrió el porche, la luz iluminó el primer peldaño.

—Mira eso.

Había una cajita de metal atada a los pies del escalón.

—Tiene un candado con una combinación —observó Rory—. Prueba su dorsal de camiseta de la universidad y el profesional.

—¿Dieciocho quince? No va a ser tan sencillo.

—Clint no tiene mucha imaginación en lo que se refiere a seguridad y tal.

Brett señaló el candado con un dedo mientras las gotas de lluvia se deslizaban por sus imponentes pómulos.

—Todo tuyo.

La caja estaba ladeada, así que la única manera de probar una combinación era agacharse en el charco de barro que había junto al candado. Rory le arrebató el móvil y redirigió la luz hacia el candado.

—No me parece bien dejarte sin la oportunidad de demostrar lo hombre que eres ni sin los millones que ganas con las comisiones.

—Se me ocurre una forma bastante mejor de demostrarte lo hombre que soy. —El tono grave y ronco, la lluvia que le empapaba las oscuras pestañas y la camisa húmeda pegada a unos hombros muy pero que muy decentes la distrajeron. Y él sonrió.

Rory tardó demasiado en lanzarle una mirada de desprecio.

—Qué infantil eres.

—Es lo que hay.

La lluvia empezaba a arreciar, y uno de los dos debía calarse hasta los huesos. Rory sujetó el móvil de él entre las rodillas y extendió las manos.

—Piedra, papel o tijera. El mejor de tres rondas. El que pierda se pone con el candado.

—Venga.

«El papel envuelve la piedra».

«La tijera corta el papel».

«La piedra rompe la tijera»…

Rivers perdió, y toda su dignidad salió malherida.

—Has hecho trampa.

—No se puede hacer trampa en piedra, papel o tijera.

Brett resopló, levantó la vista a la gotera del saliente de madera y se adentró en el aguacero. Rory apuntó con la linterna al candado. Para cuando regresó junto a la puerta, Rivers estaba empapadísimo.

—No has dado en el clavo con la combinación. Era quince dieciocho.

—Nuestro Clint se ha puesto creativo.

La camisa calada de Brett ya no solo resaltaba sus hombros, sino también los desarrollados músculos de su espalda. Entró en la cabaña por delante de ella, y Rory no supo si fue una descortesía deliberada o un intento por protegerla de posibles okupas.

En la única y sencilla habitación del interior de la cabaña no había

okupas, como tampoco candelabros de cristal ni querubines bobos. Las paredes estaban cubiertas de resanado gris y el techo, apuntalado con vigas de madera. La cocina americana lucía una pequeña nevera, un viejo hogar con cuatro fogones y un par de armarios. En lugar de chimenea, había una estufa de hierro y madera entre un sofá de un color indescifrable y una mesa con dos sillas de respaldo recto. Rory descorrió la pesada cortina que colgaba ante la única puertecilla interior. Al otro lado había un diminuto cuarto de baño con lavabo, váter y una ducha que parecía demasiado pequeña para albergar el enorme cuerpo de Clint. Cogió toallas de manos.

Cuando salió del baño, vio que Brett estaba observando el altillo, accesible gracias a una escalera de madera de peldaños planos. Le entregó una de las toallas. Rivers se secó la cara y se la pasó por la cabeza. A diferencia del de Rory, su pelo seguía en su sitio.

—A Clint le encanta estar rodeado de gente —reflexionó ella—. Me cuesta imaginármelo aquí. —Se acercó a la escalera, dejó la toalla en uno de los peldaños y subió lo suficiente como para ver una cama que ocupaba casi todo el espacio superior. Aunque el semidormitorio fuera más grande, Clint solo habría podido ponerse de pie en el medio.

Un relámpago iluminó la ventana en el otro extremo del dormitorio. Rory vio vaqueros y un par de chaquetas en unos colgadores de madera, además de un cajón abierto con un montón de camisetas, algunos calzoncillos y un par de zapatillas de marca. Todo lo que había en esa cabaña la descolocaba.

Al bajar la escalera, vio a Brett delante del frigorífico, con la camisa empapada sobre la piel y la toalla alrededor del cuello.

—Alguien ha estado aquí hace poco. Hay un bric de leche abierto que caduca la semana que viene. Y también una botella vacía de *whisky* carísimo en la basura.

—Clint solo bebe cerveza.

—¿Estás segura de que conoces a tu hermano? Estuvo bebiendo *whisky* la noche que tú y yo…

—¿Nos conocimos?

—Eso, sí.

Un nuevo relámpago iluminó sus pómulos esculpidos. La tormenta ya casi estaba encima de ellos, pero también se arremolinaba en el interior de Rory. No se le daba demasiado bien guardarle resentimiento a alguien que no fuera de su familia, y la animadversión que sentía hacia Brett ya había desaparecido. Rivers vivía en un mundo de acompañantes de lujo, y debía admitir que la halagaba que la hubiera encontrado lo bastante sexi como para formar parte del gremio.

Se dijo a sí misma que debía concentrarse en encontrar a Clint, no en el tío colosal que hacía que se sintiera tan valiente como

desgraciadamente inepta. Rory señaló las cañas de pescar que estaban apoyadas en un rincón.

—Quizá salió anoche a pescar y ha buscado cobijo en algún sitio hasta que pase la tormenta.

—Los aparejos de pesca están aquí. —Brett se dirigió hacia la cocina—. Me da la impresión de que estamos en un callejón sin salida.

Desanimada, Rory examinó la cabaña por si hallaban alguna pista, pero había demasiado poco espacio como para esconder nada. Creía conocer a Clint. ¿Por qué su hermano, que por lo general era un animal social, necesitaba aislarse tantísimo?

Las luces titilaron un par de veces y se apagaron, y la cabaña se sumió en la oscuridad.

—Pues nada —dijo Brett—. Aquí no hay más que hacer.

Rory sacó el móvil y encendió la linterna.

—No debe de ser la primera vez que se va la luz. Seguro que tiene una lámpara de aceite o velas.

—No las necesitamos —le aseguró él con rotundidad—. Nos marchamos.

—Yo me quedo. —Pasó la luz de la linterna por toda la cabaña—. Es evidente que hace nada que ha estado por aquí, y podría ser que ahora mismo estuviera de regreso. Además, llueve a mares.

—Ya estamos empapados, y necesito ver si me ha llamado alguien.

—¿El móvil es lo único que te preocupa? Da igual. Es una pregunta retórica. —Dirigió la luz de la linterna hacia uno de los cajones de la cocina, en busca de una vela, pero vio una colección de gomas elásticas, cortaúñas, algo de calderilla y unas gafas de sol rotas.

—Estar conectado es mi trabajo —se defendió—. Perder una llamada podría suponer perder a un cliente.

—Si es lo único que hace falta para que pierdas un cliente, no debes de ser demasiado bueno en lo tuyo.

—No tienes ni idea de lo que implica mi trabajo. —Brett se cabreó.

—Implica ganar muchísimo dinero —replicó Rory.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que en este preciso instante Clint a lo mejor está intentando contactar conmigo? —le preguntó.

Tenía razón. Rory cerró el cajón.

—Vete. Yo me quedaré por si vuelve. Ya me recogerás por la mañana.

—No puedo largarme y dejarte sola aquí —se indignó—. Los payasos del vertedero saben dónde estamos.

—Dudo seriamente de que salgan a dar una vuelta de noche con este tiempo. Es probable que se hayan metido en algún bar a planear la siguiente revolución. Además, sé cuidar de mí misma. —Abrió el armario superior y vio una vela gruesa en el estante de arriba. Se estiró para alcanzarla, pero no era lo bastante alta.

—Sí, ya he visto lo bien que te las has apañado en el vertedero. Recuérdame los insultos que les has soltado. ¿Capullos? ¿Traidores?

—Y gilipollas.

Brett se rio por la nariz y le bajó la vela. Su altura, la anchura de su pecho y su masculinidad en general le provocaron escalofríos. La cabaña no era lo único que le resultaba desconcertante. Necesitaba poner distancia entre Brett Rivers y ella.

Le cogió la vela de la mano y se acercó al cajón de los trastos en busca de cerillas, pero cuando empezó a prender la vela estalló un relámpago blanquiazul, seguido de un trueno ensordecedor que zarandeó las paredes. El chasquido de un árbol al desplomarse los llevó a ambos a correr hacia la ventana delantera.

Un nuevo rayo les mostró dónde había caído el árbol, justo donde estaba aparcado el coche de Brett.

—¡Me cago en la puta! —Corrió hacia la puerta, pero se detuvo en seco porque Rory lo sujetaba por la camisa.

—No vas a salir con tantos rayos.

—Los cojones que no. —Un nuevo estruendo sacudió la cabaña—. Mi coche está ahí fuera.

—Y ahí seguirá cuando haya amainado un poco la tormenta. —Bloqueó la puerta y se puso de puntillas, pero ni así llegaba a la altura de los ojos de él—. O ¿prefieres que te chamusque? Tengo entendido que los rayos obran maravillas en el cerebro.

Brett se la quedó mirando. Clavó los ojos en los suyos, y en ese momento una invisible bola de fuego crepitó entre ambos. Se apartó rápidamente.

—Vale. Pero en cuanto haya pasado la tormenta… Joder, como ese árbol haya caído encima de mi coche…

—Pues te compras otro. O dos. —Le parecía más seguro ocultarse detrás del sarcasmo.

—Está demasiado oscuro para ver si el árbol me ha aplastado el coche —murmuró de vuelta ante la ventana.

—La tormenta amainará. Yo me estoy secando ya, pero tú sigues empapado. —«Y tentador»—. ¿Por qué no buscas alguna prenda de Clint que ponerte mientras intento preparar algo de comer? —No se habían detenido a cenar de camino, y Rivers debía de estar tan hambriento como ella, aunque quizá no exactamente de las mismas cosas.

—Comer no conseguirá que me olvide del Mercedes —gruñó al tiempo que subía la escalera.

Rory soltó un suspiro de alivio al perderlo de vista por fin. Al registrar la cocina, encontró una lata de cerveza, un paquete de arroz sin abrir, otro de salchichas congeladas y una lata de queso en espray que le provocó estremecimientos. Y peor aún que aquel sucedáneo de

queso, su hermano se había comido medio paquete de cereales de chocolate que eran un sacrilegio y traicionaban lo que para ella debía ser el chocolate. Los tiró a la basura.

Observó los tristes ingredientes que le quedaban e intentó fingir que estaba en una prueba de *MasterChef*. Pero en *MasterChef* por lo menos le habrían dado *kumquats* y un poco de tinta de calamar.

Resignada, preparó el arroz, lo dejó sobre uno de los cuatro fogones de la cocina y abrió el chorro de agua caliente para descongelar las salchichas antes de abrirlas.

Brett reapareció con unos pantalones cortos de gimnasio y una camiseta de los Chicago Stars. Estaba más bueno que la comida que estaba preparando ella. Le quitó la vela.

—Debe de haber una linterna por alguna parte.

Mientras registraba la cabaña, la silueta de Brett proyectaba sombras borrosas sobre las paredes, irónico siendo un hombre que sabía exactamente quién era, qué quería y cómo conseguirlo. Un hombre que no iba a la deriva como ella.

Salió del cuarto de baño y le mostró la linterna que había encontrado al tiempo que dejaba la vela en la encimera de la cocina.

—Estaba debajo del lavabo.

—Así Clint puede mirarse mucho mejor en el espejo.

—Eres un caso perdido.

Rory ajustó el fuego del arroz y puso las salchichas semicongeladas en la única sartén de la cabaña. Con el rayo de la linterna apuntando hacia la pared del fondo, reposicionó la vela para ver mejor lo que estaba haciendo. Por desgracia, el resplandor le daba la luz necesaria para admirar el culazo de Brett cuando volvió a subir la escalera rumbo a la habitación.

Su recuerdo de lo que había ocurrido en la habitación del hotel era tan vago que ya no le parecía real. No se lo imaginaba en pleno arrebato pasional. Era un tío demasiado rígido. Estaba casi segura de que era un pésimo amante, uno de esos hombres que solamente se concentraba en cerrar el trato.

Rivers bajó la escalera.

—Pensaba que a lo mejor se nos había pasado alguna pista ahí arriba, pero no.

—Tu cena *gourmet* ya casi está. —Rory se concentró en la comida —. Prepárate para que te deslumbre. —Emplató el arroz y acercó el queso en espray a las salchichas, pero fue incapaz de apretar la boquilla. Tendrían que comérselas a palo seco—. Pero te advierto una cosa —añadió mientras ponía los platos cerca de la vela, que había colocado en el centro de la mesa—. Es la peor comida que he preparado nunca.

Brett se la quedó mirando durante unos desconcertantes segundos

antes de fijarse en las salchichas.

—Supongo que no habrá mostaza.

—Ni siquiera un paquete de bolsitas de kétchup.

A regañadientes, Rivers probó un bocado del arroz. Rory empezó a juguetear con la comida, pero él tomó otro bocado. Al cabo de unos instantes, se la quedó observando, gratamente sorprendido.

—El arroz está muy bueno. ¿Qué has hecho?

—La mitad cerveza y la mitad agua. Podría haber preparado las salchichas en cerveza, pero habría sido un desperdicio.

—Eres buena cocinera.

Hablaba con voz pausada y sexi. Ruborizada, Rory contempló su plato.

—Mataría por una copa de *sangiovese*.

—Yo mataría por un poco de cobertura.

Su obsesión con el móvil la devolvió a la realidad.

—Cuéntame cómo fue crecer con cuatro hermanos pequeños y sin ninguna hermana que te enseñara algo sobre las relaciones humanas en las que no interviene el dinero.

—De haber tenido una hermana, habríamos sabido que los golpes en el pecho y con los nudillos no eran la mejor manera de atraer la atención de una chica. —Sonrió —. Las chicas, eso seguro que ya lo sabes, tampoco creen que eructarle a la cara a alguien sea tan divertido como creían mis hermanos.

—Me cuesta imaginarte de pequeño. —Rory pinchó una salchicha —. Me apuesto lo que quieras a que naciste con el cordón umbilical recubierto de billetes de cien dólares.

—Qué imagen más perturbadora.

—Me apiado de tu madre.

—Hizo lo que pudo, pero estaba demasiado ocupada impidiendo que nos matáramos como para preocuparse por los detalles que confieren elegancia a una persona.

—¿Y tu padre?

—Era su sexto hijo. Un alcohólico feliz en quien no podía confiar. Nos metía serpientes de mentira en la cama, fingía rebanarse un dedo con el cuchillo de caza. Un día, cuando volvimos a casa de la escuela, vimos que faltaban los muebles del porche y que había un cartel de «Vendida» delante de la casa. Robby se echó a llorar. —Sonrió—. Lo mejor fue la noche que acampamos en el patio y nos persiguió con una máscara de piel y una motosierra.

—¡Menudo cague!

—Éramos unos cabroncetes muy malvados, y nos lo pasamos en grande. Todos menos Robby. Tuvo que dormir varios años con una luz encendida. Pero ahora es un sargento de artillería de los marines, así que el trauma no le duró demasiado. —Brett dejó el tenedor en la

mesa y la miró bajo la luz de la vela—. No como tu rencor hacia Kristin.

—Tengo que decir algo en su favor: las motosierras no iban con ella. Era bastante más sutil.

—¿Y eso?

La electricidad volvió a la cabaña, pero la lluvia siguió golpeando el tejado.

—Cómete el arroz —dijo Rory.

***

Después de cenar, Brett limpió la cocina. Rory no supo si lo hacía porque había bajado un ángel o para contener la obsesión que lo ataba al teléfono móvil.

La lluvia amainó al fin, y pudieron salir para analizar los daños. Después de esquivar el charco que se había formado delante de los escalones del porche, Rory aspiró el olor terroso a noche fresca y limpia, además de un toque de sándalo cuando Brett pasó por su lado. El resplandor de la luz del porche dejaba en penumbra el árbol que había caído formando una barricada en el camino, justo detrás del Mercedes.

—No le ha dado a tu coche —lo informó mientras él profería una sucesión de palabrotas dignas de un marinero—. Deberías estar aliviado.

—¿Aliviado? ¡Estamos aquí atrapados!

«Estoy atrapada contigo», pensó.

Brett trató de mover el árbol, pero enseguida quedó claro que, sin una motosierra y una camioneta, su coche no iría a ninguna parte.

—Por la mañana la situación no será tan mala. —Intentó sonar alegre, pero Brett prácticamente le enseñó los dientes.

Al final retiraron suficientes ramas como para abrir el maletero del coche. La mochila de ella y la bolsa del súper donde había comprado lo que necesitaba se encontraban junto a la elegante bolsa Montblanc de piel de él, un recordatorio visual del abismo que los separaba. Después de pasarle la mochila y coger su bolsa, Brett se llevó las cajas de bombones que Rory había decidido usar como soborno.

—Puedes dejarlas en el coche —le dijo ella.

—Ni de coña. —Se las metió debajo del brazo e intentó, sin éxito, abrir la puerta del conductor.

—Esta noche no podremos hacer nada al respecto —comentó Rory.

—¿Crees que no lo sé? —Fue más un gruñido que una pregunta. Se apartó del coche y se pasó una mano por el pelo, que ya no lucía su impecable peinado—. Lo siento. Me estoy comportando como un capullo. —Compuso la expresión más arrepentida que era capaz de

componer un representante de deportistas megarrico.

—¿Lo sientes de verdad o lo sientes porque soy la hermana de tu principal cliente? —Lo miró con la cabeza ladeada.

—Las dos. —Esbozó una triste sonrisa.

Rory sonrió. Ese zorro tan sexi le gustaba mucho más de lo que quería.

Capítulo 9

Menos de una hora más tarde, cuando Rory salió del cuarto de baño, Brett dejó de ir de un lado a otro para observar el kimono *vintage* de color verde menta que usaba ella como bata. La forma en la que la miraba hizo que lo viese más como un hombre que despertaba la lujuria que como un símbolo de ambición pura y dura. Rory recobró la compostura.

—¿De esto también te vas a quejar?

Brett la contempló de la cabeza a los pies y detuvo la vista en su cuello despejado.

—No me voy a quejar de nada.

Quizá fuera por efecto de la tormenta, pero tenía la sensación de que entre ellos chisporroteaba un remanente de carga eléctrica. Buscó algo que decir para romper la tensión del momento.

—Eres demasiado grande para dormir en el sofá. Quédate la cama. —«A no ser que quieras compartirla conmigo».

—Gracias. —Rivers levantó la vista hacia la habitación.

—¿No me lo vas a discutir?

—Primera norma de un buen negociador. Cuando alguien te ofrece un buen trato, acéptalo de inmediato.

—Procuraré recordarlo.

Brett apartó la mirada de ella para echar un vistazo a su amado teléfono. Como no había ni una rayita de cobertura, comenzó a caminar, pero tan solo llegó hasta la mesa. Se quedó mirando las cajas de bombones.

—No te cortes —lo animó Rory.

—¿Seguro? —No esperó a que se lo confirmara, sino que se limitó a abrir una caja y a fijarse en lo que contenía—. ¿Cuál de estos va mejor con el desastre?

—El de nueces pecanas y licor del extremo. Salvo que lleves por algún lado una petaca con alcohol.

—No he sido tan previsor.

Rory se sentó en el sofá. Él mordió la trufa por la mitad, como siempre, y la saboreó antes de zamparse el resto. Lenta y deliberadamente. Ojalá en la cama se hubiera comportado así, en lugar de como un pésimo amante. Un cero a la izquierda. Estaba convencidísima. A no ser que fueran imaginaciones suyas para serenarse un poco.

—¿Tú no quieres? —le preguntó él al verla alejarse de la caja que le tendía.

Claro que quería, sí, y si Brett fuera un hombre de esos por los que se solía sentir atraída, habría dado un paso. Por desgracia, no era un fracasado.

A Rory no le gustaron esos recuerdos, y los expulsó de su cabeza.

—Intento comer chocolate solo cuando pruebo una masa o creo un nuevo sabor.

—¿Una chocolatera que no come chocolate?

—Me encanta, claro, pero tengo que comerlo con mesura para no cargarme el paladar. —Le dio la impresión de que Rivers estaba muy interesado en el tema, y hablarle de lo que hacía era más inteligente que comérselo con los ojos—. Me encanta experimentar con combinaciones de sabores. Está de moda usar hierbas como tomillo y romero, lavanda y demás, pero a mí me parece una mezcla muy simplista. Y no, nada de queso parmesano, ajo ni polvos picapica.

—¿Ajo? —Se detuvo junto a la puerta.

—No es coña. —Rory se sentó en el sofá, en el lugar más alejado del umbral donde se encontraba él—. Algunos chocolateros se enorgullecen de elaborar combinaciones raras, cuanto más mejor, pero a mí me parece postureo. Como si se pusieran a experimentar porque sí más que para producir algo verdaderamente delicioso. Mi máxima es respetar el producto. Ni siquiera usaría beicon.

—Puede que ahí te pases un poco.

—Puede. —Sonrió.

Se instaló el silencio entre ambos. En lugar de mirar el móvil, Brett la miraba a ella. El escote en forma de «V» pronunciada del kimono seguía llamando su atención, y Rory se percató de que debería ceñirse la prenda, pero no lo hizo.

—Cuéntame por qué cortó contigo la subencargada de Clint.

—¿De eso es de lo que quieres hablar? —Se puso a andar de nuevo —. ¿De por qué me dejó una exnovia?

—Es por hablar de algo. —Levantó las rodillas y se las tapó con el kimono—. Déjame adivinar. Se hartó de esperar a que le dieras un anillo.

—No exactamente. —Se quedó quieto al ver cómo la tela le cubría las piernas—. No estaba preparada para casarse.

—Pero quería irse a vivir contigo. —Rory extendió el pie unos cuantos centímetros.

—Un poco menos sutil. —Apartó la vista de esas piernas—. Quería estar con un hombre que la amara.

—Y tú no la amabas.

Brett se puso a caminar otra vez, incapaz de calmarse sin cobertura. O quizá la falta de cobertura no fuera la única razón de su inquietud. Quizá él también experimentaba la misma incomodidad que ella.

—Era una tía lista y no quería hacerme reformas en casa, por lo que no era para mí. —Se acercó a la estufa de hierro—. La cuestión es que no estoy abierto al amor romántico.

—Tratas a las mujeres con amargura. Lo pillo.

—Pero ¿por qué dices eso? —Se quedó quieto—. No os trato con amargura. Las mujeres me gustáis, incluso me caéis mejor que la mayoría de los hombres. Y me encanta el sexo. —Dudó, y sus ojos regresaron al contorno de las piernas de ella bajo la bata—. ¿Hace falta que hablemos de esto?

—Tú conoces mis secretos. —Se sujetó las rodillas con las manos—. Es justo que yo conozca los tuyos.

—Los míos solo te darán más motivos para odiarme.

—Sorprendentemente, ya no te odio. No me fío de ti, eso es verdad. Los dos sabemos que les lanzarías mi cuerpo a los tiburones si pudieras sacar algún provecho, pero…

—Jamás te lanzaría a los tiburones. —A pesar de lo que había dicho, puso expresión de barracuda cabreada.

—Lo que tú digas. Sigue, sigue. Cuéntame tu espantoso secreto.

Rivers se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de deporte, tirando sin querer de la tela para que se tensara sobre su vientre plano… y hasta más abajo.

—Crecí en una familia enorme, sin ninguna intimidad. Ahora tan solo quiero a una persona en el centro de mi vida.

—A ti mismo.

Se sacó las manos de los bolsillos y se cargó las buenas vistas.

—No voy a pedir disculpas, así que olvida lo que sea que estés pensando.

Rory estaba pensando que ojalá él volviera a meterse las manos en los bolsillos.

—No significa que sea un egocéntrico, por lo menos no del todo. Es que no soy un tío que busque el amor romántico. No sé qué es lo que hace que la gente se enamore, pero yo no tengo de eso.

—A los sociópatas les pasa mucho, creo. —Levantó la mano antes de que él le respondiera—. No he dicho nada. Ha sido un golpe bajo. ¿Nunca has querido a nadie?

—Quiero a mi familia. A mis hermanos. Mis sobrinos y sobrinas son los niños más monos del mundo. Y no soy cínico. Ni un sociópata. El amor romántico hace que el mundo siga girando. Lo entiendo. Pero no, nunca me he enamorado de nadie, ni siquiera cuando era adolescente. No tengo ninguna experiencia en ese campo.

—Qué raro. Eres la versión de un vaquero solitario con traje de tres piezas que deambula por el Salvaje Oeste sobre su fiable corcel con solamente las estrellas como guía.

—Nunca me pondría un traje de tres piezas, y sin un GPS me

pierdo enseguida.

—Aun así…

—Antepongo mi carrera. —Brett se acercó al sofá—. Siempre. Con eso soy muy sincero. Mi trabajo es la forma que tengo de saber cómo va mi vida.

Rory se removió, incómoda, al imaginarse basándose en los empleos que había tenido para analizar su propia vida.

Rivers puso cara de querer sentarse en el sofá, así que ella recogió más las piernas y le dejó sitio.

—Me gusta tener mi propio espacio —comentó—. Trabajo tanto como quiero, voy donde quiero y cuando quiero. ¿Qué problema hay?

—Dímelo tú.

—Ninguno. —Se sentó a su lado, a solo unos cuantos centímetros de su pie—. Mi jefe es Heath Champion. Su nombre real es Harley Davidson Campione…

—Hay una historia detrás de ese nombre.

—Y una muy buena. En fin, que Heath se casó con una mujer estupenda y tiene unos hijos estupendos, pero ha tenido que hacer muchos sacrificios empresariales que yo no estoy dispuesto a aceptar.

—Así que nada de casarte. Ni de tener hijos.

—Suenas igual de crítica que mi madre. Pero estar soltero no es un delito. Las mujeres solteras siempre hablan de lo felices que están con sus vidas. ¿Por qué no se ve con buenos ojos en un hombre?

—Yo no he dicho que no se vea con buenos ojos. A mí casarme tampoco me ha interesado nunca, y no me imagino teniendo hijos. Pero tampoco me imagino sin enamorarme jamás.

—Me he ahorrado un montón de preocupaciones, y seguro que tú no puedes decir lo mismo.

—Cierto. —Rory había tenido una buena gama de preocupaciones. Lo peor fue la consecuencia de haberse liado con el brillante chocolatero francés con el que hizo unas prácticas. André había logrado lo imposible: que Rory se enamorara todavía más del arte del chocolate. De él aprendió la ciencia de elaborarlo, no solo las habilidades necesarias para atemperarlo, moldearlo y decorarlo. Por el camino, también se había enamorado de él. No había comprendido que el ego de André, igual que el de Ashley, requería una devoción absoluta. En cuanto la consiguió, la dejó atrás.

Pero Brett Rivers no era André, y el desinterés de Brett por el amor romántico lo habría convertido en un perfecto candidato para una aventura sin ataduras salvo por dos cosas: por su relación con el hermano de ella y por el hecho de que respirar el mismo aire enrarecido de éxito la volvía más consciente de que iba por la vida a la deriva y sin propósito. Por otro lado, estaba oscuro, se encontraban en el medio de la nada de Míchigan y él irradiaba peligro con esos

pómulos imponentes, esa nariz recta y esos ojos grises de gánster.

Solo el zarandeo de los árboles debido al viento interrumpió el tenso silencio que se había instalado entre ambos. Brett le tocó el pie descalzo, le cubrió los dedos y le acarició el empeine con el pulgar. Un relámpago de pura lujuria le atravesó el cuerpo a ella. Estiró la otra pierna y la colocó sobre el regazo de él. Rozó con los gemelos la prueba que necesitaba para saber que Brett experimentaba la misma cálida tormenta que ella.

Rivers le apartó la pierna y se levantó del sofá.

—Me voy a la cama. Cuando esté arriba, subiré la escalera.

***

Brett no vio cómo Rory irguió la cabeza con gesto despectivo en su dirección al sentirse insultada.

—No te molestes en subir la escalera —le espetó con frialdad—. No me interesas.

Y una mierda que no. La tensión que llevaba toda la noche chisporroteando entre ellos había llegado a su clímax. El cuerpo de él tamborileaba, y se había puesto a sudar debajo de la camiseta. Se vio obligado o bien a alejarse de ella o a cometer una estupidez, y no era de los que cometían estupideces.

Rory bajó los pies al suelo, hasta el moño del representante de deportistas. Se le abrió la bata, que dejó a la vista sus piernas desnudas hasta las rodillas, que no era lo bastante arriba.

—No estás tan bueno como crees. —Con gesto desdeñoso, señaló la escalera con los dedos—. Vete, anda. Lárgate a tu escondrijo.

—¡Joder, Rory! Estoy intentando hacer lo correcto.

—Uy, pues gracias —resopló—. Porque necesito que me protejas, claro.

—No me refería a eso.

Pero Brett la había insultado, y Rory echaba chispas.

—Para tu información, no eres el partidazo que te crees. ¿Sabes qué eres en realidad?

Rivers tuvo la impresión de que se lo diría.

—¡Eres un arrogante, un egocéntrico y un adicto al trabajo! Eres un creído pretencioso y vacío, y… ¡y un capullo integral que tuvo que emborrachar a una tía para llevársela a la cama!

—¡Yo no tuve que emborracharte! Ya estabas… —Se pasó una mano por el pelo—. ¡Sabes tan bien como yo que es una pésima idea! Eres la hermana de mi…

—De tu principal cliente. Bla, bla. Que sí, que ya lo sé. —Prácticamente le escupió las palabras mientras se encaminaba al cuarto de baño—. Fin de la discusión. Entre nosotros no habrá nada.

—Corrió la cortina y desapareció en el baño.

Él era Brett Rivers. Un tío decidido. Inteligente. Disciplinado. Pero su fijación había desarrollado un punto débil, y era ella, así que fue tras Rory.

El cuarto de baño era austero. Paredes de madera, un plato de ducha y un espejo sobre el lavabo. La ventana que había encima del váter daba al oscuro bosque que se extendía detrás de la cabaña.

Rory lo fulminaba con la mirada, con las prominentes caderas apoyadas en el lavabo, los brazos cruzados sobre el pecho y una mueca de rabia que no encajaba con su carita de mujerzuela.

—Siento mucho haber hecho algo que te haya cabreado tanto, aunque no sepa qué. —Para ser un tío tan sincero, le estaba mintiendo. A saco. Pues claro que sabía lo que había hecho. Había jugueteado con su pie y, cuando ella le había respondido, había hecho lo último que quería y la había rechazado. Se frotó el brazo—. Vale. Sí que sé lo que he hecho. He entrado en pánico, ¿vale?

Su confesión no surtió efecto, como dieron a entender los labios curvados de ella.

—¿Brett Rivers, en pánico? No me lo creo.

—Por el amor de Dios, soy humano. No solo soy un…, ¿cómo me has llamado?, un bravucón egocéntrico y arrogante.

—No te he llamado *bravucón*. Te he llamado *capullo*.

—Pues eso. —«Nunca pidas disculpas. Nunca des explicaciones. A no ser que sea a un cliente, a un entrenador… o a un director general». También recordaba haberse arrastrado ante un par de propietarios de equipo y ante unos cuantos ejecutivos de publicidad, pero solamente para cubrirle el culo a un cliente, no el suyo, como debía hacer en esos instantes—. Estaba intentando no cagarla.

—¿Cómo? —El vapor que se había acumulado en su interior explotó—. ¿Protegiendo a la damisela de algo que obviamente deseaba? Y que quede claro el verbo en pasado. El pasado significa…

—¡Ya sé lo que significa el pasado! —Ya había lidiado con personas imposibles, así que activó su encanto de representante—. ¿Crees que podemos empezar de cero?

—¿Desde qué punto exactamente?

—Tú decides.

—¿Qué te parece cuando te dije: «Que te follen»?

—No creo que me hayas dicho que…

—¡Lo estaba pensando!

—De eso no me cabe ninguna duda. Vale. Tú ganas. Me largo. Pero antes… —Dio una larga zancada para reducir la distancia que los separaba. La cogió por los hombros, contempló esos preciosos ojos azules y se apoderó de su boca con el beso profundo que llevaba todo el día queriendo darle.

Se le aceleró el corazón en el pecho al saborearla y su cuerpo se incendió. Se arrimó contra ella, sumido en la locura, con la sangre hirviendo, hasta que la necesidad de consentimiento lo golpeó como una jarra de agua fría, el permiso que debería haberle pedido de forma explícita y no había verbalizado. ¡Porque era un cabrón!

Consternado, se apartó de ella como si de pronto fuera radioactiva.

—Perdona. —Otra disculpa—. Debo de haber interpretado mal las señales. En ese caso…

—Es complicado ser tú, ¿eh? —Rory le rodeó el cuello con los brazos y le arrancó otro beso, tomando las riendas como la mujerzuela más experimentada de todo el universo. Los dos cuerpos se alinearon. La mano de él, muy obstinada, intentó desatar el cinturón de la bata que llevaba ella, como si fuera una actriz de los años treinta.

Debajo de la bata vio una especie de camisón corto y suave de nailon. Un camisón que hacía décadas que no usaba ninguna mujer de su edad. Con la mano rozó el dobladillo y acarició unas bragas que no se imaginaba ver en ninguna de sus antiguas novias o amigas. No eran un tanga, ni siquiera unas braguitas. Eran unas bragas de verdad de las que subían hasta la cintura y lucían unos volantes absurdos alrededor de las piernas. Brett nunca había tocado nada tan sexi. Jugueteó con el encaje, pasó los dedos por debajo…

Una ligera presión contra el pecho lo paralizó. Rory lo empujó y le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Nos vemos mañana. —Le rozó con una mano la rígida entrepierna (él no supo si a propósito o de forma accidental)—. Quédate tú con el sofá. Yo me voy a la cama.

Desconcertado, Brett la vio salir del cuarto de baño. «¿Qué cojones acaba de pasar?».

***

Las piernas tambaleantes y lujuriosas de Rory a duras penas le permitieron subir los seis peldaños de la escalera. Su kimono estaba abierto y su camisón, pegado a su piel húmeda. El aire del dormitorio era caliente, pero ella estaba más caliente. Aun así, había conseguido controlarse lo suficiente como para recordar que en su caso el sexo con alguien que le importase debía ser algo más que el mero hecho de juntar partes del cuerpo. No podía arriesgarse a involucrarse más con él, no mientras estuviera luchando por salir del barro de su propia existencia, no mientras estuviera en peligro de buscar una cuerda sólida a la que aferrarse. Brett era un hombre imponente que se adueñaba de cualquier estancia nada más entrar. Rory ya tenía un

hermano que la hacía sentirse incompetente. No necesitaba a un amante que le hiciera lo mismo. De ahí que hubiera hecho algo casi imposible: rechazarlo.

Se quitó el batín, rodeó la cama y se acercó a la ventana de la pared del fondo, pero el aire cálido y húmedo no consiguió enfriarla. Para eso habría necesitado una ventisca del mes de enero.

Se apartó los rizos húmedos del cuello al recordar el excitante beso que le había dado. ¿Qué mujer no se pondría cachonda ante un buenorro caótico como él y cuántas habrían tenido la fuerza de voluntad de rechazarlo? Además de sentirse atraída por Brett, el muy capullo le importaba. Sí, era un imbécil, pero también era sincero a su manera, inteligente, perspicaz y más decente de lo que jamás admitiría.

Y se había quedado muy afligido al separarse de ella, como si temiera que Rory no deseara ese beso tanto como él. Pero claro que lo deseaba. Lo deseaba con creces. Pero en esos momentos se estaba preparando para tumbarse en una cama con solo una sábana y una almohada como compañía.

Pasaría un buen rato antes de que se quedara dormida.

***

Brett tenía el cuello rígido y dolor de espalda. No eran ni las seis de la mañana, y acababa de pasar una noche horrible en el sofá. Al subir la escalera de la habitación para coger su bolsa, la luz tenue de la mañana que se colaba por la ventana abierta incidía en Rory, dormida en la cómoda y enorme cama que ocupaba casi todo el espacio del altillo. La bata que se había puesto la noche anterior estaba en el suelo, y la tentación de tumbarse a su lado era tan acuciante que tuvo que obligarse a apartar la vista. Recogió sus cosas y casi consiguió volver junto a la escalera sin mirarla de nuevo. Casi, pero no.

Estaba tendida de lado, y el rizo que tenía sobre la mejilla subía y bajaba suavemente con el lento ritmo de su respiración. Había pateado la sábana hasta formar un gurruño a los pies, y tenía los labios algo rojos. O bien se los había mordido mientras dormía o bien eran consecuencia del beso de la noche anterior.

El camisón que nadie de menos de ochenta años debería ponerse se le había subido hasta la cintura mientras dormía, dejando a la vista las anticuadas bragas blancas, que no insinuaban nada. Quizá fuera el resultado de haber pasado la noche en vela, pero le parecieron más sexis que el tanga más fino del mundo.

Verla dormir le provocó una nueva erección. Se obligó a bajar la

escalera y a dirigirse al cuarto de baño. Por mucho que ansiara una taza de café, ansiaba todavía más salir de ese lugar.

Después de ducharse y vestirse, salió del cuarto de baño y vio que Rory lo miraba desde el borde del altillo.

—¿Qué haces? —Se frotó los ojos y bostezó.

—Vuélvete a dormir —le gruñó, como si fuera la persona más irritante del mundo (que lo era)—. Voy a caminar por la carretera hasta encontrar a los vecinos más cercanos. A ver si puedo pagarle a alguien con una furgoneta para apartar el árbol y sacar el coche.

—Dame un minuto. —Rory se acercó a la escalera—. Voy contigo.

Al principio, se quedó demasiado cautivado por las vistas perfectas de ese culito respingón con las bragas de volantes que bajaba la escalera como para responder, pero al final encontró las palabras.

—Tú quédate y prepara un poco de café para cuando regrese.

—¿Esperas que la mujercilla te prepare café mientras tú sales en busca de aventuras? Ni de coña, vamos. Dame tres minutos. —Se encaminó al cuarto de baño.

—Como si alguna mujer pudiera estar lista en solo tres minutos —le gritó.

—Empieza a contar, capullo. Serán dos minutos y medio.

—¡Llevas bragas de abuela!

—Eres un pervertido —le espetó.

Brett sonrió sin querer.

Capítulo 10

Resultó que Brett apenas tuvo tiempo de llenar la cafetera con agua antes de que Rory apareciera con la ropa del día anterior, sin maquillaje y el pelo revuelto remetido en su gorra de los Yankees, con una sonrisa petulante en la cara.

—La próxima vez, recuerda con quién hablas.

—Te he visto la ropa interior —replicó, ya que la conversación se había trasladado al patio de una escuela de primaria.

—Seguro que te he alegrado el día. —Cogió unas cuantas cajas de bombones y las guardó en su mochila—. A lo mejor hay que sobornar a alguien.

Dicho eso, salió por la puerta antes que él como si lo de la noche anterior no hubiera sucedido.

***

Rory esquivó un charco de barro en el camino de gravilla. Brett no había dicho ni pío de la noche anterior. Lo miró de reojo desde debajo de la visera de su gorra.

—Incluso aquí, entre la naturaleza, tu peinado es ridículo.

—¿Se puede saber qué problema tienes con mi pelo? —Le frunció el ceño.

Rory expulsó la noche anterior de su cabeza. No había sucedido. Era un sueño erótico.

—Me descoloca que seas clavadito a uno de esos modelos de fotos de peluquería.

—Vivir con tantos celos debe de ser doloroso.

—No creas, ya estoy acostumbrada. —Ojalá pudiera llevar el pelo como él, peinado hacia atrás para apartárselo de la cara derrochando poder, pero no tenía ni la personalidad ni el éxito necesarios.

Pasaron por delante de una bolsa de basura hecha trizas que estaba junto a la carretera. Brett ahuyentó un molesto mosquito.

—Anoche se nos fue de las manos.

Por fin lo sacaba a colación.

—No te creas. Estaba jugando contigo.

—¿Jugando conmigo?

Rory debía ser inteligente, así que mantener una conversación seria estaba descartado.

—Deberías aprender a tener las manos quietecitas.

—Oye, que no fui el único que movió las manos.

El mosquito se dirigió hacia ella, y Rory lo espantó.

—Imaginé que estaba con un antiguo novio.

—No me digas. —La gravilla crujía bajo los mocasines de él, que no eran tan prácticos para caminar por un embarrado camino como las zapatillas deportivas de ella. Sacó el móvil y echó un vistazo a la pantalla. Su expresión contrariada indicaba que no estaba más cerca del nirvana de la cobertura que en el interior de la cabaña. Se lo guardó en el bolsillo—. La cuestión es que…

—Te voy a decir algo que tu desconcertado cerebro ha pasado por alto, Rivers. Yo no soy de las que se acuestan sin más con tíos. Yo prefiero una relación, salir con alguien y conocerlo bien. A pesar de lo que ocurrió anoche, a pesar de lo que ocurrió en el desagradable incidente en el hotel, necesito algo más que un poco de sobeteo y un polvo rápido.

—¿Cómo que un polvo rápido? Mira, por cómo se estaba calentando la cosa…

—Antes que una recompensa inmediata, necesito intimidad emocional. En un examen de contención, habría sacado un diez.

—¿Ah, sí? —Brett se mofó de ella—. Pues ¡yo un once!

Y seguramente no le faltaba razón.

Un rancho de color amarillo mostaza apareció ante ellos. En el porche había unas cuantas guirnaldas de Navidad, y un viejo fregadero verde de cocina lleno de geranios marchitos hacía las veces de poda artística. En el camino de entrada había una camioneta de último modelo.

—Bingo. —Rivers echó a caminar hacia el porche delantero y llamó al timbre mientras ella esperaba junto al vehículo. Nadie respondió, pero en la parte trasera de la propiedad se oían voces distantes—. Tú quédate ahí —le indicó.

Rory lo ignoró y lo siguió para rodear la casa. En cuanto llegaron al patio de trasero, se quedó patidifusa al ver a Don Camuflaje salir de detrás de un cobertizo de metal galvanizado. Llevaba el uniforme de la noche anterior y su arma fálica.

—No esperaba volver a veros.

—No esperábamos seguir aquí —respondió Brett—. La tormenta derribó un árbol junto a la cabaña y mi coche está atrapado en la entrada.

Don Camuflaje asintió como si no esperara nada más de ellos.

—Y ahora necesitáis ayuda.

—¿Conoces a alguien a quien le pueda pagar para que aparte el árbol? —le preguntó Brett con suavidad—. Cuanto antes, mejor.

—¿Cómo iba un «gilipollas» como yo a ayudar a dos personas tan inteligentes como vosotros?

—Puede que me expresara mal —se apresuró a decir Rory dando

un paso adelante—. Pero en mi defensa diré que no soporto a los hombres que se pasan el tiempo…

—¿Conoces a alguien que nos pueda ayudar? —insistió Brett.

—He traído bombones —intervino Rory.

Don Camuflaje puso una mano sobre la culata del arma, y ella se puso nerviosa.

—Solo te los ofrezco si prometes no volver a dispararnos. O por lo menos a mí. A mi novio no lo incluyo en el trato.

—¿De qué coño vas, Rory? —exclamó Brett.

—Amigo, me parece que tienes más problemas que un árbol caído. —Don Camuflaje negó con la cabeza.

—A mí me lo vas a decir —musitó Brett.

Como el intento de Rory de rebajar la tensión no había funcionado del todo bien, decidió que era prudente ignorar el insulto. Don Camuflaje señaló con la cabeza un estrecho camino que se adentraba en los bosques en dirección a las voces que habían oído. Una vez más, Brett le lanzó una mirada para advertirle que se quedara ahí, pero Rory no se quedaría con la conciencia tranquila si le permitía ir solo, así que corrió tras él.

—Rory…

—Ten cuidado no vayas a cargarte los mocasines —terció.

No habían avanzado demasiado cuando los árboles se abrieron en un claro lodoso con un par de tiendas de campaña harapientas, varios campistas, un viejo camión y unas cuantas furgonetas. El olor a moho, café y gasolina le inundó las fosas nasales. Vio a los dos jóvenes imbéciles sentados en un tronco cerca de un muro rudimentario hecho con tablones de madera donde habían pintado la silueta de una persona que estaba repleta de agujeros de bala. Un par de campistas estaban sentados en sillas de plástico blancas con tazas de café. Tras ellos, alguien había colgado una pancarta que rezaba: «Jesús es el rey», una afirmación que seguro que sus viejos profesores de catequesis habrían considerado sumamente fuera de lugar.

Todos los hombres se la quedaron mirando. Brett parecía la mar de cómodo.

—Habéis organizado una buena aquí.

—No es gran cosa, pero es nuestra casa —repuso Don Camuflaje con un sorprendente sentido del humor, aunque nadie se rio.

Rory no pudo evitar decir:

—Ahora que hemos visto este sitio, no tenéis que matarnos, ¿verdad?

—¿Nunca has oído hablar de la libertad de reunión? —preguntó Don Camuflaje—. Está garantizada por la Constitución. Y Shelby Smith es el *sheriff* del condado.

El *sheriff* Smith asintió en su dirección.

Rory decidió que era un buen momento para sacar los bombones, pero al meter una mano en la mochila, de repente se encontró con un rifle que le apuntaba al pecho.

—¡No estoy armada! —Se giró hacia el *sheriff*—. ¿Es que no lo ves? ¡Arréstalo!

—Bobby piensa que vas a sacar un arma —dijo el *sheriff*.

—¡Soy chocolatera! ¿Por qué iba a tener un arma?

—No sé. —El *sheriff* se encogió de hombros—. Hay gente muy loca por ahí.

—Estáis empezando a tocarme los huevos. —Brett se colocó entre el rifle y ella.

—Baja el arma, Bobby —le pidió Don Camuflaje—. Lo único peligroso que tiene esa tía es su lengua viperina.

—¡Olvidadlo! —Rory aferró la mochila—. No pienso daros mis bombones.

—¿Qué perra le ha dado con los bombones? —preguntó el *sheriff*.

—En su defensa diré que puede que sean los mejores de todo el país —terció Brett—. Pregúntaselo a tus amigos. Nunca habéis probado nada parecido.

—Ni lo vais a probar —afirmó Rory.

—En ese caso, sentimos no poder ayudaros con el árbol —dijo Don Camuflaje.

Brett le arrebató la mochila a Rory y procedió a repartir las cajas de bombones. Al cabo de unos minutos, ella se vio obligada a presenciar cómo esos chaqueteros se zampaban sus obras maestras, se quejaban por que no hubiera llevado más y le daban un sermón sobre la tiranía del gobierno, momento que culminó cuando el *sheriff* Smith desenfundó la pistola y disparó una bala a la cabeza de la silueta pintada en la pared de madera.

***

Aunque en el improvisado campamento había media docena de furgonetas, nadie se ofreció voluntario para mover el árbol. Don Camuflaje, sin embargo, les prestó la motosierra.

—Dejadla en el porche de la cabaña cuando hayáis terminado. Iré a recogerla esta tarde. —Soltó una carcajada—. Y buena suerte para descubrir cómo funciona.

—Bueno, por lo menos no nos han matado —dijo Rory cuando Brett y ella se marcharon por el camino armados con la motosierra.

—Mi vida no parecía estar en peligro. La tuya, en cambio…

—Sigo insistiendo en que si las mujeres de la zona se pusieran las pilas…

—Recuerdo tu teoría.

—Te has cargado los zapatos. —Rory observó los mocasines.

—Me da igual.

—¿Qué se siente al ser tan rico que puedes cargarte unos zapatos de doscientos dólares y que te dé igual?

—No me costaron doscientos dólares, y hay una cosa que tienes que entender. A mí me la pelan los zapatos, la ropa o el pelo, a pesar de lo que crees. Pero los deportistas a los que represento son jóvenes, muchos de ellos crecieron en ambientes pobres y están recuperando el tiempo perdido. Si aparezco con unas zapatillas de veinte dólares, pierdo toda la credibilidad.

—Clint no es así.

—Clint no creció en una familia pobre.

Rory entendió a qué se refería.

—¡Tengo cobertura! —exclamó Rivers, como si un náufrago hubiera divisado un helicóptero de rescate en una isla desierta. Empezó a trastear con el móvil con una mano, mientras que con la otra sujetaba la motosierra.

Ella también sacó el móvil, pero su compañía telefónica no ofrecía cobertura en los bosques del norte de Míchigan.

El móvil de Brett comenzó a sonar a medida que recibía mensajes, y él movía el pulgar por la pantalla a toda prisa. Rory le arrebató la motosierra.

—¡Mierda! ¡Ya no tengo! —Levantó el teléfono por encima de la cabeza y corrió hacia la otra punta del camino.

—Siempre te quedará trepar a un árbol —le sugirió.

Brett estaba demasiado ocupado en la carrera de obstáculos de la cobertura como para responderle.

Con la motosierra en brazos, Rory lo dejó ahí y siguió caminando. Al doblar hacia el camino de entrada de la cabaña, un par de pavos salvajes se dispersaron al verla. Apenas había recorrido diez metros cuando se detuvo de pronto. Más adelante vio aparcado un Range Rover azul sucio.

Y entonces echó a correr.

Capítulo 11

Clint estaba sentado en el último escalón de la cabaña, calzado con unas Vans a cuadros sucias, sin calcetines y una taza de café en una mano. Estaba desgreñado, con la barba descuidada, pantalones cortos de color caqui y una camiseta blanca manchada.

—¡Clint!

—¿Rory? —exclamó al verla.

Todo el viejo resentimiento regresó a ella. ¿Por qué su padre no se había preocupado tanto por Rory como por Clint? ¿Por qué Kristin no podía ser una madre de verdad? Y ¿por qué ella seguía en el mismo punto de su vida que diez años antes?

Clint dejó la taza de café en la escalera, pero no se levantó cuando se aproximó su hermana. Rory enterró todo el resentimiento en su interior, donde debía quedarse.

El pelo de él, de un tono más oscuro que el rubio de Rory, parecía llevar semanas sin ver un peine o unas tijeras. Su rostro cuadrado y su dura mandíbula, suavizada solo por la barba, eran lo más diferente posible de la carita redonda de ella, pero los dos habían heredado los mismos ojos azules de su padre.

—¿Qué haces aquí? —No dio la impresión de que le importase, y eso no era lo habitual, pues siempre la saludaba con entusiasmo al verla.

Rory reparó en sus ojos rojos y lo supo.

—Te has enterado de lo de Ashley.

—Sí. —Apoyó los codos en las rodillas y la cara sobre las manos—. Sí, me he enterado.

—Lo siento. —La motosierra no debía de pesar más de cinco kilos, pero se le antojó pesadísima. La dejó en el suelo y se sentó en el porche, al lado de él.

No estaba acostumbrada a verlo así ni al silencio sepulcral que se instaló entre ambos. En las pocas ocasiones recientes en las que habían estado juntos, Clint había llenado los silencios con una anécdota graciosa sobre un amigo suyo o un lugar al que había ido. Él se encargaba de las conversaciones triviales. Y ese día no parecía estar por la labor.

Rory tenía que contarle la verdad, pero al verlo tan sobrepasado no quería.

—Tu representante y yo hemos venido juntos.

—Qué típico de él aferrarse a mi familia. —Bajó las manos, pero mantuvo la cabeza gacha.

Clint no tenía ni idea de hasta qué punto Brett se había aferrado a ella. Extendió las zapatillas cubiertas de barro.

—Me ha comentado que últimamente no estás contento con él.

—Criticó a Ashley. —Por fin irguió la cabeza.

—Seguro que fue duro oírlo, pero creo que quiere lo mejor para ti.

—No lo conoces. Solo piensa en sus comisiones.

Clint nunca había sido cínico, pero, claro, ella nunca lo había visto tan molesto.

Brett apareció detrás del vehículo sucio de Clint y ladeó la cabeza en su dirección.

—Has ido de acampada —dijo, y se detuvo delante de los dos hermanos.

Rory también se había fijado en los aparejos de campamento de la parte trasera de la furgoneta de Clint al pasar por su lado.

—He ido a la Península. —Y bebió otro trago de café.

Rory recordaba a Kristin quejarse de un viaje de pesca que Clint había hecho el año anterior a la Península Superior de Míchigan. Según ella, era una zona demasiado poco poblada para su hijito.

«¿Y si tiene alguna emergencia?», había protestado ante Rory. «¿Por qué no puede ir a Miami como cualquier otro deportista?».

«Tú piensa en todas las enfermedades de transmisión sexual que se ahorrará si decide irse a pescar a Míchigan», respondió ella.

Kristin le había cantado las cuarenta.

—He intentado ponerme en contacto contigo —terció Brett con voz serena.

Clint se pasó una mano por el pelo, que llevaba demasiado largo. A diferencia del suyo, el de él lucía ondas naturales, en lugar de rizos indomables.

—Dejé el móvil en la guantera. No lo miré hasta que anoche llegué a Newberry. Pensaba que no necesitaba saber lo que ocurría en el mundo. —Los miró a ambos—. Obviamente, estaba equivocado.

Así que no se enteró de lo de Ashley hasta la noche anterior.

—Siento mucho lo de Ashley. —Brett sonó tan incómodo como se sentía Rory.

—Sí, seguro —le soltó Clint con amargura—. Dicen que fue una muerte sospechosa. ¿A qué se refieren? Y ¿qué estaba haciendo en mi casa?

—Debes ponerte en contacto con la policía —lo aconsejó Rivers.

—Creen que tuve algo que ver, ¿no? —La rabia le teñía las palabras.

—Quieren hacerte unas cuantas preguntas —murmuró Brett.

—Y yo que creía que el mundo seguiría girando si desconectaba un poco.

Lo único que podía pensar en hacer Rory en esos instantes era lo

que le salía de forma natural. Golpeó las zapatillas contra el suelo para quitar el barro que se había pegado a las suelas.

—¿Tienes algo de comida en el coche? Prepararé el desayuno.

—En la nevera —contestó Clint—. Pero no tengo hambre.

—Prepararé algo de todos modos.

Sacó un paquete de salmón ahumado, unas tortillas de espinacas y unos cuantos aros de piña deshidratada. Mientras la motosierra rechinaba en la entrada, ella preparó cuatro burritos. Cuando la curiosidad resultaba demasiado insoportable, se detenía para contemplarlos desde la ventana principal. Brett manejaba la motosierra con una eficiencia que habría sorprendido a Don Camuflaje. Clint iba apartando las ramas con movimientos mecánicos, y ninguno de los dos abría la boca.

Rory dejó los burritos del desayuno sobre la mesa y preparó café, pero el grano de café era viejo y la bebida salió muy amarga. Se abrió la puerta de la cabaña y entraron los dos.

—… llamar a Bert Perkins —le iba diciendo Brett—. No hables con la policía sin la presencia de tu abogado.

—Estoy harto de que la gente me diga qué debo hacer.

¿Dónde estaba el hermano agradable?

—Me contrataste para que velara por ti —se limitó a reponer Brett —. Es lo que estoy haciendo.

—¿En serio? —Clint cogió las llaves del coche que había lanzado sobre la encimera—. Me vuelvo a la ciudad.

Salió de la cabaña sin desayunar y sin ofrecerse a llevar a Rory a Chicago.

***

Aunque las tortillas del desayuno estaban ricas, no le sentaron demasiado bien, y el café de la cabaña no había quién se lo bebiera. Se detuvieron en Ludlow para comprar uno decente. Aunque, básicamente pararon para tener acceso a internet.

Mientras Rory estaba sentada en una mesa de la terraza de la cafetería/pastelería, Brett iba de un lado a otro por la acera a unos metros de ella, con el teléfono en la oreja y las lentes de sus gafas de sol resplandecientes bajo el sol cada vez que cambiaba de dirección. Rory oyó un montón de síes y de «imposible estar mejor», combinados con mensajes escritos a toda prisa al tiempo que aplacaba a clientes exigentes. En una conversación, pareció que hablaba con su jefe, y Rory lo oyó decir que estaba «en ello». A ella no le gustaría nada un trabajo tan de alto voltaje, pero debía respetar la forma de ganarse la vida de Brett. Ella quería trabajar como él, con una dedicación férrea y la sensación de haber logrado cosas al final del día.

Rivers por fin dejó a un lado el móvil y se sentó en la silla blanca de plástico ante ella. Bebió un sorbo de café y pasó el pulgar por el borde del vaso de papel.

—No le has dicho lo que hiciste.

Rory supo que se refería a la mentira que le había contado a Ashley.

—No he tenido ocasión.

—Los cojones. Nos hemos pasado cuarenta y cinco minutos despejando el camino de entrada. Solo tenías que asomar la cabeza por la puerta y decirle que necesitabas hablar con él.

—Se enteró anoche mismo de que Ashley estaba muerta. —Su comentario la puso a la defensiva—. No me ha parecido el mejor momento para lanzarle otra bomba.

—¿El mejor momento para él o para ti?

—Eso es injusto.

—No puedes retrasarlo más, Rory.

Brett estaba en lo cierto. Rory limpió una gota de café derramada sobre la mesa con la servilleta de la cafetería y asintió.

—Hablaré con él en cuanto volvamos.

—Bien. —Se la quedó mirando a través de la moderna y cara montura de sus gafas de sol—. Mientras tanto… ¿Te gustaría tener trabajo?

—¿Tengo que matar a alguien? No he dicho nada. Un comentario desafortunado por mi parte.

—Debo desviarme un poco antes de regresar a Chicago, y resulta que necesito a una ayudante por un día. —Le dio golpecitos a la pantalla del móvil.

—¿Cuánto me vas a pagar?

—¿Cuánto quieres? —Bebió un trago de café.

Rory tenía una multa de dos mil dólares sobrevolándole la cabeza, una gastroneta vieja con estanterías vacías y un alquiler que pagar en breve.

—Mil dólares —dijo porque sí.

—Te doy doscientos cincuenta.

—¿Doscientos cincuenta mil?

—No, doscientos cincuenta dólares.

—Es la historia de mi vida. —Estaba tan necesitada de ingresos que no había pensado siquiera en lo que debía hacer para ganarlos—. ¿Qué tengo que hacer?

—Primero, conducir. Te lo contaré por el camino.

Se marcharon de Ludlow con Rory de nuevo al volante del Mercedes. Lo vio introducir en el GPS del coche la dirección del aeropuerto de Detroit.

—¿Vamos a coger un avión? ¿Nos vamos a St. Barts? ¿A Maui? ¿A

París?

—A Filadelfia.

—Cómo no. —Suspiró—. Por cierto, no te traeré café. O sea, a lo mejor sí, pero solo si no forma parte de mi trabajo.

—Tomo nota.

Entre llamada y llamada, Brett le habló de Tyler Capello.

—Hace tres años que juega con los Eagles y es uno de los mejores corredores de toda la Liga. Un antiguo compañero de trabajo, Nate Douglass, se hizo con él como cliente en Florida. Durante la segunda temporada de Tyler, la situación entre ambos se puso complicada. Tyler terminó despidiendo a Nate y firmando con una sabandija llamada Tommy Landom. Mi jefe, a su vez, echó a Nate.

—Me parece exagerado. Seguro que esas cosas pasan.

—De esa forma no. Nate no soportaba a la madre de Tyler.

—¿Cuál era el problema?

—Callie Capello le tiró los trastos, algo que suele hacer con todos los hombres. Es un buen elemento.

—Y supongo que Nate le dijo que no. —Rory ató cabos.

—Por lo visto, Callie es muy persuasiva. Aun así, Nate debería haberlo sabido, y la aventura estalló por los aires unos meses después, cuando Nate intentó ponerle fin. Y enseguida pasó a ser el exrepresentante de Tyler.

—Cuéntame cómo te enteras de todas esas cosas.

—Una de las llamadas que he hecho esta mañana ha sido a Heath, mi jefe. De repente, Tyler ha decidido que quiere hablar conmigo. Solo conmigo.

—¿Y tú lo dejas todo, incluso el hecho de que Clint podría ir a la cárcel, para coger un avión hasta Filadelfia y verte con Tyler?

—Antes de mañana no va a pasar nada crítico con Clint, y Tyler quiere verme de inmediato. Espero que se haya dado cuenta de que Landom es un bocazas y un pésimo representante. —Miró el móvil—. Landom es un gorrón sin principios que recurre a tácticas sucias para reclutar a los clientes y que tiene tendencia a firmar acuerdos al margen que solo lo benefician a él. Corre incluso un rumor de que está llenándose los bolsillos con el dinero de un par de campañas de publicidad.

—Interesante, pero ¿qué pinto yo en todo eso?

—Si Tyler se va a librar de Tommy, quiero que me contrate a mí, pero necesito asegurarme de que su madre no forma parte del acuerdo. Seguramente estoy siendo precavido de más, pero si Callie está por ahí hoy, tu trabajo consiste en cerciorarte de que no me quedo a solas con ella.

—Ay, qué mono. Te da miedo que te tire los tejos. Comprensible si está desesperada, claro.

—Tú no paras nunca, ¿eh?

—Nunca. —Le sonrió.

Varias horas más tarde, cuando salieron del control de seguridad del aeropuerto de Detroit sin la botella de crema hidratante preferida de ella, Rory seguía preguntándose la diferencia que había entre Brett y Tommy Landom. Brett era implacable y competitivo, pero por lo que había presenciado también honrado. No como ella. Si hubiera cerrado el pico, probablemente Clint estaría casado. Habría terminado siendo un desgraciado y con un buen agujero en su fortuna, pero Ashley estaría viva.

Brett se guardó en el bolsillo el carné de conducir y esquivó a un hombre que llevaba palos de golf.

—Tenemos tiempo antes de que salga el avión, y debemos comprar unas cuantas cosas.

—Me iría bien un equipaje bonito.

—Cierto. —Lanzó una mirada intencionada a la bolsa de la cadena Trader Joe—. Pero me refiero más bien al caos que llevas puesto.

—¿A qué caos? —Vestía un holgado mono de lino con los puños arremangados, una camiseta *tie-dye* y, en lugar de sus zapatillas embarradas, unas bailarinas con un retrato de Frida Kahlo en la punta —. Este conjunto me encanta.

—En ese mono caben dos como tú.

—Y por eso es tan chulo. —Se subió la mochila en el hombro—. Tienes cero sentido de la moda.

—Ni se te ocurra pensar que puedes aparecer así vestida en la casa de los Capello. —Brett resopló—. Tengo una reputación que mantener.

Profesionalmente hablando, Rory estaba en un momento delicado, así que aceptó el divertido encargo.

—Voy a ser más o menos tu guardaespaldas.

—Llámalo como quieras.

***

Brett sonrió para sí mismo cuando Rory salió de la tienda de ropa del aeropuerto delante de él. El vestido de algodón abotonado a rayas blancas y azules que le había elegido mientras ella protestaba y aludía a cierta expresión artística y a la libertad individual no se parecía a nada que Rory hubiera seleccionado por su cuenta, pero sí a lo que se habría puesto la ayudante de Rivers en un cálido día de verano. También le había hecho cambiarse las absurdas bailarinas por las únicas sandalias de piel que había en la tienda.

Al dirigirse hacia la puerta de embarque, con la bolsa del supermercado hasta los topes en una mano y la mochila en la espalda,

Brett sintió una punzada de arrepentimiento. Obligarla a ponerse una prenda tan convencional como un vestido abotonado era como apagar la luz de los candelabros de Clint. Ninguna mujer a la que conociese se habría puesto ese mono horrible, pero a ella no le sentaba del todo mal —igual que las bragas de abuela con las que dormía— porque una de las tiras no dejaba de caérsele por el hombro. Cuando se le deslizaba por el brazo, el mono parecía estar a punto de caerse hasta el suelo en cualquier momento.

Brett recordó la primera vez que la vio en el balcón del hotel con esos rizos rubios, un vestido negro y un lápiz de labios rojo. «Admítelo». Se lo estaba pasando en grande con Rory Garrett. Le gustaba el sentido del humor de ella y su perspicacia, su conciencia culpable y sus espectaculares bombones. Incluso admiraba cómo se había defendido delante de los falsos soldados, aunque en aquel momento a él estuvo a punto de darle un infarto. También le gustaba cómo conducía. No era proclive a repentinos esprints de velocidad ni a arrimarse al coche de delante cuando se volvía impaciente. Rory conducía con calma.

Lo que no le despertaba calma alguna era el tirante flojo del holgado mono. Un solo movimiento… Se recordó lo que había sucedido la noche anterior. Era la hermana de Clint. Una fruta prohibida. Una manzana envenenada. Zona vedada. No molestar. No entrar.

Sobre todo, «No entrar».

Esquivó a una familia de cinco personas con un carrito, sillas para el coche, mochilas y maletas con ruedas adornadas con osos panda y unicornios rosas. Se los quedó mirando con lástima.

Cuando llegaron a la puerta de embarque, Rory se desplomó en un asiento.

—Me has roto el alma —le espetó con petulancia—. Espero que estés satisfecho.

—Nada podría romperte el alma. —Sonrió—. Eres indomable.

—Me siento como una mujer de ochenta años en su primera cita después de que la operen de la cadera. —Se tiró de la falda del vestido.

—Aparentas profesionalidad. O por lo menos semiprofesionalidad.

—¿Por qué solo semi?

Brett contempló sus rizos.

—¡No te atrevas a criticar mi pelo! —exclamó—. Eso solo puedo hacerlo yo.

—Me encanta tu pelo.

—Entonces, ¿por qué lo miras con el ceño fruncido?

—Porque es un peinado demasiado… de dormitorio para hacer negocios.

—¿Peinado de dormitorio?

—Ya sabes a qué me refiero. Como si te acabaras de despertar. —«En los brazos de un hombre».

—Vale. Ahora me lo ato.

«Átame a mí», pensó Rivers cuando la vio marcharse al lavabo con la mochila y la bolsa de Trader Joe.

Mientras tanto, sacó el portátil y se concentró de nuevo en su cliente más importante. Clint debería llegar a Chicago en cualquier momento. Y él no tenía un buen presentimiento de lo que fuera a suceder a continuación.

***

Tyler Capello abrió la enorme puerta de madera de la casa estilo toscano que había hecho construir en las afueras de Filadelfia con sus ingresos. Tenía el pelo oscuro y rizado, unos pómulos preciosos y la piel bronceada. También poseía el cuerpo ideal de un corredor: compacto y uno ochenta de altura. Llevaba una sudadera gris y pantalones cortos marrones que dejaban a la vista unas piernas poderosas y diseñadas para la velocidad y la fuerza.

—Tyler, me alegro mucho de volver a verte. Te presento a Rory, mi asistente.

Cuando ella no respondió al instante, Brett le dio un codazo en las costillas. A regañadientes, Rory apartó la vista de esas piernas.

—Tyler, estoy encantada de conocerte. Soy tu fan.

—¿Ah, sí? —Él la miró de la cabeza a los pies con claro escepticismo—. ¿Cómo describirías mi estilo como corredor?

—Sales a toda mecha y eres rápido. Y ágil. Y tienes un equilibrio estupendo. Y cuando vas a saco, no hay nada que te pare.

De reojo, vio un tembleque en la ceja izquierda de Brett. Él no sabía hasta qué punto dominaba ella el deporte, pero se había visto obligada a ver los partidos de Clint. Con el tiempo, los veía tan solo para poder comentarlos con su padre, una de las pocas interacciones que tenían desde que se había ido de casa. En cuanto a la habilidad de Tyler Capello… Rory había soltado lo que cualquier corredor egocéntrico habría querido oír, fuera verdad o mentira.

—Me cae bien —le dijo Tyler a Brett mientras los conducía por el recibidor hacia un enorme salón.

—Es muy eficiente.

Era una palabra que ella jamás usaría para describirse a sí misma, salvo cuando se refería a elaborar chocolate.

Tan pronto como entraron en el gigantesco salón, una mujer que solamente podía ser Callie Capello cruzó un arco flanqueado con

columnas toscanas. Era alta, valiente y bella, como una de las mujeres de Renoir, aunque pintada con colores primarios en lugar de con tonos pastel.

Debía de haber tenido a Tyler siendo muy jovencita, porque apenas aparentaba cuarenta años. Lucía una larga melena oscura, ojos avellanados y labios carnosos. A Rory le recordó a una ciruela de esas tan maduras que al morderla uno terminaba con un reguero de jugo por la barbilla.

Los altos zapatos fucsia de tacón de Callie retumbaron sobre el suelo de parqué al aproximarse.

—Brett. —Pronunció su nombre como si fuera un arrullo—. Nos conocimos en Chicago cuando los Eagles se enfrentaron a los Bears.

—Señora Capello. Es un placer volver a verla. —Brett la saludó con el tono formal de un mayordomo inglés—. Le presento a mi asistente, Rory…

—Rory Meadows —intervino a toda prisa—. Encantada de conocerla, señora Capello.

La señora Capello ignoró a Rory, solo tenía ojos para Brett.

—Por favor. Llámame Callie y tutéame. —Señaló el sofá con gesto amplio—. Sentémonos.

Comparado con el frío modernismo de la casa de Karloh Cousins, parecía que el hogar de los Capello se alzara sobre un canal veneciano contaminado, que fluía por debajo de las gruesas cortinas de las ventanas: con techo abovedado, paredes pintadas de dorado y muebles enormes con garras por patas. Rory supuso que Callie se había encargado de la decoración. Era interesante que Tyler todavía viviera con su madre.

Brett eligió sentarse en una butaca con brocado granate, mientras que Rory optó por el sofá.

—Mamá, una cerveza para Brett. Rory, ¿qué quieres beber?

«Un vodka con hielo».

—Agua.

—Vamos, seguro que bebes algo más. Mamá, olvida la cerveza. Abre una botella de Dom.

«Mamá» salió tal como había entrado, con las curvas ceñidas en un minivestido estampado lila. En lugar de llevar zapatos de tacón, Rory habría acompañado el conjunto con sus sandalias de corcho, las que tenían unas cintas amarillas alrededor de los dedos.

Brett y Tyler empezaron a hablar de la temporada de los Eagles. Brett no aduló a Tyler. Lo elogió, pero con objetividad. Callie regresó con una bandeja con cuatro copas de champán y una botella de Dom Pérignon. Tyler la descorchó con gran habilidad.

Rory había bebido más de unas cuantas copas de Dom mientras servía mesas en un par de restaurantes de postín. A ella le gustaba más

una IPA decente.

—Impresionante.

—Solo tenemos lo mejor. —Callie sonrió.

Después de servir el champán, Tyler propuso un brindis.

—Por el futuro.

Brett alzó la copa, pero se limitó a asentir. Nadie podría acusarlo de lameculos, aunque Rory recordaba vagamente haberlo acusado precisamente de eso.

Por cómo Tyler dejó a un lado la copa de champán tras darle un sorbo, Rory sospechó que a él también le gustaba más la cerveza.

—Supongo que te preguntarás para qué quería verte —dijo el deportista.

Sin un ápice de vergüenza, Callie se sentó en el reposabrazos de la butaca de Brett, recostándose sobre el ornamentado respaldo hasta ponerse a unos pocos centímetros de sus hombros. Él hizo como si no se diera cuenta, pero nada escapaba a la vista de depredador de Brett Rivers.

—Supongo que es porque has decidido que te mereces a un mejor representante.

—Vas al grano. ¿Ves, mamá? Brett Rivers dispara sin miedo.

—Ya lo veo —repuso con labios de jugo de ciruela. Callie Capello irradiaba sexo. No era de extrañar que Brett fuera precavido.

Sonó el timbre de la puerta. A regañadientes, Callie se levantó de la butaca y desapareció; regresó al cabo de unos instantes acompañada de un cachitas de tez morena, pelo engominado y rasgos duros. Muchas mujeres lo encontrarían guapo, pero a Rory le parecía un neandertal.

—¡Tyler, amigo mío! —Al señalar con el dedo al corredor, la manga de la camisa se retiró y dejó al descubierto una muñeca peluda rodeada por una pulsera de oro.

—¿Qué haces aquí, Tommy? —A Tyler no le hacía gracia la visita.

—Estaba en el barrio, tío.

Solamente podía ser Tommy Landom, el turbio representante de Tyler. Rory se irguió en el sofá. Aquello se ponía interesante.

Como la de Brett, la ropa de Tommy era cara: una camisa verde menta con rayas blancas y escudo en el bolsillo y pantalones negros que terminaban justo encima del empeine, enfundado, cómo no, en mocasines de lujo. ¿Los diseñadores de zapatos hacían descuentos a los representantes de deportistas?

Landom le dio un beso a Callie en la mejilla y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—¿Qué haces aquí, Rivers? Estás invadiendo mi territorio. —Lo dijo como si fuera una broma, pero evidentemente no lo era.

—Brett, déjame que te enseñe el jardín mientras Tyler y Tommy

hablan. —Callie se zafó del brazo del otro—. Hemos instalado una nueva piscina.

Brett no hizo gala de inquietud por tener que dejar solos a Tyler y a Landom, pero se detuvo delante de Rory. Pasaron unos cuantos segundos. Y le pisó el pie.

—¡Ay!

—Perdona. —La fulminó con la mirada—. Qué torpe soy.

Rory estaba tan fascinada por la escena que iban a protagonizar el vago y el corredor que se había olvidado de su deber.

—A mí también me gustaría verla. —Se levantó de un salto—. Es una casa impresionante.

Los siguió a otra estancia dorada con puertas en forma de arco que daban a una galería. En opinión de Rory, a todas las habitaciones les iría bien un poco de la construcción de tablones solapados que tanto detestaba Brett.

Callie abrió una de las puertas y se giró hacia Rory.

—Necesito hablar a solas con Brett, si no te importa.

Rory se estrujó el cerebro para encontrar una excusa que justificara su presencia.

—Pero es que esta casa me tiene loca, necesito ver lo que han hecho en el jardín. No los voy a molestar. Lo prometo. —Le cogió el codo a Callie y la apartó de Brett para salir afuera—. ¿Qué perfume lleva? Huele que alimenta.

—¿En serio? —Callie se distrajo momentáneamente—. ¿Te gusta? ¿No crees que es demasiado intenso?

—En cualquier otra persona sería demasiado, quizá, pero en usted no. Es una mujer que necesita un olor valiente. ¿Son gardenias?

Salieron a un patio en forma de «U» con una piscina rectangular. Callie se concentró en Rory mientras Brett se alejaba y simulaba examinar las columnas exterior de la galería.

—Puede que sean gardenias. No estoy segura.

—Es el perfume ideal para usted —improvisó Rory—. Detecto ciertos matices de sándalo y quizá de flor de cananga. —Tenía solo una ligera idea de lo que era la flor de cananga, y ni idea de a qué olía. Sin dejar de sujetarle el brazo a Callie, señaló la casa con un gesto—. ¿De dónde sacó la inspiración? La ha diseñado usted, se nota.

Por fin había captado toda la atención de Callie.

—Conté con un arquitecto muy talentoso. Tyler trabaja muchísimo, y quería que tuviera algo especial. Algo que nadie más tiene. Un lugar donde crecer cuando se case y, Dios lo quiera, me dé nietos. Yo me encargué de todo el diseño de interiores.

—No me cabe ninguna duda. —Brett había llegado al otro extremo de la piscina—. No responda si no quiere, por supuesto, pero ¿cómo ha podido una persona tan especial como Tyler acabar con alguien

como…? —Ladeó la cabeza hacia la casa—. Ya sabe. Con él.

—¿Te refieres a Tommy?

—Olvide lo que he dicho, por favor. Brett me despediría si supiera que he hablado mal de un rival. Es un hombre muy íntegro. —Se tiró de la falda del vestido—. Su hijo y usted parecen llevarse la mar de bien.

—Haríamos lo que fuera por el otro. Me siento muy culpable. Hace un año, yo no estaba pasando por un buen momento, y Tyler terminó despidiendo a su representante por su culpa. Después de eso, fichó a Tommy a toda prisa. Y no le va bien. La culpa es mía.

—Todo el mundo comete errores. —Rory interpretó a una sabia anciana—. Lo que importa es cómo nos recuperamos de esos errores. —«Y ¿cómo te estás recuperando tú de tus propios errores, Rory Garrett?».

—Tyler necesita a otro representante, pero ahora somos más listos. —Callie se tocó el cuello del minivestido—. Vamos a tomarnos nuestro tiempo. Hablaremos con las mejores agencias. No quiero cometer otro error.

—Empiezan con buen pie al reunirse con Brett —dijo Rory, uniéndose al Equipo Rivers.

—Mmm… —Callie le apartó un rizo a Rory de la mejilla, un gesto íntimo y delicado—. Tienes un pelo precioso.

Rory estaba demasiado sorprendida como para responder.

Callie clavó los ojos en los de Rory y le pasó un dedo por la mandíbula.

—Me gustaría volver a verte la semana que viene cuando vayamos a Chicago. —Dicho esto, le dio un rápido beso en los labios a Rory y entró de nuevo en la casa.

Capítulo 12

—¡Es culpa tuya por hacerme llevar este vestido tan horroroso! —Rory seguía echándole la bronca cuando pasaron el control de seguridad del aeropuerto de Filadelfia. Ella se iba a Chicago, mientras que él tomaba un avión hasta Detroit para recuperar el coche—. Cree que soy lesbiana. Ojalá. Las mayoría de mujeres lesbianas son muy interesantes, y además no tendría que recordar el día que cierto tío me pagó por acostarse conmigo.

—Tengo una pregunta. —Brett levantó la vista del móvil—. Si Callie y tú decidís echar un polvo, ¿puedo pagar para verlo?

La sonrisa bobalicona de él casi la desarmó. Casi, pero no del todo.

—Lo peor es que has decidido celebrar una especie de fiestorro para ellos cuando vuelvan a Chicago, y ¡les has prometido que yo asistiré!

—En mi defensa diré que cuando se lo he prometido no sabía que te había besado. ¿Ha sido un buen beso?

—Me ha dejado demasiado de piedra como para analizarlo. Esa mujer es puro fuego. —Al recordar cómo había cogido a Callie del brazo y había elogiado su perfume, Rory comprendía por qué la mujer había concluido que Rory le estaba tirando la caña. Qué envidia le daba la valentía de Callie. Últimamente, todo el mundo hacía gala de más confianza que ella.

—Me aseguraré de que no te quedas a solas con ella en la fiesta —le propuso Brett mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

—No será un problema porque no voy a ir.

—Tienes que ir. Te encargas del cáterin.

—¿Que yo qué?

—Lo acabo de decidir. Te vas a encargar del cáterin de la fiesta que daré en mi casa. Treinta más o menos de los deportistas más famosos de la ciudad y sus parejas. Necesito impresionar a Tyler. Debo hacerle ver con qué clase de gente lo puedo poner en contacto si decide firmar conmigo.

—¡Para eso faltan cinco días! Y yo no soy ni chocolatera ni tengo una empresa de cáterin. No puedo organizar una fiesta tan rápido. —Ya mientras le respondía se recordó a sí misma que no estaba en condiciones de rechazar un trabajo, ni siquiera uno para el que no estuviera cualificada.

—Algo se te ocurrirá —la animó—. Está en tu contrato.

—No recuerdo haber firmado ningún contrato.

—Los acuerdos verbales son vinculantes. Hazme caso. Soy

abogado.

—Una víbora es lo que eres.

—Una víbora que paga bien. —Se quedó mirando las salidas de vuelos.

—Podrías alquilar un restaurante. —«No alquiles ningún restaurante», pensó. «Necesito un trabajo, incluso uno que no sea del todo capaz de sacar adelante».

—No sería suficientemente personal. —Se pusieron a caminar de nuevo—. La fiesta debe ser especial. Le he enviado un mensaje a mi asistente, y ahora mismo está mandando las invitaciones.

—Organizar una fiesta como esa va a ser carísimo —comentó Rory —. Sobre todo con solo cinco días para prepararlo todo.

—¿Quién es ahora la víbora? —Brett arqueó una ceja.

—Bueno, vale. Pero después de la fiesta renuncio como asistente tuya para ir en busca de otras oportunidades.

—Admiro tu ambición. Un momento. —Se apartó a un lado, dejó la bolsa en el suelo y sacó una libreta. Escribió algo en una página y se la mostró—. ¿Esto será suficiente para compensarte por la poca antelación? Es una cantidad neta, por supuesto.

Rory miró la cifra que Rivers había garabateado. Dos mil dólares. Justo lo que necesitaba para pagar la multa. Dudó unos instantes antes de arrebatarle el bolígrafo y la libreta, anotar su contraoferta y tendérsela.

—¡Estás loca! —exclamó, estupefacto, al leerla—. ¿Quinientos dólares?

—No necesito que me des dinero por pena. —Le estampó la libreta en el pecho—. Quinientos. Ni un centavo más.

Si el pelo de Brett no estuviera engominado hacia atrás, en esos momentos se pondría de punta por la rabia.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Es una cuestión de estupidez. De orgullo. Quizá incluso de integridad. Llámalo como quieras. Quinientos dólares netos es más que generoso para una fiesta como esa, a pesar de la poca antelación. Además, es una cifra simbólica, ¿no?

Brett la miró con más seriedad que nunca.

—De verdad que no te entiendo.

—Pues ya somos dos. —Rory empezó a caminar para alejarse de él y dirigirse a su puerta de embarque.

***

El Allovar & Ivy lucía unos bonitos manteles blancos almidonados y paneles de madera en las paredes. En la chimenea había una pirámide de helechos comunes, en lugar de leños de madera, y en todas las

mesas había una orquídea blanca. Lo mejor de todo era que la gruesa moqueta amortiguaba el tintineo de la cubertería y las conversaciones de los adinerados clientes del restaurante.

El silencio era un bálsamo para Kristin, que tenía los nervios a flor de piel. Al regresar de la cafetería, el día anterior, llamaron al timbre tantísimos periodistas que se vio obligada a taparse los oídos con las manos para dejar de oír la melodía de *Hail to the Victors*. El grito de guerra ya provocaba escalofríos cuando su hijo reinaba en el campo del estadio de Míchigan, con el casco color maíz y azul resplandeciente bajo el sol, pero en esos instantes le entraban ganas de chillar cada vez que lo oía. Y esa noche, cuando salió hacia su cita, un periodista había seguido su coche. Solamente consiguió librarse de él porque se saltó un semáforo en rojo y un coche patrulla lo detuvo.

Una mujer había sido asesinada, no sabía nada de Clint y no iba a resultar la mejor compañía durante la cena. Pero no podía quedarse ni un minuto más en la casa de su hijo, así que no había cancelado la cita.

Debido a la tenue luz del local, tardó unos segundos en localizar a Daniel Hanbridge sentado en una mesa del rincón, con la espalda contra la pared y las grandes manos cogidas en el regazo. Kristin se preguntó si alguien lo llamaría Dan o Danny. No lograba visualizarlo.

Su cita se puso en pie de un brinco al verla, y le dio tal golpe a la mesa que derramó agua de su vaso sobre el mantel.

—Has venido. No estaba seguro de si aparecerías. Me alegro mucho de verte.

Kristin se plantó una sonrisa en la cara que no sentía. Estaba muerta de preocupación por Clint y, a diferencia de Daniel Hanbridge, estaba más histérica que nerviosa.

Ese día, la temperatura exterior había superado los treinta grados, y aunque Allovar & Ivy fuera un restaurante elegante, Daniel era el único hombre con americana. Tenía que estar asándose. Kristin llevaba un vestido ceñido menos formal.

—Estás preciosa, como siempre —la alabó.

—¿Como siempre? Es la segunda vez que nos vemos.

—Cierto. —Asintió con gesto extraño y le retiró la silla. En cuanto los dos tomaron asiento, Daniel pareció no saber qué decir, y eso significaba que Kristin tendría que llevar las riendas de la conversación. El mero hecho de pensarlo la agotó. Bebería un vaso de vino, fingiría dolor de cabeza y se excusaría de la cena.

Daniel cogió la carta del restaurante, pero enseguida la volvió a dejar sobre la mesa.

—Te arrepientes de haber venido, ¿verdad?

—Y decías que no se te daba bien interpretar lo que sienten los demás.

—Y se me da fatal, pero es lógico. Eres una mujer atractiva y sofisticada que podría salir con cualquiera, y estás aquí conmigo.

—No te tienes en demasiada estima. —Recordó la conversación previa que habían mantenido—. Salvo en lo intelectual.

—Es verdad. En lo que a negocios se refiere, soy un tipo muy seguro.

Una joven con blusa blanca y pantalones negros se colocó junto a la mesa interrumpiendo su conversación. Se llamaba Courtney y estaba encantada de ser su camarera durante la velada.

Kristin pidió una copa de *sauvignon* blanc y Daniel, una de *zinfandel*.

—Es mi primera cita en veintiocho años —dijo él cuando volvieron a quedarse solos—. Sospechaba que no se me daría demasiado bien.

—Recuerdo mi primera cita después de la muerte de Gregg. Fue un absoluto desastre. —Salió con un contable de Minnetonka que solamente quería hablar sobre Clint y esperaba que ella organizara un encuentro entre ambos.

—Por si te lo estás preguntando, no voy a intentar besarte. —Daniel se removió en la silla, incómodo—. Tengo entendido que a veces las mujeres no disfrutáis de una velada porque os preocupa lo que vaya a suceder al final.

—A mí no me preocupa.

—Genial. —Sonrió— Antes de venir para aquí, mi hija me ha mandado un mensaje y me ha dicho que hiciera de todo menos comportarme como soy.

—Tu hija parece muy interesante. —Kristin soltó una carcajada.

—Es mi orgullo y mi alegría. ¿Tú tienes hijos?

—Una hijastra. —Kristin alisó con esmero la servilleta sobre el regazo—. Mi marido era un joven viudo cuando nos casamos. Rory vive en Chicago. —Lo que para unos era una mentira por omisión para ella era autoprotección.

—¿Y tú? —le preguntó él—. Supongo que vives en las afueras, al oeste de la ciudad.

—No, yo vivo por la zona de Mineápolis.

A Daniel le cayó el alma a los pies.

—Y ¿qué hacías en la cafetería?

—Estoy de visita —respondió tras vacilar un poco.

Courtney llegó con el vino. Daniel pidió dos entrantes, aunque Kristin comentó que no comía demasiado.

—Ya lo decidirás cuando los pruebes —le dijo él cuando la camarera se marchó.

—Esa chaqueta parece gruesa. Quítatela sin miedo si quieres, ¿eh?

—No puedo. —Le lanzó una sonrisa tímida—. He empapado la camisa del sudor.

Kristin se rio de nuevo. Ese hombre no tenía ningún tipo de filtro, no se parecía en nada a los años de fingimiento que había vivido con Gregg. Fingieron tener un matrimonio estupendo. Él fingió quererla con todo su corazón. Los dos fingieron que tenían más cosas en común que un hijo.

—Por Kristin Meadows, una mujer valiente que ha aceptado cenar con un cincuentón torpe. —Daniel levantó la copa.

Que hubiera usado el apellido que le había robado a la exmujer fallecida de Gregg le provocó un ligero temblor al coger la copa. Se recompuso y alzó la suya.

—Por el cincuentón torpe, que también es un hombre muy interesante. Gracias por invitarme.

Poco a poco, la conversación derivó hacia un terreno más cómodo. Mientras él comía pescado y ella una ensalada de espinacas y fresas, hablaron del amor que les despertaba a ambos viajar, hacer senderismo y escuchar pódcast de asesinatos. Compartían la misma visión sobre la política y a los dos les gustaba la fotografía. A ella le encantaba el cine, a él no. A él le encantaba leer ensayos científicos, a ella biografías. Fue una conversación sorprendentemente animada, manchada solo porque Kristin no logró confesarle que era la madre de Clint Garrett.

Cuando la acompañó hasta el coche, volvió a ponerse nervioso.

—Ha sido… Me ha… No sé cuánto tiempo vas a pasar por Chicago, pero… ¿te apetece que quedemos otra vez?

Kristin ladeó la cabeza y le dio un breve beso en los labios.

—Sí, me apetece.

***

Desde que salió de la casa de Clint para acudir a su cita con Daniel, el número de coches y furgonetas de medios de comunicación apostados en la calle se había multiplicado. El buen humor que le había producido la velada se esfumó. En cuanto los periodistas divisaron su coche, corrieron hacia el camino de entrada de la casa sin dejar de gritar preguntas. Kristin estuvo a punto de atropellar a uno al girar, y cuando llegó al garaje estaba temblando.

Entró a toda prisa, pero no encendió las luces. Las grandes ventanas de la cocina no tenían persianas, así que no pudo quitarse de encima la sensación de que los periodistas estaban al acecho entre los matojos, vigilándola.

Le sonó el móvil. Tan pronto como lo sacó del bolso, vio que era Clint.

He vuelto a la ciudad y me quedo en casa de unos amigos.

No te preocupes.

«¿No te preocupes?». ¿Cómo no iba a preocuparse? Marcó el número de su hijo. Cuando le saltó el buzón de voz, las grietas invisibles de su relación se ensancharon.

Intentó llamar de nuevo a Rory, pero esta tampoco le cogió el teléfono. Atravesó a oscuras la casa hacia la sala de cine en uno de cuyos sofás se había preparado la cama. Además de una pantalla enorme y muebles cómodos, en la estancia no había ventanas.

Se lavó la cara en el cuarto de baño anexo y se puso el pijama que había dejado ahí. Volvió a llamar a Clint. Nada. Poco después de medianoche, Rory por fin le respondió.

—¿Dónde estabas? —Kristin aferró el móvil—. Te he llamado varias veces.

—Estaba en un avión. Volviendo a Chicago desde Filadelfia. Es una larga historia.

—Clint me ha mandado un mensaje. —A Kristin no le importaba la historia de Rory—. Me ha dicho que ha vuelto a la ciudad y que se queda en casa de unos amigos, pero sigue sin cogerme el teléfono. —Le dolió admitirlo. Había sido una buena madre, siempre había estado ahí para él, y estaba orgullosa de la relación que habían forjado como adultos. En secreto, se compadecía de sus amigas, que no disfrutaban de la misma cercanía con sus hijos cuando estos se hacían mayores. Y, de todos modos, había tenido que acudir a Rory en busca de información—. ¿Quiénes son esos amigos con los que se queda?

—No lo sé. Pero esta mañana lo he visto en su cabaña de Míchigan. —Rory puso énfasis en la palabra *cabaña* para que Kristin supiera lo mucho que se había equivocado al insistir en que Clint jamás habría comprado nada parecido sin contárselo.

Kristin se retorció un mechón de pelo con los dedos tan fuerte que notó un tirón en las raíces.

—¿Has hablado con él? Y ¿no me lo has dicho?

—Ha sido un día muy raro, y acabo de llegar a casa. Clint se ha ido a pescar a la Península, se enteró anoche de lo de Ashley. Me dijo que volvería a Chicago en coche y que hablaría con la policía. Es probable que ahora esté en comisaría.

—¿A medianoche? Es una pesadilla. Quiero matar a las pirañas de la prensa. Han rodeado la casa, no me dejan en paz. No paran de llamar al timbre. ¿Cómo apago ese chisme? ¡Me está volviendo loca!

—Supongo que Clint debería desactivarlo desde el móvil —dijo Rory—. A lo mejor podrías desconectar el interruptor o algo.

—Como si supiera hacerlo. ¿No podrías decirme nada útil para variar?

Oyó cómo Rory cogía aire y deseó por enésima vez dejar de usar a Rory como blanco al que disparar sus propias inseguridades.

—Voy a colgar —le anunció Rory.

Kristin no la culpó.

***

—… y hemos identificado a una persona que podría estar involucrada en la muerte de Ashley Hart. Los mantendremos informados.

Rory se preguntó si Kristin estaba viendo la rueda de prensa que se había convocado de urgencia esa mañana. La llamada que recibió anoche daba fe de que su madrastra no necesitaría gran cosa para perder los estribos.

—Por el momento, eso es todo lo que les puedo comunicar. —El comisario de policía recogió las notas y le dio la espalda al micrófono cuando la prensa comenzó a gritar preguntas.

—¿Es Clint Garrett esa persona involucrada?

—¿Han hablado con él?

—¿Dónde estaba Garrett cuando tuvo lugar el asesinato?

A Clint ya lo estaban juzgando, y Rory no pudo seguir viéndolo. Llamó al detective Strothers.

—¡Es absurdo! Clint no podría matar a nadie. ¿Han investigado al ama de llaves? Creo que es probable que esté enamorada de él.

—Su ama de llaves estaba en la fiesta de quinceañera de su sobrina —contestó Strothers—. Tiene por lo menos cincuenta testigos.

—Y ¿qué me dice del exnovio de Ashley? —Rory se enrolló un rizo entre los dedos.

—Estamos investigando a los posibles sospechosos, señorita Garrett. Como ya le he comentado.

La policía creía tener al hombre que había matado a Ashley y no estaba interesada en prolongar las pesquisas.

La llamada llegó a su fin, y Rory se guardó el móvil en su mullido albornoz. Comprendía por qué Clint no había regresado a su casa, con la prensa por todas partes, pero debería llamar a Kristin en lugar de dejarle el marrón a su hermana. La policía seguramente le habría dicho que no se marchara de la zona, así que ¿dónde estaba? El hermano omnipresente del pasado de pronto no estaba por ningún lado.

Rory entró en su habitación y metió de una patada en el fondo del armario el horrible vestido de rayas azules y blancas que se había quitado la noche anterior. Cuando se hubo vestido, se dirigió a la cocina. La estancia estaba tal como la había dejado dos días antes, pero se le antojaba vacía sin una caja de bombones en el armario. Los últimos que había preparado sirvieron para alimentar a una panda de peludos insurgentes de Míchigan.

Puso agua a hervir para la avena y probó a mandarle otro mensaje

a Clint.

A Kristin le va a dar algo, en serio.
Deja de ser tan capullo y dime dónde estás.

Miró por la ventana de la cocina hacia el callejón. El coche de Ashley seguía ahí.

En la mesa de la cocina se encontraban las notas que había tomado en el avión para la fiesta de Brett. No le gustaba echar de menos a ese idiota arrogante al que había conocido ocho días antes en las peores circunstancias posibles. Se sentó para finiquitar los planes de la fiesta y así dejar de pensar en él.

Brett le había dado el número de su asistente de verdad, y Kyle Simmons resultó ser un tío muy majo que le hizo una transferencia para comprar la comida.

Le sonó el móvil. Era Clint.

C: Si te lo digo, júrame que no se lo dirás a nadie.
R: Te lo juro.
C: Ni a mi madre ni a Brett.
R: Brett no es tu enemigo. Deberías hablar con él.
C: Ni de coña.
R: Pues nada. Te lo juro.
C: Estoy en casa de Olivia y Thad. Déjame en paz.

***

Brett se pasó el día devolviendo llamadas de Míchigan e intentando localizar a Clint, y en todo momento procuró esquivar a su jefe. Esa noche durmió a ratos, y, cuando se despertó a la mañana siguiente, la lluvia zarandeaba las ventanas de su habitación. Deseó haber conseguido por lo menos un compromiso parcial de Tyler Capello, pero Clint seguía siendo su principal problema. La mejor manera de reparar su relación era asegurarse de que Clint supiera que él estaba en su bando incondicionalmente. Para lograrlo, sin embargo, debía encontrarlo… de nuevo. Lo único que sabía era lo que Kristin le había dicho cuando lo había llamado, que Clint había regresado a Chicago, pero que no estaba en su casa.

Brett se metió en la ducha, pero en lugar de repasar sus opciones, pensó en lo estupendo que sería comenzar un día lluvioso junto a Rory, los dos arreglando el mundo mientras comían uno de sus ingeniosos desayunos después de una ronda de ardiente sexo

matutino. Se quitó la imagen de la cabeza. Se relajaba demasiado cuando la tenía cerca, se lo pasaba demasiado bien, y no era el momento adecuado para ello.

Su mano se quedó paralizada antes de coger la toalla. De repente, supo dónde se habría escondido Clint casi con total seguridad.

***

Brett subió el tramo de ocho escalones que daban a la puerta principal de la imponente mansión de caliza que pertenecía al exjugador de los Stars Thad Owens y a su esposa, la brillante *mezzosoprano* Olivia Shore. Eran buenos amigos de Clint, y ni Olivia ni Thad estaban en Chicago, así que su casa debía de estar vacía, un plus para un hombre que obviamente deseaba estar a solas.

Aunque llamó a la puerta, Brett supuso que Clint no respondería, así que le mandó un mensaje.

Abre la puerta, joder.

La brusquedad a veces funcionaba mejor que el tacto. Si Brett se había equivocado y Clint estaba en otra parte, sin embargo, ese mensaje por lo menos provocaría una llamada de teléfono.

Resultó que Brett no se había equivocado.

Clint tenía peor aspecto que dos días antes en la cabaña. Tenía el pelo revuelto aplastado en un lado y levantado en el otro, y las ojeras que lucía le recordaron a Rivers a los hoyos que había en los campos de estadios con césped de verdad.

Por lo visto, Clint había intentado adecentarse antes de hablar con la policía, pero se había dejado unas cuantas zonas sin afeitar en el cuello, y parecía que estuviera mudando la piel. Si alguien lo viera en esos momentos, tendría que devolver el título del soltero más codiciado de todo Chicago.

—Suerte que me lo ha prometido —gruñó Clint—. No debería haberle dicho a Rory dónde estaba.

Si Rory había sabido dónde se encontraba Clint, ¿por qué no se lo había contado a Brett?

—Rory no me ha dicho nada. ¿La has visto? ¿Has hablado con ella?

—Ni de coña.

La decepción le formó un nudo en el estómago. Rory todavía no le había contado la verdad a Clint. Brett había esperado que lo hiciera, y no le gustaba equivocarse al calar a la gente, sobre todo si era una mujer que le caía tan bien. No solamente le hacía cuestionarse su forma de juzgar a los demás, sino que también significaba que él seguía siendo el chivo expiatorio de Clint.

—¿Qué quieres? —Clint apoyó la mano en el quicio de la puerta.

—Quiero que recuerdes de parte de quién estoy. —Brett le dio un empujoncito para entrar en el recibidor, cabreado con Rory y consigo mismo.

El interior de la residencia de los Owen-Shore difícilmente podía ser más diferente del aburrido exterior. Paredes de verde claro, cuadros coloridos y una cesta de la colada repleta de juguetes. El entorno cómodo lo calmó.

—¿Te acuerdas de Bert Perkins? Es tu abogado. Me ha llamado para decirme que no sabe nada de ti.

—No quiero hablar de eso.

No querer hablar parecía ser un rasgo distintivo de los hermanos Garrett. Brett se le aproximó.

—Presentarte en la comisaría sin un representante legal ha sido una estupidez.

—Déjame en paz. —Clint le dio la espalda y se alejó por el pasillo.

Brett fue tras él, pasó por delante de una habitación soleada con un enorme piano de cola negro ante dos grandes ventanas y otra más masculina que debía de ser el despacho de Thad. Clint abrió una puerta a un lado del pasillo y desapareció por unas escaleras enmoquetadas. Brett lo siguió hasta el iluminado y lujoso sótano, con mesa de billar, chimenea y un par de televisores que colgaban del techo. Encima de una plataforma rectangular de madera de una punta de la estancia había un unicornio de peluche. A juzgar por el micrófono con lentejuelas azules y el poste que tenía al lado, debía de ser un escenario para actuaciones infantiles. No había nada como animarlos cuanto antes a seguir los pasos de la madre.

Clint golpeó las bolas de billar, las separó y empezó a meterlas en las troneras sin levantar la vista en ningún momento.

—Me han interrogado durante dos horas y me han hecho las mismas preguntas hasta que les he dicho que no iba a añadir nada más sin la presencia de mi abogado. Joder. Un poco tarde, ¿no? —Apuntó hacia la tronera de la esquina y falló—. Tengo amigos en la policía. Agentes de seguridad de estadios, tíos que trabajan en eventos especiales. Hace años que los conozco. Pensaba que…

—Pensabas que la policía te dejaría tranquilo. —Rory había descrito a su hermano como un niño consentido. Clint no sabía cómo gestionar nada que no fuera la vida tal como la conocía. Rory era la que había aprendido en la escuela de la calle.

—¿Cómo te sientes al recordar, ahora que Ashley está muerta, cómo la pusiste a parir? —Clint se giró hacia Brett—. ¿Te sientes bien? ¿Ves justificadas las mentiras?

Brett había sido la diana de Clint durante demasiado tiempo.

—¿No has hablado con Rory, pues?

—¿Qué se supone que le tengo que decir?

«Lo importante es lo que ella debería decirte a ti». Clint seguía pensando que Ashley lo había dejado porque la presión de su fama era demasiado para ella. Rory había desaprovechado dos oportunidades para confesarse con él, dos días antes en la cabaña y el día anterior. Había llegado el momento de que Clint supiera la verdad.

Pero al dar forma a las palabras, Brett recordó cómo conducía Rory, cómo se reía y era completamente sincera sobre sí misma. Recordó cómo el batín de seda verde se le había pegado a las curvas, cómo le quedaba aquel ridículo mono, tan grande que parecía que estuviera a punto de quitárselo. Recordó sus bragas de abuela, sus rizos de matón y sus brillantes ojos azules.

«Ya basta». Se guardó las emociones en una caja fuerte del cerebro. Rory era una distracción, y él era Brett Rivers. Los negocios siempre iban primero.

—Tengo que contarte una cosa.

Capítulo 13

El cementerio de Rosehill proporcionaba un oasis de sombra para refugiarse del calor que se había acumulado desde la lluvia de aquella mañana. Rory esquivó las cacas de los gansos canadienses en la acera y observó la extensión de hierba salpicada de lápidas sencillas, monumentos elaborados, caminos serpenteantes y estanques. Con ciento cincuenta hectáreas, era el cementerio más grande de Chicago; desde que se había mudado a su piso, Rory a veces aprovechaba el vasto espacio verde. Pero ese día acudió al cementerio para retrasar, aunque fuera solo un poco, su trayecto hasta la estación. El día anterior por la mañana había recibido un mensaje de Clint en el que le decía dónde se encontraba, y debería haber ido a verlo de inmediato. Sin embargo, con todo el trabajo que tenía con la fiesta, decidió que podría postergarlo un día.

Su bolso de paja contenía un paquete de las chocolatinas que había preparado como ofrenda de paz, aunque sabía que la paz no iba a ser un escenario demasiado probable. Todavía no sabía nada de Brett, y detestaba que por lo menos no le hubiera escrito, pero ella no podía ponerse en contacto con él hasta que hubiera hablado con Clint.

Un par de ciervos salieron de entre los árboles. Era extraño que tan cerca de los cláxones y las sirenas de los coches vivieran animales en libertad. El amplio cementerio albergaba los restos de peces gordos de Chicago, desde el empresario Montgomery Ward hasta Oscar Mayer, el de las salchichas, además de cientos de soldados de la guerra de la independencia y catorce generales de dicha contienda. Como se trataba de Chicago, en Rosehill también descansaban eternamente los famosos asesinos Leopold y Loeb, así como las víctimas de la masacre de San Valentín. El cementerio era un microcosmos de la historia chicaguense.

A Rory le sonó el móvil.

—Estoy en tu casa —le dijo Brett cuando respondió—. ¿Dónde estás? Tengo que hablar contigo.

La brusquedad de Rivers insinuaba que tal vez no fuera una conversación agradable. Rory esperaba que no fuese a despedirla. Ya había contratado a dos personas para trabajar en la fiesta: un amigo de Jon con experiencia en cáterin para ayudar con el servicio y a su vecino Toby, que había trabajado como camarero mientras estudiaba en la universidad.

—Estoy en Rosehill.

—¿En el cementerio? Una idea estupenda. —Rory no pasó por alto

el sarcasmo—. ¿Qué calle es la que te queda más cerca?

—Peterson. He entrado por la puerta occidental.

—No te muevas de ahí.

Rory se sentó en un banco cerca de la ribera de un arroyo, y Brett apareció ante ella en un período de tiempo sorprendentemente corto. Se había arremangado la camisa para soportar el calor húmedo y se había cambiado las gafas de sol de cristal azul por unas negras de aviador. Incluso en un cementerio resultaba un tío imponente.

Cuando se detuvo junto al banco, Brett observó el vestido de cuello *halter* de ella, que terminaba en una ondeante falda azul con flores. A Rory le había costado diez dólares en una tienda de segunda mano de Pilsen, y por lo general le encantaba llevarlo, pero ese día no le estaba levantando el ánimo como de costumbre.

—He descubierto dónde se alojaba Clint —le dijo al cernerse sobre ella—. Y no gracias a ti.

—Me hizo jurar que le guardaría el secreto.

—Eso me ha dicho.

—¿Has hablado con él? —Nerviosa, se alisó la falda.

—Acabo de estar ahí.

—¿Cómo ha ido?

—¿Cómo crees que ha ido? —Se alzaba ante ella, con las piernas separadas y los brazos cruzados, y Rory notó cómo irradiaba acusación en forma de oleada.

—Justo ahora iba hacia allí —le dijo.

—Pues creo que te has desviado un poco. —Un músculo temblaba en su mandíbula.

—Me enteré ayer mismo de dónde estaba. —Rory se levantó del banco.

Brett bajó los brazos y apretó un puño.

—Yo lo he deducido esta mañana y ya he ido a verlo. Pero tú por lo visto no has tenido tiempo.

El reproche le escoció. Rory debería haberle contado la verdad a su hermano al instante, pero no dejó de ponerse excusas para retrasarlo. Y ahí estaba, en el cementerio, perdiendo el tiempo.

—Ya te he dicho que ahora voy hacia allí.

—¿En serio? No hablaste con él cuando apareció en la cabaña. Ayer sabías dónde estaba, pero no fuiste a verlo. Y ahora es casi mediodía, y a saber cuánto tiempo llevas dando vueltas por el cementerio. Pero luego el malo soy yo, el que puso a parir sin motivo a una exnovia que él sigue considerando una persona perfecta. —Negó con la cabeza y torció el gesto—. ¿Sabes lo peor? Si le hubiera contado la verdad de lo que hiciste, me habría quitado un buen peso de encima. He empezado a decírselo. Ya tenía preparadas las frases, pero al final me he callado y he dejado que siguiera lanzándome

mierda. No me he defendido.

Rory aferró el asa del bolso de paja sin mirarlo a los ojos en ningún momento.

—Ahora voy a arreglarlo todo.

—Seguro que tarde o temprano lo arreglas, pero la cuestión no es esa, ¿verdad? —Cuadró los hombros con su clásica expresión seria—. En mi trabajo yo doy el cien por cien.

—Como me has comentado cientos de veces.

—Si hubiera sido otra persona y no tú —prosiguió ignorándola—, le habría contado a Clint enseguida lo que sé. Era mi intención, pero no he podido.

—Te perdono por no haber sido cruel. —Estaba malinterpretando la situación y debería pedirle disculpas, pero se puso en plan superficial—. He pillado el mensaje. Voy a solucionarlo.

—No siempre puedes evitar hacer lo complicado, Rory. —La miraba más preocupado que enfadado.

Ella no se cabreaba con facilidad, pero una punzada de pánico la hizo estallar.

—¿Tú, el rey de los adictos al trabajo, me vas a dar una lección sobre cómo debería vivir mi vida? ¿En serio?

—Tómatelo como quieras. —Tras dedicarle un breve asentimiento, se alejó, dejándola echando chispas junto a las lápidas.

¡Menudo gilipollas! ¡Menudo gilipollas arrogante y presuntuoso! Ese hombre, que no veía motivos para relacionarse con nadie que no fueran sus clientes, que vivía por y para el trabajo… ¡Pues no va y se cree con derecho a criticarla!

Le ardían los ojos por el impacto de la acusación. Con la punta de una sandalia, apartó una hoja que había caído sobre la punta de la otra. El sol se escondió tras una nube, y su rabia se esfumó al asimilar la verdad. Brett estaba en lo cierto. Siempre que debía enfrentarse a algo difícil, Rory lo evitaba. No quería lidiar con las consecuencias de contarle la verdad a Clint, así que utilizaba el trabajo como una excusa para retrasar lo inevitable.

Era humillante que Brett hubiera visto lo que ella se ocultaba a sí misma, sobre todo después de haberlo criticado hasta la saciedad. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuánto valoraba el respeto de Rivers. Y acababa de perderlo por completo.

Un pelaje gris y marrón cruzó el camino. Un coyote, el mentiroso mitológico. Una mentirosa, eso era ella. Se había mentido a sí misma para creer que se dirigía hacia su sueño de ser la propietaria de una chocolatería, pero no había hecho más que alejarse de su meta. El único paso real que había dado hacia ser profesionalmente chocolatera había sido vender unos cuantos bombones en mercadillos de agricultores, y hasta eso había dejado de hacerlo. Iba de un empleo

a otro y, en su último emprendimiento de autosabotaje, había invertido el dinero que había ahorrado no en una tienda, sino en una gastroneta.

Allí sentada, rodeada de lápidas, vio la verdad. No tenía las agallas necesarias para jugárselo todo. Se dedicaba a soñar a lo grande sin actuar en consecuencia, y la razón estaba clara como el agua. Si no lo intentaba, no se arriesgaba a fracasar.

Desde que tenía uso de razón, se había dejado convencer de que nunca sería tan buena como su hermano, así que ¿para qué intentarlo? Pero no era una niña pequeña, y ya iba siendo hora de dejar de usar el éxito de Clint para justificar su falta de valentía. Si quería pasar página, debía entregarse a su futuro. No tenía dinero ni trabajo, y no sabía cómo lograrlo, pero debía encontrar la manera. Aunque terminara fracasando, debía intentar hacer algo.

Se levantó del banco y se dirigió hacia la puerta del cementerio. El primer paso para construir una nueva vida era asumir la responsabilidad de lo que había hecho.

***

Mientras esperaba a que Clint abriera la puerta de la casa de Thad Owens y Olivia Shore, los viejos recuerdos regresaron a su mente. Cuando Clint había empezado a leer con cuatro años, su padre le había recordado que ella no aprendió hasta los siete. Le había encantado jugar al fútbol hasta que una tarde de verano el mocoso de su hermano menor había chutado la pelota por el patio con tanta habilidad que ella ya no pudo ni acercarse a su destreza. Después de eso, Rory le dijo a todo el mundo que el fútbol era aburrido. Dejó la universidad con notas regulares en el mismo momento en el que Clint sacaba diez en todo. Siempre le había resultado más fácil flotar a la deriva que fijarse un objetivo e ir a por él, pero aquello debía cambiar.

Llamó de nuevo a la puerta. Clint estaba dentro casi con total seguridad, y el hecho de que ignorara el timbre le daba a su hermana la excusa perfecta para dar media vuelta y marcharse. Pero estaba harta de coger siempre la salida fácil. Al tiempo que la brisa del lago le ondeó la falda, le mandó un mensaje de texto.

Abre la puerta. Estoy embarazada.

¿Qué era una mentirijilla comparada con la mentira enorme que le había dicho?

Al cabo de menos de treinta segundos, Clint abrió la puerta de par en par.

—¡Hostia puta, Rory!

—Te he mentido. —Entró en la casa—. Y no es la primera vez. No estoy embarazada.

—Entonces, ¿por qué me has dicho eso? —Clint apretaba los dientes.

Su hermana cerró la puerta con un golpe de culo y recostó la espalda en la madera.

—Sabía que era lo único por lo que querrías verme.

—Es que no quiero verte. No quiero ver a nadie.

—Y lo entiendo. Solo será un minuto. —A pesar del alto techo del recibidor y las puertas abiertas del pasillo, las paredes se cernían sobre ella con el peso de lo que debía hacer—. Hace mucho calor aquí. ¿Podemos salir al patio?

—No tengo precisamente libertad para dar una vuelta por el barrio. —El sarcasmo no le quedaba tan bien a él como a ella.

—Lo sé, pero es que… —Se sacudió el cuello *halter* del vestido—. Creo que tengo sofocos. —Era más probable que fuera un ataque de ansiedad, pero de todas formas necesitaba que le diera el aire.

Clint tal vez había decidido que la manera más rápida de librarse de ella era ceder, porque ladeó la cabeza para señalar la parte trasera de la casa.

—Vamos. Di lo que me quieras decir y lárgate.

Clint no quería verla ni en pintura y Rory no quería ver ni en pintura a Kristin. Menuda tristeza de familia.

Lo siguió por el pasillo, cruzaron la cocina y salieron a un sombrío patio con las paredes de ladrillo encalado cubiertas de enredaderas y plantas frondosas que se alzaban imponentes desde una sucesión de macetas de color cobrizo. Además de una zona para sentarse, en un extremo el patio disponía de una casa de muñecas con puerta azul, un par de ventanas con postigos blancos y tejado de tablillas.

—Un niño afortunado —musitó Rory.

—Niños. Tienen dos.

En el alféizar de las ventanas había geranios rojos de plástico, y junto a la puerta principal, un gnomo de jardín. Mientras se daba unos instantes para poner en orden sus pensamientos, Rory agachó la cabeza para echar un ojo al interior de la casita. Vio un fregadero diminuto y un horno, una mesa y sillas, así como un reloj de pared con manecillas movibles. Se incorporó.

—Mi vieja casita de plástico rosa era de quinta división comparada con esta.

—A mí me gustaba esa casita.

—¿A qué te refieres? Nunca jugaste en ella.

—Los cojones. Les conté a mis amigos que el rosa era el color ninja de la invisibilidad y la convertí en una fortaleza. —Apartó un par de cojines azul marino y se dejó caer en el sofá—. Me gustaba subirme al

tejado con la pistola de agua e intentar darles a los vecinos. También usaba el tejado para saltar la verja de atrás. Me metí en un buen lío por eso.

—Nunca te metías en líos.

—Tienes muy mala memoria. Siempre que mi madre me pillaba, me sumaba otro día de castigo.

Rory no recordaba a Kristin castigando a Clint. Se tiró del asa del bolso con gesto nervioso.

—Anoche te preparé unas cuantas chocolatinas. Con avellanas y chocolate con leche de habas de cacao de Perú de comercio justo. —Hurgó en el bolso, sacó el paquetito que había envuelto en papel de regalo y lo dejó al lado de él en el sofá.

—Seguro que tienes buena intención, pero no necesito que ni tú ni mamá intentéis hacer que me sienta mejor. —Ni siquiera miró al paquete—. Tengo que asimilar yo solo lo que le pasó a Ashley.

—Lo entiendo, pero es que… —Se alejó para acercarse a la casita de muñecas—. Necesito contarte una cosa. —Se clavó las uñas en las palmas—. Y no te va a gustar.

Clint soltó una dura carcajada sin rastro de humor.

—No habrá nada que me guste menos que saber que un puto psicópata ha matado a Ashley.

Rory no podía acobardarse. Debía decírselo.

—Puede que fuese culpa mía.

—¿Cómo dices? —Clint se incorporó.

—La verdad es… —Rory apretó los puños—. No voy a decir que a Ashley no le importaras, porque sé que sí. Pero le importaba mucho más tu dinero.

—Has hablado con Rivers. —Clint se puso en pie y señaló hacia la puerta—. Vete. Ahora mismo. ¡Voy a despedir a ese cabrón!

—¡No! —Las palabras brotaron de sus labios, imparables—. Brett tenía razón. Poco antes de que la conocieras, Ashley y yo cenamos juntas en mi piso y bebimos demasiado vino. Me dijo lo cansada que estaba de trabajar. Y que quería una vida de lujos, con ropa de marca, joyas, viajes. Quería vivir en una mansión y que hubiera gente que se ocupara de ella.

—Eso no significa…

—Me lo soltó tal cual. Me dijo que era una cazafortunas como las de antes y que no pensaba disculparse por ello. —Rory se mordió el labio—. De hecho, la admiré y todo. Me confesó que estaba dispuesta a casarse con cualquiera para conseguir lo que quería. —Empezó a moquear, y se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Le importabas de verdad, Clint. Quizá incluso llegó a enamorarse de ti. Pero estaba más enamorada del dinero. Intenté decírtelo, pero no quisiste escucharme. No habría hecho nada más al respecto, pero un

día me contaste que le habías comprado un anillo y que la llevarías a Las Vegas… —Se le rompió la voz—. No… no podía permitir que pasara.

—¿Qué hiciste? —le preguntó él con voz plana, desprovista de emoción.

—Le hice jurar que me guardaría el secreto y le dije que eras un ludópata y que habías perdido todo tu dinero. —Se llevó una mano a la barriga—. Le dije que estabas endeudado y que los Stars iban a echarte. —Y faltaba la peor parte—. Le dije que ningún equipo te ficharía porque habías apostado con los partidos de los Stars.

—¿Que hiciste qué?

—¡Lo siento! —gritó—. Fue un arrebato del momento, pero me creyó. ¿No lo ves? ¡Te dejó al día siguiente!

Clint se la quedó mirando como si su hermana fuera un gusano que le habría encantado aplastar con el pie. Su hermanito amable y estupendo…

—¿Por qué fue a mi casa? —le escupió.

—Porque la mañana del día en el que la mataron habló con Karloh. —Se retorció las manos—. Y él… él le desmontó las mentiras. Le aseguró que quienquiera que le hubiera dicho eso había intentado engañarla. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Fue hasta tu casa para recuperarte.

—Y no me encontró.

—Pero había otra persona ahí. —Rory no intentó defenderse ni afirmar que su intención había sido buena, aunque sus métodos no fueran del todo limpios—. No espero que me perdones.

—No quiero volver a verte nunca más. —Clint apenas movió los labios.

Rory asintió y se giró hacia la puerta, pero todavía le quedaba una cosa por decir.

—Dos personas intentamos advertirte sobre Ashley. Brett fue directo y yo no.

—Haz que mi madre me deje en paz —le soltó entre dientes—. Me lo debes.

—No sé si podré conseguirlo.

—Conseguiste que Ashley me dejara —repuso con amargura—. Seguro que puedes conseguir eso también. Y ahora lárgate de aquí.

Las gafas de sol de Rory no ocultaron las lágrimas ardientes que le corrían por las mejillas al regresar a su barrio, pero sus compañeros de vagón fueron lo bastante educados como para apartar la vista.

***

Kristin se aovilló en el sofá y contempló la oscura pantalla. La sala de

cine de Clint era el único lugar de la casa donde se sentía segura. Era una estancia sin ventanas. Un sitio donde los depredadores que merodeaban fuera no podían alcanzarla.

No podía seguir sintiéndose tan asustada. El patio de la casa tenía verja. Nadie podía entrar por ahí, y Kristin necesitaba dejar de esconderse.

Durante la cena que dos noches antes había compartido con Daniel Hanbridge, olvidó momentáneamente el problema al que se enfrentaba su hijo y se limitó a ser ella misma, no la madre de Clint, la madrastra de Rory ni la viuda de Gregg Garrett. Se sintió de nuevo como la Kristin Shaw libre de veintidós años, con su flamante carrera en Quinesiología y sus planes para ser terapeuta física.

Pero nada de eso ocurrió. En cuanto le dijo a Gregg que estaba embarazada, él le pidió matrimonio. Se limitó a anunciar que se casaría con ella. Qué hombre tan magnánimo, pensó ella con amargura.

Nunca le había comentado a Rory lo poco que echaba de menos la tensión subyacente de su matrimonio, la sensación de que en teoría debería estarle agradecida a Gregg de por vida. ¿Cómo habría sido su vida si hubiera hecho lo que debía y respondido: «Muchas gracias, pero no voy a casarme con un hombre que no me ama ni me voy a mudar a la casa de su esposa fallecida, mi bebé y yo nos las apañaremos bien sin ti»?

Pero Kristin lo quería y, con el ingenuo optimismo de una joven de veintidós años, se convenció de que conseguiría que él también la quisiera. En cierto modo, lo había logrado. Gregg había llegado a querer la familiaridad que tenía con ella. La vida cómoda que Kristin le daba y cómo se había echado a los hombros la responsabilidad de cuidar a su hijastra. Y obviamente quería al hijo que le había dado. Pero nunca había visto en los ojos de Gregg el mismo respeto que irradiaron los de Daniel Hanbridge, un hombre al que apenas conocía, dos noches antes.

Si Daniel hubiera aparecido en su vida en otro momento, en un momento en el que su hijo no fuera sospechoso de asesinato, quizá podría seguir quedando con él, pero no era el caso.

«¿Tienes hijos?».

«Una hijastra».

No se arrepentía de no haberle contado nada más.

No podía seguir escondiéndose como un conejillo asustado, así que se levantó y se dirigió a la cocina. Ya había limpiado los restos del plato congelado de Lean Cuisine que había cenado, y no se le ocurrió nada más que hacer. El despacho de Clint, con asientos cómodos y una estantería en una pared, era su estancia preferida de la casa. Kristin debía conseguir que las ventanas no la intimidaran.

Encendió una lámpara e intentó sentarse en el sofá a leer un poco. Tenía amigos. Hacía de voluntaria. Hacía todo lo que se suponía que debía hacer una mujer para llenar una vida que se había vuelto vacía.

Soñó con el pasado. Con el olor a sudor de niño pequeño, con el montón de tacos, mochilas y chaquetas con los que había tropezado. Quería organizar fiestas de cumpleaños, llevar a amigos de Clint en el coche y firmar autorizaciones para excursiones con el cole. Había cometido el pecado capital de poner a su hijo en el centro de su vida, y ese hijo se había rebelado. No la llamaba, no le decía dónde estaba. Era un hombre adulto y había perdido la paciencia con la forma en la que su madre se entrometía en sus cosas.

***

Desanimada y derrotada por el encuentro del día anterior con Clint, Rory no podía concentrarse en los preparativos de la fiesta. No dejaba de pensar en todas las veces en las que había deseado no ser la hermana de Clint Garrett. «Ten cuidado con lo que deseas».

Se quedó mirando el cartel. El estudio de diseño gráfico de Gilford se encontraba justo encima de una peluquería, en una oscura calle del barrio de Roscoe Village. Si la policía no estaba dispuesta a interrogar al exnovio acosador de Ashley, lo haría Rory. Era posible que el exjefe de Ashley pudiera darle algunas respuestas.

Si había llegado hasta allí, no era solo por la culpa. Le parecía una injusticia que estuvieran haciendo trizas la reputación de Clint, y, aun con la fiesta que se celebraría al cabo de dos días y cientos de cosas por hacer, había decidido acercarse. Ya no iba a seguir tomando los caminos fáciles. Era muy capaz de hacer cosas difíciles, y necesitaba un nombre del que tirar.

Subió las escaleras y abrió la puerta. En el estudio, pequeño y bien organizado, había un par de cubículos negros con sendos ordenadores de última generación. Las paredes mostraban fotos enmarcadas de trabajos realizados por la empresa, principalmente logos y anuncios. El hombre que estaba sentado en el cubículo más cercano no levantó la vista.

—Ya no hay ninguna vacante.

—No he venido a pedir trabajo.

—¿Entonces?

—He venido por Ashley. Era amiga mía.

—Pues buena suerte. —El tío lucía un tupé a lo Elvis, alto y peinado con esmero, con el pelo rapado a los lados. Llevaba unos vaqueros verdes de motorista y una camiseta negra sin mangas con un tatuaje de una cadena de ADN con los colores del arcoíris.

Rory dio un paso vacilante hacia el estudio.

—No parece que te cayera muy bien.

—Me gustaba su trabajo. Me gustaba el dinero que nos hacía ganar. Pero era una cabrona. —Dejó el bolígrafo—. ¿Seguro que no eres periodista?

—Qué va. Soy su vecina. Es que… me está costando asimilar lo que ha pasado, y he pensado que a lo mejor me ayudaría saber algo más de su vida. Me llamo Rory Meadows.

—Duncan Gilford. —Ladeó la cabeza—. Un momento. ¿Eres la Rory que vive en el piso encima del suyo? ¿En un piso, y cito sus palabras, «deprimente y amueblado con lo que no quieren en las casas de beneficencia»?

—Esa soy yo.

El hombre le dio una palmada a la silla de ruedas que estaba junto al otro cubículo.

—Siéntate.

Mientras ella tomaba asiento, se fijó en otros detalles del estudio: el logo de la empresa sobre la mesa central, un potus que caía de una estantería negra de metal, un jarrón lleno de calderilla. No tenía ni idea de cómo obtener la información que necesitaba y pensó por dónde empezar.

—No pareces demasiado afectado.

—Nadie espera que asesinen a un conocido suyo, y me quedé destrozado durante un tiempo. Pero, si te digo la verdad, si tenían que matar a algún conocido mío, mejor que fuera a Ashley.

—Explícame por qué no eres el principal sospechoso. —Rory arqueó una ceja.

—Tengo una coartada sólida. Esa mañana estaba desayunando con una posible clienta y con dos de sus administrativos. —Al echar atrás la cabeza en su silla ergonómica, su ceñida camiseta se pegó a unos pectorales definidos—. Si quieres saber lo que pienso, creo que la mató el jugador de fútbol americano. No sería su único exnovio en tener un motivo.

Rory se concentró en la referencia a un exnovio y no en su opinión sobre la culpabilidad de Clint.

—No dejo de pensar en el agente inmobiliario con el que rompió. Sé que él se tomó mal que lo dejara.

—Era cliente nuestro, un pez gordo del mundo inmobiliario residencial. Ashley cometió un error al dejarlo por Garrett, pero es que ella siempre iba detrás de la cartera más abultada.

—No recuerdo cómo se llamaba su ex, el agente inmobiliario. —Rory fingió pensar.

—Ya se lo he dicho a la policía. —El diseñador se irguió en la silla y volvió a mirar hacia la pantalla del ordenador.

Conque la policía sabía quién era. Sin embargo, como estaban

convencidos de que Clint era culpable, ¿con cuántas ganas lo habrían interrogado?

—¿Me lo dirías a mí?

—¿Para qué lo quieres?

—Quiero hablar con él.

—¿Jugando a las detectives?

—A lo mejor a la policía se le ha escapado algo. —La silla se movió unos centímetros por el suelo—. Ashley fue amable conmigo cuando me mudé desde Nueva York. Y mi única amiga. Se lo debo.

Había vuelto a llamar la atención de él.

—No creo que le debas nada. Le caías bien, pero seguía llamándote la Fracasada a tus espaldas. Y no te lo digo para ser un capullo, cielo, solo para ayudarte a superar la pena.

—¿Qué más decía sobre mí? —Rory se negó a dejar que eso le doliera.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Necesito consuelo.

—Decía que siempre ibas desaliñada, pero a juzgar por lo que llevas hoy, se equivocaba. Esa blusa es lo más.

Su blusa de algodón azul tenía escote en forma de «V» y un agujerito en el dobladillo que Rory había ocultado metiéndola por la cintura de sus pantalones pirata azules. Él señaló sus pendientes de resina verde, en forma de aro.

—Ashley solo llevaba de veinticuatro quilates. Seguía la moda, pero no tenía un estilo propio, ya sabes a qué me refiero. Lo único evidente de su ropa era que todas sus prendas parecían caras, como ocurre con cientos de mujeres.

—Pero era más guapa que la mayoría.

—Y bien que lo explotó.

—No me siento del todo cómoda poniéndola a parir. —Rory se removió en la silla.

—A ella no le costaba nada ponerte a parir a ti.

—Soy mejor persona.

—Sí que decía que eras demasiado buena y que el mundo iba a devorarte y a escupirte hecha añicos. Y al final ha sido ella la que ha terminado hecha añicos. —Negó con la cabeza—. Pero voy a echar de menos su trabajo. Cuando se concentraba de verdad, era la puta ama, y sabía cómo atraer clientes, sin duda.

—¿Su exnovio…? —Rory lo volvió a intentar—. ¿El agente inmobiliario?

—Deja que la policía se encargue de las investigaciones, cielo. Yo no pienso meterme.

—No te meterías. Solo tienes que darme un nombre. Y te he traído bombones. —Metió una mano en el bolso y sacó un paquete con seis

deliciosas trufas de crema de frambuesa que había creado mientras planeaba aperitivos y hacía llamadas para alquilar mesas y platos—. Prueba uno.

El tío mordió una trufa y, cuando los sabores inundaron su paladar, puso los ojos en blanco.

—¿Dónde has estado escondida en todo este tiempo? Dios… —Tendió una mano hacia la caja. Rory la apartó.

—¿Cómo se llama?

—¿En serio?

—Te voy a dar el resto de los bombones y me pasaré la semana que viene con otra docena. Solo tienes que darme el nombre del ex de Ashley.

Lo vio coger una libreta, garabatear algo y dárselo.

—Pero a mí no me metas, Lisbeth Salander. Y pásame los bombones.

—Hecho. —Se los entregó y leyó su caligrafía de dibujante.

Grant Padderson

***

Al cabo de unos minutos, al salir a última hora de la tarde, vio una silueta conocida que se le acercaba. Era demasiado tarde para fingir que no lo había visto, y notó un incómodo vuelco en el estómago.

Brett se detuvo delante de ella y levantó la vista hacia el cartel del estudio de diseño gráfico de Gilford.

—¿Has hablado con el jefe de Ashley? ¿En serio, Rory? Hay un asesino suelto y ¿has decidido que debes ponerte a investigar?

—¿Y tú qué? ¿Me vas a decir que pasabas por aquí?

—Es diferente. —Se metió las manos en los bolsillos.

—¿Por qué? —Rory se puso se puntillas sobre las sandalias.

—Porque sí.

—Porque eres el ejemplo de una dura historia de éxito americano y yo no, ¿verdad? —Una vez más, Rory se metía con la carrera de él y se despreciaba a sí misma. ¿Cuándo iba a dejar de comportarse de esa forma?

—Siento mucho lo que te dije. —Brett se removió, inquieto—. Estaba pasando por un mal momento y la tomé contigo.

—No dijiste nada que no fuera cierto. —Se obligó a mirarlo a los ojos.

—He cometido demasiados errores como para lanzar la primera piedra. —Rivers se quedó mirando el pelo de Rory de tal forma que a ella le entraron ganas de sacar un peine del bolso—. Y pasé por alto las cosas buenas que tienes.

—Di una. —Lo observó de manera inquisitiva.

—¿Qué me dices de tu sentido del honor?

—Nadie me lo había dicho nunca. —Parpadeó, sorprendida.

—Das de comer a gente sin hogar y te preocupas por el hermano al que aseguras odiar.

—No he dicho nunca que lo odie. Solo que…

—Eres lista y divertida, y también besas muy bien.

Su intento por rebajar la tensión entre ambos cayó en saco roto, pero Rory le agradecía el esfuerzo.

—Te ahorraré el tiempo —le dijo—. A Gilford no le caía demasiado bien Ashley, pero esa mañana estaba en una reunión y tiene una coartada contrastable. —No pensaba compartir con él el nombre del ex de Ashley hasta que hubiera decidido cómo abordarlo—. Necesito entrar en tu casa para echar un ojo a la cocina y empezar a meter algunas cosas en tu congelador.

—Te dejaré una llave en la portería.

Brett había dicho que era una mujer de honor, y había llegado el momento de demostrarlo.

—Ayer hablé con Clint —le contó Rory—. Estás libre de toda culpa.

A Rivers le sonó el móvil. Lo sacó y contempló la pantalla.

—Tengo que cogerlo.

Cómo no. Sus clientes siempre iban primero. Era un hombre que sabía exactamente lo que quería.

***

Cuando Rory regresó a su casa, dos tipos musculosos estaban bajando el sofá blanco de Ashley del segundo piso. Después de que pasaran por su lado, subió las escaleras y se detuvo ante la puerta abierta del piso. En el interior, una mujer estaba metiendo cojines en una caja de cartón. Tenía el pelo decolorado y recogido en una coleta que no conseguía sujetar toda su media melena. Rory llamó al marco de la puerta.

—Debes de ser Stacy. Soy Rory.

—Pasa, pasa. —La hermana de Ashley tenía rostro serio, con grandes mejillas, labios pequeños y ojos cansados. Por los comentarios desdeñosos de la hermana, Rory sabía que Stacy se había casado muy joven, trabajaba en una tienda de la cadena Family Dollar y ya había tenido tres niños. A juzgar por la forma abultada de su barriga, estaba otro en camino.

—No he encontrado tu número de teléfono. Si no, te habría llamado —le dijo Rory—. Te acompaño en el sentimiento. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Está todo controlado. —Señaló las cajas—. Ashley odiaría que yo me quedara con todas sus cosas.

Rory no supo qué decir.

—Las relaciones a veces son complicadas.

—Si conocías a Ashley, supongo que sabrás que no nos llevábamos bien. No era precisamente sutil al respecto. De todos modos… —Se apoyó sobre los talones—. Nunca pensé que podría llegar a pasarle algo así.

—Es horrible.

Stacy dejó de empaquetar cosas y se desplomó en la única silla del piso para apoyar los pies en la mesa de centro.

—Estoy de siete meses y aún me siento como el culo, pero por lo menos he dejado de vomitar. —Miró alrededor—. Te juro que ojalá Ashley hubiera dejado dinero en lugar de tantos muebles blancos, pero mi hermana gastaba todo lo que ganaba.

—Tiene cosas muy bonitas.

—Taparé los muebles con unas sábanas. —Stacy hizo un gesto vago hacia el lugar que había ocupado el sofá—. Aunque los niños lo ensucien, será mejor que el que tenemos. Y voy a vender su ropa. Yo ni de coña me puedo poner esa ropa de marca.

—Pocas mujeres podrían ponérsela.

—No puedo celebrar el funeral hasta que nos devuelvan el cuerpo. Y no sé si asistiría alguien.

Uno de los hombres había regresado, un tipo moreno con tatuajes en los brazos. Se dirigió a la silla donde Stacy estaba sentada y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Muévete, nena. Necesito la silla.

—Lo que necesitas es una puta vasectomía, Jake.

Él gruñó, la levantó y salió con la silla por la puerta. Stacy ladeó la cabeza en su dirección.

—No hubo tío al que Ashley no pudiera seducir, ni siquiera Jake. Si un hombre entraba en una habitación, parecía que no se quedaba tranquila hasta que lo tuviera comiendo de su mano. Él lo lleva peor que yo. Quiere quedarse su coche, seguro que para oler su perfume, pero yo quiero venderlo para que podamos empezar a ahorrar. —Cogió el último de los cojines y lo lanzó dentro de la caja abierta—. ¿Me pasas esos, porfa?

Rory le entregó un par de candeleros de cerámica que Ashley había colocado junto a un cesto hecho con algas marinas y unos cuantos libros ilustrados que probablemente ni siquiera había hojeado.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? Puedo ir a cambiarme en un momento.

—Ashley guardaba las cajas de cartón debajo de la cama. Si puedes coger un par más, sería estupendo.

Rory echó a caminar hacia la habitación, pero se detuvo al poco.

—Ashley llevaba por lo menos tres años viviendo en este piso. ¿Por qué tenía cajas de cartón?

—Son nuevas. Quería mudarse. ¿No te lo contó?

El día posterior a la muerte de Ashley, Rory no había visto ninguna caja al registrar el piso, pero, claro, no se le había ocurrido mirar debajo de la cama.

—Ashley no me comentó nada.

—Se comportaba de una forma rara con ese tema. —Stacy se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

—No sé. La última vez que hablé con ella, me dijo que había planeado mudarse al cabo de unas cuantas semanas, pero no me dijo por qué.

¿Se quería mudar porque su ex, Grant Padderson, la estaba acosando? ¿O tenía pensado irse a vivir con Karloh?

Rory le dejó las cajas a Stacy y se marchó. En cuanto llegó a su piso, llamó al detective Strothers y le contó lo de las cajas.

—Figuran en el inventario de la policía —la informó.

—Pero a mí no me dijo nada de que fuera a mudarse. ¿No le parece extraño? Creo que le daba miedo que su ex la encontrara y no quería que nadie supiera dónde iba.

—Gracias por la información, señorita Garrett. Disculpe que la corte, pero tengo una reunión.

Una vez más, pasaba de ella.

***

Al cabo de unas horas, un golpe en la puerta la interrumpió mientras metía otra tanda de entrantes en su congelador, que ya estaba lleno hasta los topes. Se secó las manos y fue a abrir la puerta. Al otro lado se encontraba Brett, vestido de color caqui y con cara larga.

—¿Qué pasa?

—Han arrestado a Clint —le anunció nada más entrar hecho una furia— y lo han acusado del asesinato de Ashley.

Capítulo 14

Rory le sirvió a Brett una doble IPA artesanal con unas cuantas nueces y una trufa de frambuesa. Estaba demasiado inquieta como para dar importancia al hecho de que la cerveza y el bombón no maridaran demasiado bien. Brett se desplomó en su sofá, con media trufa en una mano y la IPA en la otra.

—Han encontrado cabellos suyos en el cuerpo de ella.

—¡Ashley estaba en el dormitorio de Clint! —exclamó Rory—. Eso no demuestra nada.

—Y también sujetaba el anillo de él.

—¿Qué anillo?

—El que le dieron durante el Campeonato Nacional que ganó en el último año en Míchigan.

—Hacía años que no lo llevaba.

—Lo fotografiaron con ese anillo dos noches antes de que Ashley muriera, en una reunión con algunos de sus excompañeros de equipo de Míchigan. —Brett se terminó la trufa y dejó la cerveza en la mesa de centro—. La policía todavía no lo ha comunicado, y cuando la gente se entere… No sé, Rory. A lo mejor sí que lo…

—No lo digas. ¡No lo digas!

Rivers apoyó los brazos en los muslos y se quedó mirando a la nada.

—Es uno de los jugadores más famosos de toda la Liga. ¿Cómo es posible que nadie lo viera esa mañana al marcharse de casa?

—Supongo que saldría temprano. —Rory se dejó caer sobre el cojín, al lado de él—. Si yo no le hubiera mentido a Ashley…

—No es culpa tuya. —Le pasó un brazo por los hombros—. Te veo cansada.

—No he podido dormir demasiado.

—Es por la fiesta, ¿verdad? Porque te la endilgué en el último minuto.

—Dormir está sobrevalorado. —Si no había conciliado el sueño, no era solo por tener que organizar el bufé. La noche anterior, mientras trabajaba, todos los obstáculos que le impedían abrir su propia tienda se le habían antojado tan insalvables que había empezado a inventarse excusas de por qué no lo llevaba a cabo. Pero esa vez se detuvo. Tenía una gastroneta, ¿verdad que sí? En cuanto reuniera suficiente dinero para pagar la multa y para reaprovisionarse, podría empezar de nuevo, pero vendiendo sus propios bombones, en lugar de chicles, piruletas y caramelos Pez. Quizá no fuera la chocolatería de sus

sueños, pero sería una chocolatería de todos modos, solo que con ruedas.

Se había arrastrado hasta la cocina y había sacado la última de sus cajas de cartón blanco con cuatro bombones. Con las provisiones que le quedaban, se puso a ello. Cuando terminó, tenía preciosas trufas con las que llenar las cajas, y en todas ellas habría una etiqueta con su número de teléfono y las palabras: «Se aceptan pedidos». Repartiría las cajas entre los invitados de Brett cuando se fueran a casa al concluir la fiesta. Quizá ninguno la llamaba y habría malgastado los pocos ingredientes que le quedaban. Quizá no sucedía nada de nada, pero iba a intentarlo… Aunque fracasara.

Embargada por el agotamiento y por el consuelo de estar cerca de él, Rory se apoyó en su hombro. Brett olía a jabón, a especias y un poco a cerveza. Estar a su lado le pareció lo más normal del mundo. Como si encajaran el uno con el otro.

Rivers la atrajo hacia sí, y la sensación de calma de ella se esfumó. Él le rozó la barbilla con la punta de los dedos. Rory levantó la vista y observó sus ojos grises de tormenta, e hizo lo que no debería. Le dio un breve beso en los labios.

Fue tan solo una caricia. Un besito amistoso, delicado como el aleteo de una mariposa. «Ey, tío… Soy yo. Es tu buena amiga Rory, que te saluda. No es nada personal. Solo un piquito».

***

Tan pronto como notó los labios de Rory sobre los suyos, el sentido común salió volando por la ventana. La leve caricia sobre la boca le hizo olvidar que era Brett Rivers, un profesional frío y racional. Le hizo olvidar que la disciplina era su superpoder. De hecho, su cuerpo se apoderó de su cerebro, y de repente, todas las partes de él necesitaban a aquel desastre de mujer.

Se adueñó de sus labios. Ahondó en su boca.

Rory le pasó una mano por debajo de la camiseta, y Brett enredó los dedos entre esos rizos indómitos. Las manos de ella se clavaron en su espalda y le dieron permiso para seguir.

Encontró el pecho de ella debajo de la camiseta de *Purple Rain*, pero perdió el norte cuando Rory se sentó encima de él. Los cuerpos se enredaron en el incómodo sofá. Con un pie en el suelo y el otro a saber dónde, Brett le agarró el culo y la estrechó con fuerza contra sí. Rory le sujetó la cabeza con las manos y se hizo con las riendas del beso, un bellísimo velociraptor dispuesto a comérselo vivo.

Dios, qué dulce sabía. Dulcísima.

Brett le levantó la camiseta. Forcejeó con los corchetes del

sujetador. Siempre se le había dado de vicio desabrochar sujetadores, pero el de ella parecía de los años cuarenta, con un cierre diseñado para soportar la artillería alemana. Cuando al fin cedió, Rory se echó atrás y se quitó la camiseta por la cabeza, con el sostén puesto todavía, cuyos tirantes de satén iban bajando por sus brazos. Rivers se inclinó para arrancárselo, pero se golpeó la pierna con la mesa de centro y volcó la botella de cerveza.

Estaba en parte en el sofá y en parte fuera. Estaban cachondos, locos y ridículos. Rory cayó encima de él, y los dos terminaron en el suelo, entre la mesa de centro y el sofá, y la cerveza le empapaba la manga de la camiseta.

—A la cama. —La voz de Brett parecía recién salida del fondo del océano.

—A la cama —repitió ella entre susurros. Pero en lugar de salir de encima de él, lo abrazó fuerte, y volvieron a besarse, devorándose con los labios y las lenguas, golpeándose los dientes. Rivers enseguida le sujetó los pechos con ambas manos, y el mundo se convirtió en una montaña rusa de ascensos y descensos hasta que se dio en la cabeza con la pata de la maldita mesa de centro.

«Se acabó».

Se zafó de ella y la levantó en brazos, con las manos debajo de su culo. Rory le rodeó la cintura con las piernas. Se besaron nuevamente cuando él se encaminó al cuarto de baño con paso torpe.

—¿Lo vamos a hacer de verdad? —murmuró Rory.

Brett lanzó por los aires la posibilidad de hacerle caso al sentido común.

—Pues sí.

Rory sonrió sobre sus labios.

Y oyó un retumbo. Que no procedía del corazón de él.

¡Alguien estaba llamando a la puerta! «¿En serio?».

A lo mejor Rory no lo había oído.

Pero sí lo había oído, e interrumpió el beso.

—Tú ni caso —susurró.

—Hecho —respondió en voz queda.

Pero los golpes no se detenían. De hecho, se volvieron más fuertes.

Con un gruñido, Rory apoyó la mejilla en la mandíbula de Brett.

Él se rindió a lo inevitable y la dejó en el suelo.

La puerta empezó a sacudirse.

Rory cogió su camiseta de *Purple Rain*.

—¡Largo!

—¡Tienes mi ropa! —gritó una mujer enfadada.

Con un rugido de *rottweiler*, Rory se puso la camiseta y se dirigió hacia la puerta, citando el nombre del Señor en vano con cada paso que daba.

Brett intentó sin éxito recolocarse los pantalones cortos mientras maldecía la interrupción, maldecía a Rory por responder y maldecía su erección.

—¿Claudia?

Rivers se arriesgó a mirar en dirección a la puerta.

Los tirantes del sujetador desabrochado de Rory se deslizaron por sus brazos por debajo de las mangas de la camiseta. Llevaba el pelo desgreñado, y la mujer sin hogar con la que habían cenado seis noches antes había vuelto a aparecer en el momento menos apropiado.

La situación se fue de madre más si cabe.

—¡Si alguien necesita una ducha, ese soy yo! —siseó cuando Rory le dio a Claudia la ropa limpia y la condujo hacia el cuarto de baño—. ¡Una ducha fría!

—Es una señal de Dios para decirnos que estábamos yendo demasiado lejos.

—¡Es una señal de Satanás! —De pronto, era él el que iba con paso vivo hacia la cocina para coger servilletas de papel y limpiar el desastre que había causado al derribar la cerveza.

—¿Cómo se ha tomado Kristin lo de Clint?

Rivers se detuvo, con una servilleta en la mano, y la miró a los ojos.

—No he hablado con ella.

—¿No la has llamado?

—No se me ha ocurrido.

—¡Eres Brett Rivers! —exclamó—. ¡Siempre estás en todo!

—Estaba estresado.

—¡Tú no sabes lo que es eso!

Qué equivocada estaba, pensó él, mientras se fijaba en las piernas fornidas que salían de los pantaloncitos amarillos de ella.

Se recompuso y miró el móvil.

—Eres tú quien debería llamarla.

—¿Y decirle por teléfono que han arrestado a su ojito derecho? Ni siquiera yo soy tan despiadada. —Lo fulminó con la mirada—. Tienes que ir ahora mismo hasta su casa y decírselo en persona. Antes de que lo anuncien en los informativos.

—Cuéntaselo tú. —Él también la fulminó.

Rory lo taladró con la mirada.

Brett también a ella.

Al final, Rory extendió una mano.

«Piedra… Papel… Tijera…».

«La tijera corta el papel».

Y así fue como Brett terminó dándole un bocadillo de jamón a Claudia y escuchando sus opiniones sobre el cambio climático mientras Rory se dirigía hacia el oeste conduciendo el Palacio Real del

Dulce para hablar con su madrastra.

***

Rory se olvidó las gafas de sol y entornó los ojos por culpa de los últimos rayos de sol de la tarde. Habían estado a punto de acostarse. Había estado a punto de tener un orgasmo sin tocarse cuando Claudia había llamó a la puerta. ¿Qué coño le pasaba? Ella solamente se liaba con tíos fracasados, no con exitosos. Sin embargo, acostarse con Brett Rivers parecía inevitable.

Debía dejar de obsesionarse con él y decidir cómo llegar hasta la casa de Clint para contarle a Kristin la noticia. No podía presentarse ante la puerta principal sin más y llamar al timbre, no con todos esos periodistas acampados fuera y no al volante del Palacio Real del Dulce. Descubrirían quién era ella y convertirían su vida en un infierno. Podría llamar a Kristin y pedirle que se vieran en otro sitio, pero seguirían a su madrastra. Además, exigiría saber de inmediato qué había pasado.

Tan solo cuando se acercó a la casa se acordó de que Clint le había comentado que la parte más alejada de su propiedad colindaba con una de las numerosas reservas forestales del condado de DuPage. Quizá podría acceder a la casa por ahí. Ya casi había anochecido del todo, pero después de equivocarse un par de veces, encontró la reserva en un callejón sin salida que iba por detrás de la casa. Aparcó la camioneta a un par de manzanas y echó a andar.

El camino que se adentraba en la reserva le recordó al sendero que Brett y ella habían recorrido solo tres días antes para llegar al campamento de los militares. Ese, sin embargo, estaba cubierto de trocitos de madera, en lugar de barro. Vio hongos yesqueros cubriendo la corteza de un árbol caído, y varias ardillas se dispersaron entre los matojos, atraídas por los numerosos robles.

No tardó demasiado en llegar a la cerca que marcaba la frontera real de la finca de Clint. Por desgracia, la verja medía casi dos metros y medio de alto. Rory fue de un lado a otro, en busca de una manera de cruzarla, pero no encontró nada por donde pudiera trepar; no había ninguna útil escalera abandonada ni el tocón de un árbol muy bien ubicado. El único punto de acceso que vio era un arce que se alzaba cerca de la verja, con una rama que la cruzaba por arriba. La rama no tenía aspecto demasiado robusto, pero su única alternativa era darle la noticia a Kristin por teléfono, y Rory ya sufría las consecuencias de una mala conciencia.

A la mierda. Ya no estaba buscando los caminos más fáciles, y pensaba trepar la verja. Pero necesitaba algo donde subirse para llegar

al árbol. Recorrió la zona y encontró un leño nudoso. Para cuando consiguió arrastrarlo hasta los pies del arce, tenía la camiseta empapada de sudor y se había roto dos uñas, que no eran una gran pérdida, ya que tampoco era que se las cuidara demasiado. El leño se tambaleó cuando se subió encima, pero era lo bastante alto como para que pudiera aferrarse a la rama más baja. Se impulsó hacia arriba al tiempo que deseaba haberse puesto unos vaqueros antes de salir en lugar de los pantaloncitos amarillos.

La rama que cruzaba la cerca seguía estando a un metro y medio de su cabeza. Trepar por los árboles le había parecido divertido cuando era pequeña, pero ya no. Miró una vez al suelo y no volvió a cometer el mismo error dos veces.

Cuando consiguió subir a la rama que necesitaba, le sangraba la rodilla y lucía rozaduras en los muslos. El sol se había puesto. La oscuridad era casi completa. Rory apretó los dientes y se aferró a la rama, que empezó a balancearse; no demasiado, lo justo como para que se sujetara más fuerte.

Avanzó a gatas. Ya había cruzado la verja. Unos cuantos centímetros más…

De pronto, sonó un siniestro crujido, como si de un disparo se tratara. La rama cedió, y Rory se estampó contra el suelo de tal forma que se quedó sin aire. Iba a morir. Estaba tumbada en la hierba, impotente. Sin aliento.

Un ave rapaz nocturna revoloteó entre los árboles en busca de una presa, y la primera bocanada de aire consiguió adentrarse en sus pulmones. Con un resuello, Rory cogió más y más aire. Cuando por fin se pudo sentar, se dio cuenta de que había estado a punto de morir empalada por la cerca.

Se puso en pie entre tambaleos. Estaba herida y magullada, le dolía la espalda y el pie derecho le molestaba bastante, pero lo había conseguido. No se había rendido. Avanzó a trompicones rumbo a la casa, rodeó la piscina y cruzó el jardín. En el despacho de Clint brillaba una tenue bombilla, pero el resto de la casa estaba a oscuras. Se acercó entre los rosales a las ventanas del despacho en tanto evitaba mirar al lugar del patio donde había caído Ashley.

Kristin estaba sentada en el sofá debajo de una lámpara, sobre las pantorrillas y con un libro en las manos. Rory dio un suave golpecito en la ventana. Aun desde el otro lado del cristal oyó el grito de Kristin. Su madrastra se puso de pie, y el libro cayó sobre la alfombra. Con una mano sobre el pecho, dirigió la vista hacia la ventana.

Rory la saludó.

Kristin corrió hacia ella con un brillo asesino en los ojos. Rory le hizo la señal de la paz, apuntó hacia la puerta trasera e intentó salir de entre los rosales sin hacerse más daño en las piernas.

Al final, Kristin abrió la puerta trasera.

—¿Qué coño haces? —le chilló—. ¿Se puede saber qué te pasa?

«De todo». Rory cojeó hacia ella.

—He trepado por la verja. No me ha ido como había esperado.

—¿No podías llamar al timbre como una persona normal?

—No quería que los periodistas me persiguieran a mí también. ¿Puedo entrar?

Kristin levantó las manos y encendió una luz de la cocina.

Rory nunca había visto a su madrastra tan desaliñada: sin maquillaje, con el pelo sucio recogido con una goma amarilla barata. Llevaba la camiseta arrugada y los pantalones manchados.

Para cuando Rory hubo entrado y cerrado la puerta tras de sí, Kristin ya estaba contemplando con reprobación sus pantalones sucios y las piernas magulladas.

—Parece que te hayan dado una paliza. —Señaló hacia el cuarto de baño que estaba junto a la cocina—. Límpiate un poco, anda. Iré a por una pomada.

Rory se había quitado de encima toda la suciedad y la sangre cuando Kristin reapareció con un tubo de pomada.

—No he encontrado ninguna tirita de la princesa Jasmín. No te enfurruñes.

Rory se había olvidado de las tiritas de la princesa Jasmín.

—No creo que necesite una tirita.

—Dios es misericordioso.

La familiar aspereza de Kristin le resultaba ligeramente reconfortante.

—¿Tan melodramática me ponía?

Para su sorpresa, Kristin se tomó la pregunta en serio.

—Eras bastante impasible. ¿Recuerdas cuando te hiciste un corte en la frente con un clavo del garaje y tuviste que ir a Urgencias?

—Muy poco.

—Nunca he visto tanta sangre junta. Pero a ti lo único que te interesaba era conseguir un helado al salir del hospital.

—Papá era bastante fácil de manipular cuando se trataba de helados.

—Tu pasión por el dulce la heredaste de él. Fui yo la que tuvo que acompañarte, claro. Clint tenía partido y Gregg fue con él.

La mención del nombre de Clint era un innecesario recordatorio de que Rory tenía una misión entre manos. Tapó el tubo de pomada.

—En lugar de un helado, ¿qué te parece una copa de vino? A lo mejor Clint aún guarda alguna de esas botellas del valle de Napa que tanto elogiaba. Démonos un capricho.

—A mí me sirve un tinto cualquiera.

—A mí no.

La bodega de Clint era, de hecho, una preciosa estancia con paredes de cristal y estantes de madera con las botellas de costado para que la etiqueta quedara a la vista. Rory encontró el vino de Napa y se imaginó cómo maridaría con sus chocolatinas de chocolate negro al setenta por ciento, las que preparó con las mejores habas de cacao de Madagascar.

Llevó la botella a la cocina con gran respeto. Kristin había apagado todas las luces menos las que había debajo de los armarios. Sacó dos copas de vino que eran de blanco y no de tinto, pero Rory se contuvo para no señalárselo y sonar como una pedante.

Mientras Kristin descorchaba la botella, sonó el timbre con la melodía de *Hail to the Victors*.

—Pensaba que se habrían cansado de acosarme por hoy. —Kristin se frotó la frente y bajó los dedos hasta el cuello de su camiseta arrugada—. Anoche pillé a un tío, puede que fuera periodista, observando la casa desde una ventana.

—No me extraña que te haya asustado. —Rory frunció el ceño—. Lo siento.

El pelo de Kristin se había soltado de la goma y caía lacio sobre su mejilla, pero no pareció darse cuenta.

—El timbre no deja de sonar, aunque no he abierto la puerta ni una sola vez. Como debes de haber visto, hay coches y furgonetas de informativos por todas partes. A Gabby, el ama de llaves de Clint, uno de los periódicos le ha ofrecido mil dólares a cambio de una historia.

Rory recordaba la mar de bien a la guapa ama de llaves, la que tenía una llave de la casa, probablemente estuviera enamorada de Clint, odiaba a Ashley y tenía un motivo. El timbre sonó de nuevo. A Kristin le tembló la mano al coger la copa que Rory le había servido.

—No suelen molestarme tan tarde.

Debía de haberse dado a conocer la noticia.

—¿Por qué has venido? —Kristin la miró a los ojos—. No es una visita amistosa, claro que no. Nosotras no nos hacemos visitas de ese tipo.

—Busquemos un sitio más cómodo donde beber. —Rory levantó la cabeza hacia el techo—. A poder ser, uno sin querubines que nos juzguen.

—Nunca entenderé por qué Clint no me deja redecorarle la casa.

Rory tenía un buen pálpito al respecto.

En lugar de regresar al despacho de Clint, Kristin la condujo a la sala de cine.

—Es mucho más cómoda. —Escogió uno de los dos sofás centrados delante de la oscura pantalla. Rory dejó la botella de vino en una mesita circular y se sentó al lado—. Supongo que viste la rueda de prensa de ayer por la mañana. —Kristin observaba la vacía pantalla de

cine—. Fue simple y llanamente un linchamiento público.

Rory cogió con fuerza el tallo de su copa. Un vino tan bueno como ese merecía el mejor trato posible. Debería ser objeto de estudio por su color, ser removido con cuidado para observar los matices, para oler las fragancias clave. Sin embargo, ella bebió un buen trago. El líquido bajó por su garganta, uno de los mejores vinos que había probado jamás, pero debería haber elegido un tinto cualquiera porque era incapaz de apreciar la calidad de ese.

A lo lejos, el timbre las interrumpió. Kristin cerró los ojos.

—Es demasiado.

Rory nunca la había oído tan derrotada. Dejó la copa en la mesita e intentó encontrar las palabras adecuadas, pero se dio cuenta de que no existían.

—Me temo que traigo malas noticias.

—Lo sabía. —Kristin abrió los ojos—. Para qué habrías venido si no.

Rory dudó antes de decir lo que debía decirle.

—Han arrestado a Clint.

Kristin gimió y se tapó la cara con las manos.

Rory quiso darle un abrazo, alguna especie de consuelo, pero Kristin no lo recibiría con agrado. Intentó tranquilizarla.

—El abogado de Clint lo habrá sacado por la mañana.

—¡Clint no mató a Ashley! —Kristin irguió la cabeza con expresión feroz.

—Eso ya lo sabemos. Es cuestión de tiempo que la policía encuentre al culpable. —Bebió otro trago de vino rezando por que fuera cierto.

—Tengo que ir a verlo. —Su madrastra se levantó del sofá de un salto.

—No puedes. Brett se está encargando. Es probable que a estas alturas haya contratado a un ejército de abogados y a los mejores detectives privados de la ciudad.

—No puedes saberlo al cien por cien. —Kristin se hundió de nuevo en los cojines.

—Conozco a Brett Rivers. Él se ocupa, y ahora mismo no hay nada que puedas hacer por Clint, tan solo darle el espacio que necesita. Ya se está viendo obligado a lidiar con demasiadas cosas como para tener que hacerlo contigo también.

—Eso ha sido cruel, incluso viniendo de ti. —Los ojos de Kristin se llenaron de lágrimas.

Rory no había querido sonar cruel, pero había dicho lo menos apropiado de la forma menos adecuada, como de costumbre.

—Me refiero a que Clint te quiere, y verte desconsolada no hará más que complicarle las cosas. Debe preocuparse por sí mismo. No

querrás que también se preocupe por ti, ¿no?

Kristin cogió la copa y vació el contenido como si estuviera bebiendo garrafón y no un vino de casi ochocientos dólares.

—¡Cómo odio esta casa! Jamás he entendido por qué la compró.

—En una especie de acto de rebeldía, supongo. —Rory le rellenó la copa.

—¿De qué tiene que rebelarse Clint?

—Yo qué sé. —Pero aquello no era del todo cierto. Ahora que ya era demasiado tarde, había empezado a ver a su hermano con otros ojos: un hombre que se había comprado una cabaña destartalada para poder huir y ser él mismo. A diferencia de ella, Clint siempre debía estar en guardia. Mientras que Rory podía hablar con cualquier persona libremente, su hermano debía vigilar lo que decía porque sabía que alguien podría citarlo. Todas las mañanas, ella se levantaba de la cama sin que le dolieran las articulaciones. No debía inquietarla sufrir demencia prematura a consecuencia de demasiadas contusiones. Y tampoco la estaban juzgando públicamente por haber asesinado a un amante. Su mundo trastabilló cuando asimiló lo que llevaba mucho tiempo pasando por alto.

Ser Clint Garrett era tanto una suerte como una maldición.

Kristin se sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se enjugó los ojos.

—Hace un par de días, salí a cenar con un hombre.

—Hace dos años que murió papá. —Rory parpadeó ante el repentino cambio de tema—. A mí me parece bien.

—No te estaba pidiendo permiso. Y solo ha sido una cita. —Se le anegaron los ojos de nuevo, y Rory supo que su madrastra estaba pensando en Clint.

—¿Te acostaste con él? —le preguntó para distraerse.

—No, por Dios. Apenas lo conozco.

—Pero te habría gustado tirártelo.

Kristin se apartó el pelo de la cara y apuró otra copa de vino.

—No me imagino volviendo a desnudarme delante de otra persona.

—Seguro que desnuda estás mejor que yo.

—Lo dudo. —Apretó los dos puños—. ¿Y si lo han encerrado en una celda con toda clase de degenerados?

—En ese caso, los degenerados se estarán peleando para ver quién se convierte en su mejor amigo. —Rory le sirvió otra copa a Kristin.

—No consigo comprender cómo ha podido pasar todo esto. Un buen día, todo es maravilloso y, al siguiente, la vida se ha desmoronado.

—Lo superará. Los dos lo superaréis.

Kristin hizo añicos el pañuelo que se había sacado del bolsillo.

—Daniel no sabe que soy la madre de Clint.

—¿Daniel? ¿Tu nuevo novio?

—Tiene cincuenta años, y no voy a volver a quedar con él. —Bebió de la copa que contenía más vino del que Rory le había servido—. Me presenté como Kristin Meadows.

—¿Y eso?

—Los hombres con los que he salido están más interesados en Clint que en mí. Por eso no se lo llegué a contar.

Rory lo entendía. Hace años, ella también había dejado de usar su apellido salvo cuando era necesario. El timbre seguía sonando, y Kristin por fin se levantó del sofá.

—¡No puedo quedarme en esta casa ni un segundo más! Tengo que salir de aquí.

Su hijastra también estaba de los nervios.

—A lo mejor podrías alojarte en un hotel. —Incluso mientras lo decía supo que sería complicado. Los periodistas seguirían a Kristin dondequiera que fuese, y, aunque lograra esquivarlos, alguien del personal del hotel filtraría su paradero.

Kristin se la quedó mirando con su habitual expresión de decepción, con las arrugas alrededor de los labios tensas como miniacordeones. Rory debería estar acostumbrada después de tanto tiempo, pero la culpa y el vino le infundieron valentía.

—O podrías pasar la noche en mi piso —murmuró.

Su madrastra cogió la botella de vino, casi vacía, y se dirigió entre tambaleos hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le preguntó Rory.

—A hacer una maleta.

***

Al cabo de una hora, se acercaron a la verja trasera. Era noche cerrada, Kristin estaba bastante borracha y no dejaba de golpearle a Rory la pierna con la maleta que arrastraba; una maleta que era lo bastante grande como para contener más que un pijama y una muda de ropa. Rory transportaba la escalera que había encontrado en el garaje mientras Kristin se ocupaba de la linterna.

—¡Apunta hacia delante! —se quejó Rory.

—Caminas demasiado despacio. —Kristin movió el rayo de luz.

—¿Quieres llevar tú la escalera?

—No hace falta que te sulfures.

—¿Quién coño usa el verbo *sulfurar* hoy en día?

—Soy un alma vieja. ¡Cuidado!

La escalera se había enganchado con unos matojos. Rory tropezó, pero pudo seguir sujetándola.

—Ahora mismo tendría que estar en casa comiendo bombones. Literalmente.

—Deja de refunfuñar —replicó Kristin—. No has hecho otra cosa desde que hemos salido de la casa.

—Si no te hubieras pasado una hora entera guardando trapitos, podríamos habernos escabullido antes de que la oscuridad fuera absoluta. Y no era necesario que pasáramos por aquí. Podríamos haber ido en tu coche.

—¡No! Necesito desaparecer.

—Lo que necesitas es darte una ducha. ¿Cuánto hace que no te duchas?

—Tú preocúpate por ti misma.

Llevaban picándose desde antes incluso de salir de la casa, porque era más fácil discutir por chorradas que pensar en Clint en la cárcel.

Cuando por fin llegaron a la cerca, Rory apoyó la escalera contra la verja y subió con cautela. En el bosque estaba más oscuro todavía que en el patio.

—Pásame tu maleta.

Después de un buen rato de empujar y tirar por parte de las dos, Rory logró situar la maleta en el peldaño superior.

—Ten cuidado. Dentro están todos mis artículos de aseo personal. Deberíamos haber cogido una cuerda. ¿Cómo demonios vas a…?

Rory lanzó la maleta por encima de la verja. Cayó al suelo con un satisfactorio golpe seco.

—¡No me puedo creer que hayas hecho eso! —gritó Kristin.

—¿Cómo creías que íbamos a pasar esa monstruosidad por encima de la cerca?

—Por lo menos la podrías haber bajado un poco hacia el suelo para que no se desplomase desde tan arriba.

—Si lo hubiera hecho, la maleta me habría llevado consigo.

—Me habría encantado —masculló Kristin.

—Lo he oído. —Rory observó el suelo y pasó una pierna por encima de la verja. Sin soltar el peldaño superior, pasó la otra pierna, contuvo la respiración y saltó.

Sin saber cómo, consiguió caer de pie.

La cabeza de Kristin asomó por encima de la cerca.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Lo que he hecho yo.

—Me romperé una pierna.

—Yo te cojo.

—No puedes cogerme.

—Ya lo sé. Pero tú finge que sí. —Rory apartó la maleta de la zona de salto.

—Ay, Dios… —Comparada con el extraño proceder de Rory, su

madrastra hacía gala casi de elegancia al recolocarse encima de la verja. Rory dio uno pasos atrás para dejarle espacio.

—¿Qué haces tan lejos? —chilló Kristin—. Se supone que vas a cogerme.

—Sí, claro…

Rory no pudo cogerla, pero por lo menos pudo aminorarle la caída. Kristin gruñó al levantarse del suelo.

—Estoy demasiado mayor para estos trotes.

Rory cogió la linterna y apuntó hacia delante, en dirección al camino que atravesaba el bosque.

—Que no te vean desde las casas mientras voy a por la camioneta.

—¿Qué camioneta?

Kristin lo entendería en breve.

Al cabo de unos minutos, Rory aparcó junto al sendero, se levantó detrás del volante y abrió la puerta del copiloto.

—¿Y tu coche? —Kristin observó el interior de la gastroneta, horrorizada—. ¿Qué es esto?

—Bienvenida al Palacio Real del Dulce.

Capítulo 15

Rory no podía irse a la cama hasta llenar las cajitas con cuatro bombones cada una para la fiesta, así que le ofreció el dormitorio a Kristin y se resignó a dormir lo que pudiera en el sofá duro en el que Brett y ella habían hecho más cosas de las que debían. Mientras encendía la luz de la cocina, decidió concentrarse en el trabajo y no volver a ponerse en aquella situación imposible. Hacia la una de la madrugada, las cajas estaban terminadas al fin. Cada una contenía cuatro bombones con una cobertura brillante y salpicada de dorado: un praliné francés, crema de frambuesa, ron de coco y su amada trufa de chocolate y chile. Pegó en cada caja las etiquetas que Toby le había impreso: «BOMBONES DE LUJO. Se aceptan pedidos».

Por el momento, solamente podía incluir su número de teléfono móvil, con la esperanza de que diera la impresión de exclusividad y de un servicio personalizado. Tan pronto como terminara la fiesta, pensaría un nombre para su empresa y empezaría a crear una página web rudimentaria. Un pequeño negocio por internet no le daría el dinero que necesitaba para avanzar en su plan, pero sería un paso adelante en la dirección correcta. Mientras tanto, debería encontrar una compañera de piso para ahorrarse parte del alquiler, aunque eso significara que le tocaría dormir en el sofá. Aceptaría todos los empleos en empresas de cáterin que le ofrecieran y trabajaría dieciocho horas al día si era necesario y durante el tiempo que fuese. Primero debía pagar la multa. Luego comenzaría a ahorrar para llevar a cabo todas las reparaciones que necesitaba la gastroneta. Ya disponía del carné de manipuladora de alimentos de Chicago, pero debía alquilar espacio en una cocina comercial antes de poder vender bombones de la camioneta. Además de las reparaciones, el Palacio Real del Dulce necesitaría un lavado de cara, ya que los estridentes colores lila y rosa, así como el nombre hortera, no daban a entender que vendía delicados bombones. Si se ponía a pensar en todo lo que debía hacer y en cuánto podía salir mal, se quedaría paralizada, así que, en lugar de reflexionar al respecto, siguió adelante sin más.

Durmió un par de horas y se levantó a las seis de la mañana a fin de marinar gambas para la fiesta y preparar una lasaña de champiñones para los vegetarianos. Brett la llamó a las ocho con la noticia de que Clint estaba en libertad bajo fianza. A las nueve, dio unos golpecitos a la puerta de su habitación.

—¡Arriba, dormilona! —Imitó la voz alegre con la que Kristin la había torturado cuando ella era una adolescente, aunque sintió de

todo menos alegría.

—Lárgate —gruñó Kristin desde el interior.

—Tengo una buena noticia —la informó Rory desde el otro lado de la puerta—. Clint está en libertad bajo fianza.

La puerta se abrió. Kristin tenía una marca de la almohada en la mejilla y llevaba el pelo recogido en un moño ladeado. Por una vez, aparentaba los cincuenta y un años que tenía.

—¿Has hablado con él? ¡Tengo que hablar con él!

—He hablado con Brett. Clint se pasará toda la mañana con su abogado. Seguro que te llama.

—¿Dónde está? ¿Va a volver a su casa?

—Lo dudo. Corre y vístete. Tienes una cita para desayunar.

—¿Una cita para desayunar? —Kristin se apartó el pelo de los ojos —. ¿A qué te refieres?

—Te ha llamado Daniel Hanbridge. Obviamente, al ver su nombre en la pantalla de tu móvil, lo he cogido.

—¡Me has cogido el móvil! Rory, ¿qué has hecho?

—Daniel quería saber si estabas libre esta mañana para desayunar con él, y le he dicho que estarías encantada.

—¡No tenías ningún derecho! Voy a llamarlo ahora mismo y cancelar. —Kristin pasó por delante de ella hacia el comedor, donde imprudentemente había dejado el móvil.

—Mala idea. Te quedarás aquí sentada y preocupada. Le he sugerido que te lleve al Busy Chicken. Es un bar restaurante del barrio. Ponte las gafas de sol si te preocupa que alguien te reconozca.

—No me puedo creer que me la hayas liado así.

—Es por tu bien. —Y también por el suyo propio. Necesitaba que Kristin desapareciera un rato para quedar esa misma mañana con Grant Padderson, el acosador de Ashley. Lo había localizado sin problemas al buscarlo en Google. El encuentro le quitaría tiempo de los preparativos de la fiesta, pero aquella nueva versión de sí misma no podía posponer algo tan importante—. Daniel te recogerá dentro de media hora, y tienes una pinta horrible, así que más vale que te des prisa.

—Has cruzado demasiados límites. —Kristin apretó los dientes. Con un habitual siseo de desagrado, Kristin se fue hacia el cuarto de baño y cerró de un portazo. Como no se había llevado el móvil consigo, Rory supo que la cita para desayunar seguía en pie.

***

Kristin todavía se estaba vistiendo en el dormitorio cuando llegó Daniel Hanbridge, así que Rory abrió la puerta y se presentó.

—Hemos hablado por teléfono —le dijo mientras se secaba las

manos con un trapo—. Kristin saldrá dentro de unos minutos.

Daniel era un hombre de aspecto interesante, alto y desgarbado, con una frente alta y muñecas grandes, parecido a Abraham Lincoln, pero más atractivo. Él asintió y se quedó mirando el piso; se detuvo al ver el cartel de la mujerzuela.

—Se supone que es irónico —le explicó Rory—. Más o menos.

—¿Ah, sí? —Daniel la observaba con interés.

—No nos conocemos lo suficiente como para que te lo explique.

Una lenta sonrisa tiró de las comisuras de la boca de él.

Kristin salió de la habitación. Casi volvía a parecer la misma de siempre con pantalón de vestir turquesa, una camiseta blanca asimétrica y el pelo recogido en su habitual moño rubio. Cuando Daniel la vio, se ruborizó.

—Perdona que llamara en el último minuto. Espero no haberte ofendido.

—Muy pocas cosas me ofenden hoy por hoy —repuso Kristin.

No era del todo cierto. Rory la había ofendido.

—Estás preciosa —la piropeó con sinceridad.

Era un tipo muy serio, la clase de hombre que solamente sabía decir la verdad. A diferencia de Brett Rivers, Daniel no tenía la más remota idea de cómo convencer a un cliente inseguro ni de cómo congraciarse con un director general quisquilloso. Pero los dos tenían algo en común. Quizá, en el fondo, los dos eran tipos decentes.

Cuando la pareja se dirigió a la puerta, Rory no pudo evitarlo:

—Antes de que se marche, señor Hanbridge… ¿Cuáles son sus intenciones con mi madrastra?

—¡Rory! —saltó Kristin—. Ignórala, Daniel. Le gusta liarla.

Pero Daniel no la ignoró. De hecho, la miró de hito en hito.

—Tu madrastra me tiene cautivado.

—Me sirve. —Rory sonrió.

***

La fiesta se celebraba a la noche siguiente. Rory todavía debía marinar pollo, cortar carne y comprar más comida especial, pero todo aquello tenía que esperar. A Clint lo habían detenido. Si la policía no hacía su trabajo, lo haría Rory. Y estaba decidida a encargarse solita, sin la intervención de ningún famoso representante de deportistas.

Podía culpar de la atracción que sentía por él al cuerpo estupendo de Brett o la ligera asimetría de su rostro, que lo volvía más guapo todavía. Podía culpar a esos ojos grises impresionantes o a su espeso pelo, pero no era algo solo físico. Lo que la atraía era su competencia, su confianza, su carácter echado hacia delante. Y, de repente, se veía obligada a ignorar todo eso y refrenar sus crecientes sentimientos. Los

dos tenían vidas muy diferentes y caracteres muy parecidos. Su relación no tenía ningún futuro. Rory debía concentrarse en su trabajo.

—Tengo una cita con el señor Padderson.

La recepcionista estaba sentada detrás de una mesa de granito gris en la cuarta planta de las pijas oficinas de la agencia inmobiliaria de Padderson. Rory había concertado la cita el día anterior, justo antes de que Brett apareciera para contarle que habían detenido a Clint.

—Ahora mismo lo aviso. Por favor, tome asiento.

En lugar de sentarse, Rory contempló las fotografías iluminadas a la perfección de la pared del vestíbulo, en las que se veían mansiones con interiores espectaculares, casas en las que nadie colgaría un cartel de una mujerzuela.

Rory había asaltado la maleta de Kristin mientras esta desayunaba por ahí con un Abraham Lincoln más apuesto, por lo que no desentonaba con el entorno. Había cogido prestada una falda de seda hasta media pantorrilla con un estampado inspirado en Pollock y conjuntada con una de las aburridas blusas negras de Kristin, además de unos pendientes de aro plateados más aburridos aún y unas sandalias de tacón bajo color *nude* que eran una talla pequeña para ella. Rory se había semidomado el pelo con laca, plancha y una de las diademas puritanas de Kristin. Esperaba parecer la esposa de un hombre que amasaba una fortuna en la cámara de comercio de Chicago, pero se sentía ridícula. ¿Por qué iba nadie a vestirse con esas prendas cuando tenía a su disposición todo el mundo de la moda?

No volvió a pensar en su decisión de no decirle el nombre del ex de Ashley a Brett. Si él estuviera ahí, cogería las riendas de la situación —esa era su naturaleza—, y Rory no lo necesitaba incordiando por ahí. Debía hacerlo sola.

—¿Señora Meadows? Soy Grant Padderson.

Era un hombre bajito, quizá de cuarenta y pocos, con la cabeza rapada y las uñas bien cuidadas. Su conjunto negro estaba formado por una camisa de manga larga con el cuello abierto, unos pantalones a medida y unos mocasines brillantes también negros, sin calcetines. Ojalá Ashley se hubiera quedado con él, en lugar de poner en el punto de mira a Clint.

—Señor Padderson. —Al estrecharle la mano, percibió el hedor de una colonia cara.

—Por favor, llámame Grant, y tuteémonos. Tengo la sensación de que seremos grandes amigos.

«Y yo tengo la sensación de que no».

—¿El señor Meadows está…?

—Por desgracia, mi marido ha tenido una emergencia en el trabajo, pero la que toma las decisiones soy yo.

—Claro.

La condujo hacia su despacho, donde dos pilares apuntalaban un escritorio de granito negro. Con suelo de mármol gris, cuadros originales y muebles de estilo europeo, la estancia anunciaba que la gente pobre no debía perder el tiempo ahí.

Mientras el hombre se dirigía hacia una de las sillas en forma de coma que se encontraban delante de la mesa, Rory se fijó en la elegante colección de placas de madera de la pared, que reconocían a Padderson como un gran filántropo. Si Rory donara dinero, no le daría ni un centavo a organizaciones que invertían fondos en ese tipo de placas. Y eso le recordaba que había pasado una semana desde la última vez que llevó bocadillos a la gente de la calle que acampaba en el paso subterráneo. Odiaba pensar que alguien pudiera pasar hambre, y desde que se había mudado a Chicago les llevaba comida siempre que podía.

—¿Quieres un café? También te puedo ofrecer una mimosa… A no ser que prefieras champán a palo seco.

«¿Champán? ¿En serio?». Esa palabra encajaba con su colonia y su manicura de uñas.

—No quiero nada, gracias.

—Cuéntame cosas de ti. —Juntó las manos sobre la mesa y se la quedó mirando como si fuera la mujer más fascinante del planeta, algo que obviamente no era. Sus clientes ricos tal vez lo interpretaran como interés sincero, pero una mujer menos pudiente como ella tenía un mejor radar para las falsedades.

Se cruzó de piernas como si fuera una aristócrata.

—Como le comenté a tu recepcionista cuando concerté la cita, he venido por recomendación de Ashley Hart —se le cerró la garganta con emoción— antes de… En fin, hace unas semanas.

—Ashley… —Grant se pasó una mano por la cara, y el anillo que llevaba en el meñique resplandeció bajo la luz—. Qué terrible lo que le ha pasado.

Su angustia parecía real, pero ¿angustia por qué? ¿Por si lo atrapaban?

—Ha sido muy duro —repuso ella.

—Muy duro para todos los que la conocían. Bueno, dime exactamente lo que andas buscando.

Y así fue como pasó página de la muerte de Ashley. Rory debía regresar a ese tema, pero mientras tanto él esperaba una respuesta. Debería haberlo pensado de antemano.

—Verás… —Se alisó una arruga de la falda de estampado de Pollock—. Mi marido y yo buscamos una casa en el norte. —Hizo una pausa—. A poder ser, en Winnetka, pero tampoco nos importaría en Glencoe o, si no hay más remedio, en Kenilworth. —Como se había

emocionado, prosiguió—. No debe superar los siete millones. Con un interior espacioso, un mínimo de seis dormitorios, garaje con cuatro plazas y suelo calefactable. —Se puso en plan programa de reformas —. Una cocina profesional con encimeras de granito y electrodomésticos de acero inoxidable. Con una piscina y patio con verja para los perros. A mi marido le gustaría que tuviera acceso a una playa. Y, por supuesto, suficiente espacio para recibir visitas.

—Tenéis un gusto excelente.

Era un pelota. Pero ¿era también peligroso? Rory debía redirigir la conversación hacia Ashley, pero antes de poder hacerlo, la puerta del despacho se abrió y apareció la recepcionista.

—Ha venido el señor Meadows.

Y entró, quién si no, Brett Buenorro Rivers.

Grant Padderson enseguida se puso en pie, aunque se empequeñeció; y no porque fuera más bajito que Brett, sino porque acababa de irrumpir el verdadero protagonista del encuentro, con el pelo engominado hacia atrás, traje a medida y demás.

Y el verdadero protagonista no parecía contento.

—Hola, cariño. —Sus ojos espectaculares le lanzaron chispas al cruzar el despacho—. Al final he podido venir.

—Qué bien —dijo en voz baja.

Padderson rodeó el escritorio. Brett le tendió la mano para estrechársela.

—Luther Meadows.

«¿Había cogido prestado el nombre del gato de Ashley?».

—Disculpad que llegue tarde. Olvidé cuándo habíamos quedado, y he tenido que llamar a la recepcionista. Mi querida esposa no respondía al móvil. —Sus ojos barrieron el conjunto de Rory, perfecto hasta las náuseas, y, en todo caso, la miraron con más reprobación. ¿Ese hombre había aceptado la misión de criticar todo lo que se pusiera ella?

El agente inmobiliario lo saludó con entusiasmo.

—Tu encantadora esposa y yo nos estábamos conociendo un poco.

—Estaba a punto de hablarle a Grant sobre el revestimiento de paredes con tablones —saltó Rory, animadísima—. A mi marido le encanta, pero a mí me parece pasado de moda. No puedes tener todo lo que quieres, amorcito.

Brett la fulminó con la mirada antes de contestar con calma:

—En ese caso, nada de armario para los zapatos, cariño. —Intentó ponerse cómodo en la silla en forma de coma—. Ya sabes cómo son las mujeres con sus zapatos. Es como si ahora sus diminutos cerebros se encontraran en sus pies.

Rory echaba de menos los primeros días, en los que Brett por lo menos había intentado ser conciliador con la hermana de su cliente

más importante.

—Ahora no, corazón. —Le dio una palmada en la rodilla—. Recuerda que solo uno de los dos se graduó en Harvard. —Le lanzó a Grant una sonrisa conspiratoria mientras el agente se sentaba de nuevo tras la mesa—. Mi marido se vio obligado a estudiar en una escuela pública, nada menos, pero mira dónde ha llegado.

Brett se la quedó mirando. «¿En serio has dicho eso?», transmitían sus ojos.

Grant era un as en lo que respectaba a ser diplomático ante parejas que discutían.

—La gente de éxito como vosotros merecéis una propiedad de élite. Se me ocurren dos casas que acaban de ponerse a la venta. La primera es de obra nueva, con seis dormitorios y una entrada con verja…

Rory apenas prestó atención mientras el tío les hablaba de escaleras flotantes, paredes de cristal retractables y una pérgola motorizada. ¿Cómo podía conseguir que la conversación volviera a girar en torno a Ashley?

Brett la adelantó por la derecha y asumió el mando una vez más.

—Una propiedad interesante. ¿Te ha dicho mi mujer que nos habló de ti Ashley Hart?

El rey de la sutileza.

—Pues sí. —Grant se apartó de la mesa, como si quisiera dejar más espacio entre ellos—. Lo que le pasó es una tragedia.

Brett se recolocó en aquella silla demasiado pequeña.

—Y ¿ya te ha contado mi amor que Ashley fue mi última relación seria antes de conocerla a ella?

«¿Perdón?».

Se puso un tobillo sobre la rodilla contraria.

—Sé que suena cruel, y que nadie merece lo que le ha pasado, pero el día que me dejó fue el día más feliz de mi vida.

Rory ya le había dicho a Grant que era amiga de Ashley, y Brett la estaba cagando.

—Lo curioso es que, aun así, Ashley y yo nos hicimos íntimas —intervino—. A mí me ha costado mucho más que a mi marido asimilar lo que pasó.

—Porque no fue a ti a quien dejó después de una cena de setecientos dólares en un restaurante de tres estrellas Michelín. —Se quedó mirando a Padderson—. ¿Qué me dices, Grant? ¿Formamos el Club de los Abandonados por Ashley Hart? Tengo entendido que tú pasaste por eso no hace tanto.

—Todo sucede por una razón. —Grant jugueteaba con un bolígrafo de la mesa.

Alguien que usaba esa expresión no sabía en absoluto las atrocidades a las que se enfrenta la existencia humana.

—Qué valiente… —murmuró.

—Al principio fue horrible —les contó Padderson—. No me comporté bien. No me gusta pensarlo. Pero luego conocí a alguien en una conferencia de Los Ángeles que me ha cambiado la vida. —La sonrisa de Padderson parecía sincera—. Bien está lo que bien acaba. —Torció el gesto—. Menos para la pobre Ashley, claro. No he llegado a tener la oportunidad de disculparme por incordiarla. En fin, hablemos ahora de la segunda casa. Es ideal para recibir visitas. Dispone de…

—La persona a la que conociste… —Rory se inclinó hacia delante —. ¿Seguís juntos? Me encantan los finales felices.

—Pues sí. —Grant movió la pantalla del ordenador para que pudieran verla—. Es una casa maravillosa de estilo Tudor con una casita de invit…

—En ese caso, ¿romper con Ashley terminó siendo una bendición? —insistió ella.

—Vas a tener que disculpar a mi mujer. —Brett descruzó las piernas—. No siempre respeta los límites de lo personal.

«Mira quién fue a hablar».

—No pasa nada —repuso Grant, con la fachada de la mansión Tudor en la pantalla—. Sí, fue una bendición. Cuando conocí a Jason, entendí por fin que mi reacción desmesurada a la ruptura tenía más que ver con las mentiras que me contaba a mí mismo que con que me hubiera roto el corazón.

Rory se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Jason y tú sois felices? —preguntó en voz baja.

—Mucho. —Grant sonrió—. Resulta que Ashley tenía una buena razón para dejarme, además del hecho de que apareciera el jugador de fútbol americano.

Después de oír aquello, Rory se vio obligada a escuchar una descripción detallada de una mansión con una cocina superprofesional y electrodomésticos de lujo de marca Gaggenau que jamás estaría en condiciones de permitirse.

—¿A qué hora os parecería bien ir a verla? —se interesó Padderson.

—Perdona. —Rory parpadeó—. Estaba distraída. No dejo de pensar en Ashley. No me puedo creer que el jugador de fútbol americano la matara. Parece muy majo. A saber si Ashley tendría algún enemigo. ¿A ti te dijo algo, Grant, que pudiera ser una pista?

—No, no me dijo nada. —La fría respuesta de Grant le confirmó que se había pasado de frenada—. ¿Sois periodistas?

—Por supuesto que no. —Brett supo que estaban perdiendo el tiempo y se levantó—. Cariño, es evidente que estás demasiado triste por lo de Ashley como para ponernos a buscar una casa nueva. Grant,

te pido disculpas por haberte hecho perder el tiempo. Mi esposa es una mujer… frágil.

Grant los acompañó hasta la puerta.

***

—¿Cómo que frágil? —Se quedaron en la acera, discutiendo como la pareja que no eran.

—¿Qué querías que dijera si no? —contraatacó Brett.

—¡Nada! ¡No debías decir nada! Estaba manejando la situación superbién hasta que habéis entrado tú y tus mocasines de un trillón de dólares.

—Seguro que alguien con una carrera de Harvard podría haber hecho algo mejor que formular preguntas que eran tan sutiles como un accidente de coche.

—¿Yo? No he sido yo la que quería empezar el Club de los Abandonados por Ashley Hart.

—Vale, no ha sido mi mejor momento.

Rory odiaba que Rivers no se defendiera. Su sinceridad hacía que le gustara aún más.

—Padderson no es idiota —prosiguió—. Seguro que ya está buscando al matrimonio formado por Luther Meadows y esposa, y no encontrará nada. Tendremos suerte si no termina llamando a la policía.

Rory se observó la punta de las sandalias, que no eran suyas.

Brett se observó la punta de los mocasines de marca.

Una furgoneta de la empresa de mensajería UPS pasó junto a ambos.

—Asumámoslo, Rory. —Suspiró—. Somos unos detectives de pacotilla.

—En la tele parece mucho más fácil —musitó—. Sigo pensando que ojalá no hubieras ido a ver a Duncan Gilford después de que yo te dijera que no sabía nada. Y tenías que ir a verlo. Es la única manera de que hayas sacado el nombre de Padderson. Has demostrado una falta de confianza en mí.

—Lo que he demostrado es que tienes un tic en la comisura de la boca cuando mientes. ¿En serio pensabas que te dejaría que te reunieras a solas con Padderson? Podría haber sido un asesino a sangre fría.

—Pero no lo es.

—Ahora estamos bastante seguros de eso. Antes de hoy no.

Rory hurgó en el bolso para coger las gafas de sol.

—¿Cómo has sabido que me encontrarías en su despacho?

—He llamado a la recepcionista y le he dicho que había olvidado la

hora en la que mi «mujer» había concertado la cita. He supuesto que usarías el apellido Meadows. Por suerte, no me ha preguntado tu nombre de pila, o le habría dicho Julieta.

—Lo tenía controlado. No era necesario que interfirieras. —Se puso las gafas de sol—. Y ahora lo podemos eliminar como sospechoso.

—Y eso nos devuelve a la casilla de salida.

—A Clint —resumió, con aire sombrío.

—Voy a intentar ir a verlo ahora mismo. —Rivers miró el móvil y luego a ella—. Me dijiste que necesitabas entrar en mi casa. Volveré sobre las siete o así. Podemos quedar ahí, si te parece, y te enseño la cocina. Y así tendrás tiempo de probarlo todo.

De probarse mutuamente. Eso era lo que quería Brett Rivers, y los dos lo sabían.

—Me lo pensaré.

***

Brett estaba cabreado. Cabreado con el universo por haberlo puesto en esa situación. Cabreado con Rory por ser una astilla clavada en el dedo que no conseguía quitarse. Cabreado consigo mismo por dejar que el cerebro se bajara a los calzoncillos y luego por culparla a ella de eso.

Había criticado hasta la saciedad a Nate Douglass por la estúpida aventura que tuvo con Callie Capello, pero aquello era peor. Callie vivía por y para el sexo. Sabía lo que hacía. Rory, en cambio, vivía por y para las risas, el chocolate y dar de comer a los sintecho. Rory no estaba motivada como él. Le importaba elaborar unos bombones estupendos, ser una buena persona y volverlo loco.

No debería haberle dicho que se vieran en casa de él esa noche. Le mandaría un mensaje para decirle que había surgido un imprevisto y no podía ir. Le diría que necesitaba ir hasta Green Bay y, como no le gustaba mentirle, se vería obligado a coger el coche hasta allí. Se pondría al día con un par de clientes suyos y pasaría la noche en una *suite* del complejo Kohler para recordarse qué cosas eran importantes en su vida.

Era un buen plan. Tan solo debía llevarlo a cabo.

Capítulo 16

Rory se marchó del piso de Brett a las seis para asegurarse de no estar ahí cuando llegara él. La lasaña de champiñones estaba ya en su reluciente frigorífico, acompañada de los quesos, las aceitunas y el salmón ahumado que ella había comprado en su tienda de productos *gourmet* preferida. En la encimera la esperaban paquetes de carne en lonchas, así como frutos rojos e higos. Llamó de nuevo a la empresa de alquiler para asegurarse de que al día siguiente llegarían todas las mesas, manteles y platos que había reservado. Incluso había dibujado cómo quería que se dispusiera el bufé en la mesa de comedor de cristal y madera de olivo de Brett, que era tanto una escultura como un mueble. De todos los objetos que había en su casa, era el único que deseaba. La mesa y al propietario del piso.

Y por eso marcharse antes de que apareciera él era más necesario que nunca.

Aparcó la camioneta en el garaje de su piso y cruzó el patio hasta la puerta trasera. Si Claudia no se hubiera presentado la noche anterior, el beso que habían iniciado habría llegado a su natural conclusión: un polvo que era una pésima idea y al que se abandonaban dos personas cuando dejaban de pensar. Más tarde, incluso habría podido quitarse de encima las culpas diciéndose que aquello había pasado sin pensar, que tan solo había ocurrido. Pero no podría usar esa excusa si esa noche se quedaba en el piso de Brett porque sabía a ciencia cierta lo que sucedería, y él también. Esa vez estaba haciendo lo correcto dejando que su cerebro la guiara. No podía construirse un futuro mientras se desnudaba con un representante de deportistas con mucha labia. Irse era lo más adecuado, pero eso no significaba que le hiciera demasiada gracia.

Subió las escaleras hasta su piso, y cada escalón le costó más que el anterior. Abrió la puerta.

Algo se estaba quemando.

El azúcar crujió bajo sus zapatillas cuando corrió hacia la cocina. Kristin estaba ante la ventana abierta, sacudiendo un trapo para dispersar el humo. En la encimera, cubierta de harina, había cuencos con masas, y las cáscaras de huevo se acumulaban en un charco marrón formado por la botella de extracto de vainilla de noventa dólares de Rory. En el fregadero, su molde para dieciocho galletas albergaba los restos chamuscados del desastre culinario de Kristin.

Su madrastra puso la misma cara de culpabilidad que un perro delante de un cojín hecho trizas.

—Quería sorprenderte con galletas de chocolate.

Rory estaba furiosa por la profanación de su cocina… y, aun así, conmovida. Se acercó al desastre del fregadero, echó agua al molde de las galletas y la fulminó con la mirada por encima del hombro.

—Pensaba que lo habíamos hablado. A no ser que mamá esté aquí, no tienes permiso para cocinar.

—He perdido la noción del tiempo de horneado.

—¿Estabas demasiado ocupada fantaseando con tu novio encantador?

—Claro que no. —La respuesta áspera de Kristin le hizo sonar como cuando era más joven—. Y he preparado galletas de chocolate decenas de veces sin problemas.

Seguro que sí. Kristin había preparado galletas crudas, galletas quemadas y galletas a las que les había olvidado añadir azúcar. La gente a la que no le gusta el dulce no debería intentar elaborarlas.

Pero Kristin lo había hecho para complacerla.

Su madrastra se alejó de la ventana para tocar el desastre de la encimera. Rory la apartó.

—Cuéntame cómo ha ido la cita para desayunar mientras limpio todo esto.

—No ha sido una cita.

—Sí ha sido una cita. —Rory arrugó la nariz al limpiar trocitos de chocolate barato que no tenían cabida en su cocina.

—Es majo, pero raro.

—¿En qué sentido?

—Es muy literal. Con él todo es directo. Y eso… es refrescante.

—¿Porque papá no era así? —Rory la miró con curiosidad.

—Yo no he dicho eso. —Kristin se sacudió la harina de la blusa negra que Rory le había cogido prestada el día anterior. Rory le había devuelto toda la ropa sin que su madrastra se enterase, aunque había llegado a desarrollar cierta predilección por la falda con salpicaduras de pintura. Quedaría genial con un chaleco vaquero y botas de motera —. Tu padre era un buen hombre —prosiguió—. Quiso muchísimo a tu madre.

A Rory no la sorprendió la amargura que advirtió tras las palabras de Kristin, aunque solo reparó en la tensión subyacente del matrimonio cuando se hizo hecho mayor.

—Veo que no estás de humor —dijo Kristin—. Me iré a casa de Toby.

—¿De Toby? ¿Desde cuándo sois amiguitos?

—Desde esta tarde. Nos hemos encontrado fuera. Me ha ayudado a desbloquear el móvil y le he prometido echar un vistazo a un documento que está escribiendo. Seguro que no entiendo ni una sola palabra, pero sé cuándo hay que poner una coma, y es agradable

sentir que te necesitan. —Le lanzó una mirada afilada y se marchó.

Rory terminó de limpiar la cocina y se puso a cocinar el pollo con mantequilla y manzana a baja temperatura que tenía pensado transformar en minibocadillos. Era una buena cocinera, pero no una chef experimentada, y por lo que Brett le estaba pagando, la fiesta debía ser sumamente especial. El menú de bufé que había planeado era creativo sin ser pretencioso, comida normal y corriente con un toque lujoso, platos como macarrones con queso y bogavante, y brochetas de carne con reducción de aceite balsámico. Para divertirse, iba a servir perritos calientes con *gruyère* fundido, cebolla caramelizada y una ramita de tomillo fresco, ingredientes que seguro que no escapaban a su destreza.

Además de captar a Toby para que se ocupara de la barra, Becki Evans, una amiga de Jon, haría de camarera. Becky iba a presentarse en el piso a primera hora de la tarde del día siguiente para poner las mesas y preparar la torre de embutidos, mientras que Rory daba los últimos retoques a los platos principales y a los postres. En tanto los invitados disfrutaban de la comida, ella colocaría en una mesa junto a la puerta principal las cajitas con muestras de sus preciados bombones y rezaría.

Se preguntó cómo habría reaccionado Brett al llegar a su casa y encontrársela vacía. Quizá él también sabía lo peligroso que resultaba que los dos se quedaran a solas.

***

En lugar de pasar la noche en Green Bay, Brett abrió la puerta de su piso un poco antes de las siete, pero no vio a ninguna chocolatera de pelo rizado que asomara la cabeza para saludarlo. Rory había estado ahí. Joder, y tanto que sí. Los estantes de la nevera estaban repletos de comida, en la encimera había bandejas enfriándose, y en una servilleta de papel encontró una solitaria trufa de chocolate negro con una nota que decía: «Marida genial con el sentido común».

Se la zampó de un bocado, corrió a su habitación y cogió la bolsa del gimnasio.

***

Rory pasó otra noche de sueño irregular en el sofá, plagada de pesadillas en las que debía preparar una cena para la familia real británica con solo un plátano y una lata de Pringles, mientras Brett y Callie se enrollaban en la arena de la playa de la habitación de al lado. Se despertó con dolor de espalda y un nudo de nervios en el estómago,

pero después de darse una ducha y comer un huevo duro, estaba preparada para enfrentarse al día. Hasta que le sonó el móvil con un mensaje de texto. Y así fue como su día se desmoronó.

—¿Qué pasa? —Kristin salió del dormitorio mientras Rory contemplaba la pantalla del teléfono, con las tripas revueltas.

—No me lo puedo creer… Mi camarera para hoy me ha dejado tirada. —Rory creía haberse preparado para cualquier contingencia, pero en aquello no había pensado.

—Pones una cara como si hubiera muerto alguien.

—¡Peor! —Rory se levantó del sofá de un brinco—. Había quedado con Becky a las doce en el piso de Brett para que me ayudase con los últimos detalles y para prepararse. Brett quiere fichar a Tyler Capello, así que ha invitado a algunos de los mejores deportistas de la ciudad para presentárselos. ¡No puedo cocinar y servir a la vez! —Rory se rodeó la barriga con las manos. Si siguiera viviendo en Manhattan, podría encontrar a alguna amiga que le echara un cable, pero en Chicago no conocía a nadie.

—Yo te ayudaré.

—¿Tú? —Rory se giró para mirarla a la cara.

—Si Toby puede llevar una barra, seguro que yo puedo servir unas cuantas mesas.

—Toby hizo de camarero de barra mientras estudiaba en la universidad.

—Has dicho que era un bufé. —Kristin apretó los labios—. Seguro que consigo colocar unos cuantos platos limpios.

—Es más que colocar platos. —Su madrastra no sabía nada del mundo de Rory—. Una buena camarera debe estar preparada para describir qué hay en cada plato. La comida hay que reponerla e ir cambiándola. Si a alguien se le cae un tenedor, debe tener uno al lado antes de darse cuenta siquiera.

—Tampoco es que sea ingeniería espacial. —Kristin se sorbió la nariz.

—¿Y si alguien te reconoce? ¿Cómo voy a explicar que la madre de Clint Garrett forma parte del personal del cáterin?

—La gente ve lo que espera ver. Si alguien se da cuenta, creerá que es un mero parecido físico.

Brett no lo creería. Como se encontrase a la madre de su cliente estrella fregando las copas volcadas, le daría algo.

—Los camareros deben saber cuándo es el momento de recoger un plato. No hay nada peor que ver cómo te quitan la comida antes de que hayas dado el último bocado. Y necesito ayuda para prepararlo todo. Muchísima ayuda.

—¿Quieres que te eche una mano sí o no? —saltó Kristin con hostilidad.

Roro se tragó los recelos.

—Tendrás que hacer todo lo que te diga. Nada de ignorarme. Nada de ponerme en entredicho.

Kristin esbozó una sonrisa zalamera.

—Siempre y cuando no me obligues a comer hígado, todo saldrá bien. —Su sonrisa se esfumó—. Y necesito algo para estar ocupada y distraerme.

Rory lo entendió y se suavizó.

—Gracias. Te lo agradezco.

***

En la cocina, Kristin fue un auténtico desastre, como siempre. Dejó que la leche de la salsa de los macarrones con queso y bogavante hirviera de más, obligando así a Rory a empezar de cero. Las cáscaras de los pistachos terminaron dentro de las ensaladas, y una huevera de cartón halló su destino en el suelo de la cocina. Rory no se atrevió a confiarle un cuchillo, y mucho menos una mandolina, para ayudar con los embutidos, pero cuando llegó la florista y la empresa de alquiler, Kristin enseguida se sintió en su salsa.

En un abrir y cerrar de ojos, su madrastra transformó el interior austero, negro y gris del piso de Brett en un espacio cálido al colocar las mesas de forma estratégica en el comedor, el recibidor y en la terraza junto a la barra. Se cameló a los hombres de la empresa de alquiler para que apartaran la mesa de centro de hormigón en un visto y no visto, algo que a Rory no se le había ocurrido, y dispuso las sillas del comedor en varios grupos con mesitas cerca para dejar las copas.

—Impresionante. —Rory contempló las flores que Kristin había reorganizado junto al cuadro de la aceitera oxidada, logrando que la pintura resultara elegante, en lugar de ridícula—. Si te hubiera contratado, te daría un plus.

—Vuelve a la cocina, que es tu lugar.

—Sí, señora.

Mientras Rory se ponía los pantalones negros de vestir, una blusa blanca y el mandil de cocinera verde oscuro que complementaba sus Vans de colorines, prestó atención por si llegaba Brett. Se molestaría cuando viera a Kristin allí. Rory se preguntó si también estaría molesto por que ella lo hubiera abandonado la noche anterior. Al tiempo que se anudaba un pañuelo en la cabeza, regresó a la cocina.

Acababa de terminar de preparar el aderezo para la ensalada de verduras cuando apareció Rivers. Después de apartar los ojos del culo de ella, cogió unas cuantas almendras marcona de la encimera.

—¿Cuánto me va a costar la fiesta?

—No me has dado un presupuesto. —Metió la carne en el marinado—. Y tampoco le has echado un ojo al menú que te mandé por correo. Porque en teoría no debía molestarte con detalles porque eres demasiado importante como para perder el tiempo escuchando a una persona insignificante como yo, que ya debería saber cómo organizar una fiesta del copón, aunque te recordara específicamente que no era la propietaria de ninguna empresa de cáterin.

—Sé que no dije nada de eso.

—Es mi libre interpretación de tu comportamiento. En cuanto al dinero, le mandaré a tu asistente, que me ha dado muchísima más información que tú, una factura desglosada. —Agitó un salvamanteles en su dirección antes de que alguno de los dos mencionara la noche anterior—. Y, ahora, ¿te importaría salir de mi cocina, por favor?

—Técnicamente, es mi cocina.

—Esta noche no.

Brett sonrió, cogió unas cuantas almendras más y desapareció… Pero volvió al cabo de unos segundos con cara de pocos amigos.

—¿Qué cojones está haciendo Kristin aquí?

—Pregúntaselo a ella —se defendió—. No tengo ni idea de qué pasa por la cabeza de esa mujer.

—Te lo estoy preguntando a ti.

Su mejor estrategia era esquivarlo y distraerlo. Lo miró con expresión seductora, pasó los ojos de su pelo engominado a su imponente pecho antes de bajar a su entrepierna.

—Estás tremendo. Y lo digo en un sentido totalmente sexual.

—No me vengas con esas, señorita. —Brett entornó los ojos—. Ahora mismo, la madre de mi *quarterback* de treinta y cuatro millones de dólares está limpiando mi cuarto de baño de invitados.

—No te preocupes. Lo hará la mar de bien.

El que era su jefe emitió un sonido parecido a un gruñido. Rory buscó algo que decir que fuera a cargarse la conversación.

—No podemos estar juntos.

—Eso ya lo veremos. Ahora quiero saber qué pinta Kristin aquí.

—Que no es que no quiera estar contigo —lo intentó de nuevo—. Porque sí quiero, porque estás muy bueno y demás, pero al final acabaría odiándote.

—¿De qué rincón sombrío de tu cerebro has sacado esa conclusión?

—Está claro que vivimos en universos distintos, y me dejarías sin pensarlo por una jugadora de voleibol de veinte años. Además, tengo traumas de la infancia. No es bueno para mí que salga con alguien que forma parte del mundo de mi hermano. En lo que respecta a Kristin, si tienes algún problema, háblalo con ella. Apenas nos dirigimos la palabra.

Brett supo que había una laguna en los argumentos de Rory, pero

fue incapaz de hallarla. Masculló algo entre dientes y se marchó a buscar a la madre de su *quarterback*.

***

—Ayudar esta noche a Rory es justo la distracción que necesito. —Kristin lo miró con el ceño fruncido—. Casi no puedo hacer nada más que morirme de la preocupación por Clint.

—Lo entiendo. —Brett hizo gala de toda su diplomacia—. Pero Rory no debería haberte dejado…

—Le faltaba personal, y ha sido una decisión mía.

Brett percibió la misma determinación en ella que había presenciado en su hijo y en su hijastra. Los Garrett iban a ser su perdición.

Kristin señaló hacia la blusa blanca y los pantalones negros que vestía.

—No te preocupes. Nadie me va a reconocer. Y si alguien me reconoce, ya me las apañaré. Ahora tengo que terminar de poner la mesa del bufé antes de que Rory me vea escaqueándome. Ya sabes lo irracional que es.

Que si lo sabía… Aunque Rory no era la única irracional allí.

Rivers se rindió, se dio una ducha rápida y se puso unos pantalones negros y una camisa deportiva negra antes de ir a ver qué más había ocurrido desde que salió de casa por la mañana.

Su piso nunca había resultado tan acogedor: sillas dispuestas en grupitos informales, manteles de lino azul oscuro, flores por todas partes… Los olores deliciosos que procedían de la cocina le recordaron que, a excepción de un puñado de almendras, no había comido nada más que un cuenco de cereales para desayunar.

Se fue al comedor, donde Rory había construido una especie de torre de entrantes como zona que presidía la mesa. Era un festín impresionante, con bandejas de cristal que albergaban distintos tipos de boles. Y la comida… Una montaña de fruta, quesos, carne, aceitunas y frutos secos, además de galletas saladas, tostadas y patatas para dipear. Rollitos de salmón ahumado, trozos de chorizo y cuencos con gambas salpicadas de ralladura de limón y cebolla. Si la fiesta no bastaba para impresionar a Tyler, Callie y al resto de los invitados, no se le ocurría qué podría lograrlo.

En la terraza había una barra y unos árboles en maceta que por la mañana no habían estado ahí. Se le daba bien recordar las caras, y reconoció al camarero como al tío que vivía justo delante de Rory. Abrió las puertas de cristal y salió al exterior.

—Eres Toby, ¿verdad? Nos conocimos en casa de Rory. Me alegro de que hayas podido echarle una mano.

—Es un placer. ¿Qué te pongo?

—Un *whisky* con hielo. Con mucho hielo. Va a ser una velada larga. —Mientras Toby le preparaba la copa, Brett decidió indagar un poco —. Rory sigue bastante afectada por lo que le ha pasado a Ashley. ¿Tú la conociste bien?

—Estaba loco por ella —respondió sin mirarlo—, pero solo me veía como un amigo.

Brett se preguntó si la policía había investigado el paradero de Toby la mañana del asesinato. Cuando le tendió la bebida, Brett oyó la voz de Callie Capello. Habían llegado los primeros invitados. Dio un trago a la copa y fue a saludar.

Callie iba enfundada en un ceñido mono blanco y lucía extensiones de pelo negro y un maquillaje muy completo. Esquivó la mano que le tendía Brett y le dio un beso en la mejilla, demasiado cerca de los labios. Él enseguida se apartó y miró por encima del hombro de la mujer en busca de su hijo.

—¿Y Tyler? —Como le dio la impresión de que Callie iba a darle un apretón en el culo, dio un rápido paso atrás.

—Ha ido al Muelle de la Armada con unos amigos. Vendrá pronto.

«Mierda». El verdadero objetivo de la fiesta era impresionar a Tyler, y el tío no se había presentado.

Callie se relamió los labios con la lengua.

—Estás tan guapo como siempre, Brett Rivers.

—Vamos a por una copa para ti. —Y, como era el ser humano más censurable del mundo entero, añadió—: El camarero te caerá bien. Es un chico muy majo, se llama Toby.

—Genial. Pero antes… ¿Dónde está tu sexi asistente?

Tal vez fuera un tipo censurable, pero no lo era tanto.

—Trabajando con ahínco. —La cogió por el codo y la condujo hacia la barra en el momento exacto en el que Kristin aparecía por el pasillo.

En los pocos minutos que habían transcurrido desde que la había visto, Kristin se había quitado el maquillaje y se había puesto gafas. Llevaba el pelo con la raya en medio y sujeto detrás de las orejas con horquillas. Unos cuantos detalles la habían convertido en una de esas personas a las que nadie suele prestar atención.

Sonó el timbre de la puerta. Kristin agachó la barbilla como si fuera una criada de una mansión inglesa y fue a abrir.

***

A las nueve de la noche, la fiesta estaba en todo su esplendor. Brett había hablado con todos los invitados, y solo unos cuantos habían sido lo bastante estúpidos como para comentar la detención de Clint. La

derruida torre de aperitivos de Rory se había sustituido por un espectacular bufé al gusto de todos: de los amantes de la carne, de los vegetarianos, de los que comían mucho y de los que estaban a dieta. Las bebidas fluían sin parar, la conversación era alegre y Rory había recopilado una estupenda lista de reproducción. La fiesta no podía ir mejor salvo por un grave problema. Tyler Capello todavía no había aparecido.

—A lo mejor querrías ir a rescatar a mi marido. —Al bajar la vista, Brett vio a Annabelle Granger Champion, la esposa de su jefe—. La señora Capello parece haberlo acorralado.

Como Rory, Annabelle tenía el pelo rizado, pero el suyo era cobrizo, en lugar de rubio, y era un par de dedos más bajita que Rory.

—Seguramente sea más adecuado que lo rescates tú —le dijo Brett —. Pero no dejes que ella te dé un beso. —Y añadió tras pensárselo—: A no ser que te apetezca.

Annabelle se rio. A él lo había sorprendido cuando la conoció. Había imaginado a la esposa de Heath como una modelo con mucha energía, en lugar de una diminuta casamentera dispuesta a emparejar a jóvenes y a mayores.

—Es una fiesta estupenda, Brett.

Era cierto. Más de cuarenta personas a las que había invitado habían acudido: jugadores de los Chicago Stars y de los Bears, un parador de los White Sox, un nuevo lanzador de los Cubs y uno de los Blackhawks. Karloh Cousins había llegado con unos cuantos compañeros de equipo. Y, a pesar de todo, Rory no hacía corto con la comida. Brett deseó verla ahí, disfrutando de la fiesta con él, en lugar de estar haciendo todo el trabajo. En cuanto a Kristin… Cada vez que la veía llevando un plato sucio, quería ir a encargarse él, pero cuando lo intentó, ella le dio un discreto pisotón. Por el momento, ni siquiera Heath la había reconocido. Su versión de la capa de la invisibilidad funcionaba.

Heath por fin había huido de las garras de Callie y fue junto a su esposa.

—¿Y Tyler, Brett?

—Todavía no ha venido. —Saltaba a la vista el descontento de Heath—. ¿Qué tal te va con Callie?

—Sigo con los pantalones abrochados, así que me ha ido mejor que a Nate. La cuestión es otra: ¿qué tal te llevas tú con ella?

—Sigo puro como la nieve.

Annabelle frunció el ceño al observar a la mujer que le había tirado los tejos a su esposo.

—Me da a mí que fichar a Tyler Capello nos traerá más problemas que ventajas.

—¡Te equivocas!

—¡Qué va! —exclamaron Brett y Heath al unísono.

Annabelle miró a Brett con desaprobación.

—Tú todavía eres joven y entiendo tu visión sesgada de la vida, pero tú… —Fulminó a su esposo con la mirada—. Deberías saber que no tienes por qué complicarte la vida de esa manera.

La expresión de Heath se suavizó como solo ocurría cuando estaba con su mujer.

—La mía no. La de Brett.

Presenciar la intimidad entre la pareja le provocó cierto dolor a Brett. Él nunca había disfrutado de una relación como aquella.

La sensación desapareció con la misma rapidez con la que se había manifestado. La clase de comunicación tácita que tenía con Rory demostraba que la gente no debía casarse para disfrutar de una relación cercana. Rory y él prácticamente podían leerse la mente. La gente se complicaba demasiado la vida.

Kristin salió de la cocina con una bandeja vacía. Annabelle la estaba mirando fijamente, y él enseguida intervino para intentar distraerla.

—¿Cómo están vuestros hijos?

Pero era demasiado tarde.

—¿Señora Garrett?

Kristin se giró al oír la voz de Annabelle. Debían de haberse conocido en la celebración anual que organizaba la agencia para los clientes. Kristin la saludó con un asentimiento. A todas luces confundida, Annabelle se fijó en el uniforme de camarera. Como ser sutil no era lo suyo, fue directa al grano:

—¿Y eso?

Kristin se le acercó y le respondió en voz baja.

—Estoy echando una mano a mi hijastra. Es la que lleva el cáterin de la fiesta.

Brett puso una mueca.

Heath se colocó junto a su mujer y habló con la amabilidad de la que hacía gala una pitón antes de estrujar a su víctima y dejarla sin vida. En ese caso, la víctima era Brett.

—¿Tu hijastra lleva el cáterin de la fiesta? ¿La hermana de Clint?

—Hermanastra —lo corrigió Kristin—. Es una cocinera estupenda, como habréis comprobado.

—Y no quieres que nadie te reconozca. —Annabelle asintió.

—¿Qué tal se me está dando? —Kristin le lanzó una débil sonrisa.

—No se lo diremos a nadie.

Cuando la madre de Clint retomó sus deberes, Heath le cogió el hombro a Brett como si de una tenaza se tratara.

—El domingo a primera hora de la mañana te quiero en mi

despacho.

***

A Rory le dolían los pies y la espalda, se había cortado y quemado la mano, pero nada de aquello importaba. La velada estaba siendo perfecta. Las sobras perecederas estaban en la nevera, las demás en táperes sobre la encimera. Se habían terminado los perritos calientes con cebolla y solo quedaban unos cuantos burritos de lechuga, pero por lo demás había preparado suficiente comida para todos los invitados. Las cajitas de muestra con bombones estaban apiladas junto a la puerta principal. Rory rezó por que su inversión diera buenos frutos. Tan solo debía sacar la exhibición de postres.

—Aquí huele a las mil maravillas. —Callie Capello había cruzado la puerta.

No era la primera invitada que entraba en la cocina, pero nadie se había quedado tanto rato. La madre de Tyler, sin embargo, parecía dispuesta a entablar una larga conversación. Rory la saludó con un breve asentimiento.

—Señora Capello.

—Callie, ¿recuerdas? —Señaló hacia los platos que esperaban su turno en el lavavajillas, que zumbaba ligeramente—. La comida estaba deliciosa. Eres una mujer muy talentosa.

—Espero que te lo estés pasando bien. —Rory se agachó para echar un vistazo a los últimos *coulants* de chocolate. El tiempo de horno debía ser preciso. La masa debía cocinarse sin llegar a quemarse por fuera ni dejar seco el líquido del centro.

—Es una fiesta fantástica —dijo Callie.

El lavavajillas pitó para indicar el final del último lavado. Una columna de vapor se alzó cuando Rory abrió la puerta. Se había pasado toda la noche usando el programa exprés, por lo que debía sacar los platos aún calientes; cogió un paño.

—¿Se lo está pasando bien Tyler?

—No ha venido.

—¿A qué te refieres? —Rory se quedó paralizada a pocos centímetros de coger un plato—. ¿No ha venido a la fiesta?

—Había quedado con unos amigos en el Muelle de la Armada. —Callie se recolocó el escote del ceñido mono blanco para bajárselo un poco, en lugar de subírselo—. Dijo que vendría, pero deben de haberlo distraído.

Kristin no había mencionado en ninguno de sus viajes hacia la cocina que el invitado de honor estuviera ausente, pero las dos habían estado demasiado ocupadas como para decirse más que unas cuantas

rápidas instrucciones.

—No lo entiendo. Brett ha organizado la fiesta solo para él.

Callie se encogió de hombros.

—No me parece bien. —Rory cogió un paño seco—. Llámale y dile que tiene que venir.

—Qué mandona eres. —Callie irguió una ceja oscura, delineada a la perfección.

—Es que no se está portando bien. Brett ha planeado la fiesta para él.

—Bueno, vale. —Mientras Rory sacaba otro plato caliente con el paño, Callie cogió el móvil que llevaba en una pequeña bandolera plateada y llamó—. Tyler, ven aquí. Ahora.

Por lo visto, Tyler no estaba acostumbrado a discutir con su madre, ya que esta colgó el teléfono sin esperar una respuesta.

—En breve estará aquí. —Apoyó las caderas en la encimera, una posición que llevaba hacia delante sus generosos pechos—. ¿Cómo estás? —ronroneó.

Rory estaba cansada, los platos quemaban y tenía que ir a hacer pis.

—Si te digo la verdad, a mí me van los tíos, pero besas superbién.

Callie se echó a reír.

—Últimamente vivo rodeada de demasiados lameculos. Es agradable estar con alguien sincero y directo.

Rory añadió otro plato a la caja de plástico que contenía la pila creciente de platos limpios.

—Es una buenísima oportunidad para que te diga que Brett es el rey de la sinceridad y la franqueza. Por lo menos con sus clientes. Con sus relaciones personales no estoy tan segura. Aunque me da lo mismo.

—Eres adorable. —Callie sonrió.

—Gracias. —El temporizador del horno soltó un pitido—. Perdona. Tengo que encargarme de esto.

—Te dejo tranquila. Gracias por acordarte de mi beso.

Rory se echó a reír.

***

Brett ya había tirado la toalla con la presencia de Tyler cuando su invitado de honor por fin entró por la puerta. Por desgracia, no acudía solo. Tommy Landom iba a su lado.

—Vaya fiestorro has organizado, Rivers —dijo Landom arrastrando las palabras y con la mirada algo perdida.

Sin disculparse por llegar tarde, Tyler se apartó de Landom y fue directo a hablar con el lanzador de los Cubs. Heath, que estaba cerca

de la chimenea, vio a Tyler y a Landom. Le lanzó a Brett una mirada colérica que hizo que Rivers pensara que la vicepresidencia corría riesgo de esfumarse.

Brett se movió hacia Landom, que apestaba a colonia y a *whisky*.

—¿Qué haces aquí, Tommy?

—Vigilando a mi muchacho, nada más.

—No creo que siga siendo tu muchacho.

—Esto todavía no ha acabado.

Cuando Brett se preparó para echar a Landom por la puerta a patadas si era necesario, Kristin salió de la cocina con una bandeja llena de *coulants* de chocolate de distinto tamaño. Rory la seguía. Desde la última vez que él la había visto, se había alzado la coleta por encima del pañuelo y, en lugar del delantal verde que llevaba antes, lucía uno blanco inmaculado. El maquillaje con el que empezó la velada había desaparecido, pero seguía estando guapísima.

Llevaba en las manos un tamiz y un cuenco lleno de lo que parecía azúcar glas y lo dejó en una mesa del comedor que Kristin había despejado. Obviamente, iba a pasar algo, y los invitados se congregaron para verlo, Tyler incluido.

Kristin dejó la bandeja en la mesa. Rory cogió el tamiz y lo puso encima de los pastelitos para espolvorearlos. Del bolsillo del mandil, se sacó un pequeño encendedor de cocina.

—¿Preparados para el postre?

Reinaba un buen ambiente, y alguien en la multitud soltó un silbido. Rory sostenía el tamiz con una mano y el encendedor con la otra. Con un rápido movimiento de pulgar, provocó una llama, el azúcar cayó del tamiz y una bola de fuego de un naranja muy vivo estalló sobre los pasteles.

Los invitados gritaron y estallaron en vítores cuando desapareció la bola de fuego.

—¡Otra vez!

—¿Cómo lo ha hecho?

—Queremos volver a verlo.

Todo el mundo estaba claramente impresionado.

Rory sonrió, espolvoreó el azúcar sobre los *coulants* mientras con la otra mano encendía el mechero, y apareció otra bola de fuego. Madre mía, qué bien se le daba aquello. Si el jefe de Brett no supiera que la había contratado para el cáterin y la madre de Clint no estuviera acarreando platos sucios de un lado a otro, habría sido una fiesta maravillosa.

Después de varias demostraciones, Kristin se llevó el cuenco de azúcar y Rory cortó el primer pastel.

Un río de chocolate surgió del centro.

Mientras los invitados hacían fila para servirse una porción, Rory

señaló varios boles con frutos secos, coco, frambuesas y nata montada para quien quisiera añadir algo más a los *coulants*. Brett quería tomárselo a palo seco.

—Es una fiesta chulísima, tío. —Tyler Capello se había puesto a su lado—. Tendría que haber venido antes.

«¿Tú crees?».

—Me alegro de que hayas podido venir, Tyler. ¿Ya has conocido a Akeem Deever? Deja que te presente a…

De pronto, las cortinas de gasa que cubrían las puertas de la terraza se prendieron fuego.

Capítulo 17

Alguien chilló. Rory corrió hacia la cocina. Brett cogió un cojín para apagar las llamas. Annabelle Champion fue a ayudarlo, pero Heath la apartó y se hizo con otro cojín. Callie se llevó a su mimado hijito a un sitio seguro al tiempo que un humo acre empezaba a llenar la estancia. De reojo, Brett vio a Tommy Landom observar con ebria incredulidad el mechero que tenía en las manos. «¡Será cabrón!». Landom soltó el encendedor y echó a correr.

La corriente de las puertas abiertas alimentó las llamas mientras los invitados se marchaban del piso. Karloh Cousins ayudó a una mujer que había resbalado con uno de los numerosos trozos de *coulant* de chocolate que se acumulaban en el suelo. Toby empujó la barra portátil hacia el fondo de la terraza para alejar las bebidas alcohólicas del fuego. Un mantel se prendió, los detectores de humo empezaron a soltar agua y los invitados, con la excepción de Heath y Annabelle Champion, corrieron hacia la puerta.

Rory salió a toda prisa de la cocina con el extintor que Brett había olvidado.

—Apartaos. —Apuntó la boquilla hacia las llamas, tiró de la anilla de seguridad y pulsó el gatillo del extintor con la maestría con la que un cazafantasmas manejaba un lanzador de protones. Las llamas terminaron apagándose, pero del techo siguió cayendo agua.

Rory se encontraba ante el desastre de la fiesta, con toda la tristeza del mundo en la cara, así como con la ropa empapada, el pañuelo calado colgando de la coleta y el extintor a un lado.

Para cuando el equipo de mantenimiento del edificio hubo apagado los detectores de humo, en el piso de Brett solo estaban él, Rory, Kristin, Toby y los Champion.

—Organizar fiestas se te da de lujo —murmuró Heath apretando los dientes.

Brett levantó a la madre de su *quarterback* estrella, que estaba de rodillas entre los restos empapados de *coulant* para recoger los platos sucios.

—Ya me encargo yo, Kristin.

A diferencia de su esposo, Annabelle tendía a mirar la parte positiva.

—Lo bueno es que todo el mundo hablará de esta fiesta durante años.

—Eso sin duda. —Heath señaló con un amenazante gesto de la cabeza hacia el vacío comedor. Brett lo siguió, caminando con la falsa

confianza de un hombre cuya carrera no se estaba desmoronando a su alrededor.

La Pitón se detuvo junto a la mesa.

—Hagamos un resumen de la situación. Tu principal cliente está acusado de asesinato, su madre está de rodillas limpiando, su hermana se ha dejado la piel en tu cocina cuando debería ser una invitada y, por encima de todo, Tyler Capello, un jugador al que no has fichado, se presenta en tu fiesta con el gusano de su exrepresentante, que prende fuego a tu piso. ¿Es un buen resumen? ¿Me dejo algo? —escupió.

Brett Rivers nunca se quedaba sin habla, pero hay una primera vez para todo.

—A lo largo de los años, he visto muchas cagadas —prosiguió Champion—, pero la tuya acaba de ponerse en el número uno de la lista. ¿Se puede saber qué te pasa y qué es lo que no sé?

«Demasiadas cosas».

—Es una extraña sucesión de circunstancias, nada más.

—Más te vale que sea la última circunstancia extraña. —La Pitón no había acabado con él aún—. ¿Sabes lo que había planeado para mañana? Había planeado irme al lago con mi familia a disfrutar del sol en un pequeño velero. Y resulta que ahora me tendré que pasar el día al teléfono, algo que me sitúa en la lista negra de mi mujer, que no es una lista en la que me guste aparecer y ¡en la que no estaría si tú no hubieras metido la pata hasta el fondo! Nunca pensé que tuviera que decírtelo a ti, precisamente a ti, pero me has decepcionado. —Giró sobre sus talones y comenzó a recorrer el comedor, tal vez llevándose consigo el futuro de Brett.

Los Champion se marcharon, y Kristin aceptó la oferta de Toby de llevarla en coche hasta el piso. Antes de salir por la puerta, se acercó a Rory.

—Lo siento —le dijo—. Te has esforzado muchísimo.

Técnicamente, el que merecía las condolencias era él, ya que se trataba de su piso y de su carrera, pero Rory no estaba asimilando demasiado bien lo ocurrido. Había agachado los hombros, con los brazos inertes a los lados; la fiereza que era tan predominante en su personalidad se había esfumado. Un doloroso nudo le constriñó el pecho a Brett.

—¿Tienes ropa para cambiarte? —Sonó tan ronco como amable, sin saber cómo se sentía.

Rory negó con la cabeza, le dio la espalda y regresó a la cocina. Sus zapatillas coloridas rechinaban contra el suelo.

Solo se habían activado los detectores de humo en el comedor y en el recibidor, pero todo el piso apestaba a humo, a Brett le ardían los pulmones, y todos debían salir de allí de inmediato. Se dirigió a su

dormitorio y metió una muda en su bolsa se viaje.

***

Rory se quedó mirando las cajas de la empresa que les había proporcionado los platos y la vajilla, paralizada por la conmoción de lo que acababa de suceder. Brett llegó tras ella. Tenía la cara y el cuello cubiertos de hollín, la camisa negra destrozada y un agujero en los pantalones.

—Mañana me ocuparé de todo eso —le dijo—. Vámonos.

—No puedo dejarlo así.

Brett extendió un brazo hacia su cintura y le desató el delantal empapado.

—Esta noche ya no podemos hacer mucho más.

—Pero es que no lo entiendo. —Perpleja, se lo quedó observando —. He dejado el encendedor en la mesa. Sin más.

—Tommy Landom lo ha visto. Estaba borracho, y supongo que quería probar tu truquillo del azúcar.

—Ha sido culpa mía. —Rory se retorcía las manos.

Brett la miraba con tanta lástima que a ella le entraron ganas de estrangularlo.

—No has hecho nada mal —le aseguró—. Ha sido una fiesta estupenda. Hasta casi el final. —Le pasó un brazo alrededor y la sacó de la cocina.

Rory pensaba que lo peor ya había pasado, pero se equivocaba. Cuando se acercó al recibidor, vio que las cajas con sus mejores bombones formaban una empapada pirámide en el suelo.

***

Brett no se fiaba de la camioneta destartalada de Rory, así que la siguió a casa y la acompañó hasta su piso, donde todavía se percibían los olores de los platos que había preparado para la fiesta. El andrajoso apartamento, con suelos rechinantes, sofá hundido y aromas hogareños, le parecía más acogedor de lo que había sido su piso nunca. Ella estaba pálida, y le acarició la mejilla.

—No vas a empezar a llorar delante de mí, ¿verdad?

—Soy una guerrera. —Parpadeó con fuerza—. Las guerreras no lloramos.

Le estaba rompiendo el corazón. O le estaría rompiendo el corazón si Rivers tuviera uno. La blusa blanca y sucia de Rory lucía tres diminutas quemaduras cerca del pecho, había perdido el pañuelo del pelo y estaba tan desanimada como un jugador de fútbol americano

que hubiera sido incapaz de anotar un punto para desempatar una final.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó, aturdida.

—Irme un par de días a un hotel. Mañana llamaré al seguro. —Una tarea sencilla comparada con tener que enfrentarse de nuevo a Heath. Unas pocas semanas antes, Brett había estado en la cima del mundo, preparado para el siguiente movimiento de su exitosa carrera, y de pronto se veía entre la espada y la pared.

—No puedes irte a un hotel con esas pintas —le comentó—. Usa mi ducha.

—Tú primero. La necesitas más que yo.

Veinte minutos más tarde, Rory salió del cuarto de baño con uno de esos albornoces blancos que la hacían parecer una colcha pasada de moda, y se había envuelto el pelo con una toalla. Como no había llevado nada de ropa limpia al baño, Brett supuso que debajo de la tela estaba desnuda, una imagen erótica que le hizo olvidarse de sus ropas mojadas. Procuró recomponerse.

—¿Te sientes mejor?

—El baño es todo tuyo.

Rory no le había contestado. Brett cogió la bolsa que acababa de sacar del coche.

—En la cocina te espera un sándwich de queso fundido. Fijo que no has tenido tiempo de comer nada.

—¿Me has preparado un sándwich de queso fundido?

—Es una de mis habilidades.

—Gracias. —La sonrisa de Rory era tan triste que apenas contaba como tal.

***

El pan estaba tostado a la perfección y el queso, deliciosamente fundido. Incluso lo había cortado en dos triángulos. Brett Rivers lo hacía todo bien, pero Rory tan solo pudo comer un par de bocados. La imagen de esas cajitas destrozadas con sus bombones de muestra se había grabado a fuego en su mente.

Dejó el sándwich en la mesa de centro y se desplomó en el sofá. Qué mal le había salido el plan de presentar sus creaciones a los deportistas adinerados de Chicago. Había utilizado los ingredientes que le quedaban, había fracasado estrepitosamente y había llegado el momento de rendirse. De vender el Palacio Real del Dulce, pagar las deudas y aceptar trabajos en empresas de cáterin para mantenerse. Trabajos a jornada completa que la dejarían sin tiempo libre y sin alma. Una vez más, lo dejaría correr. Una vez más, demostraría que no era lo bastante resistente como para perseguir sus sueños.

Pero todavía era capaz de trabajar, ¿verdad? Y todavía sabía cómo preparar unos bombones excepcionales. ¿Y si no lo dejaba? ¿Y si, a pesar del fracaso, persistía? ¿Y si, de hecho, resistía más?

Brett salió del cuarto de baño con la ropa que a ella le gustaba más verlo vestir: pantaloncitos de deporte y camiseta. Rory no llevaba nada debajo del albornoz, y se cubrió las piernas mientras agradecía la distracción que le provocaban los surcos que había dejado el peine en el pelo húmedo de él.

—Tu pelo siempre me pone de mal humor.

—Qué curioso. A mí el tuyo siempre me pone de buen humor. Venga, ¿por qué no dices todo lo que necesites para sentirte mejor?

—Lo siento. —Lo miró a los ojos—. Quería que todo saliera perfecto.

—Todo lo que has hecho ha sido perfecto —le aseguró—. Ha sido culpa mía. Debería haber echado a Tommy de una patada en el culo en cuanto ha entrado en el piso.

—No eres tú quien ha decidido añadir un poco de fuego al postre. —Se tapó la cara con las manos—. Me ha dado por alardear de técnica, y me he cargado tu casa.

—El piso está asegurado, y vendrá una empresa de reparaciones para ocuparse del desastre. —Cogió el sándwich de queso fundido que ella había abandonado—. Siéntate recta y deja de sentirte culpable. —Dejó el sándwich de nuevo en la mesa de centro sin darle ni un solo bocado—. Me preocupa más mi carrera que mi piso.

Rory nunca lo había oído expresar ninguna vulnerabilidad, por lo que decidió observarlo con mayor atención. Brett apartó la vista.

—Olvídalo. Todo saldrá bien.

Brett se arrepentía de haberse mostrado inseguro durante unos segundos, y Rory experimentó un remolino de lástima. ¿Habría algo en el mundo que fuera suficiente para él? Le rozó el muslo desnudo y murmuró:

—Porque eres Brett Rivers.

—Exacto. —Asintió con la mirada clavada al frente.

—No hace falta que seas invencible, ¿eh? —Le apoyó la cabeza en el hombro—. A veces todo el mundo se desmorona o se queda sin fuerzas. Y no pasa nada.

—A mí no me pasa. —La rodeó con el brazo.

De repente, la puerta se abrió. Kristin se quedó paralizada al verlos acurrucados en el sofá.

—Uy.

Rory y Brett se apartaron de inmediato.

Un engorroso silencio se instaló entre ellos.

Rory se levantó e intentó desviar la atención.

—¿Dónde estabas, jovencita?

—Toby y yo teníamos hambre. Hemos ido a Denny's. Enseguida vuelvo. —Dicho esto, Kristin desapareció por el pasillo.

Rory se dejó caer en el sofá.

—Como si la situación no fuera una mierda ya, ahora me va a dar el coñazo por cómo se me ocurre liarme con un tío con el que no hay ningún futuro.

—No nos estamos liando, y tienes treinta y cuatro años. —Brett se había puesto en pie—. Y dudo mucho de que se ponga a darte el coñazo por nada. —Aun así, se había separado un par de metros de ella y aparentaba la misma incomodidad que Rory. Y cuanto más incómodo estaba él, más triste se ponía ella.

La suya era la típica relación prohibida. Rory suponía una amenaza a la carrera de Brett y Brett era un camino directo al sufrimiento por desamor. La única razón por la que su relación había durado tanto era porque los dos intentaban ayudar a Clint. En un mundo ideal, quizá llegaran a ser amigos de verdad. Era lo que ella necesitaba. Un buen amigo. Era lo que los dos necesitaban. Rory había dejado atrás todas sus amistades al mudarse y Brett tenía clientes en lugar de amigos. Y la tenía a ella. Pero la tensión sexual que los envolvía se lo estaba cargando todo.

Kristin regresó por el pasillo.

—Toby me deja mudarme a su segunda habitación.

—No hace falta que te vayas a ningún lado —dijo el señor Témpano de Hielo desde la puerta de la cocina, lo más lejos de Rory posible—. Me iré a un hotel.

—Creo que es mejor que me marche —insistió Kristin.

—No es lo que parece —protestó Rory mientras se ceñía el cinturón del albornoz—. Es… Somos amigos. Brett cree que sus clientes son sus amigos, pero no lo son, porque siempre tiene que estar en guardia cuando está con ellos. Pero conmigo no tiene nada que perder.

—Yo no veo nada. —Kristin alzó una mano—. Ni sé nada. Cojo unas cuantas cosas y me piro.

Rory miró a Brett. Entre sus cejas se habían formado dos profundos surcos. Kristin reapareció al poco con un cepillo de dientes y un pijama en el brazo.

—Pasadlo bien.

—No vamos a pasarlo…

Pero Kristin ya había salido por la puerta.

—¡Lo único que quiero es que seamos amigos, coño! —Rory apretó los puños.

—No es realista —terció él, impasible.

—¡Claro que sí! —Se levantó de un salto y se dirigió hacia él—. Solamente tenemos que esforzarnos un poco.

—Y ¿cómo se supone que voy a esforzarme cuando estoy cerca de ti? —Brett dio varios pasos adelante—. De ti y de tus ojos de botella de ginebra…

—¡¿De botella de ginebra?!

—… ¡Y de esa ropa tan ridícula que no te tapa nada!

—¡Mi ropa me lo tapa todo!

Brett se cernía sobre ella.

—Y de tu impertinencia y de esas piernas…

—¡Ni se te ocurra criticar mis piernas! Que me rocen los muslos no significa que…

—¡Y de tu pelo!

—¡Y dale con mi pelo! No puedo evitar que…

—De esos rizos en los que me apetece hundir las manos. —Para sorpresa de Rory, fue justamente lo que hizo. Les dio un suave tirón, sin hacerle daño, y los duros ángulos del rostro de Rivers se suavizaron—. Y de esa boquita tan afilada.

—¿Qué le pasa a mi boca? —le preguntó al tiempo que observaba sus ojos gris de gánster.

—Nada, ese es el problema —contestó con un susurro.

Sus labios se acercaron. Sus pulgares le acariciaron la cara, le rozaron la comisura de la boca. En el mundo solo estaban ellos.

Brett le levantó la barbilla y le dio el beso más dulce que ella hubiera recibido jamás. Hasta que la dulzura se tornó fiereza.

Rory se arrimó contra su cuerpo. Las manos de él le bajaron por el culo y la levantaron del suelo. El albornoz se abría debajo de su cuello, se ceñía sobre la curva interna de sus senos, estampados contra el tejido suave de la camiseta de Brett. Rory le rodeó el cuello con los brazos.

Brett la llevó hasta el dormitorio. Los besos se volvieron más profundos, más impacientes. Rory bajó por su cuerpo. Cuando tocó el suelo con los pies, el albornoz se deslizó por sus brazos hasta los codos, liberando así sus senos. Brett bajó la vista. Ella se apropió de sus labios en lo que él tiraba del albornoz hasta dejarlo en el suelo.

Rivers admiró su cuerpo como si nunca hubiera visto a una mujer desnuda, y, por primera vez desde que se conocieron, Brett Rivers, el hombre de la labia, parecía sin palabras. Hasta que las encontró.

—Dios, qué guapa eres.

Rory no se sintió cohibida. Aquel era su cuerpo: cintura estrecha, muslos y caderas curvilíneos, una ligera redondez en la barriga. No había tenido motivos para depilarse, y lucía vello en las piernas. Pero su cuerpo era fuerte, estaba sano y era suyo.

—No soy guapa —dijo—. Soy yo, y punto.

—Eres más que suficiente —rugió él. Le puso las manos en los muslos para volver a levantarla. Ella le rodeó la cintura con las

piernas y se abrió a los dedos ágiles y aventureros de Brett.

Había llegado el momento de perder el control. De devorarse mutuamente a besos. De aterrizar con torpeza sobre la cama. Rory le sujetó la cintura de los pantalones de deporte.

—Fuera.

Él se incorporó, pero solo se quitó la camiseta. Con los ojos brillantes, la besó de nuevo.

Se enredaron en el cuerpo del otro. Ella metió las manos dentro de la cintura elástica de los pantaloncitos. No tardó demasiado en encontrar lo que buscaba.

Brett gruñó al tiempo que Rory lo exploraba. Ella no se acordaba de su cuerpo. Era como si lo viera por primera vez.

Los pantalones cortos desaparecieron, y las manos de él la barrieron por completo, y usó su poderosa habilidad para leerle la mente a fin de descubrir lo que le daba más placer.

Piernas separadas. Mojada. Abierta. Dedos. Boca.

Una eternidad transcurrió en cuestión de minutos, de horas. Rory se desplomó.

Brett apenas le dio tiempo para recuperarse antes de situarse encima de ella. Estaba colorado, tenía los ojos oscuros.

—Guapa —susurró.

Y entonces se adentró en su interior, y todo empezó de nuevo.

***

A la mañana siguiente, Rory se despertó y vio que Brett seguía durmiendo a su lado. En lugar de obsesionarse con los problemas que se extendían ante ella, se permitió disfrutar del olor de él, a sexo, especias y restos de la loción del afeitado. Se incorporó sobre un codo y observó el torso desnudo de Brett, contenta por que no se depilara. No estaba acostumbrada a verlo relajado e, incluso al dormir, hacía sutiles gestos. Un tembleque en el pie, un batido de los párpados. En alguna parte del cerebro, seguía alerta. Rory lo deseó otra vez. Dios, cuánto lo amaba.

Se incorporó de golpe. ¡Pues claro que no lo amaba!

Pero es que sí lo amaba. A pesar de todos los sermones que se había dicho, se había enamorado de él. ¿Qué le pasaba? Cogió la almohada y le dio un golpe en la cara.

—¡Largo!

Brett gruñó y abrió un ojo lentamente.

—Qué… cascarrabias.

Su voz grave matutina lo volvía más irresistible si cabe. Rory contuvo la necesidad de recorrerle los pómulos con un dedo. Brett se

puso una mano detrás de la cabeza y se la quedó mirando con los ojos semiabiertos.

Rory saltó de la cama y cogió la bata de chenilla del suelo.

—Estás pensando en lo rápido que puedes salir pitando, ¿verdad?

—Te equivocas. —Rivers se sentó contra el cabecero de la cama y la observó al tiempo que ella metía los brazos en las mangas del batín —. Es complicado, nada más. —Se pasó una mano por el pelo revuelto —. No me puse condón. Ni siquiera se me ocurrió.

Rory cogió la almohada de la cama y volvió a golpearlo.

—¡Tomo la píldora! Y no tenemos ninguna enfermedad de transmisión sexual. Ya lo sabemos, así que ¡tranqui!

Brett le confiscó la almohada y la lanzó a la otra punta de la cama, lejos de su alcance.

—Yo siempre me pongo condón.

—Pues ya te avisaré si me quedo embarazada. —Se ciñó el cinturón de la bata—. Podrás criarlo tú.

—No tiene gracia.

Más molesta consigo misma que con él, esquivó los pantalones de deporte y las Nike al encaminarse hacia la puerta del dormitorio. Se detuvo, decidida a alzar una barrera insalvable entre ambos.

—No te quiero —le dijo—. Lo más mínimo. Quítate esa idea de esa cabecita egocéntrica.

—No se me había ocurrido esa idea, pero gracias por aclarármelo.

—Lo digo en serio. Tu personalidad de capullo no me interesa en absoluto. Solo tu cuerpo.

La tensión que rodeaba los labios de Brett cedió para dar paso a una lenta sonrisa. Bajó de la cama.

—Hablando de cuerpos… —Desnudo, caliente y macizo, con ojos de demonio, ese hombre era pura dinamita sexual—. Déjame ver el tuyo otra vez. —El nudo que acababa de atarse con el cinturón del batín se aflojó con un simple tirón de Brett.

Una última vez. Una última vez y se acabó.

No intentó detenerlo cuando cogió las riendas de la situación, la lanzó a la cama y la movió a un lado y a otro para dominarla de la forma más excitante posible.

Pero él no era el único que sabía coger las riendas y, después de que Brett lo hubiera dado todo, Rory dejó a un lado sus recelos y se adueñó del momento.

—Ponte boca arriba.

Casi la sorprendió que la obedeciera, aunque puso expresión de cautela.

—Y ahora —le dijo con su recién descubierta voz de dominatriz—, haz exactamente lo que te diga. —Le puso una mano abierta sobre el pecho desnudo—. O si no…

***

Rory se dio una ducha, se recogió el pelo en un moño de cualquier manera y, sin molestarse en maquillarse, se puso unos pantalones piratas y una camiseta negra descolorida. Se estaba mordiendo el labio inferior cuando Kristin entró sin llamar, todavía en pijama.

—He oído que Brett se ha marchado.

—No ha pasado nada entre nosotros —mintió Rory mientras iba descalza hacia la cocina para preparar café. Brett no le había dado un beso de despedida al irse media hora antes para ir a comprar unos dónuts, pero ya se habían dado suficientes en el dormitorio.

Kristin la siguió hasta la cocina con la misma cara que había puesto cuando Rory le había dicho que había ido al centro comercial con Jenna Willis, cuando en realidad había estado en el sótano de Jenna besuqueándose con Will Gibson. Pero esa vez Kristin no era el enemigo, y mentir le pareció otro ejemplo de tomar el camino fácil. Rory llevó la cafetera al fregadero.

—Vale. Entre nosotros ha pasado de todo, y se ha ido a comprar dónuts, y no quiero hablar de eso.

—Ay, Rory… —El susurro de Kristin sonó más preocupado que decepcionado.

—Nunca apruebas a ninguno de mis novios.

El patético intento de Rory por hacer broma cayó en saco roto, y la expresión de inquietud de Kristin no hizo sino acrecentarse. Rory dejó la cafetera en el fregadero.

—Ya lo sé, ya lo sé. Liarme con él ha sido una gilipollez. Es el representante de Clint, y a él solo le interesa su trabajo y ganar dinero. Además, Brett es Brett y yo soy yo.

—No pasa nada porque seas tú —le espetó Kristin—, pero sí pasa porque sea él.

Rory se enfadó, pero antes de que pudiera defenderlo, Kristin prosiguió.

—Brett Rivers me cae bien. Es un tío listo y ético, conoce el gremio y cuida superbién a sus clientes. Pero ¿como compañero sentimental…? Ese hombre no hace más que trabajar. —Se apoyó en la nevera, cruzada de brazos—. Rory, mereces muchísimo más.

—¿Quién ha dicho nada de sentimientos? —La sinceridad de Rory tenía límites—. Es solo sexo —masculló.

—Desprende testosterona, lo entiendo, pero las mujeres son algo externo a su vida. Si se decide a estar con una, será un segundo plato después de su carrera.

—Eso es algo que sé desde el principio.

Kristin asintió y le puso una mano en el hombro con amabilidad. Rory quiso recostar la mejilla, pero se limitó a abrir el grifo y llenar la

cafetera.

—Me tengo que vestir. —Kristin se apartó—. He invitado a Daniel a hacer un pícnic esta tarde en el Millennium Park, pero antes quiero llevar mis cosas al piso de Toby.

—¿Y eso? —Rory se la quedó mirando.

—La empresa de Toby lo envía una semana a Washington, y me voy a quedar en su casa mientras no esté.

—No tienes por qué.

—Alguien debe cuidar al pobre Luther, y ya va siendo hora de que recuperes tu habitación.

***

Brett regresó al poco de que se fuera Kristin.

—No sabía cuál te gustaba más, así que he cogido uno de cada. —Dejó una caja enorme de dónuts sobre la mesa de centro—. Menos de chocolate. No quiero que pierdas ese paladar tuyo.

—Muy astuto. Voy a por el café. —Llenó un par de tazas y regresó al comedor. Brett estaba sentado en el sofá, con las piernas extendidas, mirando hacia la nada. La naturalidad entre ellos había desaparecido. Rory le tendió la taza de café y se sentó a su lado sin tocarlo—. No te había visto tanto tiempo separado del móvil, salvo en Míchigan, cuando no tuviste otra opción.

—He hecho unas cuantas llamadas mientras iba a por los dónuts.

—Me alegra saber que no has perdido tu esencia. —Cuando él levantó la tapa de la caja, Rory se quedó observando el contenido—. ¿Dos docenas?

—Más opciones.

Como la noche anterior, pensó ella. Un montón de opciones. Evitó un dónut con cobertura de vainilla y trocitos de caramelo y optó por uno relleno de crema, pero acabó dejándolo, como si no pudiera decidirse, cuando en realidad la incomodidad que se había instalado otra vez entre ambos la había dejado sin apetito.

En la taza azul oscura de él ponía: «¿Hay chocolate?». Bebió un sorbo.

—Vi lo que les pasó a las cajitas de bombones que preparaste. Ibas a dárselas a los invitados cuando se marcharan, ¿verdad?

—Una idea maravillosa que se me ocurrió. —Se obligó a no dejarse llevar por la amargura—. Era publicidad exclusiva de mi negocio. No te iba a cobrar ni un centavo por ellas.

—¿De tu negocio?

—A pesar de lo que pienses, no estoy tan perdida.

—Yo no he dicho que lo estés.

—Pero es lo que piensas. —Observó su taza; la superficie del café

distorsionaba su reflejo—. Tengo un plan. Voy a tardar un poco más en llevarlo a cabo de lo que esperaba, pero lo voy a conseguir.

—Cuéntamelo.

Rory se armó de valor y rezó por que él no se echara a reír.

—Voy a remodelar la gastroneta y voy a vender mis bombones desde ahí —anunció de corrido.

—Interesante. —Brett asintió.

—El lunes mismo —se apresuró a añadir, ya que no quería oírlo enumerar la lista de obstáculos—, voy a solicitar todos los puestos que encuentre en empresas de cáterin para ganar dinero. También voy a buscar a una compañera de piso. En cuanto pueda pagar la multa, empezaré a ahorrar para las reparaciones de la camioneta. Para cuando llegue el invierno, quiero poder estar ya vendiendo. No es el mejor momento para arrancar con una gastroneta, ya lo sé, pero añadiré recetas ingeniosas de chocolate caliente en el menú, entre otras cosas.

Rivers todavía no fruncía el ceño, así que Rory le habló de la página web que estaba creando, de la cocina profesional que pretendía alquilar y de los ingredientes especiales que tarde o temprano podría permitirse para preparar los bombones de chocolate de sus sueños.

—En la fiesta lo hiciste genial —la felicitó—. ¿Por qué no creas tu propia empresa de cáterin?

—No soy una cocinera lo bastante buena como para ofrecer platos mucho más complicados que los que serví. Además, para fundar una empresa de cáterin hace falta dinero, y hay poco margen de beneficios. Y… sería muy desgraciada.

—Te voy a pagar los bombones que has perdido —afirmó con rotundidad.

—Uy, no, ni de coña. Los bombones no formaban parte de nuestro contrato.

Brett cogió la taza de café y la miró por encima del borde.

—Oye, Rory… Si necesitas dinero…

—¡Ni una sola palabra más! —Se levantó de un salto del sofá y se obligó a hablar con más calma—. Te lo agradezco, pero lo tengo todo controlado.

—No me cabe ninguna duda. —Asintió.

Pero sí tenía dudas, igual que ella.

***

Mientras la veía fingir que era una genia, Brett se preguntó en qué parte de su cerebro había decidido que era una buena idea ofrecerle dinero al cabo de unas pocas horas de haberse acostado con ella.

Nada de lo que había ocurrido la noche anterior había sido

coreografiado. Rory no había intentado hacer falsas posturas de película porno. A él no lo había preocupado si ponía las manos en todo momento en el lugar exacto. Todo había sido… real.

Rory dejó el dónut a un lado antes de pegarle un mordisco.

—La compañía de alquiler pasará esta tarde por tu casa para recogerlo todo. Tengo que ir para explicarles por qué vas a pagar por una de las mesas y un par de manteles.

—Yo me encargo.

—Es mi trabajo. Y no te preocupes. No me echaré encima de ti.

A Brett lo preocupaba más echarse él encima de ella.

Rory supo lo que estaba pensando de inmediato.

—Te arrepientes. De lo que ha pasado entre nosotros.

—No me arrepiento… —Le dedicó la misma sonrisa que esbozaba para sus clientes—. ¿Cómo iba a arrepentirme de algo que me ha hecho disfrutar tanto?

—Porque contigo el trabajo es lo primero. Siempre. Hasta anoche.

Brett tenía un don para calmar a la gente, para encontrar las palabras correctas en cualquier situación, pero todas las cosas por las que había luchado tanto en las últimas dos décadas a base de tesón y disciplina férrea se le escurrían de los dedos. Se frotó la nuca.

—¿Qué quieres que te diga, Rory? Si te digo que tienes razón, soy un cabrón. Si te digo que anoche no cruzamos cualquier tipo de límite, soy un mentiroso. Los límites son importantes para los dos.

—A mí me importan en el terreno emocional. —Lo miraba con seriedad—. A ti, en el terreno práctico.

—A lo mejor yo también estoy poniendo mis emociones en riesgo —le soltó, acalorado—. No soy un robot, y significas mucho para mí.

—¡Pues claro que significo mucho! Soy tu única amiga. Y no me digas que eso no te resulta penoso.

Una chocolatera sin empleo y arruinada acababa de decirle que él daba pena. Debería haberlo puesto furioso, pero le dolió. Como había dado en el blanco Rory, sus amigos eran sus clientes. No podía permitirse el lujo de relajarse completamente con ellos. No como se relajaba con esa extravagante mujer de pelo rizado.

Rory debía de haberse puesto muy nerviosa —o quizá él la había puesto muy nerviosa—, pues se había levantado.

—Vete haciéndote a la idea. La parte sexual de nuestra relación ha estado bien, ha estado más que bien, pero ya nos hemos quitado la espinita, así que se acabó.

Brett no quería darle la razón, pero sus opciones eran evidentes. O conservaba su carrera o se acostaba con Rory Garrett, pero no podía tener las dos cosas. Las normas de los representantes de éxito estaban escritas en piedra. No debían mantener relaciones personales con las madres, tías, primas o, sobre todo, hermanas de sus clientes, siempre y

cuando quisiera seguir trabajando para Champion, Gestión Deportiva.

Los labios carnosos de Rory formaron un ligero óvalo.

—Si te preocupa quedarte solo en el piso conmigo, vete al gimnasio, súbete a tu *jet* privado y vuela hasta Las Vegas con algunos clientes.

Estaba dolida, Brett lo sabía. Y el culpable era él.

—No tengo *jet* pri…

—En cualquier caso, ten clara una cosa. —Lo señaló con un dedo —. No voy a ser el secretillo oscuro que termine con tu carrera.

Fue un disparo que se clavó directo en el corazón de él.

—Rory, no era mi intención llegar tan lejos.

—No eres el único que ha tomado decisiones, Rivers. Ahora recoge tus cosas y márchate.

Capítulo 18

Dolía. Dolía muchísimo. Rory se llevó las rodillas al pecho e intentó no llorar, porque ceder a las lágrimas ardientes que se acumulaban detrás de los párpados tan solo significaría que le habían roto el corazón. Y no quería admitirlo. No quería reconocer que se había enamorado hasta las trancas del capullo de Brett Rivers, que no era un capullo para nada, sino un ser humano brillante, amable, generoso, exasperante y decente. Con principios sólidos. Se le cerró la garganta y las lágrimas se derramaron. Rory lo comprendió desde el primer momento. Con una inteligencia desmesurada y una fuerza de voluntad de hierro, Brett era el clásico hombre de éxito adicto al trabajo. A pesar de sus diferencias, habían conectado, y no solo desde el punto de vista sexual. En su relación había habido algo auténtico, algo descarnado y real. Se habían visto en lo mejor y en lo peor, y se aceptaban.

A través de la puerta abierta, las sábanas arrugadas se burlaban de ella. Podría fingir que no se daba cuenta de que él se arrepentía de lo que habían hecho la noche anterior, que se arrepentía de haberse acostado con ella. Rory podría permitir que la aventura durase más en secreto, pasar unos cuantos días, semanas o meses con Brett, pero en lugar de aferrarse a esa relación, había hecho lo correcto, lo más complicado: lo había echado.

Pero las lágrimas no se terminaban. De forma estúpida e idiota, se había enamorado de Rivers, y de pronto tenía el corazón hecho añicos. Ni siquiera podía esconderse. Esa misma mañana debía ir a casa de él y lidiar con el desastre de la noche anterior, con la empresa de alquiler, con las sobras de comida, sus sartenes y utensilios. No pensaba hacer nada de aquello. Iba a cerrar la puerta con llave, correr las cortinas y llorar por lo que no podía tener.

Se abandonó a un llanto espantoso. Cuando terminó, se limpió la cara y cogió las llaves.

Era una persona capaz de hacer cosas difíciles, y tenía un trabajo que terminar.

***

Kristin encontró un sitio para el pícnic en un banco situado junto a los altos matojos que rodeaban el jardín Lurie del Millennium Park. Tiempo atrás, el parque de diez hectáreas fue propiedad de la

compañía ferroviaria de Illinois, pero en el presente, con la maravillosa silueta de Chicago como telón de fondo, era uno de los lugares públicos más bonitos de los Estados Unidos. Kristin le ofreció a Daniel el sándwich de jamón y queso suizo que había comprado en una tienda, además de una ensalada de maíz, compota de fruta y chocolatinas con caramelo. Una botella de vino habría estado genial, pero a la policía del parque no le hacía gracia ver a nadie consumiendo alcohol.

Daniel comió un buen bocado de sándwich.

—¿Sabías que estamos sentados en uno de los tejados ecológicos más grandes del mundo?

—Sí, sí que lo sabía. —Kristin no había querido sonar tan brusca, pero estaba nerviosa por lo que debía hacer ese día. Intentó corregirse —. La mayoría de los turistas no saben que justo debajo hay aparcamientos y vías de tren. Chicago es una especie de versión en grande de Mineápolis. Se han hecho muchas cosas mal, pero también se han hecho muchas cosas bien.

—Ha estado genial que me propusieras venir. —Daniel la señaló con el sándwich.

—Un placer. —Sonó como si trabajara en un McDonald's—. Me alegro de que no llueva, aunque nos iría bien. El casero de mi hija se me ha quejado de que debe regar sus tomateras a diario.

—No me apetece hablar del tiempo.

A ella tampoco, pero también era reacia a hablar de lo que debían hablar.

—Estás muy guapo. —Iba muy bien vestido con un polo blanco y pantalones cortos verdes, dos prendas que parecían nuevas, igual que las Converse—. Tu hija te ha escogido el conjunto, ¿verdad?

—Ha intentado convencerme para que no me pusiera calcetines —sonrió—, pero tengo mis límites.

—Comprensible. —Kristin se quedó observando la sucesión de hierba y flores ornamentales del jardín. Algunas no las reconocía, otras sí. Vio equináceas y salvia rusa, dos hierbas más propias del medio oeste del país.

—Oye. —Daniel se apoyó los brazos en los muslos—. Necesito saber hacia dónde va… nuestra relación.

Al grano, como siempre. Kristin separó un trocito de sándwich.

—Me gustas, pero debes saber que ahora mismo me están pasando muchas cosas.

—Me vas a dejar. —Se sentó más erguido.

—No, es que…

—Lo entiendo. No me hace gracia, pero lo entiendo. —Dejó el sándwich en el papel en el que estaba envuelto y se levantó—. Me

voy.

—¡No! No, no era eso lo que…

—Prefiero que no sigamos hablando. —Comenzó a alejarse con la espalda recta y pose digna.

Kristin se puso en pie de un salto, lanzó al suelo la ensalada de maíz y extendió una mano para sujetarle el brazo.

—¡Espera!

Daniel se la quedó mirando con seriedad. Solo sus buenos modales innatos le impedían zafarse de ella.

—Soy demasiado soso y me cuesta interpretar las situaciones sociales. Sé que a muchas mujeres les resulta complicado asimilarlo.

—No eres demasiado soso. Eres sincero y honesto. Eres intenso, pero también eres el hombre más franco al que he conocido nunca.

—Pero no quieres que volvamos a quedar, ¿no? ¿O estoy mal-interpretando otra vez la situación?

La confusión de Daniel le estrujó el corazón y le hizo decir lo que no debía admitir en voz alta, todavía no.

—Estoy loca por ti. —Una sonrisa le torció los labios a él al mirarla a los ojos. Kristin le dejó el tiempo que necesitaba para digerirlo antes de proseguir—. Sé que es demasiado temprano para confesarlo. Contando la de hoy, solo hemos salido tres veces, y entendería que te asustaras.

—¿Por qué? ¿Por qué estás loca por mí?

—Porque contigo no tengo que estar en guardia. Si no sé lo que sientes sobre algo o lo que piensas, únicamente debo preguntártelo, y me responderás con la verdad. —Le soltó el brazo—. Con mi esposo, siempre estuve en guardia. Tenía la sensación de que debía esforzarme de más porque no era su mujer fallecida. Su mujer de verdad. Era agotador.

—Qué complicado. —Daniel asintió al tiempo que lo procesaba—. En ese caso, ¿no me estás dejando?

—Pues no. Pero hay una cosa que quiero contarte. —De repente, era ella la que necesitaba tiempo para serenarse. Empezó a recoger la ensalada de maíz del suelo con la tapa del recipiente. Daniel se agachó para ayudarla, pero ella lo detuvo—. Déjame a mí. Es un desastre.

Un desastre como el resto de las relaciones importantes de su vida.

Daniel se sentó en el banco, tomándole la palabra. Una pareja pasó junto a ellos con un cochecito, además de unos alegres adolescentes y mujeres con vestidos veraniegos de vivos colores. Unos cuantos granos de maíz habían terminado pegados a la punta de la zapatilla blanca de él. Kristin se los quitó, pero le habían dejado una mancha de aceite.

Cuando hubo limpiado la mayor parte del desastre, se sentó en el banco junto a Daniel y buscó el gel hidroalcohólico que llevaba en el bolso. Se tomó un buen rato para limpiarse las manos porque con un

hombre como Daniel no había ninguna prisa por acelerar sus pensamientos ni sus acciones.

En cuanto terminó, se quedó contemplando los jardines. Unas mariposas monarca revoloteaban entre los algodoncillos, y desde los árboles cantaban unos pájaros negros de alas rojas.

—Me preguntaste si tenía hijos —comenzó—. Y te hablé de Rory.

—Es una chica muy interesante.

—Y que lo digas. Pero no es eso lo que te quería comentar. —Se cogió las manos sobre el regazo—. También tengo un hijo.

—¿Y le pasa algo? —Daniel la miró con gesto interrogativo.

—No. Para nada. Es maravilloso. Pero he aprendido a tener cuidado cuando se trata de él. Sobre todo ahora.

—No entiendo.

—Mi apellido… no es Meadows. Es Garrett. —Lo miró de hito en hito—. Daniel, Clint Garrett es mi hijo.

Daniel parpadeó y concentró la mirada mientras sus engranajes internos giraban sin parar.

—¿Clint Garrett?

—El *quarterback* de los Chicago Stars.

—Ya sé quién es Clint Garrett. —Se quedó pensativo—. Es una pasada. Pero ¿por qué no me lo querías decir?

—Porque demasiada gente ha intentado utilizarme para acercarse a él. Y con todo lo que está pasando ahora mismo…

—¿Eso es lo que pensabas que haría? —Daniel frunció el ceño—. ¿Que te usaría?

—No lo sabía. No hasta que pasé cierto tiempo contigo y pude conocerte mejor.

Daniel se la quedó mirando durante unos largos instantes; su mente era imposible de leer. Al final, se levantó.

—Kristin, me tengo que ir.

—Pero…

—Me cuesta gestionar que la gente no me diga la verdad.

—Ya me lo imagino. —Se puso en pie a su lado—. Pero tengo que cuidar de mí y andarme con cuidado, y no pienso disculparme por ello.

Daniel asintió lentamente y se marchó.

Cuando Gregg se marchaba en medio de una conversación importante, Kristin se quedaba devastada. Terminaba llorando en silencio en el cuarto de baño, para que él no viera el daño que le había causado. Pero Daniel Hanbridge no era Gregg Garrett, y decidió acabar de almorzar. Le costó tragar la comida porque se le había formado un nudo en la garganta. Sin embargo, era un día de verano precioso, y había hecho lo que debía.

***

Rory viró con el Palacio Real del Dulce hacia una de las plazas del aparcamiento. Al coger al ascensor hacia el piso de él, le seguía doliendo la cabeza por haber llorado, pero Dios era misericordioso y Brett no estaba por ninguna parte. Rory limpió el resto del caos de la cocina, recogió los platos y habló con la empresa de alquiler. Volvió a casa conduciendo la camioneta, que soltaba un humo negro de agotamiento, y se preguntó qué haría durante los siguientes días.

Descargó la camioneta y lo subió todo hasta su piso. Pasó por delante de la puerta abierta de la casa de Toby y entró en su cocina. Por el camino, se vio a sí misma en el espejo. Tenía unas pintas horrorosas, pero por lo menos ya no tenía los ojos hinchados. Debía ir a ver cómo estaba Kristin.

Cualquiera que entrase en el piso de Toby sabría por la decoración que ahí vivía un tío soltero: sofá de cuero negro, butaca a juego, suelo de parqué, sin cortinas y con unas estanterías industriales abarrotadas de cables y dispositivos electrónicos. El arenero de Luther ocupaba un lugar de honor debajo de un espejo rectangular decorado con pegatinas de piezas de Tetris.

Kristin salió del pequeño segundo dormitorio donde Toby guardaba la bicicleta y donde supuestamente habría dormido ella. Era raro y normal a la vez verla con un montón de toallitas de papel y una botella de limpiacristales. Toby debía de tener la misma edad que Clint, y Kristin había hecho buenas migas con él, y le encantaba hacer de mamá con los hombres jóvenes.

Kristin observó el aspecto de Rory mientras Luther se apoyaba en sus tobillos.

—¿Qué ha pasado? Tienes muy mala cara.

—No he dormido demasiado. —Señaló hacia las toallitas de papel —. ¿Por qué estás limpiando el piso de Toby?

—Necesito distraerme con algo —respondió con tirantez—. Me acaban de dejar.

—¿Daniel te ha dejado? —Rory por fin tenía algo en lo que concentrase que no fueran sus propios problemas—. Si te adora.

—Pues está claro que no me adora lo suficiente. —Kristin dejó con un golpe seco la botella de limpiacristales sobre la mesa negra de metal de Toby—. Resulta que no le gustan las mujeres que no son del todo de fiar.

Rory tardó pocos segundos en comprenderlo.

—Por fin le has dicho que eres la madre de Clint.

—Y que no pensaba pedirle disculpas por no habérselo contado desde el principio.

—Has hecho lo correcto. Él no puede entenderlo.

—No lo ve así. Con Daniel todo es blanco o negro. Yo estoy acostumbrada a tonos de gris. De muchos grises.

¿Como en la vida que había vivido junto al padre de Rory?

—No me puedo creer la de polvo que hay en esta casa. —Kristin se afanó con la mesa de Toby—. En fin, que ya no estamos juntos, y solo habíamos quedado tres veces, así que no es que sea el fin del mundo.

—Pero tú estás loca por él.

—Puede. —Kristin limpió debajo del teclado del ordenador—. Míranos. Las dos nos hemos encaprichado de hombres inaccesibles.

—Brett y yo también hemos terminado. —Rory estuvo a punto de negarlo, pero estaba harta de mentir—. Que tampoco es que estuviéramos saliendo, pero…. En fin, que se acabó.

Kristin dejó a un lado la botella de limpiacristales.

—Deja que vaya a ponerme las lentillas y nos iremos a tu casa a hablar. —Luther la siguió hasta el cuarto de baño.

Rory observó el piso de Toby. Su vecino poseía una gran colección de vinilos y, como Kristin había mencionado, sufría cierta aversión a limpiar el polvo. Nunca había estado en casa de Toby cuando la puerta del dormitorio estaba abierta, así que echó un ojo. Una cama doble sin hacer se recostaba sobre una sencilla estructura de metal. Tenía un armario y una mesita de noche con una lámpara, un despertador y una foto enmarcada. Sabía por experiencia propia que en las mesitas de noche la gente solía disponer fotos de recuerdos: un paisaje precioso, amigos pasándoselo en grande, un selfi con una pareja, pero ya desde la puerta vio que en la imagen aparecían una mujer y un rincón del garaje que había detrás del edificio en el que vivían.

Rory la observó con más atención. La mujer se alejaba de la cámara en dirección a su gato, con la cara y el cuerpo girados en un ángulo extraño hacia el fotógrafo. Era una fotografía borrosa. ¿Por qué iba a tener Toby una imagen tan…?

Al darse cuenta, Rory se estremeció. La mujer de la foto era Ashley.

***

Rory le contó a Kristin lo que había visto mientras comían dónuts glaseados y bebían una botella de *zinfandel*, una combinación que solamente maridaba bien con la sensación de abatimiento.

—La gente coloca fotos importantes cerca de la cama, no una imagen desenfocada de una vecina.

—¿Qué quieres decir con eso? —Kristin se sentó en el sofá cruzada de piernas.

—No lo sé. —Rory negó con la cabeza.

—Toby no le haría daño a nadie.

—Eso mismo aseguraron de Ted Bundy, el asesino en serie. A ver, en realidad no sé lo que aseguraron de Ted Bundy, pero podría haber sido eso.

—Toby no es Ted Bundy.

—Debes admitir que la foto da un poco de repelús.

—Eran amigos. Quizá es la única foto de Ashley que tiene y, como acaba de morir, quiere tenerla cerca.

—Tal vez sí.

Kristin cambió el dónut de fresa por un sorbo de *zinfandel*. Al final, rompió el silencio que se había instalado entre ambas.

—¿Qué ha pasado entre Brett y tú?

—Que soy idiota. Eso es lo que ha pasado. Ya sabes que no se me dan bien esas cosas.

—Deja de menospreciarte, Rory. No me gusta que lo hagas.

—Cuando se trata de una relación, soy demasiado impulsiva, algo que por lo visto Clint y yo tenemos en común. —Rory se limpió los dedos con una servilleta—. Aunque, a diferencia de Ashley, Brett tiene una carrera estelar, a excepción de lo adicto al curro que es.

—Y te has enamorado de él.

Rory se dispuso a recoger las migas de dónut de los pantalones cortos, pero se detuvo y terminó levantando la vista.

—No era mi intención. Siempre he sabido cuáles son sus prioridades, pero ya lo conoces. ¿Cómo se suponía que iba a resistirme?

—Es un hombre impresionante, está claro.

—De no haber sido por Clint, nunca habríamos pasado tanto tiempo juntos, pero ninguno de los dos se fía de que la policía mire más allá del sospechoso evidente, y al final hicimos piña. —Le contó a Kristin más detalles del viaje a Míchigan, que fue a hablar con el jefe de Ashley y que quedó con Grant Padderson.

—No tenía ni idea de nada. —Su madrastra dejó la copa de vino con un golpe seco—. Os habéis puesto en serio a hacer algo para ayudar a Clint mientras yo me he pasado el tiempo sentada retorciéndome las manos.

—Porque a ti no te persigue una conciencia culpable.

—¿A qué te refieres?

Rory había guardado suficientes secretos. Se sentó en el sofá, abandonando la copa de vino y los dónuts, y se lo contó todo a Kristin.

—Ay, Rory… —Una lágrima se le derramó de las pestañas inferiores—. Yo no habría podido pensar tan deprisa.

—¡Fue deleznable!

—¿Deleznable? —Kristin se recogió la lágrima que le recorría la mejilla—. No te hizo ni caso cuando intentaste decirle la verdad. ¿Por

qué fue deleznable lo que hiciste?

—¡Porque Ashley está muerta por mi culpa!

—Eso no lo sabes. Quienquiera que la matase estaba buscando una oportunidad, y el asesino (o asesina, aunque lo dudo) encontró la oportunidad en casa de Clint.

Kristin no tenía modo de saber si era cierto, pero consiguió que Rory se sintiera algo mejor.

—¿No crees que soy muy mala persona?

—Creo que eres una buena persona y la mejor hermana que podría haber tenido Clint. Mira todo lo que habéis hecho Brett y tú para intentar limpiar su nombre.

—Sin conseguir nada.

—Yo no iría tan lejos. —Le dedicó una sonrisa burlona—. Os habéis enamorado.

—Uno de los dos se enamoró más que el otro, y lo de anoche no debería haber pasado. ¿Podemos hablar de otra cosa? De Daniel y de ti.

—No quiero hablar de él. Cuéntame qué pasó con tu negocio. Primero estabas vendiendo caramelos desde la camioneta y luego dejaste de hacerlo.

Como las defensas de Rory ya estaban derruidas, le contó toda la historia. A Kristin la embargó una maravillosa furia.

—¡Qué persona tan mezquina es el tal Jon! Deberías denunciarlo.

—Debería denunciarme a mí misma por haberme metido en negocios con él.

—Eres demasiado dura contigo misma.

—¿Ah, sí? ¿Sabes por qué decidí que vender chicles era un camino viable hacia mi objetivo de convertirme en chocolatera? Porque no tenía las agallas de ir a por lo que deseaba de verdad.

—Déjalo, Rory. Estás haciéndolo lo mejor que sabes. —Se frotó las manos—. La mejor cura para las penas de amor es mantenerse ocupada. Haz nuevos planes y sigue adelante.

—Ya he hecho planes —admitió reacia. Comentarle algo de su vida a Kristin la transformaba en blanco de las críticas, pero como estaban bebiendo vino y comiendo dónuts, decidió arriesgarse—. Voy a convertir el Palacio Real del Dulce en un emporio del chocolate sobre ruedas.

—¿Otra gastroneta? —Kristin dejó el dónut—. Me sorprende.

—O sea, que no lo apruebas.

—No necesitas mi aprobación. No te pongas tan a la defensiva.

—Es que llevo muchos años de práctica.

—Rory, solo digo que no es algo que se me hubiera ocurrido a mí, pero es que se me escapa por completo, no sé qué implica ni si podrías ganarte la vida con eso. —Kristin apretó la mandíbula.

—Olvida que lo he dicho.

—¿Te parece si empezamos de cero? —Kristin suspiró—. Me gustaría que me contaras más. Explícame cómo visualizas tu negocio.

Rory sopesó su reticencia a abrirse más ante las críticas de Kristin y sus deseos de hablar de su idea. Respiró hondo.

—Imagina que sales del trabajo después de una jornada muy larga. O que acabas de discutir con tu novio o que te has ido de compras y te duelen los pies. Te mereces un poquito de lujo, y ahí estoy yo, todo un lujo asequible aparcado justo delante de ti. Una sucesión de bombones preciosos y caseros en el escaparate principal. Si quieres ir a lo seguro, pues escoges uno de crema de mantequilla o caramelo salado, pero si te apetece algo más innovador, pruebas algo exótico: *amaretto* con arándanos, quizá, o chile con canela, una combinación llena de sabor que no sea superconocida. Al primer bocado, decides que una trufa no te basta, y puede que te dé por recordar que a tu hermana o a tu novia le encantan los bombones, así que compras unas cuantas cajitas de cuatro. Quizá vuelves para comprar un surtido más grande como regalo para el Día de la Madre.

Envalentonándose con la idea, describió los distritos comerciales donde tenía pensado aparcar, así como sus ideas para un chocolate caliente *gourmet* en invierno, si era capaz de encontrar el modo de tener neveras, y helado bañado en chocolate en verano.

—El negocio no me hará rica —añadió cuando acabó de soltarlo todo—, pero debería poder ganarme la vida. Y quizá incluso ganar suficiente dinero como para abrir mi propia tienda.

—¿Cuándo vas a comenzar? —le preguntó Kristin ignorando la pulla.

—Primero necesito ahorrar el dinero. La camioneta necesita unas cuantas reparaciones y una mano de pintura. Tengo que comprar provisiones, cajas. Y alquilar un espacio en una cocina comercial. Lo conseguiré, pero tardaré un tiempo.

—Lo veo complicado.

Rory podría haberse ofendido, pero Kristin parecía más pensativa que crítica, así que lo dejó correr. Se terminaron los dónuts y el vino, cada una sumida en sus pensamientos.

***

A la mañana siguiente, al poco de despertarse, Rory recibió un correo del Ayuntamiento de Chicago en el que le notificaban que la multa de aparcamiento se había pagado por internet. No se lo había comentado a Kristin, así que solamente había una persona capaz de haberlo hecho.

Cogió la gorra de béisbol y salió rumbo al cementerio. Las casas

por las que pasó de camino hacia allí lucían jardines bien cuidados con buzón y unos porches delanteros enormes adornados con macetas de helechos, geranios y alegrías del hogar. En algunos porches ondeaban banderas de los Estados Unidos, en otros de arcoíris. Por lo general, a Rory le gustaba pasear por esas calles, pero ese día sentía un nudo en el corazón tan tenso como el ambiente húmedo que la envolvía.

Entró en el sombrío cementerio y caminó por los senderos, sintiendo todo el peso del desequilibrio de poder que había formado parte de su relación con Brett desde el momento en el que se había despertado en la habitación de hotel con quinientos dólares en la mesa. Habían roto justo después de acostarse, y él se sentía culpable. Y había decidido que la mejor manera de aplacar la culpa que no debería sentir era tirar de cartera.

Rory no podía «despagar» la multa, así que solamente le quedaban dos opciones. O bien montaba un numerito o bien se aferraba a su dignidad y le mandaba una educada nota de agradecimiento a la espera de poder saldar la deuda con él.

***

¡Le había mandado una nota de agradecimiento! «La madre que la parió».

Querido Brett:
Esta mañana me han notificado desde el Ayuntamiento que alguien ha pagado la multa de aparcamiento que le pusieron a mi exsocio. Te lo devolveré en cuanto pueda, claro está. Gracias por tu innecesaria generosidad.
Atentamente,
Rory Meadows Garrett

«¡Será posible!». Firmaba como Rory Meadows Garrett, ¡como si él no fuera a saber quién cojones era! La nota no tenía sello, así que ella misma la había llevado hasta la portería de su casa. No se dignaba a hablar con él cara a cara.

Brett arrugó la nota y la lanzó a la basura.

Pagar la multa no había hecho mella en su cuenta bancaria, pero para Rory sería importantísimo. Lo mínimo que podía hacer era presentarse ante él en persona y admitirlo. No para darle las gracias. No, por Dios. Lo último que quería era que se lo agradeciera. Quería…

No sabía qué quería más allá de verla. Pero habían terminado. Ese barco había zarpado.

Y Brett nunca se había sentido peor.

***

Rory regresó a su piso a la una de la mañana después de terminar el tercer turno del día. Había trabajado en un desayuno empresarial, preparado una barbacoa al aire libre y servido en una cena de caridad. Se dirigió a su habitación entre tambaleos, se quitó las zapatillas y reflexionó si tenía suficiente energía como para cepillarse los dientes, por no hablar de juntar los pocos ingredientes que le quedaban para probar la chocolatina de tiramisú en la que llevaba pensando todo el día. Decidió irse a la cama sin cepillarse los dientes para no sacar la pasta de dientes de la bolsa del súper. Unos cuantos minutos de descanso, y luego se levantaría y…

***

—No has cerrado la puerta con llave. Otra vez.

Rory abrió los ojos ante la tenue luz del sol de la mañana y ante su indignada madrastra, que asomaba la cabeza por la puerta de su habitación. Miró el despertador. Las 7:15. Aliviada, se hundió de nuevo en la almohada. No empezaba a trabajar hasta al cabo de una hora y media.

—¿Dónde está tu sentido común, Rory? —insistió Kristin—. Cierra la puerta con llave. Y ¿qué haces vestida?

Rory gruñó y rodó por la cama. Los músculos le gritaban como un político desesperado. Una hora y media no era tiempo suficiente para preparar la chocolatina. Levantó una mano para que su madrastra no entrara en su inframundo y fue dando tumbos hacia el cuarto de baño para darse una ducha rápida.

Kristin seguía ahí cuando Rory emergió envuelta en la bata de chenilla que tan solo cinco días antes se había quitado delante de Brett. Le dolió el pecho al recordarlo. Lo único que debía hacer era poner un pie delante del otro y concentrarse en su trabajo.

Kristin le dio una taza de café que, después del primer sorbo, resultó ser casi bebible.

—Tenemos que hablar.

—Ay, Dios. —Rory se dirigió hacia el sofá—. Tú también quieres dejarme.

—Ojalá pudiera.

Kristin puso tal expresión de incomodidad que Rory se habría echado a reír si le quedara alguna carcajada en el interior. Su madrastra se le acercó con una libreta de espiral azul en la mano.

—Te la dejaste en la mesa de centro.

—¿Qué haces con la libreta?

—Espiarte. Como hacía con tu diario. De ahí que me enterara de que estabas yendo demasiado lejos con Ryan Amos. Y que conste que no se lo conté a tu padre.

—Consta, y te lo agradezco. Ryan era un capullo. Debería haber apuntado más alto.

—No te vayas por las ramas. —Kristin se sentó a su lado; las páginas abiertas de la libreta mostraban los cálculos financieros de Rory. Kristin señaló las cifras—. Es lo que necesitas para equipar tu gastroneta. ¿Es así?

—Son unos cálculos aproximados, y por eso estoy trabajando en la empresa de cáterin de Satanás. —Rory sujetó con fuerza la taza de café.

—Necesitas inversores.

—Una observación muy aguda, Agatha Christie. Por desgracia, no tengo una trayectoria que atraiga a inversores, precisamente.

—Deberías habérmelo pedido a mí.

—¿A ti? —Rory se apartó—. ¿Por qué?

—Porque era lo que deberías haber hecho. —Kristin apretó los labios.

—Pero ¿por qué ibas a ayudarme? Ni siquiera te caigo bien.

—¿Qué quieres que me caiga bien? Eres irreverente, tiquismiquis y en general complicada.

—Y eso forma parte de mi encanto.

Pero Kristin no se dejó distraer por la ocurrencia.

—Diga lo que diga, te ofendes.

Rory podría haber añadido que a la inversa también era así, pero guardó silencio.

—Además —Kristin cogió aire—, yo tampoco te caigo bien a ti.

Rory reflexionó al respecto.

—Eso no es del todo cierto. Las dos somos sarcásticas, y nos hemos llevado sorprendentemente bien.

—Te caí bien cuando eras pequeña, pero después… —Kristin frunció el ceño. Agitó una mano para restarle importancia, pero se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me rendí demasiado pronto. Lo siento.

Rory quería irritar a Kristin, no molestarla de verdad.

—Hace cinco noches, te pusiste de rodillas para recoger restos de *coulants* destrozados. No creo que eso sea rendirse demasiado pronto.

—No me estoy refiriendo a esa fiesta. —Le falló la voz—. Debería haberlo hecho mejor desde el principio. Eras una niña que había perdido a su madre; y yo, la mujer desconocida que se mudó demasiado rápido a tu casa. Pues claro que necesitaste a alguien con quien pagar la rabia que sentías.

Rory visualizó a Kristin agachada debajo de la mesa del comedor con un montón de Barbies, a Kristin empujándola en el columpio del parque. «¡Más fuerte, Kissy! ¡Más fuerte!». A Kristin consolándola cuando alguien se metía con ella y hablándole sin tapujos de sexo y de anticonceptivos.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste teniendo en cuenta que debías lidiar con una mocosa malencarada e irrespetuosa.

—Pero no fue suficiente.

—Déjalo correr. —A Rory no le gustaba el arrepentimiento de Kristin—. Solo tenías veintiuno cuando te casaste con papá. Te hiciste cargo de muchas cosas.

—Tenía veintidós, estaba embarazada y enamorada hasta las trancas de un hombre que seguía amando a su esposa muerta. —Kristin se retorcía las manos en el regazo. Sus ojos se clavaron de nuevo en Rory—. Tu madre lo era todo para él. Ella nunca se frustraba, nunca alzaba la voz, nunca le exigía nada. Era perfecta.

—¿Eso es lo que crees?

—No —murmuró—, pero es lo que creía él.

Rory recordó con cuánta frecuencia su padre había sido condescendiente con Kristin, con cuánta frecuencia había rechazado de plano sus opiniones.

—Papá a veces era un gilipollas.

—Te quería muchísimo.

—Pues no lo demostraba. Estaba obsesionado con Clint.

—Le recordabas demasiado a tu madre. Esa era una cruz que Clint nunca tuvo que acarrear.

Rory se acordó de algo que casi había olvidado.

—Papá no me hablaba de mi madre, pero tú sí. Tú me decías cuánto me había querido. Me recordabas los apodos que me había puesto y que había plantado un jardín conmigo. No llegaste a conocerla. ¿Cómo te enteraste de todas esas cosas?

—Por sus amigas. Hablaban de ella. Demasiado. Yo era más joven que las demás mujeres del barrio, y querían ponerme en mi sitio. —Kristin sonrió—. Os parecéis mucho, no solo físicamente. Por lo que me contaron, tenía un carácter único. Era divertida, de gran corazón y muy creativa.

Era extraño ver el pasado desde el punto de vista de Kristin.

—Eres más guapa que ella y también tienes un gran corazón. Y también eres bastante divertida.

—No tanto como tú.

—Casi nadie lo es.

Kristin se rio y dio unos golpecitos sobre la última cifra de la libreta de Rory.

—¿Es dinero suficiente para empezar bien?

—Sí, pero…

—Pues venga. Te prestaré el dinero.

Rory tardó varios segundos en encontrar la voz.

—¿En serio me lo prestarías?

—Sí, pero… —Kristin levantó una mano— con algunas condiciones.

—¿Por ejemplo? —le preguntó Rory, con recelo.

—Seremos socias del negocio. Trabajaremos juntas.

—¿Por qué ibas a querer trabajar en una gastroneta? Puede ser muy pesado. Y nos pasaremos todo el tiempo discutiendo.

—En la fiesta trabajamos la mar de bien, ¿o no? Tú hiciste lo tuyo y yo, lo mío.

—No tienes ni idea de hacer bombones.

—Pero sé limpiar y servir a los clientes.

—Vives en Mineápolis.

—Me mudaré a Chicago.

—¿Desde cuándo? —Rory la miró boquiabierta.

—Desde…, no lo sé. Quizá desde la noche de la fiesta. Me gusta estar ocupada.

—Estás ocupada en casa. Tienes amigos. Un hogar.

—Puedo visitar a mis amigos siempre que quiera. En cuanto a la casa… La voy a vender.

—¿Vas a vender nuestra casa?

—Tu casa y la de Clint, la de Gregg y Debra. Nunca ha sido mía. Ya me he pasado demasiado tiempo viviendo con un fantasma, y estoy harta. Y también soy demasiado joven como para levantarme todas las mañanas intentando saber qué hacer con el día.

—No sé. Es que…

—Está decidido. Te dejaré el dinero para arrancar a cambio de un trabajo y un porcentaje de los beneficios hasta que me hayas devuelto el préstamo.

—Pero a lo mejor no ocurre nunca.

—En ese caso, tendré que repensarme la estrategia de inversión futura, ¿no?

Kristin era tan engreída, estaba tan satisfecha consigo misma, que a Rory le entraron ganas de darle un abrazo. Pero no se lo daría. Ellas no eran de las que se daban abrazos. Eran socias en un negocio.

Y amigas, más o menos.

Capítulo 19

Brett estaba hecho un desastre sentado en medio de un desastre. La empresa de reparaciones se había llevado las cortinas quemadas, una alfombra y una butaca. Habían quitado varias secciones del suelo dañado por el agua y unos cuantos paneles de las paredes, pero no habían sustituido nada todavía, y a él le daba igual si no lo hacían nunca. Odiaba ese piso. Quería vivir en una casa con muebles cómodos, quizá con un jardín del que se ocupase otra persona, pero donde pudiera sentarse afuera y beber una cerveza. Quería tener una mesa de centro con la que no se pasara el día golpeándose en las pantorrillas y cuadros que le gustara contemplar, como tal vez el cartel de una mujerzuela. No, el cartel de una mujerzuela no, ni de coña. Debía dejar de pensar en ella.

Le sonó el móvil. Era Heath. Brett lo cogió al cuarto tono.

—Tyler Capello ha firmado con CAA. —Su jefe fue directo al grano.

Era el mayor contratiempo de la carrera de Brett, y debería preocuparle. Y le preocupaba.

—Ese tío no es de fiar —dijo.

—Eso nunca te había detenido.

—Su madre es una mosca cojonera.

—Habrías podido gestionarlo si te hubieras esforzado al cien por cien. Debería haber sido nuestro, Rivers. Y ahora ya no lo será.

La línea se cortó.

***

Kristin no quería poner a prueba la frágil paz que Rory y ella habían establecido mudándose con su hijastra cuando Toby regresara del viaje, así que habló con Oscar Reynolds, el casero de Rory, y terminó alquilando el piso de Ashley Hart. Lo pagaría mes a mes, sin compromiso, hasta que el señor Reynolds encontrara un inquilino más permanente. Kristin podría haberse permitido un piso más bonito —y, sin duda, uno que no tuviera un aura tan macabra—, pero, por el momento, vivir debajo de Rory parecía una buena decisión pensando en el negocio. Además, Rory necesitaba a Kristin de una forma que, al parecer, su hijo no. Y tal vez ella también necesitara a Rory.

En lo que la gastroneta estaba en el taller, Kristin encontró una empresa de alquiler de muebles y empezó con la mudanza. Rory,

mientras tanto, puso fin a su colaboración con la empresa de cáterin, pidió ingredientes y material, y, las pocas horas libres que le quedaban, las dedicaba a la página web.

Kristin localizó una pastelería cercana donde alquilar el espacio de cocina profesional que Rory necesitaba por un cuarto del precio de una cocina comercial. El problema era que debería usarla cuando ya no trabajara nadie, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la madrugada. A Kristin no le hacía gracia, pero Rory se negó a valorar alquilar una cocina más conveniente —y más cara—.

—Se me ocurren mejores maneras de usar tu dinero —le comentó.

Kristin no sabía nada de Daniel, pero Clint le mandaba un mensaje casi todos los días para asegurarle que estaba bien y también para dejarle claro que quería que lo dejara tranquilo. Darle espacio fue lo más duro que ella había hecho nunca, y no estaba convencida de haberlo podido respetar de no haber estado tan ocupada.

Investigó diseños de gastronetas y descubrió que la mejor manera, y la más económica, de que su camioneta destacara era instalar un vinilo personalizado con un dibujo llamativo por encima de la pintura rosa original. Rory mandó a Kristin, acompañada de una caja de bombones recién elaborados, a ver a Duncan Gilford, el exjefe de Ashley, y al cabo de un día les había preparado un diseño sofisticado de habas de cacao que enamoró tanto a Kristin como a Rory. Lo enviaron a una empresa local que prometió tenerlo listo en breve y Toby la llevó en coche hasta Burr Ridge para recoger el Volvo de Kristin.

***

Toby las dejó a las dos delante de la casa de Clint, despojada ya de furgonetas de informativos y de periodistas. Kristin entró para recoger el resto de su ropa, pero Rory no quería volver a poner un pie ahí dentro.

Al lado de la casa, vio al mismo jardinero en el que se había fijado un par de semanas antes. Debía de tener treinta y pico años, era grande y lucía tatuajes en los dos brazos.

—Las flores son preciosas —le dijo al acercarse—. ¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Unos dos años. —No levantó la vista de los matojos que estaba podando.

—Soy amiga de Clint.

—Lo que ha pasado ha sido duro. —Se la quedó mirando con unos ojillos inyectados en sangre.

—Mucho. —Rory había olvidado las gafas de sol, y entornó los ojos —. ¿Llegaste a hablar con ella? Con Ashley.

—¿Por qué iba a hablar con ella?

—No sé. ¿Hablasteis?

—Un día, quiso nadar en la piscina y había una ardilla muerta, y me pidió que la quitara.

—¿Por qué no se lo pidió a Clint?

—No estaba en casa.

—O sea, ¿Ashley venía cuando él no estaba?

—Yo de eso no sé nada. —Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y se alejó.

***

Kristin detestaba conducir por las autopistas de Chicago, así que Rory se sentó al volante y aparcó el Volvo en la vieja plaza de Ash-ley. Después de que Kristin fuera a su nuevo piso a deshacer las maletas, Rory llamó al detective Strothers desde el patio trasero.

—¿Sabía que Ashley iba a menudo a la casa de Clint cuando él no estaba ahí?

—¿Quién se lo ha dicho?

—El jardinero, el tío que se ocupa del patio. No me ha dicho su nombre, pero me ha parecido sospechoso.

—Le pedí que dejara las pesquisas en manos de la policía.

—Y lo haré en cuanto retiren los cargos contra mi hermano.

—Señorita Garrett…

—Meadows. Y el hecho de que Ashley tuviera el anillo de Clint al morir no significa nada. Ya se lo conté. Mi hermano se lo había puesto para el encuentro de antiguos compañeros. Hacía años que no lo usaba, y se lo debió de quitar en cuanto volvió a casa.

—No lo sabe a ciencia cierta.

—Conozco a mi hermano.

Al hermano que no quería volver a verla jamás.

***

Kristin observó el piso de paredes blancas y anodinos muebles beis alquilados. Todo rastro de Ashley Hart había desaparecido. El apartamento resultaba totalmente impersonal. No había fotografías en la mesa junto al sofá, no había cuadros en las paredes para mostrar el gusto artístico del propietario. El piso era un lienzo que no le exigía nada a ella, a diferencia de la gran casona de Mineápolis.

—La puerta está abierta —exclamó para responder a tres golpecitos.

Pero quien había llamado a la puerta no era Rory. Era Daniel quien

se encontraba en el umbral, llenando el espacio con su cuerpo larguirucho, el pelo repeinado y unos pantalones holgados que su hija no habría elegido. A Kristin el corazón le dio un vuelco traicionero.

—He ido al piso de tu hijastra para verte. No ha sido demasiado amable conmigo, pero cuando ha comprendido mis intenciones, me ha dicho que habías alquilado este. —Dio un paso hacia el interior—. He reflexionado y, aunque me habría gustado que me lo contaras desde el principio, he concluido que tu indecisión es comprensible.

El firme y decisivo asentimiento que añadió pareció indicar que había dicho todo lo que quería decir y que ya estaba. Kristin se cruzó se brazos.

—Ah, conque has reflexionado, ¿eh? Y solo has tardado nueve días en «concluir» que mi indecisión es «comprensible».

No era la reacción que él había esperado, y dudó.

—Seguro que mucha gente ha intentado aprovecharse de ti porque eres la madre de un deportista famoso.

—Pues sí, mucha.

—En cuanto he asimilado ese hecho, he comprendido tu lógica.

—Es una pena que no pudieras «asimilar» ese hecho sin dejarme tirada en el Millennium Park y sin desaparecer durante una semana y media.

—No pretendía faltarte al respeto. —La nuez de Daniel se bamboleó, nerviosa, en su cuello—. Tenía muchas cosas en las que pensar, y pienso mejor cuando estoy solo. Es mi costumbre.

—Bueno, pues es «mi» costumbre echar de mi vida de una patada a alguien que me deja tirada. Ahora ya te puedes marchar.

No había sido costumbre suya en absoluto. ¿Cuántas veces la había dejado Gregg tirada cuando decidía que se estaba poniendo demasiado sensiblera? Pero Kristin había perdido la paciencia con la mujer que había sido en el pasado.

Le ofreció a Daniel la mirada más gélida posible y todo el tiempo que necesitara para «asimilar» el hecho de que lo estaba echando con cajas destempladas.

—Estás enfadada. —Lo pilló al vuelo sorprendentemente rápido.

—Estoy enfadada, pero, sobre todo, estoy decepcionada. Me has decepcionado.

—No era mi intención. —Agachó los hombros, afligido—. Nunca te decepcionaría a propósito.

—Pero lo has hecho. No deberías haber tardado nueve días en entender por qué no puedo ser sincera sobre mi hijo cuando conozco a gente nueva, y más después de lo que ha pasado. En caso de que no hayas leído los periódicos, lo han acusado de asesinato.

—Lo entiendo. Es muy inteligente que seas precavida.

—¿Y entonces? Habla, Daniel.

Él se le acercó, con las grandes manos colgando inertes a ambos lados.

—Kristin, lo eres todo para mí. No soy un hombre impulsivo, pero ese día, en la cafetería, me atrajiste de una forma que no sé explicar. Me iluminaste la vida desde que me sonreíste por primera vez, y desde esa sonrisa, creo… —Su nuez dio otro salto cuando tragó saliva con dificultad—. Creo que me he enamorado de ti. —Respiró hondo—. Sé que es difícil entender cómo puede haber pasado algo tan importante. A mí también me cuesta, y por eso he tardado tanto en digerirlo. Pero, por favor, que conste que no espero que sientas lo mismo por mí.

Daniel no le habría dicho que la quería si no fuera verdad, pero Kristin necesitaba algo más. Gregg le decía que la quería, pero había sido más un amor hacia la familia que verdadera pasión por ella.

La falta de respuesta no lo desalentó.

—Asumiendo que puede que sigas interesada en quedar conmigo, y no pienso asumir tal cosa, la logística es complicada. Aquí tengo un negocio que no puedo abandonar. Tú tienes una casa y una vida en Mineápolis. ¿Por qué ibas a dejarlo todo? Hasta hoy no he sabido que has alquilado este piso, claro, y eso me da ciertas esperanzas, pero no entiendo lo que implica.

—Llevas nueve días dándole vueltas a lo nuestro y ¿no se te ha ocurrido que deberíamos hablarlo los dos?

—Me parecía presuntuoso soltarte todo esto porque sé que tus sentimientos no son tan profundos como los míos.

—¿Cómo vas a saber cómo son mis sentimientos si no me lo preguntas?

—Es de cajón. Mírate. Podrías conseguir a cualquiera que te interesara.

—Los hombres que me interesan son los que son capaces de comunicarse.

—Si es posible, me gustaría arreglarlo. —Asintió.

—No sé si es posible.

—Soy ingeniero. —Apretó la mandíbula, negándose a rendirse—. Mi trabajo consiste en solucionar problemas.

—Este es un problema humano, no de ingeniería, y no puedo estar con alguien que me deja tirada como hiciste tú en lugar de mantener una conversación sincera conmigo. Ya estuve muchos años soportando los silencios de mi marido, y no pienso volver a pasar por eso.

—Ahora lo entiendo.

—Entenderlo no basta. Necesito estar con alguien que hable de lo que esté pasando, en lugar de salir por patas.

—Es comprensible. —Asintió de nuevo con la cabeza—. Puedo hacerlo.

—¿Seguro? No sé yo.

—Segurísimo —insistió—. Porque lo estoy haciendo ahora. En lugar de marcharme como quiero, me quedaré aquí para hablar de esto si cambias de opinión y decides no echarme. —Al verla dudar, eliminó la poca distancia que los separaba y la miró a los ojos—. No puedo cambiar quién soy, Kristin. Sé que no entenderé los matices emocionales con la misma rapidez que tú, pero ahora que me has dicho lo que consideras importante, entiendo que te hice daño y por qué necesito comunicarme mejor. ¿Podrás ser paciente conmigo?

Era muy franco y encantador con las emociones plasmadas en el rostro, pero Kristin seguía indecisa.

—No lo sé. Me lo tengo que pensar.

—Pues pensémoslo juntos. —En lugar de marcharse, Daniel señaló hacia el sofá—. No diré nada, solo te cogeré la mano y te daré todo el tiempo que necesites para analizar los obstáculos que he mencionado.

Al final, Daniel había logrado cambiar las tornas de la situación, y a ella no le importaba.

—Supongo que no es mala idea.

Se fueron hacia el sofá y tomaron asiento.

—Tu hijastra me ha dicho que tienes una pistola. Si es verdad, cosa que dudo, espero que la hayas guardado a buen recaudo. Los estudios demuestran que la gente con armas en casa es el doble de propensa a cometer un asesinato que los que no tienen.

—No tengo ninguna pistola. Mi hijastra es una lianta.

—Se preocupa por ti.

—Supongo.

—Me cae bien. Me recuerda a ti.

—Creía que no íbamos a hablar.

—Eso he dicho, pero me temo que, si te doy demasiado tiempo para pensar, te darás cuenta de los problemas que te voy a causar.

—Uy, de eso me di cuenta el día que nos conocimos.

Daniel le cogió una mano y le acarició la palma.

—Me quedaré callado.

—Bien. No hay nada peor que besar a un hombre que no se calla. —Y no había nada mejor que besar a un hombre sincero que estaba dispuesto a decirle quién era.

Entre beso y beso, Daniel la miró a los ojos de tal forma que Kristin se sintió la mujer más bella y sexi que él hubiera conocido nunca. Era un caballero a la antigua usanza en muchos sentidos, y fue ella la que lo condujo hacia el dormitorio. Le alegró no tener tiempo para preocuparse por lo que sucedería a continuación, o de lo contrario se habría obsesionado con el pellejo de los muslos, las estrías de la barriga o el cuerpo un tanto deteriorado. Cuando Daniel la desnudó, sin embargo, la miró con absoluta admiración.

Resultó ser un hombre tan prudente haciendo el amor como con

todo lo demás. Atento a las reacciones del cuerpo de ella y meticuloso cuando debía ir al detalle concreto. Y también lento. Exasperantemente lento. Kristin quiso gritarle que se diera prisa, pero en realidad no le apetecía que se diera prisa, ya que estaba disfrutando muchísimo del placer que le proporcionaba.

Al final, justo antes de terminar, Daniel le dijo que la quería, y Kristin se oyó susurrándole a él las mismas dos palabras.

***

Rory se encontraba bajo un haz de luz haciendo lo que había nacido para hacer. A pesar del tamaño generoso, la cocina de la pastelería resultaba muy agradable cuando era de noche. Harry Styles cantaba sobre el amor perdido de fondo mientras Rory añadía lágrimas de chocolate recién compradas a su nueva y enorme máquina de atemperar. Gracias a la inversión de Kristin, tenía cuanto necesitaba para producir tandas más grandes.

Ocupar la cocina de noche cerrada con las encimeras de acero inoxidable resplandecientes, fregaderos triples y mezcladora industrial era lo que siempre había deseado. Quería contárselo a Brett. Quería decirle qué sabores había elegido vender primero, describirle el logo que Duncan Gilford había creado para las cajas, contarle el nombre que habían decidido y que supiera que el antiguo Palacio Real del Dulce estaría listo y reformado para surcar las calles al cabo de dos días. A él le interesaría de corazón. Le haría las preguntas adecuadas, señalaría cuestiones que ella había pasado por alto y se alegraría mucho.

Pero Rory no necesitaba que Rivers se alegrara. Ya estaba alegre ella. Estaba trabajando con más ahínco que nunca, con tanta concentración y creatividad que no pensaba en Brett. Bueno, de vez en cuando sí.

***

Brett se sintió un acosador al merodear en el callejón de detrás de la pastelería Beniks a la una de la madrugada, cuando debería estar en la cama. A través de la ventana trasera con barrotes, la veía trabajando en la centelleante encimera. Un pañuelo rojo recogía los rizos de Rory, y una camiseta sin mangas se asomaba por la pechera de un mono tejano que parecía la prenda perfecta para una vaquera sexi de los años cincuenta. Todos los útiles de Rory estaban sobre la encimera: los moldes de los bombones, las botellas de plástico con distintos colores

de manteca de cacao para decorar, un espray y unos cuantos cartones que ella disponía a su alrededor cuando rociaba los bombones con espray.

Unas horas antes, Brett había quedado con Toby para tomar una cerveza, en teoría para darle una propina por haber hecho de camarero en la fiesta —algo que lógicamente Brett había olvidado hacer por el caos en el que había derivado la velada—, pero en realidad fue para asegurarse de que Rory no vivía en la calle por no poder pagar el alquiler. La pastelería estaba a menos de un kilómetro de su casa, pero la idea de que ella volviera sola a altas horas de la madrugada lo acojonaba. ¡Que estaban en Chicago!

Golpeó en la ventana más fuerte de lo que pretendía. Rory se incorporó, se llevó una mano al pecho y puso cara de pocos amigos al reconocerlo. Corrió hacia la puerta metálica. Al cabo de unos segundos, la abrió.

—¿Qué quieres? —Ni siquiera parecía un poco contenta de verlo.

A veces, la mejor defensa era un buen ataque. Brett irrumpió en la cocina y cerró la puerta tras de sí.

—Quiero saber qué haces trabajando de madrugada, cuando cualquier gamberro de la calle podría entrar aquí.

—¿Un gamberro como tú? —Mientras lo fulminaba con la mirada, se mordió el labio inferior, atrayendo así la atención de él a una boca que no había besado tanto como quería.

La carretera de su vida había sido mucho más sencilla antes de liarse con Rory Garrett. Hasta que la conoció, no había visto baches, carreteras secundarias ni zonas en obras. De repente, todo a su alrededor era como un gran atasco de tráfico, algo que debía corregir de inmediato.

Ganó tiempo mirando alrededor. De fondo se oía algo de música, y una versión más grande de la máquina de atemperar que ella tenía en casa zumbaba en la cocina. Tres tipos diferentes de moldes de bombones formaban fila en la encimera esperando a que los metiera en cajas: una tanda con conchas blancas pintadas de distintos tonos verdes, otra con cúpulas de un lila metálico salpicadas de blanco y negro, y una tercera de bombones rosas con un garabato de chocolate encima.

—Venga —le dijo Rory a regañadientes—. Sé que te mueres de ganas.

El hecho de que no lo echara de allí le dio esperanzas de mantener una conversación seria. La actitud de ella de todo o nada en lo que respectaba a su relación era innecesaria. Ilógica. Por eso Brett estaba ahí. Debía conseguir que Rory entendiera que podían seguir viéndose discretamente.

Aunque en las últimas semanas se le había ido el apetito, las

creaciones de ella se lo devolvieron. Cada bombón era una auténtica obra de arte elaborada con exquisitez, y comerse uno era un sacrilegio. Pero no pensaba dejar que eso lo detuviera. Seleccionó un bombón cubierto de blanco y oyó el crujido de la cobertura brillante al morderlo. Una crema de chocolate negro con menta le inundó la lengua, seguida de un fuerte sabor a *whisky*. Estaba increíble.

—Has preparado un julepe de menta perfecto.

—Esa era mi intención. —Rory se olvidó de taladrarlo con la mirada—. Solo para adultos.

Brett dejó en la encimera, momentáneamente, la mitad sin comer y cogió una trufa lila brillante. Esa vez, experimentó una explosión de vainilla y arándanos que conseguía ser tan sencilla como suntuosa en extremo. Nunca había sido un tío muy fantasioso, pero todo lo que creaba Rory parecía envuelto de una especie de magia.

—Ya no volveré a poder comer chocolate del barato.

—Gracias por la cata. —Los ojos de ella se clavaron en los suyos durante unos segundos antes de que apartara la vista—. Ya te puedes ir. —Se concentró en la bandeja con moldes de ositos vacíos que ocupaba la mesa. En todos los huecos había espacio para un palito a fin de crear piruletas de osito. Rory ya había pintado los ojos, la nariz y las patas. Cogió un pincel, lo hundió en una crema de cacao azul intenso que reposaba en un cazo caliente y comenzó a pintar la bufanda del osito.

En lugar de marcharse, Brett se terminó los dos bombones y observó con qué meticulosidad trabajaba Rory, una maestra cuyos movimientos eran decididos y deliberados.

—¿Cuándo paras? —le preguntó para romper el silencio.

—Cuando empiezo a cometer errores. —Le tembló la mano—. ¡Mierda! ¿Te puedes largar para que pueda concentrarme?

En busca de más tiempo, Rivers cogió el bombón rosa con el garabato marrón.

—Tengo que probar este último.

Rory dejó lo que estaba haciendo y se lo quedó mirando. En su expresión había cierta emoción que debía haberlo avisado, pero no fue así.

Su paladar se llevó el primer impacto, seguido de su lengua y de sus cavidades nasales, un infierno que le provocó sudor en la frente. Cogió aire.

—Deberías añadirles una advertencia.

—La llevarán —replicó con engreimiento—. Es un bombón especial.

Mientras recuperaba el aliento, detectó un matiz de café debajo del ardor, un toque de naranja. Era la mezcla perfecta de dulce y picante, de dolor y de placer, todo en un fiero bocado. Quiso comerse otro.

Quiso comérsela a ella. El chocolate era afrodisíaco. Quería tumbarla sobre la encimera, verter chocolate sobre su cuerpo desnudo y lamérselo entero.

Brett dio un rápido paso atrás para ocultar la erección y lanzó una espátula al suelo. Se agachó y la llevó hasta el fregadero, donde una sucesión de cazos y cuencos sucios esperaban que los limpiaran, donde podría darle a su cuerpo una oportunidad de recuperarse antes de que ella se diera cuenta y donde podría planear su siguiente movimiento. Debía lograr que Rory entendiera lo terca que estaba siendo.

Encontró el detergente lavavajillas y empezó a llenar uno de los tres cazos con agua caliente y jabonosa.

—No tienes por qué fregar —le dijo ella.

—Ya lo sé. —La miró por encima del hombro sin girarse. Su pose rígida se había suavizado. Tenía las manos quietas, los hombros relajados, los labios separados, y en esos ojos azules ya no brillaba el hielo.

Cuando se dio cuenta de que la estaba contemplando, volvió a ponerse la coraza.

—Pues todo tuyo.

Brett ganó más tiempo afanándose en fregar los platos. Buscó algo de lo que hablar en lugar de lo mucho que la había echado de menos y en lo aburrido que se había vuelto su mundo sin ella.

—He quedado con tu amigo Toby para tomar una cerveza. La noche de la fiesta, me olvidé de darle la propina. Me ha contado que Kristin y tú sois socias de un negocio.

Al echar un vistazo hacia atrás, vio que Rory estaba decorando las bufandas de los ositos con trazos lilas. Por lo visto, una bufanda azul sin más no era lo bastante especial para una maestra chocolatera.

—Podrías haberle enviado la propina por transferencia —terció—. ¿Por qué tenías que quedar con él? —Por la forma en la que dejó a un lado los moldes de osito, Brett supo que no estaba contenta con el resultado.

—Quería saber que estabas bien.

Rory llevó los moldes de osito sin terminar hasta el fregadero y los hundió en el agua jabonosa.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Rivers vio una mancha de manteca de cacao azul en la mejilla de ella y ansió limpiarla de un beso.

—Porque hay un asesino suelto y tú has estado indagando.

Rory lo apartó del fregadero de un codazo y hundió las manos en el agua.

—Toby debería ocuparse de sus cosas en lugar de chismorrear sobre mí. Y por la noche cojo el coche de Kristin, aunque sea menos de un kilómetro. Y no porque quiera. Kristin tiende a ponerse cargos

cuando le apetece y ha anunciado que es nuestra responsable de riesgos laborales.

—Me ha sorprendido saber que las dos os habéis asociado en una empresa, teniendo en cuenta vuestro pasado.

—No te habrá sorprendido tanto como a mí.

—¿Cómo os va?

—No nos hemos matado, si te refieres a eso. —Puso un estropajo sobre el molde de osito—. Dentro de dos días haremos nuestro trayecto inaugural, y por eso necesito terminarlo todo esta noche. Si tú estás aquí, no me puedo concentrar.

—Lo que hay entre nosotros… He pensado mucho, y dejarlo no tiene sentido. —Habló con más decisión. Era Brett Rivers en la mesa de negociaciones—. Nos gusta estar juntos. Nos lo pasamos bien. Y en la cama congeniamos que no veas.

—En la ciudad tienes una amplia gama de mujeres deseando acostarse contigo. —Cogió una bayeta para secarse las manos—. No me necesitas.

—Sabes que no me refiero solo al sexo. Podemos ser amigos, si es lo que quieres. Buenos amigos. Nos llevamos bien. —Era mentira. No podría tener solo una amistad con ella, y ambos lo sabían. Nunca había mentido en una mesa de negociaciones, y se odió por ello, aunque extendió una mano para tocarla.

***

Rory sintió escalofríos en la piel cuando la mano de Brett le rozó la nuca. El agua caía del grifo al fregadero en un lento repiqueteo. El aire acondicionado zumbaba, y el hechizo que los unía se manifestó de nuevo. En lugar de apartarse, recostó la mejilla en la muñeca de él. Pero solo durante unos segundos, antes de alejarse.

—No puedo ser tu amiga. Y por cómo me estás mirando, tú tampoco puedes ser mi amigo.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si fuera otro obstáculo que necesitas conquistar —respondió con más dureza.

—Eso no es justo. —Con el pulgar, le acarició la comisura de los labios. Rory cerró los ojos. La mano de él olía a lavaplatos, a chocolate y a ambición. Habría sido muy fácil rendirse a la ofensiva de Brett, un hombre que debía ganar en todo.

Pero se apartó.

—No puedo. Esto no es un juego. Me estás haciendo daño.

Fue como si le hubiera dado un puñetazo. Brett se encogió, y algo que tal vez fuera vergüenza le hizo bajar la vista.

—Tienes razón. No debería haber venido.

Al cabo de unos segundos, Rory volvía a estar sola en la cocina.

Capítulo 20

Kristin corrió de una habitación a otra intentando encontrar hombreras para llevarlas hasta el campo de fútbol americano y avisar a Rory de que no le había dado de comer a su tortuga. El sonido de alguien que llamaba a la puerta la sacó poco a poco del sueño. Rory nunca había tenido ninguna tortuga. Algo le pasaba. La presión de inaugurar la gastroneta por la mañana había hecho mella en ella. Se sacudió de encima los restos del sueño y saltó de la cama. Sin molestarse en coger una bata, abrió la puerta. Su hijo, con un aspecto muy desaliñado, se encontraba al otro lado.

—Clint… —«Mi hijo… Mi corazón… Mi adorado niñito». Se llevó una mano a la mejilla.

Clint se cernía sobre ella. Le sacaba más de una cabeza, era ancho de espaldas y tenía los ojos azules y los pómulos de Gregg. Le dio un fuerte abrazo y le acarició la frente con la barba.

—Hola, mamá. Perdona que te moleste tan tarde. —Se separó de ella demasiado pronto—. Estos días solo puedo salir de noche. Como si fuera un vampiro. Si no, los de la prensa me siguen.

—Pues claro. —Le dolía el corazón por él—. No pasa nada. Entra. —Era su hijo, pero estaba nerviosa. Cuando los hijos eran pequeños, los padres controlaban la situación, pero cuando crecían, los hijos tenían la sartén por el mango. Si Kristin dudaba o decía lo más inapropiado, Clint tal vez volvería a poner distancia entre ambos.

Kristin cerró la puerta tras él y fue descalza a encender la luz. Rory le había dicho que Clint nunca había visitado a Ashley, así que el piso no debería traerle recuerdos.

—He recibido tu mensaje —le dijo.

¿Qué mensaje? Kristin le había mandado muchos. Demasiados. Quizá se refería al del día anterior, cuando le había dicho que había alquilado un piso en el edificio de Rory, aunque no le había dicho cuál.

—Perdona que haya tardado tanto tiempo en venir a verte —se disculpó—. No estoy pasando por una buena racha.

—Lo entiendo. —No lo entendía. Era su madre. Clint podía hablar con ella de lo que fuera—. Deja que te prepare algo para comer. Un sándwich. Tengo un poco de ensalada de atún, que me ha sobrado. —Rory creía que Kristin mimaba a Clint, pero ¿qué problema había en dar de comer a un hijo?

—No tengo hambre.

—Hay cerveza. —Corrió hacia la cocina. Había comprado un

paquete de seis Guinness para Daniel. Habían estado juntos esa misma noche, y ya lo echaba de menos. Le gustaba hacer el amor con él, pero también le gustaba cuando se abrazaban sin más. Hablaban durante horas, se contaban sus historias, sus secretos, sus fortalezas y debilidades.

—A ti no te gusta la cerveza —le respondió Clint.

—A un amigo mío sí. —Ya le hablaría más tarde de Daniel, cuando no estuviera tan nerviosa. Sacó una botella del frigorífico y la dejó en la encimera. No tenía jarras, a duras penas tenía platos, pero había un abridor por alguna parte. ¿Dónde lo había metido? Necesitaba encontrarlo.

—Mamá, ¿de qué va todo esto? Este era el piso de Ashley. ¿Por qué lo has alquilado?

—Espero que no te moleste. —Era algo que la había preocupado—. No hay nada suyo aquí. Es algo temporal, hasta que encuentre algo permanente.

—Y ¿qué pasa con la casa? —Frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí en realidad?

«Estar cerca de ti. Cerca de Rory. Con Daniel».

—Alguien se ocupa de la casa.

No la echaba de menos. A pesar de la cocina reformada y de la nueva sala en la zona trasera, a pesar de la pintura reciente y del suelo restaurado, a pesar de que Debra solo había vivido cuatro años allí y ella veintiocho, a pesar de todo eso, no era su casa.

Abrió otro cajón. Quizá no tenía ningún abridor. Quizá solo había pensado en comprar uno.

—¿Sigues aquí por mi culpa? No hace falta que te quedes.

—Ya lo sé.

—¿Me dijiste por mensaje que vendes bombones con Rory? Qué loco todo.

Kristin abrió el último cajón y empezó a hurgar en el interior, con movimientos cada vez más torpes. Su hijo no había dicho que quisiera una cerveza, pero si no le daba una quizá no deseara pasar tiempo con ella. Mientras rebuscaba en los cajones y en los armarios, le contó más o menos lo que hacía con Rory, se repitió, pasó de una cosa a otra sin orden ni concierto y dejó las puertas de los armarios y los cajones abiertos.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —La miró con inquietud.

La preocupación que irradiaba la expresión de él la devolvió a la realidad. Se vio como la veía su hijo: con las manos temblorosas y el pecho agitado, buscando un abridor como si buscara el Santo Grial. Empezar un negocio con Rory no era loco. Lo que era loco era aquello: creer que la relación que mantenía con su hijo dependía de si encontraba un abridor.

Se apartó el pelo de la cara. Rory tenía razón: mimaba demasiado a Clint. Desde que nació, el objetivo de su vida había sido centrarse en ser madre. Y ahora que había conocido a Daniel, ¿iba a volver a vivir bajo su sombra también?

Al estar con Rory y ver la pasión que sentía su hijastra por su trabajo, se había despertado algo en su interior, y esa imagen de sí misma ya no encajaba con quien era. Era una mujer competente con energía y ambición, una mujer capaz de igualar el sarcasmo y la ironía de Rory, capaz de trepar por una verja de madera y defenderse ante el hombre brillante y excéntrico que le había robado el corazón. Sorprendida, se dio cuenta de hasta qué punto le encantaba esa nueva versión de sí misma.

Localizó el abridor entre la tostadora y la cafetera. Se apartó de la encimera y se giró hacia su hijo.

—Perdona. No encontraba el abridor.

Clint se encogió de hombros.

—Rory y tú nunca os habéis llevado bien. No entiendo por qué ha decidido asociarse contigo para llevar la gastroneta. ¿Necesitas dinero? Si necesitas dinero, estaré encantado de…

—No necesito dinero. Ya sabes que tu padre me dejó en una situación económica holgada. Es que es algo que me apetece hacer. Es interesante. Retador.

—Ya tienes cosas interesantes que hacer en casa. —Clint apretó la mandíbula—. Y amigos.

—Estoy haciendo amigos aquí. —El señor Reynolds le habló del jardín, Toby le confesó los problemas que tenía con su padre, pero su mejor amiga era su hijastra. Miró a los ojos beligerantes de su hijo—. Rory es tu hermana. Sé que no te gusta lo que hizo, pero lo hizo de corazón pensando en ti.

—¡Y a Ashley la han asesinado!

—¡No culpes a Rory de la muerte de Ashley! Ibas a huir a Las Vegas con una mujer que era evidente que iba detrás de tu dinero. A Rory le importas tanto que se molestó en intervenir.

Clint se metió las manos en los bolsillos y salió de la cocina. Kristin fue tras él.

—¿Tienes alguna idea de cuántas veces ha llamado al detective que investiga tu caso para encararse con él? —La farola arrojaba una luz en forma trapezoidal sobre la alfombra que cubría el suelo junto a la ventana a la que se había acercado su hijo. Siguió caminando hasta ponerse delante de él—. Rory ha dado con el paradero de uno de los exnovios de Ashley, ¿lo sabías? Ha hablado con el jefe de Ashley, con tu ama de llaves, incluso con tu jardinero. ¡Se fue hasta Míchigan para encontrarte!

—No tenía por qué hacer nada de eso —masculló.

—Mírame. Rory no ha expresado ninguna duda sobre tu inocencia, ni una sola vez. No ha mencionado siquiera la posibilidad de que pudieras ser el responsable de la muerte de Ashley. Y tú se lo pagas echándola de tu vida.

—¡Ashley no merecía morir! —exclamó.

—Por supuesto que no. Y Rory no merece lo que le estás haciendo. Sueles calar bien a la gente, pero la cagaste con Ashley y la estás cagando ahora con tu hermana.

—No me puedo creer que la estés defendiendo. —Se sacó las manos de los bolsillos.

Kristin por fin comprendió lo que había pasado por alto, y le dolió el corazón por él.

—Eres un líder natural. Nunca te ha resultado fácil admitir que te equivocas. Pero te equivocaste con Ashley y, en lugar de aceptarlo, has convertido a Rory y a Brett en chivos expiatorios.

Nunca había visto a su hijo mirarla así, no con rabia, sino como si lo hubiera traicionado. Le dio un vuelco el estómago, pero cuando Clint salió por la puerta como alma que lleva el diablo, ella no dijo nada. Era su hijo. Lo quería con toda el alma, pero Clint iba a tener que solucionar aquello por su cuenta.

***

El primer día al volante de la camioneta renovada, Rory encontró una plaza para aparcar cerca de Union Station. Kristin, con estilosas gafas de sol, vestido de Lilly Pulitzer y sombrero de paja, estaba en la acera con pintas de asistir a una fiesta privada en los Hamptons, en lugar de en busca de clientes. Rory observó desde la ventana de la camioneta cómo los trabajadores que salían de la estación del tren pasaban por delante de ella sin siquiera mirarla. No era sorprendente que nadie la reconociera como la madre del *quarterback* más famoso —recientemente, por la razón equivocada— de la ciudad. ¿Quién esperaría que la madre de Clint Garrett vendiera bombones delante de una gastroneta?

Rory se había levantado a las seis, tras dormir apenas tres horas, y vio que Kristin ya estaba despierta y vestida. Habían conducido hasta la pastelería para recoger los bombones y encaminarse al centro con la camioneta, con Rory en el asiento del conductor.

—Disculpe, caballero. —Kristin se dirigió con educación a un hombre que llevaba la americana en el brazo—. ¿Le gustaría probar nuestros deliciosos bombones artesanos?

El hombre siguió caminando sin detenerse.

—Disculpe, señora. Tenemos bombones artesanos. ¿Le gustaría

probar una de nuestras cremas de mantequilla?

La mujer ni siquiera le lanzó una mirada.

Rory sabía que era una pérdida de tiempo abrir el negocio tan temprano, pero Kristin había insistido, y Rory quiso mantener la paz entre ambas.

—Sabores tentadores —anunció Kristin a una joven con auriculares y bolso de leopardo—. Bombones de caramelo salado artesanos. —Esa vez, se dirigía a un tipo con pantalones caquis.

Cuanto más se esforzaba, más desesperada sonaba, pero Rory se dijo que era demasiado pronto como para deprimirse. Echó un ojo a los vídeos que había publicado la noche anterior en sus nuevos perfiles de TikTok e Instagram. Con solo una docena de seguidores, estaba lejísimos de ser una *influencer*, pero había mandado mensajes directos a quienes sí lo eran para invitarlos a visitar la gastroneta y probar gratis unas muestras.

Incluso con el nuevo toldo a rayas marrones y rosas que daba sombra a la ventana, dentro del vehículo ya hacía calor. Cuando repararan el aire acondicionado, podría empezar a preparar bombones durante el día, y así solo usaría la cocina de la pastelería por las noches cuando se viera obligada. Pero a pesar de la falta de aire acondicionado, le encantaba lo que habían hecho con la camioneta. No solo iba la mar de bien, sino que el creativo diseño de Duncan Gilford para el vinilo había transformado el chabacano Palacio Real del Dulce en un emporio del chocolate.

Un árbol del cacao acentuaba el exterior rosa, cuyas ramas llegaban hasta el techo y enmarcaban la ventana. En lugar de hojas, del árbol brotaban coloridos bombones. Y en la parte inferior de la camioneta, con letras marrones, aparecía el nombre que habían decidido al final:

Solo lo Mejor

Bombones artesanos

Un lujo asequible

Kristin asomó la cabeza al interior de la gastroneta y se quitó las enormes gafas de sol.

—Necesitamos otro sitio.

—Aquí estamos bien, y no nos iremos hasta que no hayan pasado las cuatro horas.

—¡Es que no se para nadie!

—Son las ocho de la mañana. La gente está aún con el primer café. Ya te lo dije. Mañana abriremos a las diez.

Kristin puso tal cara de derrota que Rory deseó haberse mordido la lengua, así que suavizó el tono.

—La cosa se animará a media mañana. Ya lo verás. —Rezó por que fuera cierto.

Una expresión terca se instaló en el rostro de Kristin.

—Eso no me sirve. —Se apartó de la ventana y empezó a chillar como uno de esos muchachos que vendían periódicos hace un siglo al grito de: «¡Extra, extra!»—. ¡Denle un buen empujón a su mañana! ¡Metan trufas de chocolate en el café! ¡Café y trufas! ¡Es un nuevo día!

Las trufas de Rory debían ser paladeadas, no hundidas en una taza de café normal y corriente, pero no iba a ponerse en plan esnob.

Uno de los ocupados transeúntes miró hacia Kristin, y ella fue directa hacia él.

—¡Usted, caballero! ¿Quiere una trufa en su café o es que se alegra de verme?

Rory se rio, la primera vez desde que Brett había salido de la cocina de la pastelería.

El viandante al que Kristin se acercó salió disparado, pero ella no se desanimó.

—¡Señora! ¡Un poco de chocolate en el café es garantía de un día productivo! ¡Fue el secreto de Steve Jobs para alcanzar el éxito!

Era la primera vez que Rory oía eso.

La mujer se apresuró a marcharse. Kristin ondeó el sombrero de paja como si fuera una bandera.

—¡Los mejores bombones de la ciudad! ¡Una trufa en su taza de café les alegrará el día! ¡Dos por uno!

Iban a tener que hablar de esas decisiones unilaterales que estaba tomando Kristin.

Una mujer con una mochila a la espalda redujo el ritmo. Con la taza de Starbucks en una mano, se acercó a la ventana con ciertas reticencias.

—Probaré una.

Mientras dejaba la taza en la repisa y apartaba la tapa, Rory le seleccionó dos trufas y se las tendió sobre una servilleta con una sonrisa.

—Pásese mañana y me cuenta si le han gustado.

La mujer asintió, metió las trufas en el café y pagó —la mitad de lo que tocaba, pero habían hecho una venta—.

Un anciano con barba apareció al poco, y Rory se motivó.

—Lleva una taza enorme. Puede que necesite tres bombones.

—¡Cuantas más trufas compren, mayor será la sabrosura! —exclamó Kristin al oírla.

—¿La sabrosura? —Rory asomó la cabeza por la ventana.

—Tú a lo tuyo.

El entusiasmo de Kristin era contagioso. Una mujer mayor, con aspecto de ejecutiva, se acercó para probar las trufas, no para meterlas en el café. «¡Por fin!». Al cabo de las cuatro horas, todas las trufas de cacao habían desaparecido, además de dieciocho bombones

individuales y dos cajas de muestras. Era un comienzo, y también era la hora de cambiar de ubicación.

***

Brett no tuvo ningún problema para encontrar la camioneta de Rory gracias al nuevo color y al diseño llamativo. Con buen tino, Rory había incluido su negocio en la aplicación de *food trucks* más famosa de toda la ciudad, y su puesto cerca de Clark Street y de Lake Street se aprovechaba de la pausa de la comida de las empresas.

Durante unos buenos diez minutos, Brett había ignorado el pitido de su móvil al tiempo que observaba el panorama desde el escaparate de la tienda 7-Eleven al otro lado de la calle. Al principio, Kristin se puso en la acera para atraer a los clientes, pero después Rory y ella intercambiaron los papeles.

Los familiares pantaloncitos cortos amarillos de Rory dejaban a la vista sus piernas fuertes y ágiles, y la blusa roja y blanca era la que llevaba puesta el día que se vieron en casa de Clint. Llevaba el pelo rizado recogido en un moño. Cuando le dijo algo a un transeúnte, Brett no oyó sus palabras, pero o ella o sus piernas estaban teniendo éxito, porque la gente se iba acercando al ventanal de la camioneta.

Un gran peso se instaló en sus hombros. Se había acostumbrado a pensar en Rory como una mujer sexi, extravagante e intrigante que nunca podía comportarse como era debido. Sin embargo, ese día, mientras a él le sonaba el móvil y la veía en su salsa, rebosante de energía, haciendo lo que estaba destinada a hacer, fue Brett quien se sintió un fracasado.

Últimamente tenía una neblina en la mente y estaba siempre de mal humor. Los clientes cuyas exigencias nunca lo habían molestado habían empezado a hacerle apretar los dientes. Jugar solo para ganar parecía absurdo si se comparaba con Rory, que ni siquiera era consciente de que estaba jugando. A ella le traía sin cuidado poseer el piso más grande, conducir el coche más rápido o aparecer en las noticias con un flamante nuevo cliente. Tan solo quería elaborar bombones maravillosos.

El día anterior, Brett había llegado tarde a una reunión porque no dejaba de pensar en ella; en algo que le había dicho y lo había hecho reír, en cómo se apartaba un rizo rebelde de la mejilla, en las sensaciones que le despertaba su piel, en los gemidos que emitía cuando él entraba en ella.

Se había sentido feliz antes de conocerla. O quizá no feliz, sino más bien conforme. O quizá no exactamente conforme, ya que ni siquiera sabía qué significaba la conformidad. Siempre estaba al cien por cien, iba a por la siguiente meta: el cliente más importante, el acuerdo más

rápido. Él nunca se dormía en los laureles. Pero ¿por qué desde que la conoció se sentía adormecido?

Durante un momento de calma entre clientes, Rory se acercó a una gastroneta que vendía tamales cerca de la suya y les dio algo. Más tarde, hizo lo mismo con otra camioneta que vendía bocadillos de langosta. Brett no entendió lo que hacía hasta que vio a un hombre que había comprado un bocadillo de langosta acercarse a la gastroneta de Rory y entregarle un papel. Estaba repartiendo cupones entre los negocios vecinos, una idea brillante. De repente, a Rivers le entraron ganas de vender bombones con ella. Quería ser el charlatán de la acera que convencía a la multitud para que invirtiera su dinero en la mejor tentación dulce de toda la ciudad.

Pero no dejaba de sonarle el móvil, y tenía un trabajo que hacer. Debía seguir jugando la partida y ser el mejor.

***

Exhaustas y eufóricas por el éxito de los primeros días, Rory y Kristin devoraron los *dumplings* humeantes que habían comprado en una gastroneta de comida asiática de fusión. Kristin se lamió el resto de la salsa de soja de los dedos y miró a Rory, que estaba junto al fregadero de la cocina.

—Esta noche no vas a volver a la pastelería.

—No me queda otra. Se nos han acabado las trufas de cacao.

—Gracias a mis constantes estrategias de *marketing* brillantes —presumió Kristin con altanería.

—Gracias a ti. —Rory sonrió, a pesar de estar agotada, por más que solo fueran las siete y media. Limpió el recipiente de la comida en el fregadero y lo lanzó al cubo de reciclaje—. No tengo que preparar muchas, así que tardaré poco. A medianoche estaré aquí. De todo lo demás hay suficiente para un par de días.

—Rory. —La expresión de Kristin se endureció—. No es una situación sostenible para ti.

—Solo hasta que arreglemos el aire acondicionado. Así podré trabajar más en la camioneta.

—Para eso a lo mejor faltan unas cuantas semanas aún. No te puedes pasar la noche trabajando y estar en la calle a las ocho de la mañana. Tenías razón. Debemos empezar más tarde.

—No podemos aparecer y luego desaparecer. No es así como funciona el negocio de las gastronetas. Los clientes de buena mañana van a volver. Comprarán más, y no solo para meter los bombones en el café. —Cogió los palillos sin abrir de Kristin de la mesa y los metió en la basura—. Si por la mañana la cosa sigue así, deberíamos pensar en añadir un café prémium y más trufas de sabores. —Contuvo un

bostezo—. De arce, de *amaretto*. Quizá algo sorprendente, como cardamomo.

—Puaj. —Kristin puso una mueca.

—Deduzco que te opones al cardamomo. —Rory fue hasta el comedor mientras intentaba recordar dónde había dejado el bolso.

—Me mareas con tanto cambio. —Kristin la siguió.

A Rory le costaba relacionar a esa nueva versión de Kristin con la mujer reservada y nerviosa con la que había crecido.

—Si quieres que vayamos a más. —«Y yo te quiero a ti». Esa idea era nueva e inesperada, pero le sentó genial admitirla.

—Sí que quiero, pero no puedes pasarte toda la semana durmiendo solo cuatro horas por la noche.

—Está controlado. —Rory bostezó.

—Mañana por la mañana me llevo la gastroneta mientras tú sigues durmiendo. —Kristin apretó la mandíbula—. Coges la línea L y vienes más tarde.

—No puedes. Ni siquiera conduces tu coche en la ciudad, y mucho menos la camioneta.

—Estoy harta de que el miedo me paralice.

Rory se la quedó mirando, y algo le atenazó la garganta.

—Cuando era pequeña, quería ser como tú. —Kristin ladeó la cabeza, a la espera de que Rory añadiera una pulla al piropo, pero esta se limitó a darle un abrazo—. Iremos paso a paso para que conduzcas la camioneta. No hace falta apresurarse. Te ayudaré a que te acostumbres.

—Ya tengo ayuda. Daniel ha conducido un montón de camionetas. Mañana por la mañana irá conmigo.

—¿Daniel? ¿Ya se lo has comentado? ¿No tiene una empresa que gestionar?

—Ha reorganizado su agenda. —Los labios de Kristin se curvaron en una sonrisa atontada—. Solo será una mañana.

Rory lo comprendía mucho mejor.

—Papá nunca habría hecho nada parecido.

—No quería que nadie lo molestara. Y Daniel no es como tu padre.

—No, no lo es. —Rory sonrió.

***

Mientras de fondo sonaba el grupo Imagine Dragons, Rory vertió una generosa cantidad de *ganache* de chocolate extracremoso para formar cúpulas idénticas en papel de horno, extendido sobre la encimera de la pastelería. Disfrutaba de tener ingredientes de sobra para volver a trabajar. Cuando las cúpulas se hubieron asentado, las hundió en

chocolate atemperado y las remató espolvoreándolas con su mejor cacao en polvo francés.

Eran solo las diez. Estaba extenuada, pero decidió preparar otra *ganache* de *amaretto* y aceptar la propuesta de Kristin. El mero hecho de quedarse en la cama hasta las ocho de la mañana le parecía un lujo. Fue a la despensa de la pastelería y cogió una nueva bolsa de lágrimas de chocolate. Algún día podrían permitirse una máquina para tostar sus propias habas de cacao.

Cuando salió de la despensa, alguien llamó a la puerta trasera. El dolor volvió a golpearla. ¿Cómo iba a dejar de pensar en Brett si él no dejaba de aparecer por ahí?

Pero al cruzar la cocina, el rostro que le devolvía la mirada a través de la ventana con barrotes no era el de Brett. Era el de Clint, el hermano que le había dicho que no quería volver a verla jamás.

Rory abrió la puerta con cuidado. Él la saludó con un breve y educado asentimiento.

—¿Puedo pasar?

Ella se encogió de hombros y se hizo a un lado.

—Qué bien huele.

Los Imagine Dragons habían empezado la canción *Demons*. Rory dejó la bolsa de lágrimas de chocolate en la mesa y cogió el móvil para apagar la música. Clint se fijó en las encimeras y en los hornos.

—¿Cuántos años tenías cuando intentaste venderme a la mujer del parque?

—Seis y medio. —Rory se concentró en el móvil en lugar de mirarlo a los ojos—. Lo bastante mayor como para saber que no debía hacerlo.

—Es mi anécdota preferida. —Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos—. Tuviste agallas.

—Fue una estupidez. —Dejó el móvil a un lado y se preguntó para qué habría aparecido su hermano—. Una niña de seis años que llevaba a un bebé en brazos por la acera. Me podría haber tropezado.

—Pero no tropezaste.

Rory fingió inspeccionar el interior de las trufas de la encimera.

—Después de eso, Kristin no me dejó a solas contigo durante muchos años.

—Nunca debió dejarme contigo. Eras una canguro penosa. —Apoyó la cadera en el hogar de seis fogones.

—La peor. —Abrió la bolsa de lágrimas y deseó que Clint se marchase.

—Cuando se apagó la sirena que anunciaba un tornado, me dijiste que significaba que había una invasión zombi. Me dijiste que los zombis odiaban los jalapeños, y que la única manera de evitar que me sorbieran los sesos era comerme uno a palo seco.

—No habría pasado nada si no hubieras empezado a frotarte los ojos y a chillar. —Al fin lo miró a los ojos—. Me pusieron un buen castigo.

—Te lo merecías. —Cruzó la cocina y asomó la cabeza en la despensa—. En Nochebuena, cuando tenía cinco años, me dijiste que Papá Noel se había chocado por accidente con el telescopio Hubble y había muerto.

—Sé que he sido una hermana de mierda, y entiendo por qué estás hasta el gorro de mí. No hay nada que puedas decir que me haga sentirme peor. Lo siento. ¿Te importaría irte, por favor?

—¿Me puedo comer uno de estos? —Clint se acercó a las cúpulas de *ganache*.

—Todavía no están terminadas, pero adelante.

Cogió una trufa del centro, se la metió en la boca y habló mientras masticaba.

—Lo mejor fue la vez que me envolviste en plástico de burbujas y me tiraste por la gran colina que había detrás de la casa de los Slater. —Se comió otra trufa, sin saborear los sabores como Brett, sino tan solo disfrutándola—. No me quisiste desenrollar hasta que supiste que mamá y papá volvían a casa.

—Nunca entendí por qué no te chivaste. —Rory se acordaba superbién.

—Fue divertido, y me gustaba llamar tu atención. La de mamá y papá la tenía seguro, pero la tuya no.

—Debías de ser masoquista. —Lo miró a los ojos.

—Puede. —Su voz se volvió más suave—. ¿Recuerdas cuando murió Frankie?

Rory no lo olvidaría jamás. Frankie Spravic fue el mejor amigo de Clint en tercer curso. Murió en un incendio en su casa, y toda la comunidad lloró la pérdida.

—Fue horrible.

—Te pasaste por lo menos dos semanas durmiendo conmigo por la noche. Te dije que me daba miedo morir mientras dormía, y me prometiste que te pasarías la noche en vela y me despertarías si dejaba de respirar.

—Fijo que me dormía tan pronto como tú.

—Pero yo eso no lo sabía. —Se acercó al fregadero para limpiarse los dedos—. Siempre tuve celos de ti.

—¿De mí? —Lo miró fijamente—. ¿Por qué ibas a tener celos de mí?

—A ti se te permitía cagarla. A mí no.

—Pero te mimaban. Te idolatraban. Era imposible que la cagaras.

—Y sentía que debía cumplir con sus expectativas, sobre todo las de papá. Tenía que ser bueno en todo. No se me permitía cagarla. Pero

tú no sentías esa presión. Podías suspender un examen, y solo te castigaban un par de días. Pero si yo hacía algo mal, desde deberes hasta el deporte o las tareas domésticas, papá me soltaba larguísimos sermones sobre la responsabilidad, los éxitos y la necesidad de exprimir todo mi potencial. Me recordaba todas las ventajas de las que disfrutaba, el talento con el que había nacido. Decepcionarlo era muchísimo peor que un puto castigo. Y cuando te fuiste a la universidad y solo me tuvieron a mí en quien concentrarse, la cosa fue a peor.

Desde un punto de vista racional, Rory comprendía lo que estaba diciendo, pero emocionalmente no.

—¿Estabas celoso de mí?

—Que sí, joder. Y creo que aún lo estoy.

Rory tuvo la impresión de que el suelo se inclinaba bajo sus pies.

Clint apoyó la cadera en la gran nevera comercial.

—No siempre debes estar al cien por cien de tus habilidades. No te trolean en las redes sociales, ni los periodistas inventan mierdas sobre ti. Puedes ir donde quieras sin que la gente te pida hacerse una foto contigo. —Se pasó las manos por el pelo—. Pobrecito de mí, ¿verdad? Millones de personas quieren lo que tengo, y yo voy y me quejo. Menudo capullo integral.

Su hermana se quedó pensando en la presión constante bajo la que vivía Clint. La interminable vigilancia pública. Y, de repente, lo habían acusado de un asesinato que no había cometido.

—Supongo que ser el ojito derecho no es para tanto.

—No necesito que te apiades de mí. Me encanta jugar al fútbol.

—Eso ya lo sé. Pero no te encanta todo lo que gira en torno a tu profesión.

—Como ya he dicho, un porrón de gente querría tener mis problemas.

—¿Que le acusaran de un asesinato que no ha cometido? No tanta.

—Fui un idiota con lo de Ashley. Intentaste avisarme. Brett también. Pero no me gusta equivocarme, y no quise escucharos.

Rory se preguntó si por fin había logrado que su hermano viera la verdad.

Clint se quedó mirando a la nada antes de volver a observarla a ella.

—La mentira que le dijiste a Ashley no fue la primera que decías para protegerme.

—¿A qué te refieres?

—Debía de tener unos ocho años. Papá me advertía que me robarían la bicicleta si no la metía en el garaje por la noche.

—Típico de él.

—Y al final pasó. Me olvidé de guardarla, me desperté a la mañana

siguiente y había desaparecido. Cuando se enteró, me pegó una bronca. Que estaba avergonzado de mí, que esperaba más, que cómo iba a estar orgulloso de mí si cometía estupideces. Empecé a llorar. Tú bajaste las escaleras, viste lo que estaba ocurriendo y le dijiste a papá que había sido culpa tuya. Le dijiste que habías sacado mi bici del garaje y la habías dejado en el patio cuando te cansaste de pedalear.

—Creo que lo recuerdo vagamente.

—Supongo que tendrías catorce años o así. Por lo visto, a papá no le extrañó que quisieras montar la bici de un niño, porque lo único que recuerdo es que le dijo a mamá algo así como que se encargara ella de ti, que él se rendía.

—No me sorprende.

—Supe que no era lo correcto, pero no dije ni mu. Dejé que cargaras con la culpa.

—Tu falta de personalidad es música para mis oídos. —Sonrió.

—¿Recuerdas cómo te seguía por todas partes, siempre a la zaga para que no te escaparas, y repetía todo lo que decías? —Le devolvió la sonrisa—. Madre mía, qué divertido. Te cabreabas una barbaridad. Lo mejor era esconderme debajo de tu cama y pegarte un susto. Me perseguías por toda la casa gritando.

—No te pillé nunca.

—Fue un buen entrenamiento para mi futura carrera. Cuando te quejabas a mamá, te decía que yo era un niño pequeño y que debías comportarte como una adulta.

—Eso sigue irritándome.

—Es injusto, sí. —Sonrió.

Rory también esbozó una sonrisa, aunque notó el escozor de las lágrimas.

—Había olvidado el diablillo que eras. ¿Por qué me he sentido culpable durante tantos años?

—Yo qué sé. —Se puso serio de golpe—. Yo no maté a Ashley.

—¿Por qué me dices eso? —Rory cogió un pañuelo del bolso, enfadada de pronto—. ¡Ya sé que no la mataste!

—¿Cómo lo sabes? No tengo coartada y está claro que sí tengo un motivo.

—Por Dios, Clint. Cualquiera que te conozca sabe que eres incapaz de matar a alguien. —Levantó las manos—. Por eso está siendo tan horrible.

—Mamá me ha regañado por haberme cabreado contigo por lo que le dijiste a Ashley. —Se pasó una mano por la áspera barba.

—¿Ah, sí?

—Según ella, has estado indagando por ahí.

—Y no he descubierto absolutamente nada. Lo único que hace la policía es tratarme con condescendencia.

Clint agachó la cabeza, la alzó y la miró a los ojos.

—Siento mucho lo que dije el otro día. Me equivoqué. Te estabas preocupando por mí, como has hecho siempre.

Aquella nueva visión del pasado la pilló desprevenida. Había olvidado la gran presión que había ejercido su padre sobre Clint y que Kristin había intentado compensarlo mimándolo en exceso. Pero Rory también lo había mimado a su manera. Era su hermano pequeño y, a pesar de sus travesuras, no había sido la hermana espantosa que creía haber sido. Quería a su hermano, siempre lo había querido. Había sido a sí misma a quien no había podido aceptar.

—Los dos queríamos lo que tenía el otro —dijo al final.

—Pero nunca lo verbalizamos.

—Hasta ahora. Eres un buen tío, Clint Garrett. —Lo último que necesitaba era que otra mujer lo consintiera—. Aunque te comportaste como un gilipollas cuando fui a verte.

—Culpable. —Ladeó la cabeza—. Quiero que nuestra relación sea diferente.

—Yo también. —Rory hizo una pausa—. Siempre y cuando no me persigas ni repitas todo lo que digo.

Clint le dio un golpecito con el hombro.

—Siempre y cuando no me persigas ni repitas todo lo que digo.

—¡Te voy a matar!

—¡Te voy a matar!

Rory le dio un puñetazo en el pecho.

—Voy a comprar jalapeños.

Clint se echó a reír y le dio un abrazo.

Y Rory se lo devolvió.

Capítulo 21

Rory seguía sonriendo mientras guardaba las trufas recién hechas para el día siguiente en los recipientes que usaba para transportar los dulces. Con qué lente tan distorsionada había visualizado su infancia. Clint le había hecho un regalo, y esperaba haberle dado uno también a él. Aunque su vida fuera precaria, por lo menos su relación con su hermano tenía futuro. A no ser que terminara en la cárcel por asesinato.

Expulsó esa idea de su mente, cerró las tapas de los recipientes y apagó las luces de la cocina. Con cuidado y con el trabajo de la noche balanceándose en sus brazos, salió al callejón.

Una oscura silueta apareció de la nada.

Rory soltó un grito ahogado, y el recipiente de arriba del todo, el que contenía cuatro docenas de trufas acabadas de elaborar, empezó a escurrírsele.

La silueta se adelantó para cogerlo…

—¡Lo tengo! —Brett rodó por el suelo con las trufas en las manos —. No ha pasado nada.

Rory se lo quedó mirando. No parecía el mismo, y no solo porque estuviera tumbado de espaldas en la acera con un recipiente en su haber. Los focos que se encontraban a ambos lados de la puerta trasera iluminaban a un hombre que no se había afeitado, cuyo pelo engominado y repeinado era tan solo un recuerdo. El cabello le caía sobre la frente y estaba de punta por detrás. El extraño giro le había arrugado la camiseta, y le faltaba un zapato. Nadie podría confundir a ese holgazán hecho polvo con el titán presumido de la industria del deporte al que había conocido en la terraza del hotel un mes antes.

Rory le arrebató el recipiente con los bombones.

—¿Qué hacías ahí espiándome?

Sin levantarse del suelo, Brett empezó a sacudirse el polvo de las piernas desnudas.

—No pretendía sorprenderte.

—¿Qué pretendías hacer, pues? —Sus latidos retomaron un ritmo normal.

Unas gotas de sangre aparecieron sobre el vello de su pierna, pero él las ignoró y se puso en pie. Se inclinó hacia delante y se sacudió más polvo, quizá porque lo necesitaba o quizá porque no quería mirarla a los ojos.

—No podía dormir —masculló.

—Y ¿has decidido salir al callejón con las ratas?

—Quería verte. —Buscó alrededor el zapato que había perdido en su misión de rescate.

—Hemos terminado, Brett. Ya no queda nada que decir.

—Eso no es verdad. —Se miró el rasguño que se había hecho en el brazo; por lo visto, ya se había olvidado del zapato.

Rory se fijó al fin en el coche de él, aparcado en el callejón.

—Brett, ¿estás borracho?

Nunca lo había visto así, torpe e inseguro, y, a pesar de que internamente estaba decidida a mantener las distancias, dejó las trufas en el capó del Volvo de Kristin y se acercó a él.

—¿Qué te pasa?

—Qué no me pasa. —Encontró el zapato y se lo puso, pero al poco se lo quitó, lo agitó para vaciarlo de arenilla y lo volvió a intentar.

—Te sangra la pierna.

—Me da igual. He tomado una decisión.

—¿Qué clase de decisión?

—Voy a contárselo todo a Heath.

—¿Que qué? —Lo miró con creciente alarma—. Ni hablar.

—Me dijiste que te sentías como un secretillo oscuro. —Se pasó la palma de la mano por la cara—. Y eso no me gusta nada.

—Déjalo. Déjalo correr. —Debía ponerle fin a aquello—. No puedo tener una relación contigo. Tú deberías entenderlo mejor que nadie. Ahora mismo, el trabajo lo es todo para mí. No puedo permitir que me distraigan unos sentimientos enmarañados que no me llevarán a ninguna parte.

—¿Crees que yo no tengo sentimientos enmarañados?

—No tan enmarañados como los míos. —O bien se aferraba a su orgullo o se abría en canal y terminaba con aquello de una vez. Se obligó a mirarlo a los ojos—. El único futuro que tenemos es sufrimiento. A pesar de lo que te dije, me he enamorado de ti, Brett.

Él no se movió. No parpadeó siquiera.

—Sabía que era una error, pero ha pasado de todos modos. —Respiró hondo—. Para ti todo es una competición. Está en tu ADN. Pero yo no soy así. Y sé sincero contigo mismo. Si me hubieras conseguido, sabes que te habrías acabado aburriendo de mí. Para ti la diversión reside en la persecución, en el juego. De eso va tu vida. De eso van tus relaciones.

—¡Tú no eres ninguna competición! —exclamó.

—Entonces, ¿qué soy?

Rivers abrió la boca para responder. La cerró.

—¿Significo lo suficiente como para ser lo más importante de tu vida? —insistió Rory—. ¿Como para que me antepongas a tu carrera? ¿A tu ambición? Mírame a los ojos y dime que estás enamorado de mí. —Le tembló la voz. Esperó—. Venga —susurró—. Dímelo.

Un silencio ensordecedor se instaló entre ambos, y algo se rompió dentro de ella.

—Me lo imaginaba. —Cogió las trufas, se metió en el coche de Kristin y lo dejó ahí plantado.

***

Brett se quedó observando cómo las luces traseras del coche de Rory desaparecían por el callejón. Le daba la impresión de que se le habían pegado los pies al hormigón. Siempre había sido de reflejos rápidos, pero por la forma en la que ella se lo había soltado, por la forma en la que lo había retado… Se había quedado paralizado. Si le hubiera dado unos cuantos minutos, habría…

—Cabronazo.

Clint rodeó el contenedor y lo cogió por la camiseta.

—¡Has estado jugando con ella! —Clint lo estampó con fuerza contra la pared de ladrillos de la pastelería—. ¡Con mi hermana! —Lo soltó el tiempo justo como para poder volver a estamparlo contra la pared—. ¡Hijo de la gran puta! —Le dio otro empujón—. ¡Eres una víbora! Incluso ella debería haber sido capaz de verlo.

Fue la palabra *incluso* la que lo activó. Como si a Rory le faltara algo, como si no fuera la mujer más inteligente que conocía. Se zafó de Clint, lo golpeó en el pecho y lo apartó.

Se pegaron en el suelo. Las ratas salieron disparadas del contenedor, y a lo lejos sonaba la sirena de una ambulancia. Garrett le había dado en el hombro, en la mandíbula. Brett lo golpeó donde pudo. Alimentado por la pena, disponía del blanco que necesitaba para desahogarse por haberla cagado tanto.

Garrett era siete años menor que él, un deportista en activo que pesaba diez kilos más que él, pero la pelea duró más de lo debido. Al final, con la espalda de Brett de nuevo clavada en la pared y el brazo de Clint apretándole el pecho, el combate terminó.

—¡Estás despedido, hijo de puta! ¡Y no se te ocurra volver a acercarte a ella!

***

Clint salió corriendo del callejón, con una oleada de adrenalina, y estuvo a punto de no reprimirse y estampar su coche con el Mercedes Benz de Rivers. Defender el honor de su hermana quizá fuera algo anticuado, pero le sentó genial; en cierto modo, era un desquite por haberse comportado como un capullo. Gracias a Dios que había regresado. Había dado vueltas con el coche después de salir de la

cocina. Se sentía casi bien. Quería hacer algo grande para Rory. Su hermana siempre se negaba a aceptar su dinero, pero estaba empezando un negocio. Tal vez podría convencerla para que le dejara invertir.

No podía visitarla de día, y no quiso esperar al día siguiente para hablar con ella, así que había vuelto a poner rumbo a la pastelería con la esperanza de encontrarla allí todavía. Pero al aparcar en el callejón vio el Mercedes rojo de Rivers estacionado en la otra punta. Y tuvo un mal presentimiento. Apagó el motor y recorrió a pie el resto del callejón hasta que oyó a Rory. Clint estaba muy familiarizado con el hecho de tener el corazón roto, y solo tardó unos segundos en oír el dolor en la voz de ella y en comprender lo que había sucedido a sus espaldas. Y en comprender que Rivers había jugado con su hermana.

Notó calambres en las piernas. Rivers se había defendido más de lo que habría debido un representante de deportistas, y eso le tocaba las pelotas más aún.

Para cuando aparcó en el *parking* de la casa de Thad y Olivia, los calambres habían desaparecido, pero su furia no. Cogió el móvil. No le importaba que fuera de madrugada. Quería que Heath Champion supiera exactamente por qué su empresa había perdido a un cliente.

***

Brett se emborrachó en un antro que abría toda la noche, al que le faltaban algunas baldosas del suelo y que lucía un cartel de «Solo en efectivo» entre los cuernos de un ciervo y una foto del papa de Roma. Hacía dos décadas que no quedaba nada de barniz en la barra pegajosa, y los taburetes estaban sujetos mediante cinta americana. La sangre se le había coagulado en la pierna, tenía la mandíbula hinchada y la sucia camiseta con un desgarrón en el hombro. En ese bareto nadie lo conocía y nadie quería conocerlo.

A las cuatro de la madrugada, pagó la cuenta y salió a trompicones. Olvidó dónde había aparcado el coche y, además, estaba demasiado borracho como para cogerlo hasta casa, así que pidió un Uber. Sucio y apestoso, se desplomó en el sofá del piso que detestaba.

Se despertó hacia mediodía con palpitaciones en la cabeza y la mandíbula dolorida. El olor a pintura y a sudor del día anterior le revolvió las tripas, ya de por sí turbulentas. Nadie despedía a Brett Rivers, pero eso era lo que había hecho Clint Garrett.

Brett debía arreglarlo. Era a lo que se dedicaba. Cortaba de raíz los problemas antes de que fueran a mayores. Y debía salvar su carrera. Se levantó del sofá y trastabilló hacia la ducha. Seguía siendo Brett

Rivers. Era capaz de conseguirlo.

Tres tazas de café más tarde, estaba yendo a romper una norma inquebrantable para cualquier trabajadores de Champion, Gestión Deportiva: molestar al jefe durante el fin de semana cuando estaba con la familia. Pero Brett no podía retrasarlo hasta el lunes. Debía intervenir ya. Convencer a Heath de que lo que había sucedido se debía tan solo al estrés bajo el que se encontraba Clint.

No tenía tiempo para ir a buscar su coche. Fue en un Uber hasta la casa de los Champion, ubicada en Lincoln Park. Annabelle abrió la puerta, lo miró de arriba abajo y puso una mueca.

—Ay, madre.

La esposa de Heath llevaba un bañador turquesa estampado con unos monos bailarines, quizá una referencia a sus hijos, el menor de los cuales se encontraba detrás de ella en el pasillo, con un dedo metido en la nariz y el otro aferrado a una pelota de playa deshinchada.

Brett vio un reflejo de sí mismo en el espejo del pasillo que había tras ella. Magullado, sin afeitar, con un ojo a la virulé y heridas en la barbilla, se había olvidado de peinarse, y algo le pasaba a la camisa que llevaba. Bajó la vista y vio que se la había abotonado mal.

Annabelle salió a toda prisa al porche y cerró la puerta principal con firmeza.

—No es una buena idea que hables con él ahora.

—No me queda otra.

El sol resplandecía en las gafas de sol que llevaba sobre la melena cobriza.

—Clint lo ha llamado en plena noche.

Otro puñetazo en la barriga. Había esperado que Clint no hablara con su jefe hasta el lunes. Por lo tanto, en lugar de acudir el primero a Heath para hacer un control de daños de la situación, a Brett le tocaba jugar una peligrosa partida de puesta al día.

—Razón de más para que lo vea ahora.

—Te recomiendo encarecidamente que dejes pasar el fin de semana a ver si se tranquiliza.

—Con el debido respeto, eso no va a servir de nada.

—Tú mismo, bienvenido a tu funeral. —Annabelle se encogió de hombros.

Mientras ella lo conducía por el largo pasillo hacia la cocina, Rivers se reabrochó la camisa y se pasó la mano por el pelo.

Heath, con un bañador y una camiseta de manga corta, estaba junto a la encimera metiendo puñados de frutos secos en bolsitas de plástico individuales. Vio a Brett, y sus ojos adoptaron el frío que hacía en Chicago en enero. Annabelle los miró con rostro preocupado y se acercó a su esposo.

—Yo me encargo —dijo Heath.

Señaló con la barbilla un pasillo lateral. Brett lo siguió, pasó por delante de un par de botas de lluvia infantiles y una silla repleta de toallas de la playa al dirigirse al despacho de Heath, una estancia soleada con dibujos de sus hijos enmarcados en las paredes gris claro.

Heath se acercó a las ventanas y no le invitó a sentarse.

—Garrett me ha llamado a las dos de la madrugada.

—Está bajo muchísima presión. —Brett debía mantener la calma—. Tenía que pagar su frustración con alguien, y me ha tocado a mí. Eso es todo.

Heath se sentó en la silla dejándolo de pie como un niño en el despacho del director.

—Ibas a ser mi vicepresidente. El único al que le podía confiar las riendas de la empresa. Mi sucesor. El tío capaz de gestionar cualquier situación. Eras el hombre que en teoría iba a ayudarme a llevar Champion, Gestión Deportiva al futuro.

—Sigo siendo ese hombre —le aseguró Brett con menos firmeza de la que quería—. Es un bache, nada más. En serio, Heath, me recuperaré. Siempre me recupero.

—No tienes ni idea de cómo recuperarte de esto. —Heath se levantó de la mesa—. Y ¿sabes por qué? —Señaló con un dedo hacia la cabeza de Brett—. ¡Porque no tienes práctica, joder! Tú nunca la cagas, no hasta el mes pasado. Pero, tío, en cuanto te has esmerado un poco, ¡la has cagado de vicio! Primero acusan a Garrett de asesinato y no consigues encontrarlo. Luego decides organizar una fiesta para Tyler Capello, que no aparece hasta casi el desastroso final y termina firmando con CAA. Y hablando de la fiesta, no fue una fiesta normal y corriente, ¿verdad? En una decisión totalmente imprudente por tu parte, vas y contratas a la hermana y a la madre de Clint para que te ayuden, y ¡después intentas quemar vivos a la mitad de los deportistas de la ciudad!

—Eso es injusto. Fue un…

—¡Cállate! —Rodeó la mesa del despacho—. Deberías haber podido conseguir a Tyler sin sudar. Y ahora Garrett, uno de los mejores deportistas del mundo, ¡te ha despedido!

—Está pasando por un mal…

—Y ¿sabes qué es lo peor? Que ahora yo, y no tú, yo tengo que ponerme de rodillas para convencer a Garrett de que se quede con nosotros, hostia. Y la única manera de conseguirlo es prometerle que lo voy a representar yo personalmente. Y prometerle que no tendrá que volver a verte el careto y ¡esperar que sea suficiente para no perderlo!

—Heath…

—¡Y yo no quiero representar a Garrett! —exclamó—. Yo quiero

que mi trabajo sea más fácil, no más difícil, y aquí me tienes, a la entera disposición de otro deportista exigente. Si es que tengo la suerte de convencerle de que se quede, claro.

—Garrett no es tan exi…

—¡Calla! —Esa vez, clavó el dedo en el pecho a Brett, lo bastante cerca de una costilla magullada como para arrancarle una mueca—. Te voy a explicar qué vamos a hacer a partir de ahora. En lugar de despedirte, y créeme que ganas no me faltan, te voy a transferir al despacho de la Costa Oeste. A partir de ahora, trabajas para Portia Powers y Brodie Gray en Los Ángeles. No vuelvas a aparecer por Chicago, no vuelvas a pisar ningún rincón del estado de Illinois hasta que yo personalmente te dé permiso.

Brett no quería irse a Los Ángeles. Chicago era su ciudad. Ahí estaba su gente. Su feo piso. Rory.

—Tenías el mundo en la palma de la mano y lo has jodido todo. Y ¿por qué? ¡Por una tía!

La forma despectiva en la que había pronunciado esa palabra, como si Rory fuera basura, le provocó una oleada de fuego que le recorrió las venas. Apretó los puños a ambos lados.

—No te pases.

—¿Me estás diciendo que no me pase? ¿Tú, el gilipollas que decidió follarse a la hermana de Garrett? Sí, lo sé todo. ¿Tú me estás diciendo…?

Brett cogió a Heath por la camiseta y lo estampó contra la pared del despacho como Clint había hecho con él.

—¡Rory Garrett no es una mujer cualquiera! —Sumido en un arrebato de intensa cólera, Brett acercó la cara a la de Heath—. ¡Vete a la mierda! ¡Idos a la mierda tú y todo este puto infierno de gremio porque dimito!

Salió del despacho a toda prisa, pasó por delante de Annabelle y de dos niños con ojos como platos y cruzó la puerta principal dejando un reguero de fuego tras de sí.

La puerta se cerró de un fuerte golpe. Annabelle arqueó las cejas y cruzó con parsimonia el despacho enmoquetado de su esposo. Le alisó la camiseta, le dio una palmada en el pecho y le rozó los labios con los suyos.

—Eso ha sido la mar de interesante.

***

Rory contemplaba el oscuro patio trasero desde la ventana de la cocina. Era la una y media de la madrugada del domingo, y necesitaba dormir. Sin embargo, estaba despierta en su oscura cocina pensando en Brett.

La amistad que él deseaba era algo que ella no podía darle. Recorrió con un dedo la pintura descascarillada del marco de la ventana. Brett nunca podría amarla, no más de lo que amaba su trabajo. Y tampoco le contaría jamás a Heath su relación. Las normas de su profesión estaban escritas en piedra, y mantener una relación con un pariente de un cliente estaba más que prohibido. Solo había que tomar a Tyler de ejemplo. Brett no tenía nada que ganar confesándoselo a Heath, sino que lo perdería todo.

Rory necesitaba dormir un poco, pero al empezar a alejarse de la ventana, vio que algo se movía en el patio trasero. Prestó más atención y vio una silueta oscura que entraba en el cobertizo del jardín del señor Reynolds. Una luz se encendió en la caseta y, al cabo de unos segundos, se apagó. Se abrió la puerta. Un hombre salió y se dirigió hacia la casa. Al situarse bajo el débil resplandor amarillo de la bombilla del porche, Rory vio que se trataba de Toby.

Se le llenaron los brazos de escalofríos. ¿Por qué iba a entrar a hurtadillas en el cobertizo del señor Reynolds a la una de la madrugada? Solo había un motivo: que hubiera escondido algo allí. Rory se clavó las uñas en las palmas. Había hablado con el ama de llaves y con el jardinero de Clint. Después, con Duncan Gilford y con Grant Padderson. Pero como Toby le caía bien, había ignorado la inquietud que la embargaba al pensar en él, una inquietud que no había desaparecido desde que había visto la fotografía borrosa junto a la cama de su vecino. Ya no podía seguir ignorándolo.

Prestó atención hasta que lo oyó subir las escaleras. Acto seguido, oyó cómo abría y cerraba la puerta tras de sí. Rory cogió una linterna de la cocina y salió al descansillo. Cerró la puerta con sumo cuidado para no hacer ningún ruido.

Bajó las escaleras con el mayor sigilo posible y cruzó el pasillo hasta la puerta trasera. Dudó y analizó el peligro que entrañaba lo que pensaba hacer, pero el piso de Toby daba a la calle, no al callejón. Aunque decidiera mirar por la ventana, no la vería. Tras recorrer en silencio el porche de madera, cogió la llave del cobertizo, que estaba debajo de la espantosa rana de cerámica que se encontraba a los pies de los escalones. Obviamente, no había sido la única en ver que el señor Reynolds ocultaba la llave ahí.

Acompañada del agudo canto de las cigarras, Rory cruzó el patio y abrió el candado del cobertizo. En lugar de tirar del cordel de la solitaria bombilla del techo como había hecho Toby, usó la linterna para registrar el interior.

La casucha olía a tierra, a fertilizante y a gasolina del recipiente rojo de plástico cerca de la cortacésped. Una mesita se recostaba contra una pared, con una sucesión de herramientas unas encima de las otras. En las estanterías había boquillas de manguera, tijeras y

suficientes repelentes de insectos como para destruir el ecosistema de un país pequeño. En el suelo de hormigón se alineaban macetas de arcilla y sacos de tierra, y en un rincón había una torre de tomateras.

Toby no parecía haberse llevado nada del cobertizo. ¿Había dejado algo ahí? ¿Lo había escondido? Pero ¿por qué no lo guardaba en su piso?

Rory recordó a Kristin y su botella de limpiacristales, así como el modo en el que su madrastra había revuelto las cosas de Toby para limpiar. Quizá le había dado miedo que Kristin encontrara lo que no debía y lo había llevado allí para evitarlo.

En el interior de la casucha seguía acumulado el calor del día, y el sudor le perló la piel cuando comenzó a investigar más a fondo, mirando dentro de los tiestos y de las regaderas, detrás de los sacos de fertilizante. Hurgó entre un montón de piezas de aspersores y en una caja de cartón llena de herramientas, volcó una pila de recipientes de plástico. Justo cuando estaba a punto de rendirse, vio una cajita de herramientas que asomaba del rincón más oscuro, debajo de la mesa.

Se puso de rodillas en el suelo sucio para cogerla y la colocó sobre la mesa. Con la linterna en una mano, descorrió el cerrojo y abrió la tapa de la caja.

La luz incidió en una tela oscura y sedosa. Rory la tocó. Le dio un vuelco el estómago al ver que era un sujetador de encaje negro. Dobladas con esmero debajo del sujetador había un par de braguitas. El asco le formó un nudo en la barriga. Había un camisón de color marfil, una brocha de maquillaje y un coletero del que todavía colgaban unos cuantos cabellos cobrizos. En el fondo mismo de la caja había un iPhone con una funda de piel blanca de marca Prada. Era el móvil desaparecido de Ashley.

Una vez más, el estómago le dio un vuelco. Todo esos objetos habían tocado el cuerpo de Ashley. Era una macabra colección de trofeos del hombre que la había matado.

Todas las piezas encajaron al fin. Toby no solamente se había encaprichado de Ashley. Había estado obsesionado con ella. Rory se la imaginaba corriendo hacia su coche para llegar hasta la casa de Clint y volver con él. Pero su coche no arrancó. Le pidió a Toby que la llevase, igual que Rory le había pedido que las llevase a Kristin y a ella hasta casa de Clint. Por eso la policía no encontraba ningún recibo ni servicio de taxi. Porque la había llevado Toby.

Se imaginó a Ashley sentada en el coche a su lado, su pelo ondeando y diciéndole a Toby que Clint y ella en realidad no habían roto. Que solo estaban pasando por una separación momentánea. Visualizó a Toby cada vez más nervioso, pero incapaz de decir nada. Lo vio entrando en la casa después de que Ashley hubiera entrado con la llave que tenía. Quizá no había cerrado la puerta del todo o quizá

Toby había inventado una excusa para seguirla al interior —que necesitaba beber un vaso de agua o algo por el estilo—. Pero en lugar de marcharse al poco, se había ocultado en alguna parte y tarde o temprano la había seguido hasta el dormitorio. Si él no podía tener a Ashley, Clint tampoco la tendría.

Todo encajaba.

Los goznes de la puerta chirriaron. Rory se giró y se quedó aliviada al ver que se trataba tan solo del señor Reynolds.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo que llamar a la policía. —Procuró tranquilizarse.

—No deberías estar aquí.

—Ya se lo explicaré luego. Ahora mismo…

El señor Reynolds levantó un brazo. Blandía algo en una mano. Algo que no debería haber…

La golpeó en la cabeza, y todo se volvió negro.

Capítulo 22

Eran las dos de la madrugada del domingo, y Brett era incapaz de dormir. Debería estar deprimido. No tenía trabajo ni un futuro asegurado, pero en lugar de sentir que había descarrilado, su vida por fin se enderezaba, y se sentía bien. ¡Se sentía genial!

La tarde del día anterior, cuando empujó a Heath contra la pared del despacho, todas las ideas preconcebidas que tenía sobre sí mismo se esfumaron. Heath era un tío decente, un jefe estupendo y un hombre justo que cuidaba de sus empleados. Algún día Brett se disculparía con él. No era culpa de Heath que él fuera un zopenco que no sabía hacer la «O» con un canuto.

Después de marcharse de la casa de Heath, cogió el coche, volvió a su piso y fue a correr un buen rato para quitarse las telarañas de encima. Cuando se hubo duchado, visitó tres joyerías hasta que encontró lo que andaba buscando, un anillo con zafiro de un quilate y medio del color de los ojos de Rory. Quiso comprar algo mucho más grande, pero conocía demasiado bien a Rory.

Antes de acostarse, comió su primer plato decente en varios días y urdió su estrategia. Por la mañana, Rory habría tenido tiempo de calmarse. Él aparecería ante la gastroneta, le diría cuánto la quería, le pegaría un morreo de los buenos y le pondría el anillo en el dedo antes de que protestara. Rory lo significaba todo para él. Empezó a enamorarse de ella en Míchigan, pero la emoción le resultó tan extraña que había tardado todo ese tiempo en identificarla. Ella era más importante que su carrera, que su dinero, mucho más importante que la vida frenética rebosante de adrenalina que se había creado para sí mismo. De repente, comprendía lo que Rory había visto con meridiana claridad: que Brett había estado jugando a la vida, en lugar de vivirla.

Le sonó el móvil. Estaba acostumbrado a recibir llamadas de madrugada, pero ya no estaba al servicio de cualquier cliente borracho que quisiera llorar sobre su hombro porque su esposa lo había engañado con otra mujer o, peor aún, que le exigiera una muestra de orina que Brett se negaría a darle.

De todos modos, no podía dormir, así que, en lugar de ignorar la llamada, se giró y miró la pantalla. Era Kristin.

—¿Qué pasa?

—¿Está Rory contigo?

Sonaba histérica, sin aliento, y él se puso en pie de un salto.

—No. ¿Por? ¿Dónde está?

—No está en su casa ni en la pastelería. Aquí estoy yo. La gastroneta ha desaparecido, y pensaba que habría venido hasta aquí para trabajar un poco más, aunque por lo general coge mi coche. Pero no está. No sé cuánto hace que está desaparecida ni dónde está. —Le temblaba la voz—. He tenido una pesadilla horrible sobre ella y no podía volver a dormirme, así que he ido a su piso para asegurarme de que estuviera bien. En ese momento, me ha parecido una chorrada, pero… A lo mejor está dando vueltas por ahí. Pero son las dos de la madrugada, y dentro de unas pocas horas tenemos que trabajar.

El pánico lo inundó como un río al darse cuenta de lo perseverante que había sido Rory en su búsqueda del asesino de Ashley. Era demasiado lista como para ponerse en peligro adrede, pero Brett tuvo el espantoso presentimiento de que era precisamente lo que había ocurrido.

La ciudad era enorme. Podía estar en cualquier parte. Y él no tenía ni idea de cómo encontrarla.

***

A Rory le palpitaba la cabeza, y el olor a gasolina se adueñó de sus fosas nasales. Abrió los ojos. Estaba hecha un ovillo en el suelo de la gastroneta. La luz de las farolas de la ciudad pasaba junto a las ventanillas; tenía los tobillos y las muñecas atados con cinta americana negra. Un frío temor le recorrió las venas. El cobertizo… La caja de herramientas con la ropa interior y el teléfono móvil de Ashley… El señor Reynolds en la puerta blandiendo algo con una mano…

La camioneta pasó por encima de un bache, y Rory se golpeó el hombro contra el suelo de madera. Soltó un grito ahogado y alargó el cuello para verlo al volante, con las manos enfundadas en sendos guantes de jardinería. No había sido Toby quien había recopilado la siniestra colección de pertenencias de Ashley, sino el señor Reynolds. Él era el asesino de Ashley.

El terror la paralizó. Había visto su obscena colección, y su casero tendría que deshacerse de ella. La lata de gasolina solo podía significar que pretendía prenderle fuego a la gastroneta con ella en el interior.

Rory se apretó las rodillas contra el pecho, como si, cuanto más pequeña fuese, más segura fuera a estar. Pero no había seguridad alguna. Nadie iba a rescatarla, y acobardarse por el terror no le salvaría la vida.

Su cerebro se concentró en los detalles nimios. El señor Reynolds había usado su llave de casero para coger la de la camioneta de su piso mientras ella estaba inconsciente. Así había sido como se había

colado en el piso de Ashley para robarle sus cosas. Rory se acordó de Stacy, la hermana de Ashley, que le había dicho que Ashley quería mudarse porque algo la inquietaba. Rory había asumido que estaba preocupada por Grant Padderson, pero en realidad quería alejarse de Reynolds.

El olor a gasolina le revolvió las tripas. Gimoteó, un ruido lastimero e impotente que solamente ella pudo oír. No estaba preparada para morir. Porque estaba elaborando preciosos bombones y tenía una nueva relación con su hermano y con su madrastra. Porque dejaría solo a Brett. Nunca se arrepentiría de haberse enamorado de él, su guerrero de sala de reuniones con mocasines de Gucci que creía que todas las barreras podían derruirse con trabajo duro y fuerza de voluntad. Si Rory no luchaba hasta el final, Rivers no se lo perdonaría nunca.

Levantó las rodillas hasta alcanzar los tobillos e intentar tirar del extremo de la cinta americana. La camioneta dobló una esquina y la estampó contra los armarios del fondo. Perdió el extremo de la cinta y volvió a encontrarlo. Poco a poco, fue retirándola. Se le pegaba a los dedos, pero mientras la gastroneta traqueteaba por una calle y las farolas iluminaban durante unos instantes el parabrisas, siguió esforzándose, centímetro a centímetro, hasta que al fin liberó los tobillos.

Siguió con las piernas juntas por si el señor Reynolds miraba hacia atrás. Si conseguía liberar las muñecas, podría coger el martillo del armario inferior, el que usaba para golpear las tercas bisagras del toldo que colocaba sobre el ventanal desde el que servía. Estiró el cuello en una búsqueda desesperada por algo con lo que cortar la cinta, pero no vio nada. No había ningún cuchillo de cocina ni ningún canto metálico afilado.

Con un sollozo de desesperación, se hizo un ovillo de nuevo.

El señor Reynolds miró hacia atrás y tomó la palabra por primera vez.

—Habría sido más fácil si te hubieras quedado dormida.

Rory permaneció inmóvil, sin decir nada.

—Es culpa tuya por meter las narices en mi cobertizo. —Hablaba con su voz gruñona habitual, como hablaba cuando se quejaba de que se dejaran las bolsas de basura en los pasillos por la noche.

Rory necesitaba saberlo, así que se obligó a pronunciar las palabras:

—Estabas enamorado de Ashley. —«No era amor. Era obsesión».

—Meneaba el culo delante de cualquier hombre con el que se cruzaba, se comportaba como si todos fuesen especiales. Se me arrimaba. Me decía cuánto le gustaban los hombres mayores porque quería que le rebajara el alquiler. Y fui un imbécil y lo hice. Los tíos a

los que se tiraba no significaban nada para ella. Me lo contó. Pero luego conoció al jugador de fútbol americano y, encoñada, dejó de dirigirme la palabra.

Rory retorció las manos en busca de un extremo del que tirar.

—Debió de ser muy duro.

—Cuando rompieron, vino a verme llorando, y le compré el coche para animarla, y se puso en plan: «Gracias, Oscar. Eres el mejor hombre del mundo». Pero resulta que al que siempre quiso fue al jugador de fútbol.

La calle se había vuelto más irregular y las farolas, menos frecuentes. El meñique de Rory encontró el extremo de la cinta.

—«Oscar, mi coche no arranca». Fue lo que me dijo esa mañana. Estaba dispuesta a llamar a una de esas empresas de taxi para que la llevaran a la casa de Garrett y volver a liarse con él. Al darme cuenta de que me había dado falsas esperanzas después de que le comprara el coche, me puse hecho una furia. —Reynolds ya no hablaba con ella, sino consigo mismo—. Le dije que yo la llevaría. Vi que se puso nerviosa, pero lo único que le importaba era ir con Garrett, y durante el trayecto no dejó de repetir lo mucho que lo quería, para asegurarme de que yo no era nadie para ella, y cuando llegamos a la casa le dije que debía ir al cuarto de baño. Le dio lo mismo. Empezó a llamarlo por su nombre y subió las escaleras sin acordarse siquiera de que yo seguía ahí. Sabía que tenía pensado irse del piso, pero no podía permitírselo. Lo había planeado todo: iba a caerse por las escaleras del sótano de casa. Pero encontré una forma mejor.

A Rory le latía la cabeza, y notaba punzadas de dolor en los hombros. Su casero había planeado matar a Ashley desde el principio. Se retorció las muñecas para tirar de la cinta.

—La seguí al piso de arriba, y me la encontré dando vueltas en el dormitorio, perdiendo toda la dignidad y dispuesta a arrastrarse para volver con él. Cuando abrió las puertas del balcón, casi me eché a reír, porque ya no iba a ser necesario que muriera en mi casa.

Redujo la velocidad de la camioneta, y el destello azul de un foco se coló por la ventanilla. Rory vio la fachada de un edificio de ladrillos, una especie de almacén o edificio industrial, un lugar que a esas horas de la noche estaría desierto. Notó el sabor de la sangre cuando se mordió el labio inferior. Habían llegado. Reynolds se había quedado sin palabras y ella, sin tiempo. La cinta que le rodeaba las muñecas no se aflojaba. Le palpitaba la cabeza. No tenía ningún arma. Pero una fría claridad se abrió paso entre su pánico, y de repente sabía con total seguridad lo que debía hacer. Algo grotesco y repulsivo, pero no tanto como morir quemada viva.

Se movió hacia la parte delantera de la camioneta. Mientras él se concentraba en conducir entre los oscuros edificios, ella llegó al

asiento del conductor. La camioneta redujo el ritmo más todavía, faltaban apenas segundos para que se detuviera. Rory se puso en pie e hizo lo impensable. Se abalanzó hacia delante, bajó las muñecas por delante de la cara de él y tiró del cuello con toda la fuerza posible.

Reynolds se aferró a sus brazos. La camioneta se inclinó y le hizo perder el equilibrio, pero no podía caerse porque le sujetaba el cuello a él con los brazos. Con las muñecas a modo de garrote, tiró más fuerte. Empezó a llorar, le moqueaba la nariz, la bilis le subía por la garganta. Reynolds echó la cabeza hacia atrás y le clavó las uñas en la piel. Emitió un gorgoteo horroroso, se le pusieron los ojos en blanco. Rory sollozó, pero siguió apretando. Y apretando. Hasta que él se quedó inerte.

Aun así, no lo soltó. El pie de su casero se desplomó sobre el pedal del acelerador. La camioneta ganó velocidad y se dirigió hacia el edificio que se alzaba justo delante.

***

Brett vio cómo el lado de la camioneta se estampaba con la esquina del almacén. Él apretó el freno, saltó del coche y corrió más deprisa que nunca. Por la ventanilla, vio al casero de Rory desplomado de lado en el asiento del conductor y a ella levantar los brazos con los que le rodeaba el cuello.

Tiró de la manecilla y abrió la puerta en el momento en el que ella se desplomaba en el suelo, hecha un ovillo. Llevaba las muñecas atadas, y emitía unos ruidos animales que él oiría en sus pesadillas por los siglos de los siglos.

Se arrodilló a su lado y la rodeó con los brazos.

—Ya está. No pasa nada. Estás a salvo. Estoy aquí. —Como si estar allí fuera a servir de algo a esas alturas. Debería haber estado con ella. No debería haberla dejado sola nunca.

Rory boqueó en busca de aire, con las mejillas empapadas de lágrimas.

—Creo… creo que lo he matado.

—Me alegro. —No sabía qué le había hecho aquel desgraciado, pero merecía morir, sin duda.

—Estás aquí —susurró Rory con voz ronca, y Brett jamás se había sentido más fracasado, porque ella había tenido que salvarse por su cuenta. Él tan solo había localizado la gastroneta gracias a la aplicación en la que se habían apuntado. Pero aunque había infringido todos los límites de velocidad persiguiendo la camioneta, aunque le había ordenado a Kristin que llamara a la policía con la información, no había llegado junto a Rory a tiempo de poner fin a aquel horror.

A lo lejos sonaban las sirenas.

—Te quiero —le dijo Brett—. Te quiero muchísimo.

—Qué bonito. —Rory cerró los ojos con fuerza.

Él le rotó las muñecas atadas. Los hombres de verdad llevaban navajas en el bolsillo, pero Rivers había tenido que ir dejándolas todas en los controles de seguridad de los aeropuertos, y no había manera de liberarla.

—No te merezco.

—Ya lo sé —murmuró ella a medida que las sirenas sonaban más cerca—. Me duele la cabeza.

Un feo chichón se había formado debajo de los rizos que le caían por un lado de la frente. Si Reynolds no estaba muerto ya, lo mataría él con sus propias manos. No podía dejarla allí ni un segundo más. La cogió en brazos y la sacó de la camioneta.

***

Mientras los paramédicos se ocupaban de Rory, la policía sacó a Reynolds de la camioneta. Cuando lo ataron a una camilla, Brett vio que el hombre seguía vivo. Se acercó a la ambulancia.

—¡Ni se os ocurra meter a ese malnacido en la misma ambulancia que a ella!

—No se preocupe —le aseguró el paramédico—. Apártese y déjenos espacio.

Cuando a ella la subieron a la segunda ambulancia, no le dejaron acompañarla.

***

El TAC confirmó que no había fractura en el cráneo ni hemorragia cerebral. Rory se había dado un golpe en la cabeza, pero no tenía la visión borrosa, le zumbaban los oídos ni había perdido la memoria. Y solo sintió náuseas al recordar lo que había sucedido.

El detective Strothers la estaba esperando cuando la llevaron en silla de ruedas hasta su cubículo con cortina de Urgencias. Rory no estaba de humor para ser indulgente.

—¡Le dije que Clint no había matado a Ashley!

—Resulta que estaba usted en lo cierto —repuso con calma.

—¿Qué me dice de…? —Era incapaz de pronunciar su nombre—. ¿Lo he matado?

—Está vivito y coleando. ¿Por qué no empieza por el principio?

Fue tomando notas conforme ella se lo contaba todo. Al llegar al final, Rory tragó saliva.

—Creo que iba a prenderle fuego a la camioneta. Y a mí.

—Esa parecía su intención, sí. —Strothers asintió—. Y después tenía pensado ir a pie hasta la estación de Irving Park y coger la línea azul para volver a casa.

La línea azul funcionaba las veinticuatro horas del día, algo que el señor Reynolds debía de haber sabido de antemano.

—De momento, esto es todo —dijo Strothers con amabilidad mientras cerraba la libreta—. Le agradezco lo sincera que ha sido. —Se levantó de la silla y vaciló—. Me parece que se siente en parte responsable del asesinato de su amiga, pero por lo que ya nos ha contado Reynolds, tenemos motivos para pensar que no era su primera víctima. Quizá haya detenido a un asesino en serie. —Al tiempo que Rory intentaba asimilar aquello, un carrito traqueteaba al otro lado de la cortina. El inspector le dio una palmada en el pie, cubierto por la manta—. Si algún día decide que quiere unirse al cuerpo, dígamelo, y estaré encantado de escribirle una carta de recomendación.

***

Brett recorría el perímetro de la sala de espera del hospital. Aunque una enfermera le había asegurado que Rory estaba bien, necesitaba verlo por sí mismo. Pero la policía no le permitiría entrar hasta que terminasen de interrogarla.

Kristin y Clint irrumpieron en la sala de espera. Kristin fue la primera en llegar junto a Brett.

—¿Cómo está?

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí? —Clint irradiaba hostilidad.

Brett lo ignoró y apoyó una mano en el hombro de Kristin.

—Ha sido un golpe fuerte, pero está bien. La policía está hablando con ella ahora.

Algunos de los demás ocupantes de la sala de espera estaban empezando a reconocer a Clint. Brett se concentró únicamente en Kristin.

—Quieren monitorizarla durante unas horas, pero parece que está todo lo bien que puede estar una persona que ha pasado por lo que ha pasado ella.

—Ya nos quedamos nosotros aquí —afirmó Clint sin más.

—No pienso irme a ninguna parte. —Brett al fin miró a su antiguo cliente.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí!

—Eso lo decidirá Rory —replicó.

—Cuéntanos qué ha pasado exactamente. —Kristin lo cogió del brazo.

Brett los condujo hacia la zona más tranquila de la sala y, sin dejar

de ignorar las miradas de las demás personas presentes, resumió en voz baja todo lo que sabía.

—Oscar Reynolds. —Kristin se llevó una mano a los labios—. No me lo puedo creer. He hablado varias veces con él sobre su jardín. ¡Ojalá Rory lo hubiera matado!

—Yo pienso igual, pero supongo que lo mejor es que no lo haya hecho. Tiene una conciencia exagerada.

—Y tú no tienes ninguna, tío. —Clint apretó la mandíbula.

—Acostúmbrate a mi presencia, Garrett, porque no pienso marcharme. —Brett lo miró a la cara.

La furia entornó los ojos de Clint.

Brett le devolvió la mirada sin pestañear mientras pensaba que Rory había llenado un vacío de su interior que él había intentado satisfacer de muchas maneras. Todas equivocadas. Rory era su felicidad. Y tan solo le quedaba convencerla de que ella lo necesitaba tanto como él.

El detective, al cruzar las puertas automáticas, puso fin al concurso de miradas fulminantes. Era Strothers. Le había tomado declaración a Brett en lo que los médicos examinaban a Rory.

—Ya pueden entrar a verla —les anunció.

Brett bloqueó a Clint cuando los tres se dirigieron a toda prisa hacia las puertas.

—Tú te quedas aquí.

Clint era muy terco, y Kristin intervino.

—Dejémosle unos minutos a Brett.

—Ni de coña —protestó Clint—. Alguien debe cuidar de Rory.

—Sé que lo que te voy a decir te va a sorprender —repuso Rivers —, pero Rory es perfectamente capaz de cuidar de sí misma, incluso con un golpe en la cabeza. Es por mí por quien deberías preocuparte. —Le dio un empujón y cruzó las puertas.

Rory se había quedado dormida. Brett acercó la única silla de la habitación a la cama y le sujetó la mano. Sentado en silencio, mientras las máquinas pitaban suavemente de fondo, la contempló dormir, y el corazón se le llenó de gratitud con cada bocanada de aire que cogía Rory.

Kristin y Clint entraron al poco, y los ojos de Rory empezaron a abrirse lentamente.

***

El dolor de cabeza se había convertido en una leve palpitación. Brett estaba sentado en una silla junto a la cama y le cogía la mano. Kristin se encontraba al otro lado y Clint, a los pies de la cama.

—Está toda la panda reunida —murmuró, y abrió los ojos como

platos—. ¡La camioneta!

—No te preocupes por la camioneta —terció Kristin—. Ahora mismo, tú eres lo único que importa.

Pero Brett comprendía las prioridades de Rory mejor que Kristin:

—La camioneta solo tiene unas cuantas marcas y rayadas. Nada que no pueda arreglarse.

Rory se lo quedó mirando y lo recordó todo. A Brett arrodillado a su lado, rodeándola con los brazos, diciéndole que la quería.

—Te quiero. —Le repetía esas palabras, pero esta vez delante de Dios y de todo el mundo, y la intensidad de la mirada de él le daba a entender que no se refería a un amor de amigos.

—Vuelve a decirlo. —Rory clavó los ojos en los de Brett.

—Te lo diré encantado el resto de mi vida. Te quiero, Rory Garrett, y espero que tú dijeras en serio que también me querías.

Le dolía la cabeza, su camioneta estaba hecha un desastre, casi había matado a un hombre y no estaba del mejor ánimo.

—Si tengo que estar a las puertas de la muerte para que decidas quererme, olvida lo que te dije.

—Entiendo. —Brett le besó los dedos.

Rory no pensaba dejar que se fuera de rositas.

—Lo digo en serio.

—Que sí, que sí.

En un lado de la cama, Clint resopló, contrariado.

Sin soltarle la mano a Rory, Brett se giró para mirarlo a la cara.

—Te guste o no, y es evidente que no, quiero a tu hermana y, a pesar de todas las gilipolleces que he hecho, ella me quiere a mí. O por lo menos me quería hace un par de días. Siento mucho que te moleste, Garrett, pero ya no trabajo para Champion y nadie te ha dado vela en este entierro.

—¿Que tú qué? —Rory se incorporó, con lo que se ganó un buen mareo. Se aferró a las barandillas de la cama para recomponerse—. ¿Cómo que ya no trabajas para Champion?

—He dimitido. —Brett la empujó suavemente para que volviera a tumbarse.

—¡No puedes dimitir! —exclamó.

—Es cuestión de prioridades, cariño. Y tú eres la mía. —No había planeado hacerlo de esa forma, pero como no conseguía quedarse a solas con ella…—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿En serio? —Rory se apartó los rizos de la cara—. ¿Quieres que nos casemos?

—Sí. —Le dio un suave apretón en la mano.

—Ni en tus mejores sueños. —Se zafó de su mano y fulminó a Clint con la mirada—. Llévatelo de aquí, porfa. —Y dudó—. Pero no le hagas daño.

—En circunstancias normales, estaría encantado de hacerlo, pero fijo que se revuelve, y ahora mismo no me puedo permitir meterme en más líos. —Clint se rascó la barbilla.

Rory miró a Kristin, que se encogió de hombros.

—Es más grande que yo.

Brett había negociado con los directivos más poderosos de la Liga. Sabía cuándo insistir y cuándo retirarse.

—No te estreses, cariño. Debes descansar un poco. Me voy.

¿De verdad iba a rendirse tan fácilmente?

—Ya hablaremos luego —añadió.

—¡No cuentes con ello! —replicó Rory.

Rivers le dio un beso en la frente y se marchó.

***

Esa misma tarde, la policía organizó una rueda de prensa para exonerar a Clint. Kristin se negaba a dejar a Rory sola en su piso después de que le dieran el alta en el hospital y durmió con ella en la cama.

—Roncas —le soltó Rory cuando se despertó a la mañana siguiente. Todavía le dolía la cabeza, pero empezaba a pasársele.

—Eso es lo que dice Daniel.

Rory sonrió y le dio otro de los rápidos abrazos que ya se habían convertido en una costumbre. Se sentó a la mesa de la cocina a comer las tortitas con forma de Mickey Mouse que Kristin le había preparado. Había chamuscado las puntas de las orejas del ratón, como hacía cuando Rory era pequeña, pero ella se las comió igualmente.

Kristin, sin embargo, solo jugueteó con el desayuno.

—Me preocupa lo que pase cuando intentes subirte otra vez a la camioneta. Por si te traumatizas. Hay que pensarlo todo con calma.

—Es nuestra camioneta, y hay una gran diferencia entre subir de forma voluntaria y que te arrastren al interior mientras estás inconsciente. —Rory restó importancia a la inquietud de su madrastra —. No voy a permitir que ese pervertido nos arruine el negocio.

Al poco, desde la ventana de la cocina vieron a la policía escarbando en el jardín del señor Reynolds.

—La cosa no pinta bien —musitó Kristin—. Está claro que hay que buscar otro sitio donde vivir.

—En cuanto volvamos a recorrer las calles con la gastroneta.

—He estado leyendo unos libros fascinantes sobre *marketing*, y se me han ocurrido varias ideas que me gustaría comentarte. —Kristin se sirvió otra taza del café de Rory—. Abrir una tienda *online* en Etsy, quizá. Acercarnos a compradores de lujo. Hay que fijar un presupuesto para publicidad. Cuando te sientas mejor, hay mucho de lo que hablar.

Después de todo lo que había pasado, las emociones de Rory emergieron a la superficie, y tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Quieres seguir con esto, ¿eh? —«Me quieres a mí».

—Me lo estoy pasando pipa. —Kristin puso ojillos de enamorada—. Hoy voy a conocer a la hija de Daniel, pero ya sé que me va a caer bien. —Le acarició la mejilla a Rory—. Brett también es un tío maravilloso. Si hubieras visto lo preocupado que estaba en la sala de espera del hospital, sabrías que no tienes nada que temer.

—No es que tema nada —contestó Rory—. Más bien soy precavida.

***

Al día siguiente, la energía de Rory había regresado y el dolor de cabeza se había esfumado. Ya no podía retrasar la incómoda conversación, así que cruzó el pasillo y llamó a la puerta de Toby.

—¡Quería a Ashley! —exclamó él después de que ella le contase todo—. Nunca le habría hecho daño. ¿Cómo pudiste pensar algo así de mí?

—En mi defensa diré que tenías un motivo claro, y que te colaras a hurtadillas en el cobertizo en plena noche fue muy sospechoso, claro.

—Ya sabes que soy un pájaro nocturno. —Toby se enfurruñó—. Reynolds nunca me dejaba usar sus herramientas, y necesitaba unos alicates pelacables. Estoy instalando unos altavoces nuevos.

—Lo siento, Toby. Lo siento mucho.

—Supongo que, después de todo lo que has tenido que vivir, no puedo enfadarme demasiado. —Se tiró de la camiseta.

—Gracias. —Añadió a sus disculpas una docena de bombones de menta. Al volver a su casa, vio que Brett por fin le había mandado un mensaje.

B: ¿Cómo estás?

Capítulo 22

Eran las dos de la madrugada del domingo, y Brett era incapaz de dormir. Debería estar deprimido. No tenía trabajo ni un futuro asegurado, pero en lugar de sentir que había descarrilado, su vida por fin se enderezaba, y se sentía bien. ¡Se sentía genial!

La tarde del día anterior, cuando empujó a Heath contra la pared del despacho, todas las ideas preconcebidas que tenía sobre sí mismo se esfumaron. Heath era un tío decente, un jefe estupendo y un hombre justo que cuidaba de sus empleados. Algún día Brett se disculparía con él. No era culpa de Heath que él fuera un zopenco que no sabía hacer la «O» con un canuto.

Después de marcharse de la casa de Heath, cogió el coche, volvió a su piso y fue a correr un buen rato para quitarse las telarañas de encima. Cuando se hubo duchado, visitó tres joyerías hasta que encontró lo que andaba buscando, un anillo con zafiro de un quilate y medio del color de los ojos de Rory. Quiso comprar algo mucho más grande, pero conocía demasiado bien a Rory.

Antes de acostarse, comió su primer plato decente en varios días y urdió su estrategia. Por la mañana, Rory habría tenido tiempo de calmarse. Él aparecería ante la gastroneta, le diría cuánto la quería, le pegaría un morreo de los buenos y le pondría el anillo en el dedo antes de que protestara. Rory lo significaba todo para él. Empezó a enamorarse de ella en Míchigan, pero la emoción le resultó tan extraña que había tardado todo ese tiempo en identificarla. Ella era más importante que su carrera, que su dinero, mucho más importante que la vida frenética rebosante de adrenalina que se había creado para sí mismo. De repente, comprendía lo que Rory había visto con meridiana claridad: que Brett había estado jugando a la vida, en lugar de vivirla.

Le sonó el móvil. Estaba acostumbrado a recibir llamadas de madrugada, pero ya no estaba al servicio de cualquier cliente borracho que quisiera llorar sobre su hombro porque su esposa lo había engañado con otra mujer o, peor aún, que le exigiera una muestra de orina que Brett se negaría a darle.

De todos modos, no podía dormir, así que, en lugar de ignorar la llamada, se giró y miró la pantalla. Era Kristin.

—¿Qué pasa?

—¿Está Rory contigo?

Sonaba histérica, sin aliento, y él se puso en pie de un salto.

—No. ¿Por? ¿Dónde está?

—No está en su casa ni en la pastelería. Aquí estoy yo. La gastroneta ha desaparecido, y pensaba que habría venido hasta aquí para trabajar un poco más, aunque por lo general coge mi coche. Pero no está. No sé cuánto hace que está desaparecida ni dónde está. —Le temblaba la voz—. He tenido una pesadilla horrible sobre ella y no podía volver a dormirme, así que he ido a su piso para asegurarme de que estuviera bien. En ese momento, me ha parecido una chorrada, pero… A lo mejor está dando vueltas por ahí. Pero son las dos de la madrugada, y dentro de unas pocas horas tenemos que trabajar.

El pánico lo inundó como un río al darse cuenta de lo perseverante que había sido Rory en su búsqueda del asesino de Ashley. Era demasiado lista como para ponerse en peligro adrede, pero Brett tuvo el espantoso presentimiento de que era precisamente lo que había ocurrido.

La ciudad era enorme. Podía estar en cualquier parte. Y él no tenía ni idea de cómo encontrarla.

***

A Rory le palpitaba la cabeza, y el olor a gasolina se adueñó de sus fosas nasales. Abrió los ojos. Estaba hecha un ovillo en el suelo de la gastroneta. La luz de las farolas de la ciudad pasaba junto a las ventanillas; tenía los tobillos y las muñecas atados con cinta americana negra. Un frío temor le recorrió las venas. El cobertizo… La caja de herramientas con la ropa interior y el teléfono móvil de Ashley… El señor Reynolds en la puerta blandiendo algo con una mano…

La camioneta pasó por encima de un bache, y Rory se golpeó el hombro contra el suelo de madera. Soltó un grito ahogado y alargó el cuello para verlo al volante, con las manos enfundadas en sendos guantes de jardinería. No había sido Toby quien había recopilado la siniestra colección de pertenencias de Ashley, sino el señor Reynolds. Él era el asesino de Ashley.

El terror la paralizó. Había visto su obscena colección, y su casero tendría que deshacerse de ella. La lata de gasolina solo podía significar que pretendía prenderle fuego a la gastroneta con ella en el interior.

Rory se apretó las rodillas contra el pecho, como si, cuanto más pequeña fuese, más segura fuera a estar. Pero no había seguridad alguna. Nadie iba a rescatarla, y acobardarse por el terror no le salvaría la vida.

Su cerebro se concentró en los detalles nimios. El señor Reynolds había usado su llave de casero para coger la de la camioneta de su piso mientras ella estaba inconsciente. Así había sido como se había

colado en el piso de Ashley para robarle sus cosas. Rory se acordó de Stacy, la hermana de Ashley, que le había dicho que Ashley quería mudarse porque algo la inquietaba. Rory había asumido que estaba preocupada por Grant Padderson, pero en realidad quería alejarse de Reynolds.

El olor a gasolina le revolvió las tripas. Gimoteó, un ruido lastimero e impotente que solamente ella pudo oír. No estaba preparada para morir. Porque estaba elaborando preciosos bombones y tenía una nueva relación con su hermano y con su madrastra. Porque dejaría solo a Brett. Nunca se arrepentiría de haberse enamorado de él, su guerrero de sala de reuniones con mocasines de Gucci que creía que todas las barreras podían derruirse con trabajo duro y fuerza de voluntad. Si Rory no luchaba hasta el final, Rivers no se lo perdonaría nunca.

Levantó las rodillas hasta alcanzar los tobillos e intentar tirar del extremo de la cinta americana. La camioneta dobló una esquina y la estampó contra los armarios del fondo. Perdió el extremo de la cinta y volvió a encontrarlo. Poco a poco, fue retirándola. Se le pegaba a los dedos, pero mientras la gastroneta traqueteaba por una calle y las farolas iluminaban durante unos instantes el parabrisas, siguió esforzándose, centímetro a centímetro, hasta que al fin liberó los tobillos.

Siguió con las piernas juntas por si el señor Reynolds miraba hacia atrás. Si conseguía liberar las muñecas, podría coger el martillo del armario inferior, el que usaba para golpear las tercas bisagras del toldo que colocaba sobre el ventanal desde el que servía. Estiró el cuello en una búsqueda desesperada por algo con lo que cortar la cinta, pero no vio nada. No había ningún cuchillo de cocina ni ningún canto metálico afilado.

Con un sollozo de desesperación, se hizo un ovillo de nuevo.

El señor Reynolds miró hacia atrás y tomó la palabra por primera vez.

—Habría sido más fácil si te hubieras quedado dormida.

Rory permaneció inmóvil, sin decir nada.

—Es culpa tuya por meter las narices en mi cobertizo. —Hablaba con su voz gruñona habitual, como hablaba cuando se quejaba de que se dejaran las bolsas de basura en los pasillos por la noche.

Rory necesitaba saberlo, así que se obligó a pronunciar las palabras:

—Estabas enamorado de Ashley. —«No era amor. Era obsesión».

—Meneaba el culo delante de cualquier hombre con el que se cruzaba, se comportaba como si todos fuesen especiales. Se me arrimaba. Me decía cuánto le gustaban los hombres mayores porque quería que le rebajara el alquiler. Y fui un imbécil y lo hice. Los tíos a

los que se tiraba no significaban nada para ella. Me lo contó. Pero luego conoció al jugador de fútbol americano y, encoñada, dejó de dirigirme la palabra.

Rory retorció las manos en busca de un extremo del que tirar.

—Debió de ser muy duro.

—Cuando rompieron, vino a verme llorando, y le compré el coche para animarla, y se puso en plan: «Gracias, Oscar. Eres el mejor hombre del mundo». Pero resulta que al que siempre quiso fue al jugador de fútbol.

La calle se había vuelto más irregular y las farolas, menos frecuentes. El meñique de Rory encontró el extremo de la cinta.

—«Oscar, mi coche no arranca». Fue lo que me dijo esa mañana. Estaba dispuesta a llamar a una de esas empresas de taxi para que la llevaran a la casa de Garrett y volver a liarse con él. Al darme cuenta de que me había dado falsas esperanzas después de que le comprara el coche, me puse hecho una furia. —Reynolds ya no hablaba con ella, sino consigo mismo—. Le dije que yo la llevaría. Vi que se puso nerviosa, pero lo único que le importaba era ir con Garrett, y durante el trayecto no dejó de repetir lo mucho que lo quería, para asegurarme de que yo no era nadie para ella, y cuando llegamos a la casa le dije que debía ir al cuarto de baño. Le dio lo mismo. Empezó a llamarlo por su nombre y subió las escaleras sin acordarse siquiera de que yo seguía ahí. Sabía que tenía pensado irse del piso, pero no podía permitírselo. Lo había planeado todo: iba a caerse por las escaleras del sótano de casa. Pero encontré una forma mejor.

A Rory le latía la cabeza, y notaba punzadas de dolor en los hombros. Su casero había planeado matar a Ashley desde el principio. Se retorció las muñecas para tirar de la cinta.

—La seguí al piso de arriba, y me la encontré dando vueltas en el dormitorio, perdiendo toda la dignidad y dispuesta a arrastrarse para volver con él. Cuando abrió las puertas del balcón, casi me eché a reír, porque ya no iba a ser necesario que muriera en mi casa.

Redujo la velocidad de la camioneta, y el destello azul de un foco se coló por la ventanilla. Rory vio la fachada de un edificio de ladrillos, una especie de almacén o edificio industrial, un lugar que a esas horas de la noche estaría desierto. Notó el sabor de la sangre cuando se mordió el labio inferior. Habían llegado. Reynolds se había quedado sin palabras y ella, sin tiempo. La cinta que le rodeaba las muñecas no se aflojaba. Le palpitaba la cabeza. No tenía ningún arma. Pero una fría claridad se abrió paso entre su pánico, y de repente sabía con total seguridad lo que debía hacer. Algo grotesco y repulsivo, pero no tanto como morir quemada viva.

Se movió hacia la parte delantera de la camioneta. Mientras él se concentraba en conducir entre los oscuros edificios, ella llegó al

asiento del conductor. La camioneta redujo el ritmo más todavía, faltaban apenas segundos para que se detuviera. Rory se puso en pie e hizo lo impensable. Se abalanzó hacia delante, bajó las muñecas por delante de la cara de él y tiró del cuello con toda la fuerza posible.

Reynolds se aferró a sus brazos. La camioneta se inclinó y le hizo perder el equilibrio, pero no podía caerse porque le sujetaba el cuello a él con los brazos. Con las muñecas a modo de garrote, tiró más fuerte. Empezó a llorar, le moqueaba la nariz, la bilis le subía por la garganta. Reynolds echó la cabeza hacia atrás y le clavó las uñas en la piel. Emitió un gorgoteo horroroso, se le pusieron los ojos en blanco. Rory sollozó, pero siguió apretando. Y apretando. Hasta que él se quedó inerte.

Aun así, no lo soltó. El pie de su casero se desplomó sobre el pedal del acelerador. La camioneta ganó velocidad y se dirigió hacia el edificio que se alzaba justo delante.

***

Brett vio cómo el lado de la camioneta se estampaba con la esquina del almacén. Él apretó el freno, saltó del coche y corrió más deprisa que nunca. Por la ventanilla, vio al casero de Rory desplomado de lado en el asiento del conductor y a ella levantar los brazos con los que le rodeaba el cuello.

Tiró de la manecilla y abrió la puerta en el momento en el que ella se desplomaba en el suelo, hecha un ovillo. Llevaba las muñecas atadas, y emitía unos ruidos animales que él oiría en sus pesadillas por los siglos de los siglos.

Se arrodilló a su lado y la rodeó con los brazos.

—Ya está. No pasa nada. Estás a salvo. Estoy aquí. —Como si estar allí fuera a servir de algo a esas alturas. Debería haber estado con ella. No debería haberla dejado sola nunca.

Rory boqueó en busca de aire, con las mejillas empapadas de lágrimas.

—Creo… creo que lo he matado.

—Me alegro. —No sabía qué le había hecho aquel desgraciado, pero merecía morir, sin duda.

—Estás aquí —susurró Rory con voz ronca, y Brett jamás se había sentido más fracasado, porque ella había tenido que salvarse por su cuenta. Él tan solo había localizado la gastroneta gracias a la aplicación en la que se habían apuntado. Pero aunque había infringido todos los límites de velocidad persiguiendo la camioneta, aunque le había ordenado a Kristin que llamara a la policía con la información, no había llegado junto a Rory a tiempo de poner fin a aquel horror.

A lo lejos sonaban las sirenas.

—Te quiero —le dijo Brett—. Te quiero muchísimo.

—Qué bonito. —Rory cerró los ojos con fuerza.

Él le rotó las muñecas atadas. Los hombres de verdad llevaban navajas en el bolsillo, pero Rivers había tenido que ir dejándolas todas en los controles de seguridad de los aeropuertos, y no había manera de liberarla.

—No te merezco.

—Ya lo sé —murmuró ella a medida que las sirenas sonaban más cerca—. Me duele la cabeza.

Un feo chichón se había formado debajo de los rizos que le caían por un lado de la frente. Si Reynolds no estaba muerto ya, lo mataría él con sus propias manos. No podía dejarla allí ni un segundo más. La cogió en brazos y la sacó de la camioneta.

***

Mientras los paramédicos se ocupaban de Rory, la policía sacó a Reynolds de la camioneta. Cuando lo ataron a una camilla, Brett vio que el hombre seguía vivo. Se acercó a la ambulancia.

—¡Ni se os ocurra meter a ese malnacido en la misma ambulancia que a ella!

—No se preocupe —le aseguró el paramédico—. Apártese y déjenos espacio.

Cuando a ella la subieron a la segunda ambulancia, no le dejaron acompañarla.

***

El TAC confirmó que no había fractura en el cráneo ni hemorragia cerebral. Rory se había dado un golpe en la cabeza, pero no tenía la visión borrosa, le zumbaban los oídos ni había perdido la memoria. Y solo sintió náuseas al recordar lo que había sucedido.

El detective Strothers la estaba esperando cuando la llevaron en silla de ruedas hasta su cubículo con cortina de Urgencias. Rory no estaba de humor para ser indulgente.

—¡Le dije que Clint no había matado a Ashley!

—Resulta que estaba usted en lo cierto —repuso con calma.

—¿Qué me dice de…? —Era incapaz de pronunciar su nombre—. ¿Lo he matado?

—Está vivito y coleando. ¿Por qué no empieza por el principio?

Fue tomando notas conforme ella se lo contaba todo. Al llegar al final, Rory tragó saliva.

—Creo que iba a prenderle fuego a la camioneta. Y a mí.

—Esa parecía su intención, sí. —Strothers asintió—. Y después tenía pensado ir a pie hasta la estación de Irving Park y coger la línea azul para volver a casa.

La línea azul funcionaba las veinticuatro horas del día, algo que el señor Reynolds debía de haber sabido de antemano.

—De momento, esto es todo —dijo Strothers con amabilidad mientras cerraba la libreta—. Le agradezco lo sincera que ha sido. —Se levantó de la silla y vaciló—. Me parece que se siente en parte responsable del asesinato de su amiga, pero por lo que ya nos ha contado Reynolds, tenemos motivos para pensar que no era su primera víctima. Quizá haya detenido a un asesino en serie. —Al tiempo que Rory intentaba asimilar aquello, un carrito traqueteaba al otro lado de la cortina. El inspector le dio una palmada en el pie, cubierto por la manta—. Si algún día decide que quiere unirse al cuerpo, dígamelo, y estaré encantado de escribirle una carta de recomendación.

***

Brett recorría el perímetro de la sala de espera del hospital. Aunque una enfermera le había asegurado que Rory estaba bien, necesitaba verlo por sí mismo. Pero la policía no le permitiría entrar hasta que terminasen de interrogarla.

Kristin y Clint irrumpieron en la sala de espera. Kristin fue la primera en llegar junto a Brett.

—¿Cómo está?

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí? —Clint irradiaba hostilidad.

Brett lo ignoró y apoyó una mano en el hombro de Kristin.

—Ha sido un golpe fuerte, pero está bien. La policía está hablando con ella ahora.

Algunos de los demás ocupantes de la sala de espera estaban empezando a reconocer a Clint. Brett se concentró únicamente en Kristin.

—Quieren monitorizarla durante unas horas, pero parece que está todo lo bien que puede estar una persona que ha pasado por lo que ha pasado ella.

—Ya nos quedamos nosotros aquí —afirmó Clint sin más.

—No pienso irme a ninguna parte. —Brett al fin miró a su antiguo cliente.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí!

—Eso lo decidirá Rory —replicó.

—Cuéntanos qué ha pasado exactamente. —Kristin lo cogió del brazo.

Brett los condujo hacia la zona más tranquila de la sala y, sin dejar

de ignorar las miradas de las demás personas presentes, resumió en voz baja todo lo que sabía.

—Oscar Reynolds. —Kristin se llevó una mano a los labios—. No me lo puedo creer. He hablado varias veces con él sobre su jardín. ¡Ojalá Rory lo hubiera matado!

—Yo pienso igual, pero supongo que lo mejor es que no lo haya hecho. Tiene una conciencia exagerada.

—Y tú no tienes ninguna, tío. —Clint apretó la mandíbula.

—Acostúmbrate a mi presencia, Garrett, porque no pienso marcharme. —Brett lo miró a la cara.

La furia entornó los ojos de Clint.

Brett le devolvió la mirada sin pestañear mientras pensaba que Rory había llenado un vacío de su interior que él había intentado satisfacer de muchas maneras. Todas equivocadas. Rory era su felicidad. Y tan solo le quedaba convencerla de que ella lo necesitaba tanto como él.

El detective, al cruzar las puertas automáticas, puso fin al concurso de miradas fulminantes. Era Strothers. Le había tomado declaración a Brett en lo que los médicos examinaban a Rory.

—Ya pueden entrar a verla —les anunció.

Brett bloqueó a Clint cuando los tres se dirigieron a toda prisa hacia las puertas.

—Tú te quedas aquí.

Clint era muy terco, y Kristin intervino.

—Dejémosle unos minutos a Brett.

—Ni de coña —protestó Clint—. Alguien debe cuidar de Rory.

—Sé que lo que te voy a decir te va a sorprender —repuso Rivers —, pero Rory es perfectamente capaz de cuidar de sí misma, incluso con un golpe en la cabeza. Es por mí por quien deberías preocuparte. —Le dio un empujón y cruzó las puertas.

Rory se había quedado dormida. Brett acercó la única silla de la habitación a la cama y le sujetó la mano. Sentado en silencio, mientras las máquinas pitaban suavemente de fondo, la contempló dormir, y el corazón se le llenó de gratitud con cada bocanada de aire que cogía Rory.

Kristin y Clint entraron al poco, y los ojos de Rory empezaron a abrirse lentamente.

***

El dolor de cabeza se había convertido en una leve palpitación. Brett estaba sentado en una silla junto a la cama y le cogía la mano. Kristin se encontraba al otro lado y Clint, a los pies de la cama.

—Está toda la panda reunida —murmuró, y abrió los ojos como

platos—. ¡La camioneta!

—No te preocupes por la camioneta —terció Kristin—. Ahora mismo, tú eres lo único que importa.

Pero Brett comprendía las prioridades de Rory mejor que Kristin:

—La camioneta solo tiene unas cuantas marcas y rayadas. Nada que no pueda arreglarse.

Rory se lo quedó mirando y lo recordó todo. A Brett arrodillado a su lado, rodeándola con los brazos, diciéndole que la quería.

—Te quiero. —Le repetía esas palabras, pero esta vez delante de Dios y de todo el mundo, y la intensidad de la mirada de él le daba a entender que no se refería a un amor de amigos.

—Vuelve a decirlo. —Rory clavó los ojos en los de Brett.

—Te lo diré encantado el resto de mi vida. Te quiero, Rory Garrett, y espero que tú dijeras en serio que también me querías.

Le dolía la cabeza, su camioneta estaba hecha un desastre, casi había matado a un hombre y no estaba del mejor ánimo.

—Si tengo que estar a las puertas de la muerte para que decidas quererme, olvida lo que te dije.

—Entiendo. —Brett le besó los dedos.

Rory no pensaba dejar que se fuera de rositas.

—Lo digo en serio.

—Que sí, que sí.

En un lado de la cama, Clint resopló, contrariado.

Sin soltarle la mano a Rory, Brett se giró para mirarlo a la cara.

—Te guste o no, y es evidente que no, quiero a tu hermana y, a pesar de todas las gilipolleces que he hecho, ella me quiere a mí. O por lo menos me quería hace un par de días. Siento mucho que te moleste, Garrett, pero ya no trabajo para Champion y nadie te ha dado vela en este entierro.

—¿Que tú qué? —Rory se incorporó, con lo que se ganó un buen mareo. Se aferró a las barandillas de la cama para recomponerse—. ¿Cómo que ya no trabajas para Champion?

—He dimitido. —Brett la empujó suavemente para que volviera a tumbarse.

—¡No puedes dimitir! —exclamó.

—Es cuestión de prioridades, cariño. Y tú eres la mía. —No había planeado hacerlo de esa forma, pero como no conseguía quedarse a solas con ella…—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿En serio? —Rory se apartó los rizos de la cara—. ¿Quieres que nos casemos?

—Sí. —Le dio un suave apretón en la mano.

—Ni en tus mejores sueños. —Se zafó de su mano y fulminó a Clint con la mirada—. Llévatelo de aquí, porfa. —Y dudó—. Pero no le hagas daño.

—En circunstancias normales, estaría encantado de hacerlo, pero fijo que se revuelve, y ahora mismo no me puedo permitir meterme en más líos. —Clint se rascó la barbilla.

Rory miró a Kristin, que se encogió de hombros.

—Es más grande que yo.

Brett había negociado con los directivos más poderosos de la Liga. Sabía cuándo insistir y cuándo retirarse.

—No te estreses, cariño. Debes descansar un poco. Me voy.

¿De verdad iba a rendirse tan fácilmente?

—Ya hablaremos luego —añadió.

—¡No cuentes con ello! —replicó Rory.

Rivers le dio un beso en la frente y se marchó.

***

Esa misma tarde, la policía organizó una rueda de prensa para exonerar a Clint. Kristin se negaba a dejar a Rory sola en su piso después de que le dieran el alta en el hospital y durmió con ella en la cama.

—Roncas —le soltó Rory cuando se despertó a la mañana siguiente. Todavía le dolía la cabeza, pero empezaba a pasársele.

—Eso es lo que dice Daniel.

Rory sonrió y le dio otro de los rápidos abrazos que ya se habían convertido en una costumbre. Se sentó a la mesa de la cocina a comer las tortitas con forma de Mickey Mouse que Kristin le había preparado. Había chamuscado las puntas de las orejas del ratón, como hacía cuando Rory era pequeña, pero ella se las comió igualmente.

Kristin, sin embargo, solo jugueteó con el desayuno.

—Me preocupa lo que pase cuando intentes subirte otra vez a la camioneta. Por si te traumatizas. Hay que pensarlo todo con calma.

—Es nuestra camioneta, y hay una gran diferencia entre subir de forma voluntaria y que te arrastren al interior mientras estás inconsciente. —Rory restó importancia a la inquietud de su madrastra —. No voy a permitir que ese pervertido nos arruine el negocio.

Al poco, desde la ventana de la cocina vieron a la policía escarbando en el jardín del señor Reynolds.

—La cosa no pinta bien —musitó Kristin—. Está claro que hay que buscar otro sitio donde vivir.

—En cuanto volvamos a recorrer las calles con la gastroneta.

—He estado leyendo unos libros fascinantes sobre *marketing*, y se me han ocurrido varias ideas que me gustaría comentarte. —Kristin se sirvió otra taza del café de Rory—. Abrir una tienda *online* en Etsy, quizá. Acercarnos a compradores de lujo. Hay que fijar un presupuesto para publicidad. Cuando te sientas mejor, hay mucho de lo que hablar.

Después de todo lo que había pasado, las emociones de Rory emergieron a la superficie, y tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Quieres seguir con esto, ¿eh? —«Me quieres a mí».

—Me lo estoy pasando pipa. —Kristin puso ojillos de enamorada—. Hoy voy a conocer a la hija de Daniel, pero ya sé que me va a caer bien. —Le acarició la mejilla a Rory—. Brett también es un tío maravilloso. Si hubieras visto lo preocupado que estaba en la sala de espera del hospital, sabrías que no tienes nada que temer.

—No es que tema nada —contestó Rory—. Más bien soy precavida.

***

Al día siguiente, la energía de Rory había regresado y el dolor de cabeza se había esfumado. Ya no podía retrasar la incómoda conversación, así que cruzó el pasillo y llamó a la puerta de Toby.

—¡Quería a Ashley! —exclamó él después de que ella le contase todo—. Nunca le habría hecho daño. ¿Cómo pudiste pensar algo así de mí?

—En mi defensa diré que tenías un motivo claro, y que te colaras a hurtadillas en el cobertizo en plena noche fue muy sospechoso, claro.

—Ya sabes que soy un pájaro nocturno. —Toby se enfurruñó—. Reynolds nunca me dejaba usar sus herramientas, y necesitaba unos alicates pelacables. Estoy instalando unos altavoces nuevos.

—Lo siento, Toby. Lo siento mucho.

—Supongo que, después de todo lo que has tenido que vivir, no puedo enfadarme demasiado. —Se tiró de la camiseta.

—Gracias. —Añadió a sus disculpas una docena de bombones de menta. Al volver a su casa, vio que Brett por fin le había mandado un mensaje.

B: ¿Cómo estás?

R: Bien. ¿Y mi camioneta?

B: Reparándose.

R: ¿Por cuánto?

B: El seguro lo cubre casi todo.

R: ¿Quién la está reparando?

B: Un conocido que me debe un favor. Por cierto, te pondrá un nuevo asiento de conductor. El viejo se ha desgarrado.

R: ¿Cómo ha pasado?

B: La vida es muy rara.

Y ahí se quedó la conversación.

Rory sabía exactamente por qué Brett todavía no había ido a verla. Rivers comprendía cuánto detestaba que la presionaran y le estaba dando todo el espacio que necesitara. Pero ¿cuánto espacio necesitaba en realidad?

***

El hombre que la amaba no iba a verla, no la llamaba. Era muy astuto. Pero a la mañana siguiente le mandó otro mensaje.

B: Aire acondicionado arreglado. La camioneta estará lista el viernes.
R: ¿Con el aire y todo? ¿Cómo has conseguido que esté tan rápido?
B: Soy un portento. Deberías casarte conmigo.

Rory sonrió y apartó el móvil, que sonó de nuevo al cabo de unos segundos.

B: Te quiero.
R: ¿Desde cuándo? Le parecía importante saberlo.
B: Desde Míchigan. No sé el momento exacto. ¿Y tú?
Desde mucho antes de que pudiera admitirlo para sus adentros.
R: No me acuerdo. ¿Qué haces esta noche?
B: Emborracharme y entretener a prostitutas. La vida sin ti es una mierda.
Rory se echó a reír.
R: Dales recuerdos de mi parte.

***

Esa misma tarde le llegó una carta por mensajería que la informaba de que Solo lo Mejor era la chocolatería oficial de los Chicago Stars. Rory enseguida llamó a Clint.

—No tenías que haberlo hecho.

—¿Por qué no? Los tuyos son los mejores bombones del país, joder.

—Quiero hacerlo todo yo solita, Clint.

—Pues haber sido huérfana. —Y le colgó.

Kristin regresó resplandeciente por haber conocido a la hija de Daniel.

—Es maravillosa. Lista y amable. Con un sentido del humor fantástico. Hemos hablado muchísimo.

—Ya me cae como el culo. —Rory frunció los labios.

Kristin se rio y la abrazó.

—No te pongas celosilla. Para mí siempre serás la número uno.

—Que no se te olvide.

***

B: Nuevo asiento de conductor marrón con borde rosa. He ele-gido yo los colores.
R: Suena alegre.
B: Te dejo. Voy a firmar la venta del piso.
R: ¿Has vendido tu piso?
B: Necesito un sitio donde seas feliz. Además, no me gusta mi piso.

Rory dio gracias por que Brett no estuviera ahí, así no vería cómo se le habían empañado los ojos. Dejó el móvil a un lado, pero sonó de nuevo con otro mensaje.

B: ¿Querrás tener hijos cuando nos hayamos casado?
R: ¡¡Que no quiero casarme!!
B: Qué actitud tan inmadura.
R: ¡Casi no nos conocemos!
B: Qué graciosa eres.

***

Clint se pasó por su casa para cenar con ella. En lugar del aspecto demacrado que había lucido en las últimas semanas, irradiaba una nueva madurez.

—He hablado con Heath. Tu novio no nos coge el teléfono a ninguno de los dos.

—Está con la crisis de los cuarenta.

—Tiene treinta y pico. Está con la crisis de Rory. Sácalo de la miseria para que pueda volver a trabajar.

—Fuiste tú el que lo despidió.

—Sí, bueno, pues me lo estoy pensando. Brett me entiende.

Rory levantó las manos.

—Tienes que ir a verlo y decirle que lo amas para que hable con Heath y conmigo, y la vida vuelva a la normalidad —insistió Clint.

—Quizá. —Rory torció el gesto.

—Eres idiota. Y te lo digo con todo el cariño del mundo. Ese tío lo ha dejado todo por ti.

Su hermano tenía razón. Amaba a Brett por haber dimitido y, al mismo tiempo, lo odiaba por haber dimitido. Rivers tenía que volver a trabajar.

Rory sabía lo que debía hacer. Brett era el hombre más reservado

del mundo, pero la quería, y ella a él. Basta de tonterías.

R: Ahora mismo voy a tu casa para hablar contigo.
B: No es buena idea.
R: ¿Por qué no?
B: Porque eres una loca del sexo, y yo no creo en el sexo fuera de una relación estable.
R: ¿Desde cuándo?
B: Desde ahora.
R: Define «relación estable».
B: Un compromiso. De amor de verdad, nada de relación abier-ta. Seis meses y nos casamos.
R: Dos años y lo hablamos.
B: Un año.
R: Vale. Pero solo acepto hablarlo.
B: Voy ahora mismo a tu casa a cerrar el trato.

***

Brett fue a su casa, pero en lugar de cerrar el trato estrechándose la mano, sentía tantos deseos de verla que la estrechó entre los brazos antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada. Se besaron, él con mucho cuidado para no hacerle daño, ella sin ningún tipo de cuidado en absoluto. Brett no tenía trabajo, casa ni plan, pero Rory lo amaba, y él nunca había estado tan contento.

—Lo eres todo para mí. —Enterró la cara en los rizos de ella, que olían a fresas y a chocolate.

Rory se apartó, con los ojos azules irradiando un mundo de emociones.

—Eso es muy bonito, pero tienes que recuperar el trabajo.

—¿Solo piensas en el trabajo? —La volvió a besar.

—No pienso mantener a un novio vago. —Con suavidad, le apresó el labio inferior con los dientes.

«Novio». Se rio para sus adentros. Rory había olvidado con quién estaba. Brett le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Eres mi vida.

—Demasiada responsabilidad —terció ella mientras le besaba las comisuras de los labios.

Él se rio y dio gracias al universo por haberle presentado a esa mujer.

Se besaron más. Cuando Brett metió las manos por debajo de la

camiseta de ella, sin embargo, Rory le cogió la cara.

—Estoy probando un nuevo producto, y me gustaría conocer tu opinión.

—¿Ahora? —Por mucho que le gustase echarle una mano, se le ocurrían mejores cosas que hacer que probar productos.

—Ahora. —Señaló el dormitorio con los dedos y se metió en la cocina—. A lo mejor prefieres quitarte la ropa.

—Solo si tú también te la quitas. —Brett corrió hacia la habitación y se golpeó el hombro con la puerta al levantarse la camiseta.

Rory reapareció al cabo de unos minutos con un recipiente redondo normal y corriente en las manos y desnuda, a excepción de unas bragas de abuela de encaje lila muy sexis. Rivers quiso arrancárselas y olvidarse del mundo.

Rory se le acercó y observó el cuerpo desnudo y excitado con admiración. En ese momento, Brett pensó que el sufrimiento que padecía en el gimnasio merecía la pena.

—Es evidente que necesito mejorar el envoltorio —dijo—, pero por el momento… —Con el recipiente escondido tras la espalda, se dirigió hacia la cama—. Túmbate boca arriba.

Brett no sabía qué estaba pasando, pero tenía la firme intención de disfrutar de cada segundo.

Rory se arrodilló en la cama, a su lado.

—Cierra los ojos.

Rivers obedeció y enseguida sintió cómo un dedo cálido y húmedo le resbalaba por el centro del pecho. Olió a chocolate y abrió los ojos.

Rory le enseñó el recipiente.

—Pintura corporal de chocolate artesano. —Lo miró a los ojos, cogió una buena cantidad con el dedo y siguió bajando por su cuerpo. Lo acarició por todas partes—. He añadido un poco de cayena para darle un toque picante —le explicó con voz ronca.

Brett gruñó mientras el dedo empapado en chocolate de Rory trazaba caminos por su cuerpo. Cuando al fin encontró lo que andaba buscando, él casi perdió la cabeza.

Rory hizo unos círculos embriagadores que le hicieron clavar los dedos en el colchón. Se le empezó a cubrir la frente de sudor.

—Hay muchas pinturas corporales en el mercado —le dijo inclinada sobre él—, pero ninguna de esta calidad.

Y no había nada mejor que la mujer que se la estaba aplicando.

Lo lamió con ojos perversos.

—Quizá necesita un poco de *whisky*. —Su aliento jugueteaba con la piel de Brett—. No demasiado. Solo una pizca.

Lo lamió por allí y por allá. Trazó círculos con la lengua, lo acarició con los dedos. Brett apretó la mandíbula. La habitación empezó a dar vueltas, y la sujetó por los hombros antes de que fuera

demasiado tarde.

Al cabo de unos segundos, las bragas lilas estaban en el suelo y ella, tumbada en la cama. Rivers cogió el recipiente, hundió un par de dedos y empezó a pintarle el cuerpo desnudo como un día se había imaginado.

Le rodeó los pechos, llegó a los pezones y los atrapó con los labios para saborear el mejor chocolate que nadie hubiera elaborado jamás. Era el turno de ella de retorcerse en la cama. Brett pintó óvalos en su barriga. Los paladeó. Dibujó flechas en el interior de sus muslos. Las paladeó. Y en el centro de su ser también, hasta que la tensión terminó siendo casi insoportable para los dos.

Se colocó encima de ella, manchándolo todo de chocolate. Rory levantó las caderas para acogerlo, y se sumieron en un ritmo de embestidas y arqueos. Se susurraron piropos. Promesas. Súplicas. Ella le rodeó las caderas con las piernas. Le clavó las uñas en la espalda. Gritó. Con un gemido, Brett la siguió hacia el misterio.

Unos segundos más tarde, un grito ahogado le retumbó en los oídos.

—¡Cayena! —gimoteaba Rory—. ¡Menudo error!

Brett regresó al presente y se dio cuenta de lo que había pasado. La cogió en brazos y corrió hacia la ducha, sintiendo por todo el cuerpo los efectos de ese aditivo mal planeado. Rory se rio y gimió cuando él los lavaba a ambos y la besaba y volvía a hacerle el amor.

Con Rory Garrett, la vida siempre sería una aventura. Eso era lo mejor de ella.

Tardaron una eternidad en limpiar el desastre. Las sábanas, la cama, las almohadas. El chocolate manchaba la alfombra, el suelo de madera, el borde de la ducha. Cuando decidiera sacar a la venta su producto, más le valía incluir una lona de plástico.

En pleno proceso de limpieza, Brett se distrajo con los labios de Rory, e hicieron el amor de nuevo, con más calma, en el suelo, debajo del póster de la mujerzuela. Rory era mejor persona que él. Más amable, más lista, más valiente. Y Dios sabía que sus valores y principios eran mejores. Era el amor de su vida, y se aseguraría de no decepcionarla nunca.

Cuando subió las escaleras tras haber metido las sábanas en la lavadora del sótano, Brett pensó en que Rory no iba a poder seguir viviendo ahí mucho más tiempo. Se preguntó cuánto tardaría en convencerla de que buscaran casa juntos. No mucho, supuso. Tal vez fuera la mejor chocolatera del país, pero él siempre sería Brett Rivers. Un hombre centradísimo, decidido y enamorado hasta las trancas.

De una manera o de otra, haría el mejor trato de su vida.

Epílogo

La luz del sol iluminaba las paredes azules, los armarios con puerta de cristal, la enorme mesa redonda de mármol y las sillas cubiertas de cremona. En lugar de la chocolatería de sus sueños, era su cocina. A Rory le encantaba el diseño chapado a la antigua, con un agradable asiento en la ventana, suficiente espacio para trabajar y electrodomésticos de calidad. Lo mejor de todo eran las vistas al patio trasero, una extensión de hierba que iba desde su glorieta hasta un serpenteante arroyo con helechos en las márgenes y puente de madera. Una mujer no era nunca demasiado mayor para aprender cosas nuevas sobre sí misma, y por fin se había dado cuenta de que ser la propietaria de su propia tienda solo la atraía en la fantasía. En la realidad, gestionar una tienda y atender a clientes la apartaría de lo que quería hacer en realidad: preparar unos bombones impecables.

Heath Champion estaba sentado a la mesa de mármol con una taza del mejor café de Rory y las migajas de uno de los *biscotti* que había preparado ella por la mañana. Ahora que podía tostar ella misma las habas de cacao, estaba obsesionada con los experimentos. Había preparado *biscotti* con polvo de cacao ecológico que había creado con las habas ecuatorianas de comercio justo y las más afrutadas de la zona oriental de los Andes de Perú. Cuando diera en el clavo con las proporciones, hablaría con Kristin para añadir el producto a su creciente oferta.

Como Heath era el jefe de Brett, la íntima amistad que las parejas habían desarrollado debería haber sido rara, pero no era así. Brett y ella incluso hacían de canguros de los hijos de los Champion cuando sus amigos necesitaban un finde de descanso. Brett decía que les servía de entrenamiento para cuando tuvieran los suyos propios.

Rory sorbía el café. Brett y ella disfrutaban de un matrimonio sorprendentemente fácil. Reían más de lo que discutían, se amaban en lugar de pelearse y siempre estaban ahí para el otro. Cuando se cumplió un año del día en el que se conocieron, Brett le había dado el mejor regalo que cabía imaginar: el bolso rojo de la madre de Rory, restaurado con un gusto exquisito. Pero últimamente Brett acarreaba bastante más de lo que le correspondía, algo que ella debía arreglar.

Un rayo del sol de media tarde incidió en su anillo de boda de zafiro cuando apartó un jarrón de flores del jardín para que Heath y ella pudieran mirarse a los ojos. Había llegado el momento de entablar la conversación seria que hacía meses que se fraguaba entre ambos. Rory clavó la mirada en los ojos afilados de Heath y ella afiló los

suyos.

—Lo necesito.

—Yo lo necesito. —La Pitón curvó el labio.

—Lo que necesitas es soltarlo. —Ella también lo curvó—. Su lealtad hacia ti le está impidiendo hacer lo que desea de verdad.

—Eso lo dices tú.

La réplica infantil de Heath le dejó claro que le llevaba algo de ventaja.

—Es el siguiente paso lógico para él.

—Su siguiente paso lógico es hacerse cargo de la presidencia de Champion, Gestión Deportiva cuando me jubile.

—No, es hacerse cargo de la presidencia de Solo lo Mejor para que yo pueda dejar de hacer lo que odio y vuelva a hacer lo que me encanta.

—Tú no lo necesitas. —Se recostó en la silla—. Estás llevando la empresa superbién.

—A duras penas, y solo porque Brett se pasa el tiempo libre animándome. Odio con todas mis fuerzas ser ejecutiva. Quiero preparar bombones e inventar nuevos productos, no llevar las riendas de una empresa. Por mi culpa no despegamos del todo.

El combate por el corazón y el alma de Brett Rivers prosiguió, aunque técnicamente Rory ya tenía su corazón y su alma. El objeto de la negociación era su cerebro y su talento.

—Le gusta demasiado el mundo del deporte como para dejarlo. —Heath probó otra estrategia.

—No tanto como antes. Se emocionó más al ayudarme a mí a negociar un acuerdo con mi último proveedor de lo que se emocionó al redactar el nuevo contrato de Clint.

Los ojos de la Pitón se clavaron en el plato.

—Venga —lo animó Rory—. Sabes que quieres probarlos.

Heath escogió un *biscotti* de chocolate con almendras y la señaló.

—Lo que quiero es que dejes en paz a mi vicepresidente.

—Brett está listo para aceptar un nuevo reto, y lo único que lo retiene es su lealtad hacia ti —insistió—. Tienes por lo menos a otros tres representantes preparados para ascender en la empresa, gracias a la excelente mentoría de Brett. Él nunca se ha visto obligado a contratar de nuevo a alguien a quien había despedido, no como tú.

—Un golpe bajo. —Heath se tomó unos instantes para saborear el *biscotti*.

—Hazle caso a tu conciencia, Heath. —Rory se inclinó sobre la mesa—. Has disfrutado del mejor trabajo de Brett durante años. Ahora me toca a mí. Estamos creando una empresa familiar.

—Un imperio familiar, más bien —gruñó—. En dos años y medio, Kristin y tú habéis pasado de operar una gastroneta a llevar una

empresa con dieciocho empleados y un nuevo edificio.

—Un edificio modesto y sencillo —replicó.

—Ocho despachos, un almacén anexo y una enorme cocina no es para nada modesto. Al ritmo que lleváis, pronto vais a necesitar más espacio.

—Es culpa de Kristin. —Rory se cruzó de brazos—. ¿Quién habría dicho que sería una genia del *marketing*?

—Las mejores campañas de *marketing* no sirven para nada si no ofreces un producto espectacular. —La señaló con el *biscotti* a medio comer—. Que no es vuestro caso.

Todo había sucedido demasiado rápido. Clint les dio el primer gran empujón al pedir cien cajas de bombones para sus compañeros de equipo y miembros de la directiva. Muchos de los que habían recibido el regalo valoraron la calidad de los productos hasta el punto de hacer ellos mismos grandes pedidos. Rory y Kristin enseguida tuvieron que aceptar el hecho de que la gastroneta se les quedaba pequeña.

Se la vendieron a una pastelera, buscaron a dos chocolateros para que fueran sus ayudantes y contrataron a Chloe, la avispada hija de Daniel, para que les llevara la página web. Kristin seducía sin descanso a los comerciantes de lujo, cuyos pedidos fueron creciendo a medida que les empezaron a ofrecer más productos: chocolatinas, trufas, surtidos de coloridos bombones y la pintura corporal de chocolate *gourmet* de Solo lo Mejor. Uno de los elegantes frascos de porcelana tamaño magdalena terminó en las manos de una famosa actriz, que la recomendó en sus redes sociales, y el negocio despegó de inmediato.

Pero un crecimiento rápido significó pasar menos tiempo en la cocina, hasta el punto de que Rory casi nunca la pisaba. Si seguían a ese ritmo, los productos tarde o temprano sufrirían las consecuencias de su ausencia. Y tampoco podían seguir expandiéndose sin un plan económico más profesional, campo en el que ella no tenía experiencia ni ganas de meterse.

A Heath no lo llamaban Pitón porque sí, y hundió los colmillos en la parte más débil del plan de Rory.

—Vuestro negocio está creciendo, pero Brett ganaría bastante menos con vosotras que conmigo.

—Y eso le servirá de motivación extra para esforzarse a saco. —Rory bebió un sorbo del café, que ya se había enfriado—. Estamos negociando colocar un punto de venta en los principales aeropuertos, pero yo soy chocolatera, no una *crack* de los negocios, y no puedo embarcarme en eso sin él.

—Necesito a Brett. —Heath fue al grano.

—Quieres que esté contigo, pero te irá la mar de bien sin él. —Se inclinó hacia delante—. A mí no. —Y sacó el as que llevaba en la

manga—. Estoy embarazada.

Heath se levantó de la silla lanzando migas al suelo de la cocina.

—¡Eso es lo más sibilino, poco profesional, menos ético y más manipulador que…! ¿Cómo se supone que voy a competir contra eso?

—Es fácil. —Rory también se puso en pie—. Lo único que tienes que hacer es recordarle lo mucho que has hecho por él, y se quedará contigo. Sabes lo importante que es la lealtad para él. —Ladeó la cabeza—. Pero ni siquiera tú eres tan despiadado como para hacerlo, ¿a que no?

Cuando lo oyó soltar un lastimero suspiro, supo que había ganado la batalla.

—Esta tarde hablaré con él.

No era de buena educación presumir del éxito, pero no habían terminado.

—¿Cuándo será un buen momento para que deje de trabajar en tu empresa?

—¿Cuándo lo necesitas?

—Lo necesitaba para ayer. Pero si de algo puedo presumir es de ser una mujer justa. Dos semanas.

—Un mes.

Era mejor incluso de lo que había esperado obtener.

—Hecho.

Se estrecharon la mano en el momento preciso en el que Brett y Annabelle regresaban de haber ido a comprar unos helados con los hijos de los Champion, que enseguida echaron a correr hacia el tipi del patio trasero.

Brett miró a Rory con la ceja arqueada.

Ella asintió levemente y sonrió.

Y él le devolvió la sonrisa.

—Me habéis tendido una trampa. —Heath los fulminó con la mirada a los dos—. Has mandado a tu mujer a hacer el trabajo sucio.

—Es más implacable que yo. —Brett la rodeó con un brazo—. Hasta a mí me da miedo.

No era para nada cierto, pero a ella le gustó aquella imagen de sí misma como mercenaria.

—He aprendido del mejor.

—En menudo lío te has metido al casarte con ella. —Heath negó con la cabeza.

—A mí me lo vas a decir. —Brett le dio un beso en la punta de la nariz.

Bebieron más café, se comieron el resto de los *biscotti* y jugaron con los niños mientras ella meditaba sobre un nuevo producto, bombones de chocolate negro cubiertos de oro de veinticuatro quilates y rellenos de una suntuosa crema de vainilla y coñac. Se imaginaba vendiéndolos

por un precio escandaloso en una caja personalizada con tan solo dos unidades, cada bombón sobre una taza de chocolate marmoleado encima de una cama de resplandecientes perlas de azúcar.

Esperó a que fuera la hora de irse a dormir para hablar de la idea con su nuevo director general. Cuando terminó de contárselo, Brett le puso una mano sobre la barriga y le besó los rizos.

—Convénceme —susurró.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas. —Le acarició el pecho.

—No puedo pedir nada más. —Le sonrió.

A primera hora de la mañana, satisfecha por lo que había ocurrido la noche anterior, Rory saltó de la cama con sumo cuidado. Tenía un hijo al que ayudar a crecer, un marido al que querer y bombones que preparar. Iba a ser un día muy ajetreado.

Agradecimientos

Es habitual que, durante una carrera, un escritor trabaje con muchos editores, pero yo he tenido la inmensa suerte de tener a la misma en los últimos treinta años, la extraordinaria Carrie Feron. Como suele pasar en una relación larga entre dos mujeres con tantísimos intereses comunes —además de mis libros :)—, hemos desarrollado una profunda amistad. Hemos vivido juntas nacimientos y fallecimientos, hemos compartido risas y lágrimas. Hemos visto cómo crecían nuestras familias y cómo nuestros hijos abandonaban el nido.

Carrie va a pasar página de su aplaudida carrera como editora de HarperCollins/Avon Books, llevándose consigo un trocito de historia. La visión, la innovación y la agudeza de Carrie han dejado una marca indeleble en la industria editorial.

Lo mejor de ti es tanto la última de mis novelas que ha editado como el inicio de otro capítulo en nuestra larga relación personal. Me gusta pensar que nos hemos hecho mutuamente mejores personas. Sé que a mí no solo me ha convertido en una mejor escritora, sino también en un ser humano más intuitivo.

Gracias, querida amiga y editora. Te quiero.

Susan Elizabeth Phillips

Naperville, Illinois (EE. UU.)

susanelizabethphillips.com